

# ARNALDUR INDRIDASON

SERIE **ERLENDUR SVEINSSON**



## Naturaleza hostil

RBA

En la zona de los fiordos orientales, todos conocen la historia de la salvaje tempestad que en enero de 1942 tuvo trágicas consecuencias para un grupo de soldados británicos. También aquel día, la joven Matthildur salió de casa y nadie la volvió a ver. Su cadáver jamás apareció tras el temporal. Aunque eso sucedió hace décadas, el inspector Erlendur decide investigar por su cuenta y riesgo qué le pasó a Matthildur y, además, enfrentarse a su mayor trauma: la desaparición de su hermano durante otra tormenta.

Arnaldur Indridason

Naturaleza hostil

Título original: *Furðustrandir*  
Arnaldur Indridason, 2010.  
de la traducción: Fabio Teixidó Benedí, 2018.  
de esta edición digital: RBA Libros, S. A.

Sed brisa, oh versos míos, entre los juncos de Estigia, que vuestro  
canto sereno arrulle a los que esperan.

SNORRI HJARTARSON

# 1

Ya no tiene frío. Al contrario: un extraño calor le recorre el cuerpo. Pensaba que su calor interno se había agotado, pero ahora lo siente fluir por los brazos y las piernas. De pronto, nota el rostro encendido.

Está tumbado en la oscuridad. Sus pensamientos se tambalean caóticamente y apenas distingue la frontera entre el sueño y la vigilia. Le cuesta concentrarse para analizar la situación. Pierde y recobra el conocimiento continuamente. No siente ningún malestar sino un agradable sopor. En su mente revolotean sueños, visiones, sonidos y lugares que le son a la vez familiares y ajenos. El cerebro lo engaña oscilando entre el pasado y el presente, a través del tiempo y el espacio. Apenas puede controlar el vaivén de su mente. Tan pronto está sentado en el hospital, junto a la cama de su madre moribunda, como sumido en el oscuro invierno, tumbado en el suelo de la casa abandonada que una vez fue su hogar. Debe de tratarse de una alucinación.

—¿Qué haces aquí tumbado?

Se incorpora en el suelo y percibe una figura junto a la puerta.

Un viajero parece haber llegado a su casa. No entiende la pregunta.

—¿Qué haces aquí tumbado? —pregunta de nuevo el viajero.

—¿Quién eres? —pregunta él.

No distingue la cara del hombre, no lo ha oído entrar, solo ve su silueta. Lo escucha repetir una y otra vez su exasperante pregunta.

—¿Qué haces aquí tumbado?

—Vivo aquí. ¿Quién eres?

—Voy a pasar la noche contigo, si me dejas.

El hombre se sienta a su lado, en el suelo. Ha encendido una pequeña hoguera. Nota el calor en el rostro y estira los brazos hacia el fuego. Solo una vez en su vida ha sentido tanto frío.

—¿Quién eres? —insiste.

—He venido para escucharte.

—¿Escucharme? ¿Quién está contigo?

Tiene la impresión de que no están solos. Una presencia invisible acompaña al hombre.

—¿Quién está contigo? —vuelve a preguntar.

—Nadie —responde el viajero—. He venido solo. ¿Vivías aquí?

—¿Eres Jakob?

—No, no soy Jakob. Me sorprende que estas paredes no se hayan venido abajo. Ya veo que es una casa muy sólida.

—¿Quién eres? ¿Bóas?

—Pasaba por aquí.

—¿Ya has estado aquí antes?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Hace muchos años. Cuando todavía vivía gente en este lugar. ¿Qué fue de ellos? ¿Sabes que les pasó?

Tumbado boca arriba en la negrura, el frío le impide moverse. Está solo de nuevo. El fuego se ha extinguido y la casa abandonada ha desaparecido. Inmerso en la helada oscuridad, siente que el calor comienza a abandonarle los pies, las manos, el rostro.

Vuelve a oír un crujido en alguna parte.

Se aproxima desde las gélidas profundidades y se escucha cada vez con mayor intensidad. Pronto lo acompañan desgarradores gritos de angustia.

Desde los pies del risco Urðarklettur, vio que el cazador de zorros se acercaba a paso lento. Se saludaron amablemente bajo la llovizna. Sus palabras rasgaron el silencio, como procedentes de otro mundo.

El sol llevaba varios días sin dejarse ver. Una espesa niebla envolvía los fiordos y en los próximos días se esperaba un descenso de las temperaturas y precipitaciones de nieve. La naturaleza se sumergía en su letargo invernal. El cazador le preguntó qué hacía en aquel páramo por donde ya no pasaban más que viejos canallas como él, con la intención de reducir la población de zorros. Obvió la pregunta y le dijo que venía de Reikiavik. El cazador le contó que había visto a alguien merodear por la casa abandonada del fiordo.

—Seguro que era yo —dijo él.

El cazador no hizo más preguntas, pero le contó que era el dueño de una granja vecina y que iba solo.

—¿Cómo te llamas?

—Erlendur —respondió.

—Me llamo Bóas —dijo el hombre mientras se estrechaban la mano—. Por las rocas del páramo vive un depredador que ataca al ganado, una alimaña que se está tomando demasiadas confianzas.

—¿Un zorro ártico?

Bóas se acarició el mentón.

—El otro día lo vi merodear por los establos. Mató un cordero delante de mis narices y le pegó un buen susto a todos los demás.

—¿Y vive por esta zona?

—Salió escopeteado en esta dirección. Ya me lo he encontrado dos veces y creo que sé por dónde se mete. ¿Vas hacia el páramo? Puedes venir conmigo si quieres.

Se lo pensó un segundo y asintió. El granjero parecía contento con su decisión; seguramente agradecía la compañía. Cargaba con un rifle de caza y una cartuchera en un hombro y un viejo morral de cuero en el otro. Vestía un

anorak raído, verde oscuro, y unos pantalones impermeables del mismo color. De baja estatura, sus movimientos eran ágiles pese a tener seguramente más de sesenta años. Llevaba la abundante maraña de pelo al descubierto y el viento le batía el largo flequillo contra los ojos de mirada inquieta. Tenía una nariz torcida y aplastada, como si se la hubiera roto tiempo atrás y nunca se la hubieran recompuesto. La barba, espesa y desarreglada, solo dejaba asomar su boca al hablar, cosa que ocurría a menudo ya que el cazador era un hombre dicharachero que parecía tener opinión sobre todo lo habido y por haber. No obstante, procuraba no preguntarle a Erlendur sobre sus andanzas o las razones por las que había elegido la casa abandonada de Bakkasel para alojarse.

Erlendur se había acomodado en la vieja finca. El tejado seguía prácticamente intacto, aunque el techo goteaba y tenía algunas vigas podridas. Aun así, había logrado encontrar un rincón de suelo seco en la estancia donde una vez había estado el salón. Había comenzado a llover y el viento aullaba al recorrer las paredes, que aun estando desnudas lo resguardaban del frío y la humedad. Su lámpara de gas le ofrecía algo de calor, pero la usaba con moderación para que durara lo máximo posible. Salvo el pálido resplandor que proyectaba la llama sobre él, lo rodeaba una oscuridad tan profunda como el interior de un ataúd.

Al cabo del tiempo, algún banco había adquirido la casa y el terreno. Erlendur no tenía ni idea de quién podría ser el propietario en ese momento. En todo caso, nadie se quejaba de que se alojara en la finca abandonada en sus viajes al este. No llevaba mucho equipaje. Había aparcado su coche alquilado frente a la casa, un pequeño todoterreno azul que había recorrido con ciertas dificultades el camino de acceso, apenas distinguible bajo un manto de maleza que nunca había estado allí. Poco a poco se iban borrando las huellas de quienes habían habitado aquel lugar. Inexorablemente, la naturaleza se encargaba de hacer desaparecer la granja.

Continuaron ascendiendo hacia el páramo. La visibilidad empeoró progresivamente hasta que los rodeó por completo una niebla blanquecina. Caminaban bajo la llovizna e iban dejando sus huellas en la tierra húmeda. Atento al canto de los pájaros, el cazador trataba de detectar el rastro de su enemigo. Erlendur lo seguía en silencio. Nunca había aguardado junto a una madriguera, nunca había cazado un animal, nunca había pescado ni en ríos ni lagos y mucho menos había abatido una presa de gran tamaño, como un reno.

Bóas parecía haberle leído el pensamiento.

—Tú no cazas, ¿verdad? —le preguntó haciendo un breve descanso.

—No, no cazo.

—Bueno, yo me crie así —le explicó Bóas mientras abría su morral de cuero. Sacó un pedazo de pan de centeno y se lo ofreció a Erlendur acompañado de un trozo de paté de cordero endurecido por el frío—. Estos días salgo más que nada a cazar zorros —continuó—. Para pararles los pies. Cada vez incordian más, benditas criaturas. Si es que se puede hablar así de ellos. Nunca he tenido nada en su contra. Tienen tanto derecho a vivir como cualquier otro ser. Pero hay que mantenerlos lejos del ganado. Todo debe estar en armonía.

Se deleitaron con el pan de centeno y el paté, que seguramente había elaborado el propio Bóas. La combinación era deliciosa. Erlendur no llevaba comida y no sabía por qué había aceptado aquella invitación, tan inesperada como amable. Quizá lo había hecho por su propia necesidad de compañía. Llevaba días sin ver a nadie y pensó que también sería el caso de ese tal Bóas.

—¿A qué te dedicas en Reikiavik? —le preguntó el granjero.

No contestó inmediatamente.

—Yo y mi puñetera curiosidad —comentó Bóas.

—No pasa nada —señaló—. Soy policía.

—Ese no puede ser un trabajo muy divertido.

—No. Bueno, a veces.

Retomaron el ascenso hacia el páramo. Erlendur procuraba pisar el brezo con cuidado y de vez en cuando se agachaba para acariciar la vegetación mientras trataba de recordar si alguna vez, de niño, había oído el nombre de Bóas. Pero no le venía a la memoria. Por otra parte, dado el poco tiempo que había vivido en aquel lugar, no era de extrañar que no se acordara de ningún nombre. En su casa apenas se veían armas de fuego. Conservaba el vago recuerdo de un hombre que una vez había parado en su casa con un rifle y había hablado con su padre mientras señalaba hacia el río. También recordaba que el hermano de su madre tenía un todoterreno y cazaba renos. Guiaba a cazadores que venían de la capital a las zonas donde habitaban los renos y traía a la familia una carne que era exquisita cocinada a la sartén. Pero no le sonaba nada relacionado con la caza del zorro ni con ningún granjero llamado Bóas. Aunque, al fin y al cabo, se había mudado de pequeño y había perdido

todo vínculo con la región.

—En las madrigueras de los zorros puedes encontrar de lo más extraño —observó Bóas sin aminorar el paso—. No les suele faltar de comer. Bajan hasta la orilla del mar en busca de moluscos, cangrejos o alcas muertas arrastradas por el mar. Aparte, las crías comen bayas y algún que otro ratoncillo de campo. Y, si tienen suerte, igual encuentran los restos de alguna oveja o algún cordero. Pero luego llegan las alimañas con ganas de carne fresca y se acabó la paz. Entonces es cuando Bóas tiene que ir a por su rifle para cargárselas, aunque no le haga gracia.

Sin tener claro si el granjero estaba simplemente pensando en voz alta, Erlendur optó por guardar silencio. Atravesaba el mullido brezal siguiendo los pasos del cazador y disfrutando del frescor de la llovizna en el rostro. Aunque conocía bien el páramo, se había dejado guiar por Bóas y no estaba muy seguro de dónde se encontraban. El granjero caminaba despreocupadamente pero con decisión, y parloteaba sin considerar si su nuevo compañero de excursión estaba escuchando o no.

—Con las obras han cambiado algunas cosas —comentó antes de pararse y sacar unos prismáticos de su morral—. La naturaleza no es la misma. Probablemente los pobres zorros lo estén percibiendo. Puede que ya no se atrevan a bajar a la orilla por culpa de la planta industrial y el continuo trasiego de barcos, ¿qué se yo? Debemos de estar llegando ya —añadió guardando los prismáticos.

—Viniendo de Reikiavik vi las obras de la fundición de aluminio —comentó Erlendur.

—¡El engendro ese! —exclamó Bóas.

—También he ido a ver las obras de la presa. Jamás he visto nada tan grande.

Mientras continuaban su ascenso, pudo escuchar a Bóas farfullar irritado. «Mira que haberlo permitido...», le pareció oír. Siguió caminando detrás de él y se puso a pensar en las razones por las que se estaba construyendo una gigantesca fundición de aluminio en Reyðarfjörður y en los descomunales cargueros que atracaban en el muelle con materiales para la construcción de la propia planta y de la central hidroeléctrica que la abastecería de energía. No entendía cómo demonios el frívolo capitalismo estadounidense había conseguido adueñarse de un sosegado fiordo islandés y de las intactas tierras desérticas del interior del país.

Bóas se detuvo en el pedregal y con un gesto le indicó a Erlendur que lo imitara. Este obedeció, se agazapó y escudriñó la niebla.

Pasó un rato sin que detectara ningún movimiento hasta que, de pronto, se encontró con los ojos de un zorro. El animal se hallaba a unos quince metros de distancia y los miraba fijamente con las orejas erguidas. Bóas agarró su rifle con tanto cuidado que su gesto fue casi imperceptible, pero al zorro le bastó para salir corriendo ladera arriba y desaparecer de su vista.

—Pobrecillo —dijo el cazador levantándose y echándose el rifle al hombro antes de continuar su camino.

—¿Es esa la alimaña que decías? —preguntó Erlendur.

—Sí, ese es el mequetrefe. Me conozco las madrigueras de esta zona como la palma de mi mano y me parece que nos estamos acercando. Utilizan las mismas de generación en generación, así que algunas son muy antiguas, aunque no creo que ninguna se remonte a la última glaciación.

Inmersos en el silencio de la naturaleza, continuaron caminando hasta llegar a un pequeño escondite construido con unas rocas cubiertas de musgo. Bóas le dijo que descansara un poco y añadió que habían tenido suerte con la dirección del viento y que tenía que examinar mejor los alrededores. Erlendur se sentó en el musgo y esperó paciente al cazador. Repasó mentalmente sus conocimientos sobre el zorro ártico y recordó que lo llamaban «el primer colonizador» porque había llegado a la isla a finales de la glaciación, diez mil años atrás. Teniendo en cuenta cómo bendecía al zorro y hablaba de él como si fueran viejos amigos, le pareció que Bóas mostraba un gran respeto hacia el animal. Con todo, si lo consideraba necesario, lo cazaba, le arrancaba la vida y aniquilaba a su progenie como si se tratara de cualquier otra labor doméstica.

—Está aquí, el pobrecillo, solo hay que tener un poco de paciencia — anunció Bóas al volver y tumbarse junto a Erlendur en el escondite de piedra. Se quitó del hombro el rifle y la cartuchera, dejó apoyado en el suelo el

morral de cuero, sacó una petaca y se la ofreció a Erlendur, que frunció el ceño al probar su contenido. Por lo visto, Bóas elaboraba también licores caseros, pero no parecía un destilador particularmente talentoso ni paciente.

—¿Qué más dará si hay zonas que se quedan despobladas? —preguntó Bóas al recuperar la petaca—. Total, ya estaban deshabitadas cuando llegamos, ¿por qué no pueden volver a estarlo cuando nos marchemos? —prosiguió—. ¿Por qué tenemos que vender nuestra tierra a unos especuladores para impedir la despoblación? ¿Me lo sabrías decir? La gente viene y va. ¿No es lo normal del mundo?

Erlendur se encogió de hombros.

—Mira el pobre Hvalfjörður, ahí, al lado de tu casa —continuó Bóas—. ¡Tiene dos monstruos escupiendo veneno todo el día sobre el país! ¿Y para quién? ¡Para cuatro millonarios extranjeros que no sabrían ni situar Islandia en el mapa! ¡¿Es que acaso somos el horno de esa panda?!

Volvió a ofrecerle la petaca a Erlendur, que en esa ocasión bebió con mucha más precaución. Bóas metió de nuevo la mano en el morral y sacó un objeto que despidió un olor hediondo cuando retiró el plástico en el que estaba envuelto. Era un trozo de carne que había comenzado a pudrirse. Lo lanzó lo más lejos posible en dirección a la madriguera, se limpió las manos en el musgo y se tumbó de nuevo con el rifle a su lado.

—Saldrá pronto, atraído por el olor —aseguró.

Esperaron en silencio bajo la llovizna.

—Ya me imaginaba que no te acordarías de mí —comentó Bóas tras un largo silencio.

—¿Debería? —preguntó Erlendur entre toses.

—No, me extrañaría —respondió Bóas—. Estabas fuera de ti en aquella época. Además, no conocía a tus padres, no tenía relación con ellos.

—¿Cómo que estaba enajenado?

—Durante la búsqueda, hace mucho tiempo —aclaró Bóas—. Cuando os perdisteis tu hermano y tú.

—¿Estabas?

—Sí, participé en la búsqueda. Todo el mundo lo hizo. He oído que vienes al este de vez en cuando y subes al páramo, que vagas por aquí como un fantasma y te quedas a dormir en la casa abandonada de Bakkasel. Todavía piensas que puedes encontrarlo.

—No, no lo pienso. ¿Es eso lo que dice la gente?

—A veces los mayores recordamos viejas historias y alguien mencionó que todavía subías al páramo. Y algo me dice que es verdad.

Erlendur no quería tener que justificarse ante un desconocido ni darle explicaciones sobre su vida. Aquella era la tierra de su infancia y la visitaba cuando sentía la necesidad. Caminaba mucho por la región y prefería pasar la noche en la finca abandonada antes que meterse en un hotel. A veces montaba su tienda de campaña y otras dormía sobre su esterilla en alguna zona seca del interior de la casa.

—¿Te acuerdas de la búsqueda? —le preguntó.

—Recuerdo cuando te encontraron —dijo Bóas sin desviar la mirada del trozo de carne—. De hecho, yo no formaba parte de ese grupo, pero enseguida se corrió la voz y fue una inmensa alegría para todos. Estábamos convencidos de que también encontraríamos a tu hermano.

—Murió.

—Sí, está claro.

Erlendur guardó silencio.

—Era algo más joven que tú —dijo Bóas.

—Sí. Nos llevábamos dos años. Él tenía ocho.

Siguieron esperando en silencio hasta que Bóas notó de repente un ligero cambio en el ambiente. Erlendur no percibió nada y pensó que tendría que ver con el vuelo de los pájaros. Pasado un momento, el cazador se relajó de nuevo. Bóas le ofreció otro trozo de paté duro de cordero, pan de centeno y más licor nauseabundo de su petaca. La niebla se posó sobre ellos como un suave manto de plumón blanco. Salvo algún gorjeo puntual que se escuchaba en la bruma, todo estaba en la calma más absoluta.

No se acordaba de nadie en especial que hubiera participado en la búsqueda. Cuando había recobrado el conocimiento lo estaban bajando urgentemente del páramo, congelado como un bloque de hielo. Se acordaba de la leche tibia que le habían hecho tragar por el camino. Después había quedado inconsciente y ya no había sabido nada más hasta que se había visto en su propia cama, aturdido y con un médico inclinado sobre la cabeza. Escuchaba voces desconocidas en la casa y sabía que había ocurrido algo horrible, pero no conseguía recordar qué. Entonces le había venido a la cabeza. Su madre lo había abrazado con fuerza y le había dicho que su padre estaba vivo, que había conseguido llegar a casa con muchas dificultades. Todavía buscaban a su hermano, pero estaban seguros de que lo encontrarían

pronto. Le había preguntado si podía ayudar a los equipos de búsqueda dándoles indicaciones, pero él le había dicho que solo recordaba una tempestad blanca que rugía mientras lo embestía y lo tiraba al suelo hasta dejarlo sin fuerzas para levantarse.

Vio a Bóas empuñar el rifle con firmeza cuando el zorro emergió de pronto entre la niebla, caminando prudentemente hacia el cebo. Se acercó olisqueando el aire y antes de que pudiera preguntarle a Bóas si era necesario dispararle, el cazador ya había apretado el gatillo y el animal había caído al suelo. Bóas se levantó y fue a buscar el animal muerto.

—¿Te apetece un café? —preguntó el granjero mientras regresaba al escondite con la pieza. Sacó un termo del morral y desenroscó dos tapas que utilizó como tazas. Le ofreció una a Erlendur, llena de café humeante, y le preguntó si quería leche. Erlendur se lo agradeció, pero le dijo que lo tomaba solo.

—Tienes que echarle leche, hombre, si no es antinatural —reparó Bóas mientras hurgaba en el morral sin encontrar lo que estaba buscando—. ¡Mecachis! —exclamó—, me la he dejado.

Le dio un sorbo al café, pero le pareció imposible de beber. Visiblemente consternado, miraba a su alrededor palpándose todos los bolsillos, como si hubiera planeado llevarse una botellita de leche pero se la hubiera olvidado. Finalmente detuvo la mirada en la zorra muerta que yacía a su lado.

—No valdrá de nada, pero intentémoslo —dijo Bóas antes de agarrar el animal y buscarle las mamas, solo para concluir que no obtendría nada de ellas.

Mientras caminaba a paso lento hacia una de las casas de la población de Reyðarfjörður, reparó en que una mujer tras una ventana lo miraba fijamente. Se diría que llevaba todo el día esperándolo. En todo caso, Erlendur no la había avisado de su visita y ni siquiera estaba seguro de estar haciendo lo correcto. Pero su curiosidad era más fuerte que cualquiera de sus dudas.

Al llegar al páramo, Erlendur le había preguntado a Bóas acerca de una historia que había oído una vez de pequeño y que nunca se había podido quitar de la cabeza desde entonces. Sus padres y la mayoría de los vecinos la conocían; probablemente, formaba parte de las razones por las que había hecho ese viaje a los fiordos del este.

—Entonces ¿te metiste a policía? —le había preguntado Bóas—. ¿O sea, que diriges el tráfico ahí, en Reikiavik?

—Durante un tiempo fui agente de tráfico, pero eso fue hace mucho —había respondido—. Y no sé si lo habrás oído, pero hoy usamos lo que se llaman semáforos.

Bóas había sonreído ante la indirecta. Llevaba el zorro al hombro. Con el anorak manchado de sangre, había tratado de limpiarse las manos frotándolas en el musgo húmedo. Tenía asumido que iba a pasar toda la noche en el páramo, pero la caza había terminado tan pronto que esperaba llegar a casa antes del anochecer.

—Has vivido aquí toda tu vida, ¿verdad? —le había preguntado Erlendur.

—Nunca soñé con vivir en otro sitio —había respondido el cazador—. No hay mejor gente en todo el país.

—Entonces conocerás la historia de la mujer que desapareció cruzando el paso de Hrävarskörð.

—Algo me suena, sí —había afirmado Bóas.

—Se llamaba Matthildur —le había recordado Erlendur—. Iba sola.

—Me acuerdo bien de su nombre.

Bóas se había detenido y había mirado a Erlendur.

—¿Qué decías que hacías en la policía?

—Investigar casos.

—¿De qué tipo?

—De toda clase: crímenes graves, homicidios, delitos de violencia.

—¿La flor y nata de la sociedad?

—Podría decirse.

—¿Y desapariciones?

—También.

—¿Se dan muchas?

—No, la verdad.

—La historia de Matthildur desaparecerá con nosotros, los ancianos —había comentado Bóas.

—La oí por primera vez en casa de mis padres —había dicho Erlendur—. Mi madre conocía un poco a la mujer y la historia siempre me ha parecido un tanto...

Había buscado la palabra adecuada.

—Misteriosa —había sugerido Bóas.

—Curiosa —había matizado Erlendur.

Bóas había dejado en el suelo todo lo que llevaba encima, había estirado la espalda mirando hacia el mar y entre la niebla había distinguido, en la distancia, el pueblo a orillas del fiordo. Al acercarse al risco Urðarklettur, había comenzado a hacer frío y a oscurecer. Bóas había vuelto a cargarse la presa al hombro. Erlendur se había ofrecido a llevarla, pero, según Bóas, no hacía falta manchar más ropa de sangre.

—Me imagino que te interesarán las historias de ese tipo —había comentado refiriéndose a las desapariciones.

Lo había dicho más para sí mismo que para Erlendur y se había quedado un rato pensativo antes de continuar bajando por las rocas sueltas y las laderas cubiertas de brezo.

—Entonces, ¿conoces también la historia de los soldados británicos que murieron por congelación en el páramo durante la Segunda Guerra Mundial? —había añadido—. Eran miembros de las tropas de ocupación destinadas a Reyðarfjörður.

Erlendur le había explicado que también había oído hablar de ese suceso en su infancia y que más tarde había leído sobre lo ocurrido, pero eso no había impedido que Bóas lo rememorara igualmente. Su pregunta había sido

meramente retórica: no iba a perder la oportunidad de contar una buena historia.

Unos sesenta soldados, todos ellos jóvenes británicos, habían salido de excursión con la idea de caminar desde Reyðarfjörður hasta Eskifjörður atravesando el paso de Hrævarskörð, donde los había sorprendido una terrible tormenta. El paso resultaba intransitable debido a la presencia de hielo y, en lugar de regresar, habían penetrado más hacia el interior por el valle de Tungudalur y habían bajado hasta el páramo de Eskifjarðarheiði. Había ocurrido a finales de enero. A lo largo de la jornada, el cielo se había oscurecido y se había desatado un violento temporal que había frustrado la intención de los soldados de llegar a su destino a la luz del día.

Por la noche, mientras el dueño de la granja Veturhús, situada al fondo de Eskifjörður, se abría paso entre el vendaval hacia su establo, se había encontrado con uno de los soldados, extenuado por el cansancio y el frío. Pese a estar muy débil, el joven le había dado a entender que había más militares en peligro atrapados en la tormenta, y la gente de la granja había salido a buscarlos con lámparas de aceite. Enseguida habían encontrado a dos más a los pies del henar. Con ayuda de la familia de Veturhús, hasta cuarenta y ocho soldados habían conseguido bajar del páramo. Había caído una tromba de agua y debido a la crecida era imposible cruzar los ríos Eskifjarðará, Innri-Þverá y Ytri-Þverá, única vía de acceso a Eskifjörður. Algunos hombres habían logrado cruzar los dos ríos Þverá antes de la gran avenida, pero se habían quedado atrapados sin poder dar media vuelta y se escuchaban sus gritos de auxilio desde Veturhús. Cuatro de ellos habían muerto de frío al otro lado de los ríos, pero algunos habían conseguido recorrer a duras penas todo el camino hasta el pueblo. A la mañana siguiente, cuando el temporal había amainado levemente, el granjero había remontado el valle Eskifjarðardalur acompañado de un teniente y habían encontrado a más hombres, algunos aún con vida y otros fallecidos, entre ellos el capitán. Habían hallado un cadáver en el mar. Pensaron que el hombre se había caído al río Eskifjarðará y lo había arrastrado la corriente. Al final habían logrado encontrar a todos los hombres, vivos o muertos. Durante mucho tiempo se habló de aquella batalla despiadada que los soldados británicos habían tenido que librar contra las implacables fuerzas de la naturaleza y todo el mundo coincidía en que podría haber tenido un final aún más trágico de no haber sido por la reacción y la eficiencia de la gente de Veturhús.

—Muchos recuerdan a los soldados británicos, pero pocos se acuerdan hoy de Matthildur —había añadido Bóas mientras caminaba detrás de Erlendur con el zorro colgado del hombro—. Desapareció en esa misma tormenta. Según su marido, quería llegar hasta Reyðarfjörður por el mismo camino que los soldados, atravesando el paso de Hrævarskörð. Ya había hecho antes esa ruta y la conocía, pero cuando les preguntaron a los militares si la habían visto, aseguraron que no.

—¿No se la deberían haber cruzado? —había preguntado Erlendur.

—Se hallaban en el mismo lugar, en el mismo momento y en la misma tormenta. Caminaban en direcciones opuestas, así que sí, lo normal sería que se la hubieran cruzado. Pero seguramente estaban luchando por sus vidas y no habían prestado atención. Encontraron a todos los soldados, con o sin vida, pero de ella no hubo ni rastro. Se organizó una búsqueda cuando supieron que no había llegado a Reyðarfjörður, pero para entonces ya había pasado mucho tiempo.

—¿Y qué dijo su marido?

—Poco más aparte de que la madre de Matthildur vivía en Reyðarfjörður y había querido hacerle una visita recorriendo ese camino, que según ella conocía bien. Dijo que su mujer se había empeñado a pesar de sus intentos para disuadirla. Tal y como lo contaba, parecía haber sido cosa del destino.

—¿Y él por qué no fue con ella?

—No lo sé. Pero le contó a la gente que su mujer había salido antes de enterarse de lo de los militares. Él ni siquiera sabía que los soldados estaban también en la zona.

—¿Dijo que ella se había perdido?

—No, solo que había salido de excursión.

—¿Tiene eso alguna importancia?

—Los soldados se la tendrían que haber encontrado o tendrían que haberla visto. Aunque puede que fuera imposible en medio de la tormenta. Cuando le preguntaron a su familia de Reyðarfjörður si esperaban su llegada aquel día, dijeron que no sabían nada, que no eran conscientes de que les fuera a hacer una visita, ni ese día ni ningún otro.

—¿Por qué no fue en barco o en coche? —había preguntado Erlendur—. Para entonces ya había una carretera decente entre Eskifjörður y Reyðarfjörður.

—Quería caminar. Ya había mencionado alguna vez ese sendero. Lo

mismo con los británicos. Se aburrían como ostras y habían salido de excursión por diversión, para hacer algo entretenido en mitad de la nada. En realidad, no tenían ningún motivo concreto para ir a Eskifjörður. Como sabrás, el camino es espectacular cuando hace buen tiempo. Y nada indicaba que se estuviera formando una tormenta.

—Entonces, ¿le había dicho a su marido que tenía la intención de ir por ese camino?

—Sí.

—¿Y se lo comentó a alguien más?

—No lo sé. Seguramente no.

Bajaron la mirada hacia el pueblo, que dormía plácidamente a orillas del fiordo.

—¿Qué crees que ocurrió? —le había preguntado Erlendur.

—No lo sé. No tengo ni la menor idea.

Después de llamar varias veces y esperar a que respondiera la mujer de la ventana, Erlendur abrió la puerta y entró sin permiso. No sabía por qué la mujer no había acudido a recibirlo y pensó que quizá tuviera algún impedimento para hacerlo. Se acercó hasta la puerta del salón, donde la mujer seguía sentada junto a la ventana sin moverse. Le dio los buenos días, pero ella no se los devolvió y se limitó a seguir contemplando la vista.

Se acercó y la volvió a saludar. La mujer se giró y lo miró con un gesto de desaprobación.

—No te he invitado a que pasaras —le recriminó.

—Perdona —se disculpó Erlendur—. Debería haberte avisado de que venía.

—¿Qué quieres?

—Disculpa, ya me voy.

Pensó que había ido demasiado lejos. No debería haber entrado en la casa sin permiso. No debería inmiscuirse así en la vida privada de la gente. Al haber visto que no salía a la puerta, debería haberse marchado y haberla dejado tranquila. La mujer era una anciana diminuta de pelo gris; Erlendur calculó que tendría unos ochenta años. Sentada sobre el cojín de su silla, lo escrutaba con su mirada penetrante mientras sostenía unos prismáticos en la mano.

—No tengo intenciones de vender esta casa —anunció—. Os lo tengo dicho un millón de veces. Un millón. No pienso meterme en ninguna residencia y me declaro en contra de todas vuestras obras. ¡Ya os podéis ir volviendo a Reikiavik con toda vuestra basura! ¡No quiero saber nada de vosotros, príncipes del aluminio!

Erlendur se giró hacia ella desde la puerta.

—No quiero comprar la casa —aclaró—. No tengo nada que ver con la fundición de aluminio.

—Ah, ¿no? Entonces, ¿quién eres?

—Quería hablar contigo sobre tu hermana. Matthildur. La que falleció.

La mujer le clavó la mirada. Daba la impresión de no haber escuchado ese nombre en muchos años y no podía ocultar su asombro ante el hecho de que un absoluto desconocido hubiera entrado en su casa mencionando a Matthildur.

—Los de Reikiavik no nos dejan vivir con sus ansias de comprarlo todo —dijo por fin—. Pensaba que eras uno de ellos.

—No, no lo soy.

—En estos tiempos no pasan más que cosas extrañas.

—Ya me imagino.

—¿Quién has dicho que eras? —preguntó.

—Soy un policía de Reikiavik. Estoy de vacaciones y...

—¿De qué conoces a mi hermana? —inquirió la anciana.

—Solo he oído hablar de ella.

—¿Dónde? —preguntó la mujer con brusquedad.

—La oí mencionar por primera vez en mi infancia —le informó Erlendur— y hace poco hablé de ella con un cazador de zorros que me encontré en el páramo. Se llama Bóas. No sé si lo conoces.

—Cómo no lo voy a conocer, le di clase cuando era un chaval, el más gamberro de toda la escuela. ¿Qué tienes que ver tú con Matthildur?

—Como te digo, oí hablar de ella de pequeño y entonces le pregunté a Bóas y...

Erlendur no sabía cómo explicarle su inveterado interés por la historia de una lugareña desaparecida que, en realidad, no guardaba ninguna relación con él. Al fin y al cabo, era alguien ajeno a la familia de Matthildur y solo visitaba fugazmente el este cada muchos años. Aunque se había criado allí hasta su comunión, no conocía a la gente de la zona, no había mantenido

ningún contacto con nadie y no había regresado más que de adulto. Su vida estaba en Reikiavik, le gustara o no.

Sin embargo, una parte de él había quedado arraigada para siempre a aquel lugar: el dramático testimonio de un ser humano indefenso ante las crueles fuerzas de la naturaleza.

—... me interesan particularmente los casos de tragedias ocurridas en las montañas —concluyó sin dar más rodeos.

La mujer cambió de actitud. Le preguntó su nombre y Erlendur se presentó. Le contó que estaba de paso y que solo se iba a quedar unos días en los fiordos del este. La mujer lo saludó estrechándole la mano y se presentó como Hrund. Erlendur se asomó por la ventana para contemplar la vista y pensó que tal vez no había estado mirándolo o esperándolo sino más bien observando las torres de alta tensión que estaban construyendo por encima del pueblo y que abastecerían de energía a la enorme fundición de aluminio que se alzaba a orillas del fiordo. La anciana lo invitó a tomar asiento en el salón. Erlendur se acomodó en un viejo sofá que rechinó al sentarse y ella escogió una silla frente a él. La mujer, menuda y delgada, lo avasalló a preguntas ahora que existía cierto vínculo entre ellos. Erlendur le dio más detalles sobre su interés por las desapariciones y las muertes que tenían lugar en las montañas en condiciones adversas. Ella lo escuchaba con atención y Erlendur encauzó gradualmente la conversación hacia la desaparición de Matthildur en la tempestad de enero de 1942, en la que habían perdido la vida algunos soldados británicos.

Eran cuatro hermanas, todas hijas de un matrimonio que, a finales de los años veinte, había abandonado su pequeña finca de la vecindad de Lýtingsstaðahreppur, en Skagafjörður, en el norte, para mudarse a Reyðarfjörður. El padre tenía familiares en los fiordos del este y se había hecho cargo de la parcela de un tío suyo. Según Bóas, no había sido un gran granjero: tenía graves problemas con el alcohol y había muerto en un accidente de coche unos años después. La mujer se había quedado sola y había conseguido sacar la finca adelante con ayuda de sus vecinos; se había casado con un hombre de la región y había criado a sus hijas. Las dos mayores se habían mudado a Reikiavik, en la otra punta del país, y Matthildur se había casado con un marinero de Eskifjörður. En la época en que se había desatado la tormenta llevaban años de convivencia y no habían tenido hijos. Hrund, la pequeña, estaba casada y vivía en Reyðarfjörður.

—Todas mis hermanas están muertas —le informó—. Perdí mucha relación con las que se habían mudado a Reikiavik. Pasaban años entre visita y visita. Nos escribíamos cartas, pero, aparte de eso, no sabíamos mucho las unas de las otras. De todos modos, el hijo de Ingunn se mudó de pequeño aquí, al este. Vive en Egilsstaðir, en una residencia. Pero no estamos en contacto. No guardo más que buenos recuerdos de Matthildur, murió en la época de mi comunión. Era la más guapa para todo el mundo, pero ya sabes cómo es la gente. Quizá lo dicen porque murió. Ya te imaginarás la terrible tragedia que supuso para la familia.

—Tengo entendido que había salido de Eskifjörður con la intención de venir aquí, a Reyðarfjörður, para visitar a tu madre —señaló Erlendur.

—Eso decía Jakob, su marido. Quedó atrapada en la misma tormenta que los soldados británicos. ¿Igual conoces la historia?

Erlendur asintió.

—La búsqueda de Matthildur no dio ningún resultado. Y eso que hicieron lo imposible por encontrarla, tanto por el lado de Reyðarfjörður como por el de Eskifjörður.

—Por lo visto diluvió —explicó Erlendur— y los ríos se desbordaron de repente. Se cree que uno de los militares se había ahogado en el Eskifjarðará y que la corriente lo había arrastrado hasta el mar.

—Sí, la gente lo sabía y por eso peinaron todas las playas. Quizás el río se la llevó. Nos parecía la explicación más probable.

—Se consideró un milagro que hubieran sobrevivido tantos militares —apuntó Erlendur—. Igual la gente pensó que ya se había acabado el cupo de suerte. ¿Sabía alguien más que Matthildur se había propuesto caminar hasta Reyðarfjörður atravesando el paso? ¿Alguien más aparte de su marido?

—No lo creo. No avisó a nadie.

—¿Nadie la vio pasar por ningún sitio ni subir hacia el páramo?

—La última vez que la vieron fue al despedirse de Jakob. Según él, iba bien preparada y se había llevado comida porque contaba con pasar todo el día caminando. Se marchó muy temprano por la mañana porque quería llegar a tiempo a Reyðarfjörður. Por eso había tan poca gente despierta cuando salió. No tenía pensado parar en ningún sitio.

—Los militares aseguraron no haberla visto.

—Eso es.

—Pero recorría el mismo camino que ellos.

—Sí. Pero la tormenta impedía toda visibilidad.

—Y vuestra madre no sabía que le iba a hacer una visita, ¿no es así?

—Ya veo que Bóas te tiene muy bien informado.

—Me ha contado por encima lo que ocurrió.

—Jakob estaba...

Hrund miró por la ventana, aquella ventana desde la que pasaba los días espiando con sus prismáticos sobre el cojín de su silla. Al caer la noche, el resplandor de las obras iluminaba la oscuridad. En sus labios se dibujó una sonrisa inescrutable.

—El presente es una bestia extraña —comentó cambiando bruscamente de tema para pasar a hablar de los tiempos que cambian y de unas transformaciones que iban más allá de su capacidad de comprensión: las obras de la fundición, la construcción de la presa de Kárahnjúkar, la destrucción de espectaculares cañones excavados por ríos glaciares y el embalse que se iba a convertir en el mayor lago artificial de Islandia. No parecía estar muy contenta. Erlendur pensó en su conversación con Bóas al bajar del páramo. El cazador le había hablado de las sospechas que había suscitado el caso de Matthildur y que habían pervivido en las personas que recordaban su desaparición, si bien era cierto que la mayoría de ellas habían pasado ya a mejor vida o habían envejecido y se habían vuelto peculiares.

—Para Jakob Ragnarsson no fueron tiempos fáciles —comentó Hrund al terminar su digresión.

—¿En qué sentido? —preguntó Erlendur.

—Bueno, lo típico cuando pasa el tiempo y comienzan a correr rumores. Hasta decían que ella se le aparecía y que lo persiguió durante toda su vida. Qué estupidez. ¡Ni que mi hermana fuera un fantasma sacado de un cuento popular!

—¿Y qué pensabais en vuestra familia? ¿Había alguna razón para poner en duda su versión?

—No se hizo ninguna investigación —reparó Hrund—. Pero, como nunca encontraron a Matthildur, aumentaron las sospechas de que Jakob ocultaba algo, como te podrás imaginar. Algunos decían que realmente Matthildur huía de él cuando se metió en aquella tormenta, que nunca había planeado ir a Reyðarfjörður sino que se había marchado por su culpa. Seguro que el granuja de Bóas no se lo habrá podido callar al hablar contigo.

Erlendur negó con la cabeza.

—No lo mencionó. ¿Qué fue de Jakob? Murió en un accidente, ¿verdad?

—Se ahogó en el mar y lo enterraron en Djúpivogur. Ocurrió unos años después de la desaparición de Matthildur. Su barco naufragó en una tormenta en Eskifjörður y murieron los dos que iban a bordo.

—Y ahí terminó la historia.

—Supongo —dijo Hrund—. Nunca hallaron a Matthildur. Muchos años después desapareció un niño en el páramo. Tampoco lo encontraron. La naturaleza islandesa es implacable.

—Sí —dijo Erlendur—. Así es.

—¿También te estás informando sobre ese caso?

—No, no.

—La gente decía que el espectro de Matthildur había perseguido a Jakob hasta causarle la muerte. La llegaron a culpar del accidente. Vamos, totalmente absurdo. A los islandeses les encantan las historias de fantasmas y se lo pasan pipa inventándoselas. Hasta uno de los portadores del ataúd de Jakob dijo que había oído un gemido en su interior cuando lo enterraban. ¡Menudo disparate! Pero ahí no quedó la cosa.

—Alguna vez he oído algo acerca de los británicos —dijo Erlendur.

—También se decía que había tenido una aventura con un británico. Que estaba en «la situación», como se decía entonces, que se veía en secreto con un militar y que había huido del país con él. Supuestamente se habría sentido tan avergonzada que nunca más volvió a dar señales de vida.

—¿Habría muerto en el extranjero, entonces?

—Sí, puede que muriera poco después de marcharse. Preguntaron a los militares, pero a ninguno le sonaba ninguna historia. Porque era una tontería, claro. Como una casa.

—¿Queda algún familiar o amigo de Jakob con el que pueda hablar?

—Pues no muchos. Se trasladó aquí desde Reikiavik y al principio vivía con su tío en Djúpivogur, pero murió hace mucho. A lo mejor podrías hablar con Ezra. Era amigo de Jakob.

## 6

Está sumido en el frío y la oscuridad. Lo asaltan continuamente imágenes de personas, pensamientos y sucesos pasados que escapan a su control. Ha perdido la noción del tiempo y el espacio. Se encuentra en todas partes y en ninguna a la vez.

Está tumbado en su cuarto y lo invade una extraña calma después de la inyección. Trata en vano de luchar contra esa sensación. Siente como si la sangre dejara de circular y se le nubla la mente.

El médico le explica lo que va a hacer, pero apenas lo oye. Lucha con todas sus fuerzas y grita a todo pulmón hasta que lo agarran y lo inmovilizan en la cama. El doctor se dirige a su madre, que asiente levemente con la cabeza. Ve la jeringuilla en manos del médico y siente un doloroso pinchazo en el brazo. Poco a poco se tranquiliza.

Su madre está sentada al borde de la cama acariciándole la frente, con una expresión de insondable dolor en el rostro. Haría cualquier cosa por poner fin a su tristeza.

—¿Hay algo que nos puedas decir de tu hermano? —susurra.

Presenta heridas leves por congelación en las manos y los pies, pero no le duelen. No recuerda nada de lo ocurrido antes de haberse despertado en brazos del rescatador que trataba de obligarlo a beber leche tibia. Se turnan para bajarlo cuanto antes a un lugar caliente. Su madre recorre el último tramo y lo deja en manos del médico, que examina su estado y comienza a curarle las heridas. Le dicen que su padre está vivo. ¿Y por qué no iba a estarlo?, se pregunta. No recuerda nada. Mira a su alrededor: la casa está llena de desconocidos, fuera hay personas con *walkie-talkies* y unos palos alargados, la gente lo mira como si hubiera visto a un fantasma. Recupera progresivamente el conocimiento y comienzan a ensamblarse en su cabeza las piezas de lo ocurrido desde que salieron de casa. Al comienzo no es más que una imagen fragmentaria, pero gradualmente emerge todo el conjunto. Agarra a su madre del brazo.

—¿Dónde está Beggi? —le pregunta.

—No estaba contigo —le responde—. Lo estamos buscando en la zona donde te han encontrado.

—¿No ha vuelto a casa?

Su madre niega con la cabeza.

Es entonces cuando enloquece. Se pone de pie con la intención de salir corriendo; su madre se lo impide, pero solo consigue ponerlo más histérico. Logra zafarse y salir corriendo al pasillo, donde se topa con el médico y con dos de los hombres que lo han bajado hasta Bakkasel. Intenta librarse de ellos, pero lo agarran con fuerza tratando de hablar con él, de hacerlo razonar y calmarlo. Su madre lo abraza y le explica que un grupo de personas están buscando a su hermano Bergur y que pronto lo encontrarán, que todo irá bien. Él no le hace caso, muerde y araña intentando llegar hasta sus botas y su anorak. Pierde el control cuando le prohíben salir y al médico no le queda más remedio que suministrarle un calmante.

—¿Puedes darnos alguna pista sobre Beggi? —le pregunta de nuevo su madre una vez que él, sin fuerzas para resistirse, ha vuelto a la cama—. Es urgente, cariño.

—Llevaba a Beggi de la mano —susurra—. Lo agarré todo el rato que pude. De repente, ya no estaba conmigo. Estaba yo solo. No sé qué pasó.

—¿Hace mucho de eso?

Tiene la impresión de que su madre se halla sometida a una gran presión y de que está tratando de mantener la calma. Ha recuperado con vida a dos de tres y la idea de que Bergur se encuentre todavía en plena tormenta se le hace insoportable.

—No lo sé —responde.

—¿Aún era de día?

—Creo que sí. No lo sé. Hacía mucho frío.

—¿Sabes en qué dirección ibais? ¿Subíais o bajabais?

—No, no lo sé. Me caía todo el rato y todo era blanco y no veía nada. Me acuerdo de papá diciéndonos que debíamos volver inmediatamente. Luego desapareció.

—Ha pasado ya más de un día —le informa su madre—. Voy a subir otra vez al páramo, cariño. Necesitan más gente. Descansa. Todo irá bien. Encontraremos a Beggi. No te preocupes.

El sedante hace efecto y las reconfortantes palabras de su madre lo

apaciguan levemente. Se queda dormido y permanece unas horas ajeno a todo. Al despertarse lo rodea una extraña calma; en la casa reina un inquietante silencio. Siente como si se despertara de una larga y horrenda pesadilla, pero enseguida se da cuenta de que no es así: los recientes acontecimientos están demasiado vivos en su mente. Todavía aturdido por el medicamento, baja de la cama y sale al pasillo. La puerta del dormitorio de sus padres está cerrada. Se acerca a ella, la abre y ve a su padre sentado en el borde de la cama. Inmóvil, con la cabeza hundida en el pecho y las manos en el regazo, ni siquiera percibe la presencia del chico. Puede que esté dormido. La habitación está a oscuras. Ignora la terrible odisea que vivió su padre, no sabe que tuvo que arrastrarse a cuatro patas en los últimos metros para poder llegar a Bakkasel, congelado, sin gorro y casi inconsciente tras batallar contra el temporal.

—¿No estás buscando? —le pregunta.

Su padre no le responde y se limita a mirar fijamente sus manos inertes. Se acerca a él, le apoya una mano sobre la rodilla y repite la pregunta. Su padre parece haber envejecido muchos años. Las arrugas de la cara son más profundas. Los ojos han perdido el brillo; ahora son fríos, distantes e inexpresivos. Nunca ha visto a su padre tan afligido, solo y desconsolado como en ese momento, sentado en el borde de la cama en la oscuridad de su dormitorio. Angustiado y aterrado, se disculpa ante él con las palabras más humildes.

—No pude hacer nada —susurra—. No había nada que pudiera hacer.

Cuando Erlendur llegó, Ezra estaba sentado en un viejo cobertizo enrejado situado más abajo de su casa, golpeando pescado seco con una pequeña maza. Tras haber llamado en vano a la puerta principal, Erlendur se orientó por el sonido de los golpes, que procedían de aquel chamizo construido con restos de madera y chapa ondulada. La puerta, sujeta con un cordel, estaba entreabierta. Erlendur se acercó y se encontró con la figura encorvada de Ezra, sentado en un taburete. Agarraba la maza con una mano mientras con la otra sujetaba la cola de una pieza de eglefino seco que reposaba en una piedra gris. El anciano golpeaba rítmicamente el pescado para ablandarlo y cada mazazo hacía saltar briznas del filete. Ezra levantó la mirada sin percatarse de la presencia de Erlendur, que llevaba un rato observando su trabajo desde la puerta. De la nariz le caían gotas que se limpiaba de vez en cuando con el dorso de la mano. Llevaba puestos unos mitones de lana con dos pulgares, un gorro de cuero excesivamente grande provisto de unas orejeras que le cubrían las mejillas, un jersey tradicional islandés y un mono de trabajo marrón. Movía el grueso labio inferior, lesionado en algún accidente pasado, mientras musitaba algo incomprensible. De barba desgredada, Ezra era un hombre poco agraciado, sumamente arrugado, con un enorme y robusto mentón, una nariz prominente y unas cejas espesas que sobresalían por encima de unos diminutos ojos grises que parecían estar permanentemente húmedos. Con todo, su actitud reflejaba que era un hombre de carácter.

Cuando por fin se tomó un descanso y dejó de golpear el eglefino, levantó la mirada y vio a Erlendur junto a la puerta.

—¿Vienes a comprar pescado? —le preguntó con voz ronca y fatigada.

—¿Te queda algo por ahí? —Erlendur tenía la impresión de encontrarse de pronto en el siglo XIX.

—Algo tengo —respondió Ezra—. Buena parte la bajo a la tienda, pero te sale más barato si me lo compras a mí directamente.

—¿Es bueno? —preguntó Erlendur acercándose.

—¿Que si es bueno? —replicó Ezra con voz más firme—. No vas a encontrar otro mejor en todos los fiordos del este.

—¿Todavía usas una maza para ablandarlo?

—Es muy poca cantidad —explicó Ezra—. No merece la pena comprar maquinaria. Además, pronto estiraré la pata. De hecho, ya debería haberla estirado hace mucho.

Tras acordar la cantidad y el precio, intercambiaron unas palabras sobre el tiempo, la temporada de pesca, la presa y las obras de la fundición de aluminio, una cuestión que parecía aburrir a Ezra soberanamente.

—Por mí pueden cargárselo todo a su antojo —sentenció.

Por lo que Hrund le había contado a Erlendur, Ezra había sido siempre una persona solitaria. Nunca se había casado ni había tenido hijos, al menos que ella supiera. Había vivido en el pueblo más tiempo de lo que recordaban los más ancianos del lugar, no se entrometía en los asuntos de los demás y casi nadie se entrometía en los suyos. Había tenido distintas ocupaciones, tanto en tierra firme como en el mar, donde había faenado en solitario durante mucho tiempo. Recientemente había rebajado su ritmo de trabajo, ya que rozaba los noventa años. Con toda la buena intención del mundo, la gente trataba de convencerlo para que se fuera a vivir a una residencia, pero él no quería ni oír hablar del tema. A Ezra no le daba ningún reparo hablar con cualquiera de la inminencia de su muerte y sus palabras daban a entender que incluso tenía ganas de que se cumpliera su destino. Dejaba a un lado las tareas mascullando que tenía ya un pie en la tumba y que todo era una pérdida de tiempo. Hrund le había confesado a Erlendur que nunca había conocido una forma más extraña de desgana.

Mientras Ezra continuaba golpeando el pescado con la maza, Erlendur guio la conversación hacia los caminos de montaña y los casos de travesías accidentadas a causa de las inclemencias del tiempo.

—He estado informándome un poco sobre historias de ese tipo ocurridas en esta región —explicó.

—Ah, mira —dijo Ezra—. ¿Eres historiador?

—No, solo un aficionado —aclaró Erlendur—. He estado leyendo sobre los soldados británicos que querían atravesar el paso de Hrævarskörð. De eso hará ya más de sesenta años, ¿no?

—Me acuerdo muy bien —rememoró Ezra—. Había hablado con algunos de ellos. Unos chavales ejemplares que quedaron atrapados en una tormenta

monstruosa. Algunos murieron, pero los encontraron a todos, con o sin vida. Cosa que no siempre ocurre, he de decirte.

—Ya —dijo Erlendur.

Ezra se llevó el mitón a la nariz y le preguntó a Erlendur si quería tomar un café mientras hacían cuentas. Erlendur aceptó su invitación, caminaron juntos hasta la casa y entraron en la cocina. Ezra encendió una vieja cafetera de filtro que, a pesar de sus sonoros gorgoteos y silbidos, preparó un excelente café de intenso sabor. La cocina estaba limpia, equipada con un frigorífico viejo y una cocinilla Rafha más vieja todavía. Por la ventana se veía el final del fiordo y el páramo de Eskifjarðarheiði. Ezra fue a buscar dos tazas y las sirvió. Dejó caer cuatro terrones de azúcar en la suya y le ofreció el azucarero a Erlendur, que prefirió no endulzar su café. Una vez tocado el tema de la tragedia vivida por los británicos, la conversación dio un giro hacia el caso de la joven que había desaparecido aquella misma noche.

—Es verdad —dijo Ezra con cierta serenidad—. Matthildur, se llamaba.

—Tengo entendido que eras amigo de su marido, Jakob.

—Sí, en aquellos tiempos hacíamos cosas juntos.

—¿La conocías a ella también? ¿Los conocías a los dos?

—Claro, mucho.

—¿Mantenían una buena relación?

Ezra había conversado removiendo el café con parsimonia. De pronto se detuvo, golpeó la cucharilla varias veces contra el borde de la taza y la dejó sobre la mesa.

—No soy el primero con el que hablas, ¿verdad? —le preguntó.

—No —admitió Erlendur.

—¿Quién decías que eras?

Erlendur no se había presentado y aprovechó para hacerlo en ese momento. Le contó que vivía en Reikiavik, pero que había nacido en los fiordos del este y se interesaba por los casos de personas que se perdían o morían en las montañas, personas a las que nunca habían encontrado o de las que nunca más se había vuelto a saber nada. Ezra lo miró y cayó en la cuenta de que, al tratarse de un lugareño que se había marchado, quizás lo conociera de algo. Le preguntó dónde había vivido y cómo se llamaban sus padres. Erlendur se lo explicó. Ezra dijo acordarse bien de Sveinn y Áslaug, el matrimonio de la finca que todo el mundo conocía como Bakkasel.

—Pues entonces ya lo sabes todo de mí —concluyó Erlendur—. ¿Qué

puedes decirme de Matthildur?

—Tuvieron que mudarse —dijo Ezra, al tiempo que se inclinaba sobre la mesa de la cocina—. Sveinn y Áslaug. No podían soportar seguir viviendo bajo el páramo. No después de lo que había ocurrido. He oído que vienes de vez en cuando y subes allá arriba.

—Cierto —confirmó Erlendur—. He venido algunas veces.

—Tus padres están enterrados en el cementerio del pueblo, ¿verdad?

—Sí.

—Unas personas excelentes —comentó Ezra antes de dar un sorbo de café—. Excelentes. Él daba clases de música en el colegio de cuando en cuando, si no me equivoco. Tocaba el violín. Fue una verdadera desgracia lo que ocurrió. Alguien me dijo que te habías hecho policía en Reikiavik. ¿Por eso preguntas por Matthildur?

—No —respondió Erlendur—. Lo hago por mera curiosidad. Me interesan ese tipo de casos.

Ensimismado, Ezra se giró hacia la ventana y dejó la mirada perdida en el páramo. Lo ocultaba el mismo manto de niebla que cuando Erlendur había llegado a la región unos días atrás, después de haber conducido de un tirón desde la capital. Había sentido la necesidad de ir al este tras haber investigado el supuesto suicidio de una mujer en el Parque Nacional de Þingvellir ese mismo otoño y haber llegado a un callejón sin salida. Parte del caso guardaba relación con la hipotermia, lo que extrañamente había revivido en él el recuerdo de su hermano y la forma en que había fallecido, congelado en una devastadora tormenta desatada en las montañas que rodean Eskifjörður.

—Jakob no era lo que parecía —dijo Ezra finalmente—. No me gusta juzgar a los demás porque no estoy en posición de hacerlo, yo mismo tengo infinidad de defectos, pero la gente andaba con cuidado con él. Tenía algo. No quiero llamarlo... ejem... deshonestidad, no era exactamente eso. Dejémoslo en que no era lo que parecía. Y la gente lo percibía. Lo conocía. Aquí todo el mundo se conoce. Supongo que Reikiavik se ha hecho tan grande que ahí ya nadie conoce a nadie.

Erlendur asintió.

—Con los años empezaron a circular toda clase de rumores —continuó Ezra—. Que si él la había echado de casa, que si ella se había visto obligada a abandonar su hogar. Cosas así. Supongo que ya los habrás oído.

—Algunos.

—Más tarde murió ahogado en este mismo fiordo y fin de la historia. Después de la muerte de Matthildur, no volvió a casarse, se dio a la bebida y se echó a perder. Luego tuvo aquel accidente en el mar. Su barco se hundió. Murieron los dos que iban a bordo. Lograron arrastrar a tierra a Jakob y a su compañero, pero la embarcación se había hecho pedazos.

—¿Ocurrió aquí, en Eskifjörður?

—Sí, en la otra orilla. Se desató una tempestad al final de la jornada y el barco volcó. Era pleno invierno.

—Una cosa más sobre Matthildur: ¿no tendrían que haberla encontrado, antes o después?

—Eso lo deberías saber tú mejor que yo —respondió Ezra mirándolo fijamente con sus ojos diminutos y húmedos.

Erlendur sonrió.

—¿Qué pensó la gente que le había ocurrido? —preguntó.

—No le buscaron tres pies al gato. Los ríos habían crecido. Por el Eskifjarðará y los dos Þverá bajaba una gran cantidad de agua. Seguramente la arrastró la corriente. Ya sabrás que a uno de los soldados británicos lo hallaron en el mar. Encontraron su cuerpo de pura casualidad.

—Algo había oído.

—Supongo que ella corrió la misma suerte —concluyó Ezra con la mirada empañada—. Me parece la explicación más probable.

## 8

Erlendur disfrutaba de su taza de café cargado mientras observaba al anciano. Aunque Hrund le había dicho que Ezra había vivido solo toda su vida, podría haberlo deducido por sí mismo nada más entrar en su casa. Conocía a la perfección los indicios del individuo solitario: sobriedad, muebles viejos, ausencia de decoración y todo lo que, en definitiva, faltaba para hacer acogedor un hogar. Un gato entró paseando en la cocina y se restregó contra la pierna de Erlendur. Seguidamente, se metió debajo de la mesa, saltó sobre el regazo de Ezra, se enroscó y los observó desde allí con curiosidad. Ezra lo acarició, pensativo.

—Entonces, ¿se podría decir que la gente miraba a Jakob con malos ojos? —preguntó Erlendur finalmente.

—Sí, algo así —titubeó Ezra mientras acariciaba al gato—. Como te digo, corrieron toda clase de chismorreos. No es que la gente se los tomara muy en serio... o al menos no demasiado, pero es verdad que lo acompañaron hasta la tumba. Y todavía siguen ahí, por lo que tengo oído —añadió mirando a Erlendur.

—¿Y tú? ¿Qué pensabas?

—¿Yo? Qué más dará.

—¿No erais amigos?

—Sí.

—¿Es verdad que Matthildur quería irse de casa?

—No lo sé.

—¿Se lo preguntaste a Jakob?

—No —respondió Ezra—. Y no sé de nadie que lo hiciera. Al fin y al cabo, tampoco había razones para preguntárselo.

—Me han contado que lo acosaba después de muerta —señaló Erlendur—. ¿Tienes alguna idea de qué quería decir la gente con eso?

—Evidentemente, no eran más que tonterías. A no ser que uno crea en fantasmas. Y me da que un hombre ilustrado como tú no cree mucho en ellos.

Pero sí es cierto que no volvió a ser el mismo desde entonces. Cambió de la noche a la mañana y comenzó a evitar el trato con los demás. Quizá se echara la culpa de alguna manera. Quizá lo acosara el recuerdo de su mujer. Pero eso de que se le apareciera por casa después de su desaparición y que encima luego le causara la muerte en el mar no era más que una sarta de estupideces. Puros cotilleos.

—¿Quieres decir que la acusaban de haber volcado el barco?

—Eso decía uno de los rumores, sí. Ya ves tú el caso que se le puede hacer.

Erlendur asintió. Sabía que, en realidad, casi nadie se tomaba en serio aquellas historias. Antiguamente, la gente creía más en ellas. Formaban parte de los cuentos que habían acompañado a los islandeses durante siglos, relatos donde fantasmas, elfos, trols, rocas encantadas y seres ocultos establecían lazos invisibles entre el hombre y su entorno. En aquel entonces el hombre vivía más próximo a la naturaleza y dependía de ella. El respeto hacia la tierra y sus poderes esotéricos era el hilo conductor de cientos de leyendas populares; y ese respeto llevaba implícita la advertencia de que no debían subestimarse las fuerzas de la naturaleza. Ahí residía el mensaje de muchas de esas historias sobre tragedias ocurridas en las montañas, que Erlendur había leído una y otra vez hasta aprendérselas de memoria.

—¿Y qué opinabas tú de la forma en que la gente hablaba de Jakob?

—Me daba igual lo que dijeran.

—¿Crecisteis juntos?

—No, no soy de aquí. Y él tampoco. Teníamos la misma edad, más o menos, él era dos años mayor que yo. Era de Reikiavik, pero no hablaba mucho de sus orígenes.

Guardaron silencio.

—¿Necesitas más pescado seco? —preguntó Ezra al cabo de un rato mientras seguía acariciando al gato, que de pronto se sobresaltó y bajó al suelo de un brinco. Salió de la cocina con tanta prisa que Erlendur pensó que tal vez hubiera visto un ratón.

—No, gracias, ya tengo suficiente —respondió Erlendur levantándose—. Ya te he molestado bastante.

—Tranquilo.

—También corría el rumor de que había conocido a un soldado británico y había huido con él al extranjero.

—Ese cuento también lo conozco, pero es otra majadería. Matthildur no estaba en «la situación». De ninguna manera.

Erlendur se disponía a salir de la cocina cuando se fijó en un pequeño objeto que le llamó la atención entre un montón de cachivaches que reposaban encima del frigorífico. Lo miró fijamente antes de acercarse y observarlo con detalle. Era un cochecito de juguete descolorido y viejo que cabría en la mano de un niño. Desfondado y sin ruedas, había quedado prácticamente reducido a una simple carrocería hueca.

—¿De dónde lo has sacado? —preguntó Erlendur refiriéndose al juguete.

—Me lo encontré —le aclaró Ezra.

—¿Dónde?

—Pues creo que en la madriguera de algún zorro. Seguramente en los alrededores del monte Harðskafi.

—¿Harðskafi?

—Sí, eso creo. Hace muchísimos años. Se me había olvidado por completo que lo tenía. Lleva ahí desde que lo traje. Nunca lo tiré, no me preguntes por qué. Me pareció curioso ver una cosa así en una madriguera.

—¿Recuerdas cuándo lo encontraste?

—Pues espera a ver. Tuvo que ser hace mucho —respondió Ezra—. Supongo que en torno a 1980. No me acuerdo exactamente. Andaría cazando zorros. En aquella época se pagaban bien las colas. Ahora el zorro se mueve por ahí a sus anchas.

Erlendur no desviaba la mirada del juguete.

—¿Puedo tocarlo?

—¿Tocarlo? —repitió Ezra—. Faltaría más. Ni que fuera un museo.

Erlendur cogió el cochecito y lo examinó detenidamente.

—Te lo puedes quedar —le sugirió Ezra al darse cuenta de la conmoción que aquel pequeño objeto había causado en su invitado—. Yo no lo uso para nada. Total, estoy ya a las puertas de la muerte.

—¿No te importa?

—Claro que no, llévatelo, hombre.

—¿Encontraste algo más en la madriguera? —preguntó Erlendur guardándose el juguete en el bolsillo.

—No, que yo recuerde.

—¿Tienes idea de cómo pudo llegar hasta allí?

—Me figuro que el zorro se lo encontraría en cualquier parte, o bien se le

cayó a un pájaro del pico y fue a parar a la madriguera. O se le perdió a alguien que pasaba por allí. No hay forma de saberlo.

—¿Y dices que era por la zona de Harðskafi?

—Sí, eso seguro.

—Muchas gracias —dijo Erlendur saliendo de la casa aturdido, como hipnotizado. Se subió al coche y se marchó. Por el retrovisor vio que Ezra salía y lo seguía con la mirada mientras se alejaba. En su cabeza resonaban las palabras de Bóas: «En las madrigueras de los zorros puedes encontrar lo más extraño».

Sentado en el interior del coche, Erlendur fumaba un cigarrillo tras otro con la ventanilla entreabierta para no llenar el vehículo de humo. No tenía hambre y no le apetecía degustar todavía el pescado seco de Ezra, que descansaba en el asiento delantero. Había bajado hasta la orilla del mar para ver cómo la luz del día daba paso al crepúsculo. Observó el enorme carguero que se adentraba lentamente en las aguas del fiordo y reflexionó sobre la capacidad de la gran industria para transformar radicalmente la rutina diaria. Por todas partes brotaban edificios, tiendas y nuevas carreteras: la vida florecía. A diferencia de Bóas y Hrund, los pocos lugareños con los que había hablado estaban muy satisfechos con las obras: los empleados de las tiendas, los trabajadores del puerto, los chicos de la gasolinera. Todos descendían de sucesivas generaciones que siempre había vivido en los fiordos del este y ahora veían producirse un cambio tan vertiginoso que apenas podían asimilarlo. «La región se estaba muriendo —le habían dicho— pero ahora han llegado otros tiempos, mucho mejores». «Que son otros está claro», había respondido él.

Pensó en Matthildur, desaparecida en plena tempestad, y en los soldados británicos que habían luchado por salvar sus vidas esa misma noche. Se imaginó la situación en el paso de Hrävarskörð. Allí es donde la excursión de los militares había dado un giro inesperado y se había transformado en una odisea mortal. No estaban familiarizados con el terreno ni con la meteorología. En lugar de regresar, habían continuado subiendo, negándose a sucumbir ante las inclemencias de aquel desconocido rincón del mundo al que los había llevado la guerra. Sin embargo, antes de terminar el día se habían visto obligados a aceptar su derrota.

Pese a ir mejor preparada, Matthildur nunca debió haber emprendido aquella caminata. Se contaban un sinnúmero de historias de personas que, negándose a afrontar la realidad, salían de excursión sin hacer caso de los consejos de los demás y, en definitiva, sin hacer caso del sentido común.

¿Habría sido ese el caso de Matthildur? En muchas ocasiones no se observaba el menor indicio de peligro al comenzar la travesía: buenas condiciones meteorológicas, un sendero transitable y una distancia razonable que podía completarse en un solo día o incluso menos. La gente se ponía en marcha confiada, pero, a mitad de camino, la muerte asaltaba de repente. Tal vez ese hubiera sido el caso de Matthildur.

Según Ezra, Matthildur era una mujer robusta y sin duda habría ido bien equipada. Llevaba comida para el camino y tenía planeado hacer al menos una parada. Se había despedido de su marido a primera hora de la mañana y había salido hacia el páramo con resolución. Al mismo tiempo, los soldados británicos se preparaban para ponerse en camino. Probablemente les habían aconsejado atravesar el paso, que era el trayecto más corto. Al estallar la tormenta, de unas dimensiones que los jóvenes jamás habían conocido, el grupo se había dispersado y cada uno había luchado por su cuenta para ponerse a salvo. Matthildur se habría hallado en la misma situación. Seguramente había querido retroceder y bajar por el mismo camino, pero puede que se hubiera caído al río y la corriente la hubiera arrastrado hasta el mar, como le había ocurrido a uno de los militares. Quizá por eso no encontraron nunca el cadáver.

Otra posibilidad era que nunca hubiese subido al páramo.

No sería el primero en considerar esa posibilidad. Bóas y Hrund ya lo habían insinuado sin más pruebas que unos simples rumores. Pero sus palabras no habían caído en saco roto. Hacía tiempo que Erlendur sostenía la teoría de que tras algunas de las numerosas desapariciones en las montañas se ocultaba algún que otro crimen. Una historia ocurrida durante la Segunda Guerra Mundial corroboraba su hipótesis. Unos años atrás había investigado el hallazgo de unos huesos en Grafarholt, un barrio entonces en construcción a las afueras de Reikiavik. Un padre de familia había sido asesinado y enterrado cerca de su casa. Según su mujer, que había sufrido violencia doméstica durante años, había desaparecido en una tormenta. No había sabido nada de él desde el momento en que lo vio salir de casa dispuesto a ir hasta Selfoss a través de Hellisheiði. Al darlo por muerto, el caso no había sido objeto de una mayor investigación. Unas décadas después salió a la luz la verdad cuando hallaron su tumba cerca de donde antiguamente había estado la casa del matrimonio.

Tras apagar un nuevo cigarrillo, Erlendur hurgó en el bolsillo de su

chaqueta, sacó aquella vieja carcasa que una vez había sido un coche de juguete y la apoyó sobre el salpicadero. Había preferido esperar hasta estudiarlo con más detalle, sin tener claro si le iba a servir de algo. Pasó un rato contemplando aquel objeto desgastado, descolorido e irreconocible.

Recordaba bien el aspecto original de ese tipo de cochecitos: pintados de un rojo brillante, con las ruedas blancas y unas ventanillas por las que un niño podía ver los asientos delanteros y un volante diminuto. Bergur tenía uno así. Erlendur se acordaba del día en que había llegado a casa, a Bakkasel. Su padre había tocado en un baile celebrado en Seyðisfjörður y les había comprado un juguete a cada uno. Erlendur coleccionaba soldaditos de plomo y había recibido uno armado con un fusil con bayoneta. Todo el soldado estaba pintado de verde, excepto las botas negras y la cara rosa pálido, en la que se podían distinguir todos los rasgos. Tenía otros mejor acabados: el rosa de la cara había salpicado el casco, tenía las manos verdes como el uniforme y apenas se aguantaba de pie. A Bergur le había tocado el coche y se había enamorado de él inmediatamente, tan pequeñito y reluciente con su volante en miniatura. Aunque Erlendur se divertía jugando con su soldado y lo colocaba al frente de su colección, le daba envidia el coche de su hermano.

Erlendur se fumó otro cigarrillo mientras observaba aquel objeto apoyado sobre el salpicadero que le traía recuerdos del pasado. El descomunal carguero pasó ante sus ojos. Iluminado y decorado como un árbol de Navidad, alumbraba la oscuridad del otoño y llevaba la prosperidad a aquel recóndito lugar.

Había tratado de persuadir a Bergur para que le cambiara el coche por el soldadito, pero su hermano ni se lo planteaba. Le había ofrecido tres soldados, pero Bergur se había limitado a negar con la cabeza mientras seguía jugando con su coche, del que apenas se separaba. Un día Erlendur lo había cogido para mirarlo y jugar con él, pero Beggi le había pedido inmediatamente que se lo devolviera. Hasta entonces nunca se habían peleado; aquella había sido la primera riña que habían tenido. Erlendur le había lanzado el coche, pero a Beggi se le había escapado y había ido a parar al suelo con un ruido metálico. Ambos se habían asustado y habían comprobado si había sufrido algún daño. A pesar de la tentadora oferta, Beggi había preferido conservar el coche y Erlendur no había tenido más remedio que resignarse.

Apagó el cigarrillo. No había dejado el motor en marcha, así que el

interior del vehículo estaba frío y húmedo. Los cristales se habían empañado y no se veía nada. Envuelto en una áspera humareda, tosió y se limpió la boca. No tenía forma de comprobar que aquel objeto fuera el juguete de Beggi. Era imposible asegurarlo, lo sabía mejor que nadie. Pero, en el caso de que aquel pedazo de metal desgastado que Ezra se había encontrado en la madriguera de un zorro en Harðskafi hubiera sido una vez el cochecito rojo de Bergur, aquel era el primer indicio que encontraba del fatídico destino que había aguardado a su hermano en el páramo.

La riña había tenido lugar dos semanas antes de la tragedia.

Para entonces, aún le daba envidia el coche de Bergur.

Ha entrado a hurtadillas en el dormitorio de sus padres en busca de apoyo y consuelo, pero su padre no responde. Solo guarda silencio sentado en la cama, inexpresivo, frío y distante, como ya lo ha visto otras veces. Así transcurre un largo rato.

—Todo irá bien —dice finalmente Erlendur con cautela.

Se encuentra mucho más tranquilo que durante su anterior lucha encarnizada por volver a subir al páramo. Le duelen los dedos y los pies, sobre todo allí donde las heridas por congelación son más graves. Por lo demás, se halla en perfecto estado y no parece haber sufrido lesiones durante su odisea.

A veces no se atreve a molestar a su padre porque conoce su temperamento. A Beggi le ocurre lo mismo. Los dos hermanos perciben que en ocasiones su padre necesita estar tranquilo, alejado del ruido y del escándalo que acompaña a los niños. A veces se concede un descanso y se recluye para tocar el violín en el salón, donde los pequeños casi nunca pueden entrar. También tiene dos armónicas y sabe tocar otros instrumentos, como el acordeón. Alguna que otra vez le piden que toque en fiestas y bailes, cosa que no le entusiasma especialmente porque nada le aburre más que los borrachos. Prefiere tocar el órgano en la iglesia cuando el organista no puede hacerlo y le encanta dar clases de música en el colegio, aunque sea ocasionalmente. También ha reunido a músicos de los fiordos del este para fundar una pequeña orquesta de cuerda. Uno de ellos toca la guitarra y a Erlendur le divierten más sus melodías que las del violín de su padre: el guitarrista también regenta una pequeña tienda de discos y, al estar al corriente de la actualidad musical, interpreta siempre los éxitos del momento.

Su padre guarda el violín dentro de un delicado estuche en el armario de su dormitorio y casi cada día se acomoda en el salón frente a sus partituras. Sus horas de práctica varían y a veces deja que los chicos lo miren si les apetece. Otras veces los echa fuera y se encierra. Cuando afina el violín y

«calienta las cuerdas», el instrumento chirría de tal manera que tienen que taparse los oídos. A menudo toca con ligereza y las cuerdas vibran al ritmo de una cadencia vivaz que inunda la casa de un sonido claro y limpio. En otras ocasiones, no arranca de sus cuerdas más que un oscuro y melancólico anhelo de valentía y empuje.

Hay épocas mejores que otras y Erlendur aprende a conocer a su padre. Pero hasta más tarde no entenderá que, en aquella época, su padre se enfrentaba a una profunda depresión. Trata de iniciar a los hermanos en el mundo de la música enseñándoles a tocar un instrumento, pero enseguida se da cuenta de que ninguno siente un interés especial. Aprenden ciertas nociones básicas, pero les falta motivación y pasión para continuar. No los obliga, dice que tiene sentido, y simplemente espera que más adelante se interesen por la música.

Criado entre melodías de acordeón y cantos corales, le regalaron una armónica en la adolescencia y se mudó a Akureyri para estudiar música. No a todos los jóvenes se les presentaba una oportunidad así en aquellos años difíciles y la realidad fue que finalmente se vio obligado a abandonar sus estudios y regresar a casa. Casi siempre tocaba instrumentos prestados, también en clase, pero siempre había soñado con hacerse con el rey de las cuerdas y tener su propio violín. Ahorró hasta poder comprarse uno de segunda mano que, según le habían dicho, vendían en Höfn. Fue poco después de que Beggi llegara al mundo.

La economía de la familia de Bakkasel es precaria y apenas se permiten lujos. La escasez les impone una vida austera. La producción agrícola es modesta, pero las clases de música dan algo de dinero y, cuando hace falta, la madre aumenta los ingresos trabajando en la factoría de pescado. Los regalos se dan estrictamente en Navidad y en los cumpleaños. Aun así, cuando ocasionalmente asoma el sol y su padre está de buen humor, compra un par de detalles para darles una alegría a sus hijos y compensar los momentos difíciles. No son más que pequeñas baratijas, pero son valiosas a los ojos de los niños, que aprecian la buena intención.

Cuando se agudiza la depresión, su padre se mete en la cama y no sale del dormitorio. Entonces no pueden hacer el menor ruido en casa. Su estado suele acentuarse en Navidades y Año Nuevo, en la época más dura y oscura del invierno, cuando da la sensación de que el sol no volverá a salir nunca más. Los días de eterna penumbra se suceden unos a otros y el violín se

queda guardado en el estuche a solas con sus melodías de alegrías y de tristezas.

Su padre sabe que han encontrado vivo a uno de sus hijos, pero no le basta para romper su aislamiento y mitigar su angustia. Sabe mejor que nadie con qué brutalidad golpeaba la tempestad. Tras haber luchado por salvar su vida, se encontraba al filo de la muerte cuando le quedaban escasos metros para llegar a casa. No responde a Erlendur, por mucho que este haya entrado en busca de consuelo. El hijo pequeño continúa desaparecido y lo único que ocupa su mente es el miedo a que esté muerto.

Erlendur aguarda junto a su padre, cuya indiferencia alimenta sus incipientes sospechas de que ha hecho algo mal. Evitando pensar en lo que podrá ser exactamente, lo que quiere es confirmar que está equivocado, que no podría haber hecho las cosas de otra manera. Pero su padre guarda un silencio sepulcral. Ni siquiera lo mira. El hecho de que al menos lo hayan encontrado a él con vida no parece reconfortarlo. El silencio se vuelve insoportable. Es casi peor que estar tirado en el páramo, azotado por el vendaval.

—Perdón —dice con un hilillo de voz—. Yo no quería... no debería haber...

Su padre levanta la cabeza y se gira hacia él.

—¿Qué llevas ahí?

—Me lo diste tú, es un soldadito de plomo —dice abriendo la mano para enseñárselo a su padre—. A Beggi le diste un cochecito.

—¿De qué estás hablando?

—A mí me diste un soldado y a Beggi un coche de juguete.

—Ah, ¿sí?

—Se llevó el cochecito cuando salimos. Lo guardaba dentro de un guante.

Pasó casi toda la noche desvelado en la casa abandonada pensando en todo lo acontecido antes de que su hermano y él acompañaran a su padre al páramo. Salvo alguna cabezada ocasional en el calor de su saco, apenas había conseguido pegar ojo. Cansado, se levantó entumecido y con sueño. Trató de calentarse junto a la lámpara de gas, desayunó tres galletas de avena y se sirvió café en la tapa de plástico de su termo. Había comprado el café la noche anterior en una tienda del pueblo, donde lo había atendido un veinteañero bastante simpático pero un tanto descarado. El chico se había empeñado en darle conversación, pero Erlendur no estaba por la labor.

—¿Tienes algo que ver con la fundición? —le había preguntado al reparar en que Erlendur era de fuera.

—No —había respondido bruscamente—. También querría tres paquetes de Viceroy.

El joven, vestido con unos vaqueros rotos y una camiseta rajada, había abierto un cajón y había dejado los cigarrillos sobre la mesa.

—Entonces, ¿trabajas en la presa?

—No. ¿Me pones café en el termo?

—Te lo puedes servir tú mismo —le había indicado señalando hacia una cafetera con la jarra medio llena que reposaba sobre una mesa más bien sucia en un rincón de la tienda—. Es gratis. ¿A qué te dedicas, entonces?

Erlendur había llenado su termo y había pagado el tabaco. El dependiente había observado sus movimientos y, viendo que se avecinaban más preguntas, Erlendur se había apresurado hacia la puerta.

—¿Eres el tío de la casa abandon...? —había escuchado Erlendur mientras salía y se cerraba la puerta.

—Insolente —había murmurado Erlendur tras el portazo.

Terminado su café matutino, se encaminó hacia Egilsstaðir por la carretera que rodeaba el pico Hólmatindur. Contempló el ajetreo de las obras de la fundición en Reyðarfjörður antes de bordear la montaña Suðurfell y el

río Fagradalsá para continuar después por el valle Fagridalur, un paraje de belleza inigualable, hasta llegar a Egilsstaðir. Condujo sin prisas. Aunque el tráfico era fluido, los camiones que circulaban en ambos sentidos echaban a perder la calma de la mañana.

Encontró el hogar de la tercera edad con facilidad y al llegar preguntó por el hombre a quien quería ver: Kjartan Halldórsson. Le indicaron que hablara con una empleada y esta lo condujo hasta una pequeña sala de estar donde un hombre de unos setenta años veía unos dibujos animados en la televisión. La chica se inclinó hacia él.

—Tienes una visita, Kjartan —le dijo en un tono cantarín, como si se dirigiera a un niño pequeño.

El hombre se incorporó en la butaca.

—Ah... —balbuceó.

—¿La digo que pase? —le preguntó la chica con un pasmoso laísmo.

Erlendur le dio las gracias y saludó al anciano, un hombre de pelo grueso y gris, con unas manos esqueléticas castigadas por el trabajo. Parecía demasiado débil y anquilosado para su edad. Comenzaron hablando de todo un poco y el hombre le contó a Erlendur que había perdido la visión en un ojo.

—Sí, me estoy quedando ciego de este lado —explicó Kjartan.

—Qué faena —dijo Erlendur por decir algo.

—Sí, una lata. Y más porque la visión del otro ojo también va de mal en peor. Pensaron que lo mejor era meterme en una residencia, no vaya a ser que tenga un accidente. Ya casi no veo ni la pantalla.

Erlendur asumió que se refería a la televisión y continuó conversando con él sobre sus problemas de visión hasta que fue al grano y le explicó que estaba reuniendo información sobre personas desaparecidas en las montañas de los fiordos del este y que había oído que una tía suya, Matthildur, había fallecido en su camino desde Eskifjörður hacia Reyðarfjörður en enero de 1942.

De fondo se escuchaba en una radio la nostálgica melodía de *Vor í Vaglaskógi*, entre otros grandes éxitos de toda la vida.

—Sí... sí, así es —afirmó Kjartan, aparentemente contento de poder ayudar, aunque fuera poco—. Era hermana de mi madre, pero nunca la conocí.

—¿Te acuerdas del caso?

—No, me temo que no. Yo era un crío cuando ocurrió y, además, vivía en Reikiavik. Pero sí recuerdo haber oído hablar de la tragedia. Tendría unos siete años. Mi madre era la mayor de las hermanas. Se mudó de joven a Reikiavik y me tuvo allí.

—Entiendo.

—Me marché pronto de casa. Fundé una familia. Comencé a trabajar en el mar. En aquel entonces podíamos pescar tanto como quisiéramos. Ahora es solo cosa de ricos.

—¿Y te mudaste al este?

—Sí, mi mujer era de aquí. Pero nunca he tenido mucho trato con mis familiares. Apenas los conozco.

—Matthildur murió la misma noche en que se extraviaron los soldados británicos —señaló Erlendur.

—Así es —confirmó Kjartan—. Se desató una tormenta huracanada en el páramo, de esas en las que uno no puede ni tenerse en pie. Una tormenta letal.

—¿La buscaron durante mucho tiempo?

—Unos días, por lo que oí. Pero, claro, no sirvió de nada.

—¿Recuerdas haber oído a tu madre mencionar el accidente? ¿Te acuerdas de algo que te llamara la atención? ¿Algo fuera de lo normal?

—No, que yo recuerde.

—¿La oíste alguna vez hablar de Matthildur? Por ejemplo, de cómo le iba o de si se llevaba bien con su hermana.

—La verdad es que no hablaba mucho de ella. Mi madre vivía en Reikiavik y en aquel entonces las carreteras eran como eran.

—Me preguntaba si a lo mejor conservas algo de tu madre o de tus tías que guarde alguna relación con Matthildur —dijo Erlendur. También le había hecho esa pregunta a Hrund, pero ella no conservaba nada. Presumiblemente, Matthildur había mantenido contacto por correspondencia con las dos hermanas que se habían mudado a Reikiavik, pero Hrund no recordaba haber oído nada de ninguna carta.

—Cuatro cosas —respondió Kjartan pensativo.

—¿Sabes si Matthildur se escribía con tu madre en aquellos años?

—Mi hermana me envió un baúl después de morir nuestra madre y me dijo que lo podía tirar si quería. Estaba lleno de papelajos: contratos de alquiler, facturas viejas y declaraciones de la renta. Recuerdo que había

guardado también un montón de periódicos. Nuestra madre no tiraba nada. No sé con qué fin me lo envió mi hermana. A mí no me servía para nada. También había algunas cartas, pero nunca me paré a leerlas.

—¿Nunca las leíste?

—Madre mía, anda que no tenía yo otras cosas mejores que hacer.

—¿Y ese baúl existe todavía?

—Creo que sí —dijo el anciano—. Mi hijo guarda las pocas pertenencias que tengo. Puedes hablar con él. ¿Vas a escribir sobre la tormenta aquella?

—Quién sabe —respondió Erlendur.

El hijo de Kjartan se llamaba Eyþór, y Erlendur llegó a su domicilio pasado el mediodía. Vivía en un inmueble unifamiliar, no muy lejos del instituto de secundaria, y se había escapado del trabajo para comer en casa. Trabajaba en una consultora que prestaba sus servicios a la presa de Kárahnjúkar. Erlendur repitió una vez más su discurso sobre las investigaciones que realizaba en torno a casos de tragedias ocurridas en las montañas y le explicó que había visitado a su padre, quien le había dado permiso para echar un vistazo a un viejo baúl que guardaba en su casa.

Intrigado por su historia, el hijo le preguntó al respecto y se interesó por saber si pensaba escribir algún libro. Erlendur eludió la cuestión procurando no mentir. Eyþór le confesó que no sabía por qué guardaba aquel baúl. Debería haberse deshecho de él al tirar todos los trastos de su padre cuando este entró en la residencia. Alguna vez le había echado un vistazo, pero no había visto más que un montón de papeles y se había dicho que la próxima vez que ordenara el garaje se lo quitaría de en medio.

—¿Cómo le va, por cierto? —preguntó Eyþór. Erlendur tardó unos segundos en comprender que se refería a su padre.

—Pues creo que bastante bien —respondió Erlendur.

—Está cada vez peor de la vista.

—Eso me ha parecido entender.

—Hace mucho que no voy a verlo —le informó el hijo—. Es lo que tiene estar construyendo la presa más grande de Europa, que no te deja tiempo para nada más. ¿No podrías pasarte esta noche? Ahora se me está haciendo tarde.

—En un rato salgo hacia Reikiavik —comentó Erlendur con la esperanza de que funcionara su excusa—, así que habría que dejarlo para otro momento.

Eyþór se lo pensó unos segundos. Sonó su móvil. Miró la pantalla y rechazó la llamada.

—Bueno, ven conmigo.

El baúl estaba escondido en el garaje, enterrado bajo una montaña de

bártulos que Eyþór fue apartando: neumáticos de verano, botes de pintura y herramientas de jardín. Dijo que no sabía exactamente lo que había dentro y que no tenía tiempo de quedarse con él. En todo caso, su hijo pequeño andaba por ahí si necesitaba ayuda; iba al instituto y se había pasado por casa entre clase y clase, si Erlendur lo entendió correctamente. Erlendur le agradeció la comprensión, le pidió disculpas por las molestias y dijo que no tardaría mucho.

El hombre se marchó en su todoterreno dejando a Erlendur frente al baúl, con la puerta del garaje abierta. Comenzó a llover. Cogió un gran sobre de color marrón que contenía las declaraciones de la renta desde 1972 hasta 1977 y lo dejó sobre el banco de herramientas. Lo siguiente que vio fueron dos gastados libros de salmos. Los hojeó y los apoyó encima del sobre. A continuación descubrió tres tomos de una vieja publicación islandesa y una pila considerable de periódicos amarillentos, sobre todo de *Tíminn*.

—¿Qué haces aquí? —oyó preguntar detrás de él y se giró hacia el estudiante, que volvía a clase después de su pausa.

—Buenos días. Estoy investigando casos de tragedias ocurridas en las montañas de los fiordos del este.

—¿Aquí, en nuestro garaje?

—Hay un caso relacionado con una tía tuya que murió congelada.

—¿Congelada?

—Sí.

—¿En serio la congelaron?

—No. Murió por congelación, en la intemperie. Perdió la vida haciendo una excursión por la montaña.

—Aaah.

El muchacho pasó de largo y bajó la calle, desgarrado, con un pantalón medio bajado que dejaba asomar los calzoncillos. «¿Qué va a ser de nosotros?», se preguntó Erlendur mientras veía al chico doblar la esquina.

Continuó sacando revistas y folletos del baúl hasta que dio con unas cartas. Las cogió. Algunas eran de las hermanas de Ingunn, otras de su madre y otras de algunas amigas suyas. Matthildur le había escrito a su hermana por última vez unos tres meses antes de su desaparición. En su carta le contaba las últimas noticias de la región y le daba detalles sobre el tiempo, decía que el otoño estaba siendo muy inestable y que el invierno estaba ya a la vuelta de la esquina. Tenía ganas de que llegaran las Navidades y se estaba haciendo

un vestido para las fiestas. Las cartas anteriores tampoco tocaban temas de gran importancia y no daban a entender nada acerca de la relación con Jakob, su marido. Erlendur sabía que eso no implicaba nada. Las personas no dejan escritos todos sus pensamientos y los envían por ahí.

«Estuve en un baile con Ninna —contaba en una carta fechada dos años antes de su muerte—, y nos lo pasamos en grande. La orquesta era de aquí, del este, y tocaron canciones de ahora y de toda la vida. ¡Ninna y yo bailamos hasta quemar las suelas! Al principio a los chicos les daba vergüenza sacarnos a bailar. Estaba ese tal Jakob que ya conoces y estuve hablando un buen rato con él después del baile. Ahora vive en Eskifjörður».

Una vez revisado el baúl, Erlendur no sabía mucho más sobre Jakob y Matthildur. Guardó lo que había sacado procurando dejarlo todo tal y como estaba. Entonces se le ocurrió examinar los periódicos y hojeó los ejemplares de *Tíminn*. No entendía por qué la hermana de Matthildur habría querido conservar tantos números del diario portavoz del Partido Progresista. Entre noticias sobre reñidos debates políticos y acuerdos propuestos por los sindicatos agrícolas, se intercalaban otras sobre el periodo de parto de las ovejas y la cosecha del heno. Uno de los ejemplares cubría la noticia de la tragedia que habían vivido las tropas de Reyðarfjörður y se informaba en un pequeño recuadro de la desaparición de Matthildur esa misma noche.

En otro número se publicaba un obituario de Jakob. Erlendur dedujo que el autor era un amigo suyo llamado Pétur Alfreðsson. En él se citaba vagamente la procedencia de su familia: Hornafjörður, en el este, y Reikiavik, su ciudad natal. Tras la pertinente enumeración de sus virtudes, se mencionaba que Jakob había perdido a su joven mujer en una terrible tempestad, que no se había vuelto a casar y que no había tenido hijos. Al final del texto se describían las circunstancias de su muerte: fallecido en un temporal, el mar lo había arrastrado a tierra junto con su compañero. Los dos cuerpos se habían guardado en el antiguo almacén de hielo de Eskifjörður antes de darles sepultura.

Pero no fue el contenido del obituario lo que más le llamó la atención a Erlendur sino la palabra escrita sobre el texto con un lápiz de punta gruesa. Todavía era perfectamente legible.

SINVERGÜENZA.

Como en su visita anterior, Hrund espiaba desde la ventana el lugar destinado a la futura construcción de las torres de alta tensión. Aunque las obras de la fundición no llegaban a verse, detrás de la casa se apreciaba un mar de luces procedente de la planta industrial. Vio a Erlendur aparcar y llamar a la puerta. En esa ocasión, se levantó de la silla para abrirle y lo invitó a pasar. Lo acompañó hasta el salón, donde recuperó su asiento junto a la ventana.

—Este momento del día es una preciosidad —comentó—. Cuando se oculta el sol.

—No puedo estar más de acuerdo —ratificó Erlendur mientras se acomodaba.

Con las luces apagadas y una manta sobre los hombros, Hrund contemplaba la vista inmersa en la penumbra del crepúsculo. El alumbrado de las farolas proyectaba su sombra en la pared y Erlendur se quedó absorto mirando su silueta. Hrund no mostraba ningún interés por el motivo de su visita y, al parecer, consideraba lo más normal del mundo tener a un total desconocido sentado en su salón.

—Hoy he ido a Egilsstaðir —anunció Erlendur por fin.

—Ah —dijo Hrund—. ¿Me lo quieres contar? Sírvete café si quieres, queda algo en la jarra. Tienes tazas en el armario de encima del fregadero.

Erlendur se levantó y entró en la cocina para servirse un café. Cuando volvió, Hrund había desviado la mirada de la ventana y lo esperaba con gesto expectante.

—Supongo que todavía estás indagando sobre Matthildur.

—Así es.

—Entonces habrás visitado a mi sobrino —adivinó—. ¿Estaba en la residencia?

Erlendur asintió.

—Nunca he tenido trato con él. Cosas de la vida.

—Ocurre a menudo —comentó Erlendur pensando en la familia que él

mismo había construido—. Está bien de salud. Aunque ciego de un ojo. Me ha dado permiso para rebuscar en un baúl de tu hermana Ingunn y he encontrado algunas cartas.

—¿Te han servido de algo?

—No mucho, la verdad.

—Lamentablemente no tengo ninguna carta de Matthildur, si es eso lo que andas buscando.

—No, lo sé, pero me preguntaba si podrían quedar cosas de Matthildur en algún lugar, algún objeto personal, puede que alguna fotografía.

—No sé de ninguna cosa suya, pero tengo una fotografía en la que salimos las cuatro hermanas, a ver si la encuentro —dijo Hrund levantándose y dirigiéndose a su dormitorio.

Erlendur se sentía mal por causarle tantas molestias, pero pensó que a fin de cuentas estaba sola y le vendría bien algo de compañía, aunque él no fuera precisamente la persona más interesante del mundo.

Hrund regresó con dos cajas de zapatos en los brazos. Se sentó en el salón y comenzó a revolver en su interior.

—No está en ningún álbum —le explicó—. Siempre me ha dado pereza clasificar todas estas fotos. Mi marido murió, ¿te lo había dicho ya?

—No —respondió Erlendur.

Bóas le había contado que Hrund era viuda. Sus dos hijos se habían marchado a estudiar a Reikiavik y solo venían al este de visita.

—Aquí hay fotos de él que ni recordaba. Y en esta salimos las cuatro durante la siega.

Le tendió a Erlendur una foto desgastada en blanco y negro. El dorso había comenzado a amarillarse y parecía manchada de café. Las cuatro hermanas posaban en un henar con rastrillos en la mano. Era un día soleado de verano y sonreían radiantes a la cámara. Llevaban vestido y dos de ellas lucían un pañuelo en la cabeza. Colocadas una junto a otra frente al fotógrafo, irradiaban alegría en aquel día estival, lejano en la memoria.

—Mamá nos hizo la foto —comentó Hrund—. La cámara era de su segundo marido, Þorbjörn. Yo salgo a la izquierda del todo, la benjamina. La más joven con diferencia. Luego viene Ingunn, la del pañuelo, después Matthildur y por último Jóa, la buena de Jóhanna.

Las caras se veían algo borrosas, pero Erlendur pudo distinguir la mirada profunda y el aire decidido de Matthildur. Erlendur buscó la fecha, pero no la

encontró por ninguna parte.

—Nos la haría unos ocho años antes de que muriera Matthildur —añadió Hrund como si le hubiera leído la mente—. En plena crisis.

—Ingunn y Jóhanna se mudaron a Reikiavik. ¿Tomaron la decisión a la vez?

—No, primero se marchó Jóhanna y luego Ingunn, poco después de esa foto. Todo cambió en un visto y no visto. Vivíamos las cuatro en casa tan ricamente y de la noche a la mañana estábamos separadas. En un abrir y cerrar de ojos, todo dejó de ser como antes.

—¿Recuerdas a una amiga de Matthildur a la que llamaban Ninna? —preguntó Erlendur.

—Claro que me acuerdo de ella. Un cielo de chica. Creo que todavía está viva. Deberías hablar con ella. Y se llama Ninna de verdad, no es ningún diminutivo.

—¿Ha vivido siempre en los fiordos del este?

—Sí. Matthildur y ella eran muy buenas amigas. Amigas de la infancia.

—A lo mejor trato de localizarla —dijo Erlendur levantándose—. En fin, no voy a quedarme aquí toda la noche molestándote.

—No te preocupes —dijo Hrund—. No pensaba ir a ninguna parte. La verdad es que no entiendo cómo un desconocido puede mostrar ese interés por Matthildur. ¿Es que vas a escribir un libro?

—No —respondió Erlendur sonriendo—. No va a haber ningún libro. Otra cosa: ¿se conocían de algo Ingunn y Jakob antes de que este comenzara su relación con Matthildur?

—¿Ingunn y Jakob? ¿Por qué lo preguntas?

Erlendur pensó si debía mencionarle la carta de Matthildur que había encontrado en el baúl y la palabra «sinvergüenza» escrita sobre el obituario de Jakob. Nada indicaba que la hubiera escrito la propia Ingunn, podía haberlo hecho otra persona. De hecho, el periódico no tenía por qué ser suyo, alguien se lo podía haber enviado.

—Se me ha ocurrido, sin más. Estoy seguro de que a unas hermanas tan guapas no les faltaban pretendientes.

—¿Qué has averiguado? —preguntó Hrund sin caer en la estrategia de Erlendur para no alarmarla.

—Nada —se apresuró a responder al notar que la actitud de la mujer había cambiado repentinamente.

—¿No estarás... husmeado en mi familia? —preguntó.

Erlendur veía que la conversación iba por mal camino, pero no sabía cómo salir del atolladero. Cansado, tras una noche sin dormir y un largo día de viaje, no estaba especialmente concentrado.

—No, para nada —respondió, aunque sabía que su voz no sonaba demasiado convincente.

—Que sepas que no me parece nada bien que metas las narices así en nuestros asuntos. No estoy dispuesta a que llegues aquí y empieces a preguntar por los miembros de mi familia como cualquier... policía. ¡No lo voy a permitir!

—No, claro —se disculpó Erlendur—. Perdona si te he podido ofender de alguna manera...

—¿Qué buscas? —preguntó Hrund, realmente alterada—. ¿Qué estás tratando de desenterrar en nuestra familia? ¿Qué tiene que ver todo esto con historias de tragedias en las montañas?

—Nada —dijo Erlendur—. Nada de nada. Tú misma mencionaste los rumores en torno a Jakob, que la gente decía que Matthildur lo había perseguido después de muerta.

—Te dije que no eran más que chismorreos. ¿De verdad te tomas en serio unos rumores de los tiempos de Maricastaña?

—No, pero...

—Y no creo en apariciones de fantasmas.

—Yo tampoco.

—Me parece que deberías marcharte.

Erlendur se despidió de Hrund apresuradamente. Salió de la casa y se subió al coche sin girarse, sabiendo que la anciana le estaba clavando la mirada desde la ventana con unos ojos que echaban chispas.

Se detuvo de nuevo junto a la fundición de aluminio para observar el ajetreo de las obras. La construcción de los descomunales edificios que albergarían los crisoles estaba bastante avanzada y una horda de obreros trabajaba a contrarreloj, día y noche. El brillo de las luces iluminaba el atardecer confiriendo al paisaje un tono misterioso, desconocido y extraño. La incesante actividad contrastaba radicalmente con la paz de la naturaleza circundante, el angosto fiordo y el reflejo de las cumbres nevadas en las aguas serenas del océano.

De nuevo le invade la extraña sensación de que está tumbado en la casa abandonada y alguien lo visita continuamente. Debe de ser una alucinación. Sabe que ya no está en la antigua finca. Se ha ido. De lo contrario, no habría visto el cielo estrellado.

A menos que las estrellas hayan sido también un espejismo.

Mira hacia la entrada, pero no ve más que una densa oscuridad. Estira el brazo hasta notar el tacto áspero y húmedo de la pared. Sabe que lleva una linterna; la busca a tientas y la enciende. La luz es muy tenue. Solo proyecta un débil resplandor sobre lo que lo rodea: el acceso sin puerta al recibidor, la ventana rota que deja entrar un viento gélido, el techo medio derruido. Siente la fuerte presencia de alguien que no puede ver.

—¿Quién está ahí? —pregunta sin obtener respuesta.

Se levanta y camina lentamente, guiándose por el haz de la linterna. No distingue ningún rastro del viajero que recuerda haber visto junto al recibidor, ese hombre misterioso que había encendido un fuego y había hablado con él como si lo conociera. A pesar de que esa imagen se ha desvanecido, su mente alberga la extraña idea de que todo está por ocurrir.

Donde antiguamente se encontraba el sofá del salón, ha improvisado una cama con un colchón fino, dos mantas y una mochila que le sirve de almohada. Junto a ella hay unas botas de montaña desgastadas y una bolsa de basura con restos de comida. No lleva mucho equipaje y trata de no ensuciar. Aunque ahora la casa no es más que una helada estructura de cemento expuesta a los elementos, se mueve por ella con el mismo respeto que le habían inculcado sus padres cuando vivía allí toda la familia.

—¿Hay alguien ahí? —pregunta en voz baja.

La casa le responde con el aullido del viento, el chirrido de la puerta que sobrevive estoicamente fijada a sus bisagras y el crujido de dos placas de chapa ondulada que todavía cuelgan del tejado con asombrosa perseverancia. Se adentra en el recibidor e ilumina a través de la puerta el exterior de la casa

antes de continuar por la cocina. Los rayos de su linterna se atenúan y todo se oscurece gradualmente a su alrededor. La luz vacila al alumbrar unas repisas vacías. Recuerda que antes había una mesa bajo la ventana desde la que se veían las vaquerizas y el pajar y, más arriba, el páramo y las montañas. Cada día comenzaba en torno a esa mesa y terminaba allí al anochecer.

—¿Hay alguien ahí? —repite en un susurro.

Sale de la cocina y entra en un pequeño pasillo que da acceso a la habitación de matrimonio y el cuarto que compartía con su hermano. No puede pasar al dormitorio de sus padres porque el techo se ha derrumbado sobre la puerta y una parte del pasillo. Es ahí dentro donde se había encontrado a su padre desconsolado tras haber bajado del páramo y haber escapado de la tempestad más muerto que vivo. Había dado a sus dos hijos por perdidos, consciente de que seguían atrapados en el temporal. Nadie conocía mejor que él las crueles condiciones que se estaban dando en el páramo y estaba exhausto. Con el rostro lacerado por el frío, se miraba el regazo mientras los equipos de rescate se reunían en su casa.

—¿Hay alguien ahí? —susurra por tercera vez.

Sigue sin obtener respuesta. El haz de la linterna se debilita aún más y comienza a parpadear. La golpea contra la palma de la mano y la luz brilla durante un instante. La batería se está agotando. Se adentra en el cuarto que compartía con su hermano e ilumina las paredes donde en otros tiempos estaban sus camas, separadas por una mesilla. Recuerda también un pequeño armario y una alfombra cálida que les protegía los pies del suelo helado.

Ahora en su cuarto solo hay oscuridad.

Se convence de que no hay nadie más en la casa. La presencia que ha percibido ha sido un mero espejismo. No queda nadie más que él. Da media vuelta y pasa de nuevo por delante de la cocina y la entrada hasta regresar al salón, donde se apaga la linterna. Al golpearla otra vez contra la palma de la mano, un tenue resplandor ilumina la pared de enfrente. La sombra de una persona tiembla en la penumbra y ve al hombre durante un instante: está de espaldas con la cabeza agachada, como en señal de rendición. La visión lo sobrecoge y hace que se le caiga la linterna al suelo y se apague de nuevo.

Se agacha y la busca a tientas hasta que la encuentra. La golpea tres veces contra el suelo y una luz brillante ilumina fugazmente el salón antes de apagarse del todo. Mira frenéticamente a su alrededor, pero el hombre ha desaparecido.

—¿Qué quieres de mí? —susurra, inmerso en la más absoluta oscuridad.

Está tumbado con los ojos entreabiertos. No sabe cuánto tiempo hace que ha dejado de tiritar. Ya no siente el frío; tampoco siente las manos ni los pies. Sabe que enseguida se quedará dormido por mucho que trate de combatir el sueño. Quiere mantenerse consciente todo el tiempo que pueda, pero sus fuerzas se debilitan. Recuerda que ha visto las estrellas tumbado en la nieve.

Presiente a través del frío que ha perdido la razón.

Mientras conducía con tranquilidad hacia la granja de Bóas, Erlendur vio que el anciano salía a la entrada para esperarlo. No había estado antes en su casa: aunque se hubieran ido juntos de caza, Bóas no dejaba de ser un desconocido. Sin embargo, le parecía que tenía razones personales para visitar a aquel campesino que había intentado servirse en el café la leche de una zorra muerta.

Bóas lo observó recorrer lentamente el camino y se acercó para recibirlo en camisa y alpargatas. Sostenía una pipa en la boca. Había reconocido el todoterreno azul que desde hacía unos días veía aparcado en la vieja finca de Bakkasel. Erlendur bajó del coche y se saludaron con un apretón de manos.

—No me entra en la cabeza que andes ahí metido, en esa casa abandonada —admitió Bóas invitándolo a pasar—. Por las noches empieza a hacer un frío que pela.

—No me quejo —replicó Erlendur.

—No soy muy buen anfitrión, así que tendrás que contentarte con un café —reparó Bóas, mientras le explicaba que su mujer se encontraba en Egilsstaðir visitando a unos parientes que, por lo que Erlendur pudo deducir, no le caían especialmente bien.

Se sentaron en la cocina, limpia y ordenada. Bóas dejó dos tazas sobre la mesa y sirvió el café. Aderezó el suyo con una generosa dosis de leche hasta que adquirió un tono marrón claro y se enfrió ligeramente. Luego se sentó, le dio unas caladas a su pipa y despotricó contra las presas, las fundiciones de aluminio y el puñetero capitalismo que había vuelto imbéciles a los políticos.

—¿Has averiguado algo sobre Matthildur? —preguntó sin rodeos, como si Erlendur dirigiera una investigación oficial sobre aquella desaparición ocurrida más de sesenta años atrás.

—No, nada —respondió Erlendur encendiéndose un cigarrillo para acompañar a Bóas—. Porque no hay nada nuevo. Murió en aquella tormenta. No sería la primera vez que ocurre una desgracia así.

—Ya, me temo que no —admitió Bóas antes de dar un sorbo a su café aclarado por la leche—. No sería la primera vez.

—¿Sabes más cosas de sus hermanas? Dos se mudaron a Reikiavik y luego está la que vive en Reyðarfjörður.

—A Hrund la conozco bien, faltaba más —afirmó Bóas—. Una mujer muy honrada. ¿Has hablado con ella?

Erlendur asintió con la cabeza.

—Ya veo que tienes interés.

—¿Oíste alguna vez algún comentario sobre el matrimonio de Matthildur y Jakob? ¿Sabes si a sus hermanas les parecía bien que se casara con él?

—¿Qué has averiguado? —preguntó Bóas sin disimular su curiosidad.

—Nada —respondió Erlendur.

—Mientes como un bellaco —replicó Bóas—. No recuerdo haber oído nada sobre ello. ¿Si les parecía bien? ¿A alguna en concreto? ¿Por qué?

—Te lo pregunto porque no lo sé —aclaró Erlendur—. ¿Conocías a un hombre llamado Pétur Alfreðsson? Me imagino que ya habrá fallecido.

—Sí, me acuerdo de él. Era marinero. Murió hace mucho. ¿Qué ocurre con Pétur?

—Escribió un obituario sobre Jakob en *Tíminn*. El único que le dedicaron. Lo he comprobado en la biblioteca de Egilsstaðir. Pétur lo describía como un hombre lleno de virtudes y mencionaba que había perdido a su mujer unos años antes.

—Ajá, ya veo.

—¿Pétur tenía hijos?

—Sí, creo que tres. Sé que una de sus hijas vivía en Fáskrúðsfjörður y supongo que todavía sigue ahí. Estaba metida en política municipal. Sus otros hijos se mudarían a Reikiavik, digo yo. Llevo años sin saber nada de ellos.

—¿Te suena una mujer llamada Ninna? No es ningún diminutivo, la bautizaron con ese nombre. Era amiga de Matthildur y la menciona en una carta. Fueron juntas a un baile donde también estaba Jakob.

—No recuerdo a ninguna Ninna —señaló Bóas—. ¿Se supone que vive en Eskifjörður?

—No lo sé. Tampoco creo que sea tan importante. Solo es un nombre en una carta. Probablemente fuera testigo del momento en que Matthildur y Jakob comenzaron a verse. También hablé con un viejo amigo de Jakob llamado Ezra.

—Está visto que esta historia te interesa un carajo —ironizó Bóas con una sonrisa—. Haría mejor en preguntarte con quién no has hablado. Será que hice que te entrara el gusanillo —añadió jactándose.

—¿Conoces a Ezra?

—Ezra es muy mayor y su cuerpo ya no es el que era. Ahora no se le nota, pero en sus tiempos era un hombre de pelo en pecho, vigoroso, valiente y combativo, como se decía en las sagas. Nunca le debió nada a nadie.

El cazador de zorros mostraba una evidente admiración hacia Ezra. Bóas se levantó de la silla e inició una larga perorata sobre la falta actual de hombres que tuvieran la dureza y la lozanía de Ezra. Jamás había conocido a un mayor experto en cuestiones de caza y pesca: zorros, renos, perdices, ocas, bacalao, eglefino. Ninguno se le escapaba.

—¿Cómo te recibió? —preguntó Bóas.

—Muy bien, la verdad —respondió Erlendur—. Le compré un pescado seco excelente.

—Prepara un pescado insuperable —señaló Bóas—. ¿Te habló de las obras?

—No tocó el tema.

—No, esa es la cuestión, que no sé cómo se posiciona. Ezra no habla mucho de sí mismo. Nunca lo ha hecho.

—¿Sabes si faenó con Jakob alguna vez? —quiso saber Erlendur.

—No lo sé, tendrías que preguntar por ahí. Ezra ha hecho de todo. Por ejemplo, estuvo a cargo del almacén de hielo de Eskifjörður durante mucho tiempo. Creo que empezó a trabajar allí cuando la guerra.

Erlendur se lo pensó antes de cambiar de conversación. No estaba seguro de hacerlo porque no tenía claro si quería obtener más pistas del rastro que tanto tiempo había estado siguiendo. Percatándose de que algo lo preocupaba, Bóas no lo atosigó. Erlendur sacó del bolsillo el objeto que Ezra había hallado en una madriguera de los alrededores de Harðskafi.

—Me habías dicho que en las madrigueras de los zorros se pueden encontrar las cosas más extrañas.

—Efectivamente —corroboró Bóas.

Erlendur le mostró el juguete.

—Ezra encontró esto cerca del monte Harðskafi. Creo que mi hermano pudo haber tenido uno parecido.

—Ajá —dijo Bóas.

—Pensando en tu comentario, se me había ocurrido preguntarte, ya que cazas zorros y conoces bien la zona, si tú también te has encontrado alguna vez algo similar. O restos de ropa. Cosas por el estilo.

Bóas cogió el juguete.

—¿Crees que era de tu hermano?

—No tiene por qué. Mi padre le había regalado un cochecito parecido. Me preguntaba si podrías mantener los ojos bien abiertos. No hoy ni mañana, sino cuando vayas de caza y explores alguna madriguera. ¿Te importaría comprobar si encuentras algo dentro?

—¿Algo como esto, dices? —preguntó Bóas.

Erlendur asintió.

—O restos —añadió.

—¿Restos de huesos?

Erlendur recuperó el juguete y se lo guardó en el bolsillo de la chaqueta. Había tratado de expulsar esa idea de su cabeza. Cada vez que lo invadía ese pensamiento, visualizaba mentalmente los restos del cordero muerto que había hallado una vez en el páramo, prácticamente devorado y con las órbitas huecas, vaciadas por los cuervos.

—¿Podrías avisarme si encuentras algo, por poco que sea?

—Yo aquí veo varias posibilidades —expuso Bóas—. O sea, si realmente estamos hablando del juguete de tu hermano. Puede que se le cayera al salir de casa y que un cuervo se lo llevara volando hasta la montaña. O puede que tu hermano lo llevara consigo cuando desapareció y que un zorro se encontrara con el cuerpo y el juguete.

—Sé que llevaba el cochecito —aseguró Erlendur.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé. ¿Me avisarás entonces si encuentras algo?

—Claro, por supuesto —afirmó Bóas—. Pero nunca he encontrado cosas de ese tipo, si eso te sirve de ayuda.

Guardaron un largo silencio hasta que Bóas se encorvó ligeramente hacia él para preguntarle:

—¿Qué esperas encontrar?

—Nada —respondió Erlendur.

Cuando Erlendur regresó a la casa abandonada y se sentó al calor de la

lámpara de gas, sacó el obituario publicado en el ejemplar de *Tíminn* que se había llevado del baúl de Egilsstaðir. Leyó el texto atentamente y se detuvo en las líneas donde se mencionaba el antiguo almacén de hielo de Eskifjörður. Se informó de nuevo acerca de la muerte de Jakob y de la decisión de guardar tanto su cadáver como el de su compañero en el viejo edificio. Entonces recordó lo que Bóas le había contado sobre Ezra. Lo más seguro era que, en aquel entonces, el anciano trabajara en el almacén y se hubiera encargado de recibir los cadáveres y cuidar de ellos.

Al día siguiente, hacia el mediodía, Erlendur llegó a la población de Fáskrúðsfjörður. Había recorrido la carretera que bordeaba Reyðarfjörður, la playa Sléttuströnd y la montaña Reyðarfjall. Podría haber optado por el nuevo túnel que comunicaba ambos fiordos, inaugurado a finales de ese mismo verano, pero prefirió seguir usando la carretera de siempre, aunque fuera más larga. Las temperaturas habían descendido drásticamente por la noche y las casas habían amanecido cubiertas de nieve. Los copos caían sin cesar en la calma de la mañana y el estado resbaladizo de las carreteras dificultaba la conducción. Era la primera nevada del otoño y la acompañaba esa extraña serenidad que reina cuando la nieve se posa lentamente sobre los tejados y el paisaje, como cubierto por una gruesa manta, adquiere poco a poco una suave blancura.

Sabía que, si seguía aumentando el frío y comenzaba a soplar el viento, la casa abandonada se volvería prácticamente inhabitable. Al hallarse a merced de los elementos, la nieve se acumularía en su interior, levantada por las ráfagas de aire. Y para eso lo mismo daba dormir directamente a cielo descubierto. Pensó que tal vez había llegado el momento de regresar a casa, poner rumbo a Reikiavik y darlo todo por terminado ahora que el invierno estaba llegando. Pero no estaba del todo seguro. Tenía la impresión de que le quedaban algunos asuntos pendientes en aquel lugar, aunque no sabía exactamente cuáles.

Erlendur paró en una gasolinera, llenó el tanque y le preguntó a una de las dependientas si conocía a una mujer del pueblo llamada Gréta Pétursdóttir. Las tres chicas del mostrador no daban abasto con el trabajo: la tienda estaba atestada de camioneros y obreros; dos hombres trajeados se inclinaban sobre la pantalla de sus portátiles. Erlendur había leído que el tráfico que atravesaba el nuevo túnel entre Fáskrúðsfjörður y las obras de Reyðarfjörður había superado cualquier expectativa. Él no quería ser uno más.

—Pues no. Pero espera —dijo la chica—, voy a preguntar.

La joven trazó una gruesa línea de mostaza sobre un perrito caliente con cebolla y lo dejó sobre el mostrador. Tras sacar la cuenta mentalmente, llamó a otra chica para preguntarle si conocía a Gréta. En cuanto oyó la respuesta, recordó quién era la mujer por la que le acababan de preguntar. Le cobró el perrito caliente al cliente y se giró hacia Erlendur:

—Perdona, me estaba confundiendo con otra. La Gréta por la que preguntas trabaja en la piscina.

Erlendur asintió y le dio las gracias. Condujo por las calles bajo la nevada hasta encontrar el recinto. La piscina era cubierta y el olor a cloro le invadió las fosas nasales nada más entrar. Sentada en la recepción, una mujer entrada en carnes, canosa y de unos sesenta años, leía las noticias en Internet. De fondo se escuchaban voces de niños que gritaban y a Erlendur le vinieron inmediatamente a la cabeza las clases de natación del colegio.

—¿Para uno? —preguntó la mujer desviando la mirada del ordenador. En la placa identificativa se leía «Gréta».

—¿Perdona? —preguntó Erlendur.

—¿No vas a la piscina?

—No, no voy a la piscina —aclaró Erlendur—. Estoy buscando a Gréta Pétursdóttir.

—Soy yo.

Erlendur se presentó y la informó de su interés por los casos de tragedias ocurridas en las montañas. Le explicó que estaba investigando el caso de los militares británicos de Reyðarfjörður que habían quedado atrapados en una tormenta desatada en el paso de Hrævarskörð, donde algunos habían perdido la vida. Según sus averiguaciones, una mujer de Eskifjörður, Matthildur, había fallecido en la misma zona esa misma noche. Estaba casada con Jakob, un amigo de Pétur, el padre de Gréta y autor del obituario.

La mujer lo miraba con calma mientras se lo explicaba, pero Erlendur se percató enseguida de que se había perdido.

—¿Quién decías que eras? —preguntó.

—Estoy buscando información sobre historias de ese tipo ocurridas en los fiordos del este.

Erlendur le contó de nuevo lo sucedido mencionándole otra vez a Matthildur, Jakob y Pétur. La mujer pareció situarse por fin. Gréta despachó a un par de niños que entraron en la recepción y atendió a los que iban saliendo de los vestuarios. Al regresar la calma, la mujer le preguntó si quería un café.

Erlendur aceptó y se sentaron a una mesita. Por medio de gestos y sonidos extraños, Gréta le pidió a un hombre vestido con zuecos y pantalones blancos que ocupara su puesto.

—Es que es polaco —explicó.

—Ah —dijo Erlendur—. Supongo que trabajarán muchos extranjeros por aquí.

—Por aquí y por todas partes, también en Reikiavik. Te encuentras con uno a cada paso que das. Me parece que sé de qué caso hablas —comentó la mujer antes de dar un sorbo de su café insípido—. Aunque, bueno, ocurrió antes de mis tiempos, así que no sé si te voy a poder ser de mucha ayuda. Se me hace raro que hayas venido a hablar conmigo —añadió.

—¿Conservas algún recuerdo de Jakob? —preguntó Erlendur.

—Prácticamente ninguno. Murió hacia 1950, ¿no? Yo no era más que una niña. Pero papá hablaba mucho de él. Eran muy amigos y habían trabajado juntos, los dos eran pescadores. Creo que aún tengo ese obituario. Mi padre escribió algunos y los conservó. Salió en *Tíminn*, ¿verdad?

—Sí. ¿Eran más o menos de la misma edad?

—Sí. Mi padre era unos años más joven, pero no se llevaban mucho. Hablaba a menudo del día en que murió Jakob. Se había desatado una tormenta devastadora y la gente miraba impotente desde la costa sin poder hacer otra cosa que arrastrar a tierra los dos cuerpos.

—Guardaron los cadáveres en el almacén de hielo, si no me equivoco —señaló Erlendur—. En Eskifjörður.

—Seguramente. Mi padre me contó que los habían enterrado enseguida, uno o dos días después del naufragio. Se hizo todo muy rápido ya que no tenían ni mujer ni hijos, o eso dijo mi padre, creo.

—¿Solía hablar tu padre de Matthildur?

—Muy rara vez.

—¿O quizá de su matrimonio?

—¿El matrimonio de Jakob y Matthildur? No, que yo recuerde. Saltaron todo tipo de rumores que mi padre no se tomaba en serio. Por ejemplo, que ella lo había acosado después de muerta y hasta que fue la causante del naufragio.

—¿Qué crees que pudo motivar los rumores?

—No sé. ¿No es típico de los islandeses? Todas esas paparruchadas sobre fantasmas, elfos y trols. Siempre es lo mismo, ¿no?

—Supongo.

—Además, como nunca encontraron a Matthildur, los rumores nunca se acallaron.

—Seguro que eso influyó —observó Erlendur, a quien le costaba creer en casualidades y supersticiones.

—Tú no crees en esas cosas, ¿verdad? —preguntó Gréta acariciándose la cruz de plata que llevaba colgada del cuello.

—Se podría decir que no —respondió Erlendur.

Los gritos de los niños se habían apaciguado. A través de la puerta, Erlendur vio a la profesora de natación, una chica joven arrodillada junto al borde de la piscina, dando instrucciones a sus alumnos para que nadaran de espaldas.

—Antes no todo el mundo aprendía a nadar —comentó Gréta, después de que Erlendur observara la clase durante un momento—. Creo que mi padre me dijo que Jakob no sabía.

—¿Qué más cosas te contó sobre él?

—Una vez me dijo que a Jakob le había ocurrido lo que más le aterraba. Luego citó unos versos de los *Salmos de la Pasión*.

—¿Qué versos?

—¿Cómo eran...? —Gréta reflexionó—. «Aquello de lo que más se previno, se lo deparó el destino».

—¿Refiriéndose a Jakob?

—Sí. Sufría de claustrofobia. No sé ni si se usaba ese término en aquel entonces, pero la descripción de papá encajaba. Apenas se podía cerrar la puerta de una habitación si él estaba dentro. Mi padre no sabía de dónde le venía ese miedo, pero parece que esa era su peor pesadilla: quedarse encerrado. Asfixiarse o algo.

—¿Insinúas entonces que alguna vez se vio en esa situación?

—Sí, al menos una. De joven, cuando papá y él trabajaron juntos unos meses en un matadero de Reikiavik. Ahí es donde se conocieron. Eran los comienzos de la crisis y cualquier trabajo era bienvenido. A Jakob le habían asignado el ahumadero.

—¿Ahumaba carne?

—Sí. Y se quedó encerrado.

—¿En el ahumadero?

Gréta asintió.

—Según papá, un compañero de trabajo le había gastado una broma, obviamente alguien que no conocía su problema.

—Quizá nadie lo conociera.

—No, seguramente no. Por lo visto, enloqueció dentro del ahumadero. Cuando por fin abrieron la puerta, se abalanzó sobre el primer hombre que encontró con la intención de matarlo. Tuvieron que reducirlo. Tenía las manos ensangrentadas de haber rascado la puerta desesperadamente. Según papá, era de acero.

—Tuvo que ser horrible.

—Papá no había visto en su vida una cosa igual y Jakob no quiso mencionar nunca el tema. Una vez trató de preguntarle qué había ocurrido exactamente, pero él no dijo ni una palabra.

—¿Conocía tu padre más detalles sobre la desaparición de Matthildur? —le preguntó Erlendur—. ¿Te contó algo en concreto?

—No, no sabía nada. Fue simplemente una desgracia.

—¿Sabes cómo reaccionó Jakob?

—Estaba desolado, naturalmente —explicó Gréta—. Se organizó una gran búsqueda para encontrarla a ella y a los militares británicos. Jakob participó y a él se unieron papá y todos los que se encontraban en condiciones de hacerlo. Papá pasó mucho tiempo con él después de lo ocurrido y le dio la impresión de que Jakob había cambiado. Se había vuelto un neurótico. Era irascible y difícil de tratar. Se transformó.

—Tengo entendido que Jakob no era lo que aparentaba —comentó Erlendur recordando las palabras de Ezra.

—Eso es la primera vez que lo oigo. Mi padre nunca dijo algo así de él.

—Tuvo que ser un golpe muy duro —remarcó Erlendur—. ¿Conoces a una mujer llamada Ninna? —preguntó—. Ya debe de ser bastante mayor, si es que todavía vive. Ninna es su verdadero nombre de pila, pero no la encuentro en la guía telefónica.

—La única Ninna que conozco vive en la residencia del pueblo —le informó Gréta—. Trabajé allí una vez. No sé si es la misma mujer por la que preguntas, pero en todo caso es muy anciana.

La nieve caía con más intensidad cuando Erlendur llegó a la residencia de ancianos de Fáskfrúðsfjörður. Se encendió un cigarrillo en el coche y contempló la nevada. Todavía reinaba la misma calma y se concedió unos minutos para terminar de fumar.

Pensó en las excursiones que había hecho desde que había llegado de Reikiavik. Partiendo desde el fondo de Eskifjörður, había subido hasta el páramo bordeando primero las montañas y ascendiendo después por las laderas. Su único equipamiento consistía en unas botas de montaña viejas, unos pantalones de lluvia, un cortavientos grueso y un saco de dormir cargado al hombro. Fue a la vuelta de una de esas excursiones cuando se había encontrado con Bóas en el risco Urðarklettur y se había animado a acompañarlo. Solía caminar desde primera hora de la mañana hasta el anochecer, pero alguna vez había pernoctado al aire libre y había dormido sobre el musgo con la única compañía de los pájaros. Le gustaba tumbarse para mirar las estrellas con la cabeza apoyada en su saco y reflexionar sobre las teorías que sostenían que el Universo seguía expandiéndose en el vacío. Disfrutaba contemplando el cielo nocturno y su brillante océano de cuerpos celestes mientras reflexionaba sobre aquellas inabarcables distancias que escapaban a su comprensión. Pensar en la inmensidad le concedía un momento de calma y solaz.

No era la primera vez que se tumbaba en el brezal para contemplar el firmamento escuchando el canto de las aves. Recordaba bien su primera visita al este después de que su familia se mudara a Reikiavik. Fue después de fallecer su padre, cuya última voluntad había sido que lo enterraran en su tierra natal. Erlendur y su madre habían viajado en avión hasta Egilsstaðir con el cadáver y desde allí habían transportado el ataúd en una *pick-up* recorriendo el camino de grava que accedía a Eskifjörður. Recordaba lo poco digna que le había parecido esa forma de trasladar el féretro. Sentados en la cabina del vehículo, su madre y él escuchaban el incesante parloteo del

conductor, que, además de hablar por los codos, llevaba la música de la radio puesta. Pero si a Erlendur le habían entrado ganas de pedirle que mostrara algo más de consideración, a su madre no había parecido importarle. En la iglesia se había celebrado un modesto acto al que habían acudido muy pocas personas. Era un día entre semana y el funeral no se había anunciado más que una sola vez por la radio. Tampoco se habían publicado obituarios. Finalmente, se habían quedado los dos solos en el cementerio, frente a la tumba abierta. Una cruz blanca con una placa negra de metal esperaba en el suelo a que la clavaran en la tierra.

—Que Dios te bendiga —había escuchado susurrar a su madre.

Más tarde ese mismo día la había acompañado a su vieja casa de Bakkasel, que había permanecido abandonada desde su mudanza a Reikiavik. Se había deteriorado con asombrosa rapidez: las puertas abiertas, las ventanas rotas e indicios de que había entrado el ganado. Conmocionada, su madre había recorrido las habitaciones como si su vida en aquella casa perteneciera a otro mundo. Un mundo que ya no existía. A Erlendur le había sorprendido la entereza que había mostrado. No le había visto gestos de emoción ante la muerte prematura de su padre y había organizado el funeral tal y como a él le hubiera gustado. No había derramado ni una lágrima por el camino, no la había irritado la continua cháchara del conductor y había guardado un silencio sepulcral en el cementerio. Solo se había limitado a susurrar aquel «Que Dios te bendiga». Pero al explorar la casa, observar su decadencia y recordar los tiempos en que habían vivido juntos, había parecido salir de su estupor y había roto por fin su hermetismo.

—Pero ¿qué ha pasado aquí? —había susurrado.

—Vámonos —había dicho Erlendur.

—Esto me supera —había murmurado ella en un tono casi imperceptible.

—Venga, vamos.

Aquella noche, Erlendur había subido al páramo mientras su madre descansaba. Había caminado hasta las faldas del monte Harðskafi para tumbarse y contemplar el cielo, iluminado por el sol de medianoche. No era más que un niño cuando la familia había decidido mudarse y, al haber regresado después de tantos años, lo invadían sentimientos encontrados. Entrar en la casa abandonada le había traído a la memoria recuerdos olvidados y reprimidos. En el fondo, sabía que había estado rehuyendo aquel lugar. Había evitado pensar en él y volver a verlo. El sol de medianoche no lo

reconfortaba. Más bien todo lo contrario: iluminaba lo más duro y doloroso de su regreso a casa. Aunque tampoco le importaba en exceso. Al fin y al cabo, estaba convencido de que nunca llegaría a ser feliz.

Erlendur apagó otro cigarrillo en el interior del coche. Observó la nieve tapizar el suelo de blanco, como la promesa de un nuevo comienzo, y maldijo para sus adentros cualquier tragedia que ocurriera en el mundo.

Ninna, una anciana de ochenta y cinco años particularmente baja, leía la Biblia sentada en su dormitorio. Erlendur la había localizado con ayuda de una empleada de la limpieza. Prefería no tener que dar largas explicaciones al personal de administración sobre sus motivos para visitar a Ninna. La chica le indicó dónde estaba su habitación y la encontró sin dificultad.

—¿Quién eres? —le preguntó a Erlendur con una voz nítida al verlo entrar en la habitación.

—Me llamo Erlendur y me gustaría hablar un momento contigo — anunció.

—Recibo muy pocas visitas —señaló Ninna. Estaba sentada en el borde de la cama con la Biblia en las manos. Su pelo largo y canoso le caía hasta la espalda—. Aunque el otro día vino una chica para darme el tostón sobre métodos tradicionales de ganadería. Me explicó que estaba grabando a personas mayores como yo para el Museo Nacional de Islandia. Le dije a la pobrecilla que no estaba para esas boberías y que iba lista si quería llevarme al Museo Nacional. ¡Que, si quería, me podía meter ahí después de muerta!

—Ninna es un nombre poco común, ¿no? —comentó Erlendur para tantear a la mujer.

Se rodeaba de escasos objetos personales: ni fotografías de familiares ni ornamentos para alegrar la estancia, salvo dos reproducciones viejas en las paredes. Tenía la cama hecha y sobre la mesilla reposaba un vaso de agua medio lleno.

—¿Y eso qué más dará? —preguntó la anciana cerrando la Biblia—. ¿Para qué has venido a verme, hijo?

Erlendur decidió dejarse de zalamerías.

—Estoy investigando lo que ocurrió la fatídica noche de enero de 1942, aquella en que los soldados británicos se vieron atrapados en una tormenta en el páramo de Eskifjarðarheiði. ¿Te acuerdas?

—Cómo no me voy a acordar.

—Esa misma noche murió una mujer que creo que era amiga tuya.

—Matthildur, sí. Pobre Matthildur. ¿Tienes alguna relación con ella?

—No, la verdad.

—Matthildur era una mujer formidable —comentó Ninna—. Éramos grandes amigas y su pérdida fue una verdadera tragedia. Algunos decían que se había suicidado, pero eso no tenía ni pies ni cabeza.

—Ah, ¿sí? —preguntó Erlendur. Aquello era una novedad.

—Decían que se había tirado al mar, que nunca había subido al páramo porque, de lo contrario, se habría encontrado con los británicos. Menuda tontería. No había visibilidad y los soldados no sabían ni dónde estaban. No tenía ningún sentido.

—¿Que Matthildur se hubiera quitado la vida?

—No lo habría hecho nunca —aseveró Ninna con determinación—. No tenía ninguna razón para hacerlo. Ni una ni media. La conocía muy bien. Esa idea era una estupidez como la copa de un pino.

—¿Qué crees que pasó?

—Pues digo yo que murió en aquella tormenta, ¿no? Ni que fuera la primera vez que ocurre algo así en este país.

—¿Conocías a su marido, Jakob?

—Yo iba con ella cuando se conocieron. Era de Reikiavik y vivió un tiempo en Djúpivogur. Apenas sabían el uno del otro.

—¿Qué clase de hombre era?

—Siempre pensé que Matthildur se merecía algo mejor —explicó Ninna—. Pero nunca le dije nada. Ni a él tampoco. No era de mi incumbencia, ni siquiera cuando se destapó todo. Era mi amiga y no la voy a juzgar. Yo misma también acabé con un mamarracho, pero no querría hablar mal de mi Viggó.

Ninna posó en Erlendur su mirada de anciana.

—Lo peor es cuando esos desgraciados empujan el codo.

Erlendur sonrió para sus adentros.

—¿Ni siquiera cuando se destapó todo? —repitió.

—Sí.

—¿Qué es lo que se destapó?

—Que las dos habían estado con el mismo hombre.

—¿Las dos? ¿Quiénes?

—No al mismo tiempo, claro. Matthildur lo conoció después.

—Un momento. Jakob conocía a su hermana —dijo Erlendur, al recordar lo que había leído en la carta que Matthildur le había enviado a Ingunn.

—Jakob e Ingunn tuvieron un lío una vez, pero duró poco y para entonces ya había terminado. Matthildur me dijo que su hermana se había opuesto firmemente a que se casara con él. Fue en esa época cuando Ingunn se mudó a Reikiavik. Y me da que Jakob tuvo algo que ver con que se marchara. Pero ¿qué sabré yo? No era asunto mío.

En el obituario sobre Jakob que había guardado Ingunn, alguien había escrito en grande la palabra «sinvergüenza». Era evidente que quien lo había escrito estaba poseído por la rabia. No tenía por qué haber sido Ingunn, pero de las palabras de Ninna se desprendía que las probabilidades eran muy altas. Ingunn y Jakob se habían conocido antes de que ella se mudara a Reikiavik para empezar una nueva vida y el destino había querido que su hermana se casara con él. A juzgar por la carta, Matthildur sabía que Ingunn y Jakob se conocían, pero probablemente desconocía el tipo de relación que habían mantenido.

—¿Sabía Matthildur de la relación entre Ingunn y Jakob? —preguntó Erlendur.

—¡Que si lo sabía! Todo se descubrió después de casarse. Fue entonces cuando salieron a la luz las consecuencias.

—¿Consecuencias?

—En realidad, la noticia no corrió mucho por ahí. Yo lo sabía. Y quizás algunos más también. Ingunn se mudó y apenas se la volvió a ver por el este.

—¿Qué es lo que sabías?

—Lo del hijo —aclaró Ninna—. Ingunn y Jakob tuvieron un hijo. Mi pobre Matthildur quedó destrozada cuando se enteró. Totalmente destrozada.

Ingunn no reveló quién era el padre del niño y no le habló a nadie de su situación. Al descubrir que estaba embarazada, tomó la decisión de mudarse a la capital. Se planteó el aborto y contactó con personas que se lo podían practicar, pero, llegado el momento, cambió de opinión. Encontró trabajo en una factoría de pescado y pasó una dura época como madre soltera hasta que conoció al capataz de una naviera y se casó con él. Juntos fundaron una familia y tuvieron tres hijos más. Nunca volvió la vista atrás ni regresó a Reyðarfjörður ni a cualquier otro lugar del este mientras Jakob aún vivía.

Se vieron una vez poco antes de mudarse a Reikiavik e Ingunn le comunicó que creía estar embarazada de él. Jakob lo puso en duda inmediatamente. Habían trabajado juntos un verano en que Ingunn había conseguido un empleo temporal en Djúpivogur y se habían acostado una noche al final de la temporada. Se había enamorado de él y le había parecido un hombre maravilloso hasta que demostró ser todo lo contrario. Él había perdido todo interés por ella después de aquella noche y había acabado diciéndole abiertamente que dejara de perseguirlo. De ese modo había puesto fin a su relación antes incluso de que comenzara. Al quedar con él para confesarle que esperaban un hijo, Jakob montó en cólera. Dijo que nunca podría demostrar que fuera suyo, la llamó furcia y añadió que no quería saber nada más de ella y que no se atreviera a hacerlo responsable del niño. Esas fueron sus últimas palabras.

Desolada, Ingunn optó por guardar silencio. Se sentía ultrajada. Ya había mencionado más de una vez la idea de mudarse a Reikiavik para quedarse a vivir allí, así que a nadie le sorprendió su decisión. Todas sus pertenencias cabían en una sola maleta. Unos meses más tarde tuvo un hijo al que el capataz crió como suyo.

—Matthildur lo sabía todo —señaló Ninna mirando a Erlendur a los ojos—. Ella misma me lo contó. Cuando Ingunn le explicó lo ocurrido, ya era demasiado tarde. Al principio, nada más enterarse de la relación entre Jakob y

Matthildur, mantuvo la boca cerrada. Obviamente, no se atrevía a hablar, imagínate cómo se debía de sentir. Se negaba a creérselo cuando se enteró y seguramente albergaría la esperanza de que aquel romance no fuera a ir a ninguna parte. Pasado un tiempo, se armó de valor y le envió a Matthildur una carta donde le explicaba su historia con Jakob.

Ninna se giró hacia la ventana y miró el lento caer de los copos de nieve.

—Yo no me fui nunca de la lengua y espero que tú hagas lo mismo —añadió—. Aunque tampoco sé quién podría tener algún interés en cotillear sobre unas personas que casi nadie conocía y de las que ya nadie se acuerda.

—Matthildur debió de quedarse consternada al enterarse de todo —comentó Erlendur.

—Jakob nunca le contó su relación con Ingunn, cosa que tampoco es de extrañar. Él nunca había estado en casa de las hermanas y no las conocía. Su aventura secreta había tenido lugar en Djúpivogur. Me imagino que a Ingunn le debió de dar un ataque al enterarse de quién era el marido de Matthildur.

—Y a Matthildur también, ¿no?

—Se derrumbó. Ella misma me lo dijo. Cogió a Jakob por banda y lo bombardeó a preguntas. Él nunca negó haber conocido a Ingunn, pero sí se negaba rotundamente a reconocer al niño.

—¿Puede que eso le hiciera tomar alguna medida desesperada?

—¿Quieres decir que se suicidara por esa razón? Imposible. No habría sido propio de ella. Murió un año después de haber recibido la carta de su hermana. Para entonces había tenido tiempo de sobra para recuperarse. Pero sí creo que se planteaba dejarlo.

—¿Divorciarse de Jakob?

—Sí.

—¿Por ese motivo?

—No se me ocurre otro.

—¿Podría haber alguna otra razón?

—Ese es el único que conozco.

Ninna guardó silencio y bajó la mirada hacia sus manos arrugadas. Ensimismada, dejó escapar un suspiro y comenzó a estirarse el pelo, como si fuera una manía de toda la vida. Parecía absorta en sus pensamientos. Los minutos pasaban. El silencio reinaba en la residencia. La nevada había arreciado y apenas se distinguían las casas. Ninna miró por la ventana, pero su mirada parecía perdida más allá de la nieve. Más allá del pueblo y de las

montañas.

—Me pregunto si seguiré viva para cuando llegue la primavera —confesó pensativa.

Erlendur no supo qué responder. Sintió el impulso de decirle que por supuesto que sí, pero era consciente de que no tenía razones para darlo por hecho.

—Ya vale, ¿no? —protestó Ninna—. Ya vale de estos inviernos eternos.

—¿Crees que Ingunn pudo enviarle la carta a Matthildur con la intención de destruir su matrimonio con Jakob? ¿Para vengarse de él?

—¿Qué te hace pensarlo?

—Creo que escribió en alguna parte que era un sinvergüenza. Parecía estar furiosa con él.

—¿Quieres ver la carta?

—¿Tienes...? ¿Sabes dónde está?

—Matthildur me la envió y me pidió que la guardara. Seguramente pensaba que Jakob la destruiría. Me la quedé yo. ¿Ves la cómoda de ahí? En el cajón de abajo hay un cofrecito. Tráemelo, anda, estoy tan anquilosada que me cuesta caminar.

Erlendur se levantó y le acercó a Ninna un pequeño cofre de madera. La anciana lo abrió y hurgó entre fotografías y cartas hasta dar con lo que buscaba. Dejó el cofre en la cama y miró fijamente el sobre antes de dárselo a Erlendur.

—La he guardado todo este tiempo —comentó Ninna.

Erlendur abrió el sobre con cuidado y extrajo la carta. Consistía en una sola hoja escrita con una bonita caligrafía y fechada en Reikiavik, un año antes de la desaparición de Matthildur.

¡Querida Matthildur!

Nunca he tenido la intención de contarle a nadie lo que tengo que decirte y ahora tampoco lo haría si no fuera por las circunstancias en las que nos vemos. Seguro que te habrás preguntado por qué en su momento me opuse tanto a tu relación con Jakob. Me temo que lo que tengo que decirte no es nada agradable. Espero que me perdones.

No sé cuál es la mejor manera de decirte esto, así que lo voy a hacer sin rodeos: Jakob es el padre de mi hijo. Él te lo negará, pero es verdad. Ocurrió en Djúpivogur, cuando trabajé allí un verano. Le conté que me había quedado embarazada de él, pero puso en duda mis palabras y me dijo que era una furcia y otras cosas que jamás le podré perdonar. Por eso me mudé a la capital, donde he conocido a Halldór, que es un cielo, y llevo una vida feliz con él. No le conté lo ocurrido ni a nuestras hermanas ni a mamá, pero, desde que me

mudé, he encontrado en nuestra hermana Jóa una confidente. Me ha ayudado muchísimo. El hijo de Jakob es un gran muchacho que se parece bastante a su padre.

No soy una chismosa, pero me parecía que debía contarte toda la verdad. Jakob me amenazó y le tengo miedo. Después me enteré de que, en un ataque de celos, le había dado una paliza a una mujer con la que se veía en Höfn. Me aseguró que, si no lo dejaba en paz, haría correr toda clase de difamaciones y mentiras sobre mí. De hecho, sé que ya había empezado a hacerlo antes de que me fuera. Me amenazó con agredirme empleando palabras que no soy capaz de repetir.

Querida Matthildur, no te puedes ni hacer a la idea de cómo me quedé al enterarme de vuestra relación, no me podía creer lo que estaba oyendo y quizás he dudado más tiempo del que debería en contarte la situación. Supongo que me avergüenzo de haberme dejado seducir por él. Todavía estoy enfadada conmigo misma. Ojalá pudiera aconsejarte, pero no sé qué decir. Quizás haya cambiado, pero lo dudo. Mi querida Matthildur, me duele tener que decirte esto, pero Jakob no es un hombre decente. No es un buen hombre.

Perdona esta carta tan horrible.

Tu hermana,  
INGUNN

Erlendur dobló la hoja y la guardó cuidadosamente en el sobre antes de devolvérselo a Ninna.

—¿Se la mostró a Jakob alguna vez? —preguntó.

—Sí, claro que lo hizo —respondió Ninna—. Pero lo negó, como ya te he dicho. Lo negó todo entonces y durante el resto de su vida.

—Matthildur tuvo que verse en un dilema, ¿no?

—Me imagino.

—¿Quería dejarlo?

—Supongo que se hizo obvio al cabo de un tiempo.

—Pero ¿quizá no se había planteado abandonarlo del modo en que lo hizo?

—No lo sé.

—Tengo entendido que Jakob no tenía muy buena reputación en los fiordos del este —apuntó Erlendur—. ¿Crees que tuvo algo que ver que corriera la voz sobre lo ocurrido entre ellos?

—No tengo ni idea —respondió Ninna—. Todo esto me cansa un poco. Va llegando el momento de que te marches.

—Ese hijo de Jakob e Ingunn, ¿dónde está?

—Vivía aquí, en el este. Me parece que ahora reside en un hogar de ancianos de Egilsstaðir, ciego de un ojo. Se llama Kjartan, como el padre de las hermanas.

—¿Kjartan Halldórsson?! —exclamó Erlendur pensando en el hombre de Egilsstaðir que le había dado permiso para buscar en el baúl de su madre.

—Tomó el patronímico de su padrastro, Halldór —explicó Ninna—. Ingunn no quería que su hijo llevara el de Jakob. ¿Sabes quién es?

—Una mujer que conozco me indicó que hablara con él. Ahora sé por qué.

En un momento de lucidez, cree recordar haber leído sobre un sencillo método para diagnosticar en qué fase se encuentra la hipotermia. Aunque no recuerda haberlo puesto en práctica nunca, tiene la extraña impresión de haberlo probado en más de una ocasión.

Trata de tocarse el meñique con el pulgar, pero no lo consigue. Lo intenta de nuevo. Tiene la mano agarrotada y sus dedos, retorcidos por el frío, no responden. No puede moverlos y todavía menos hacer que se toquen entre sí. No logra ni levantar el índice. La orden enviada por el cerebro se queda congelada en su camino hacia la mano. Pronto abandona su intento, incapaz de recordar en qué fase de la hipotermia debería ser capaz de hacer ese movimiento.

Las fases son tres. Ha leído mucho acerca de la hipotermia para comprender mejor el fenómeno y conocer los mecanismos por los que causa un coma inicial y después una muerte lenta cuando el cerebro se desconecta.

Sabe que el descenso de uno o dos grados de temperatura provoca temblores y el adormecimiento de las manos. No tiene claro si ha pasado ya esa fase o si se encuentra en la siguiente. Trata de reprimir la pregunta mientras emplea todas sus fuerzas para ejecutar la simple tarea de unir el pulgar y el meñique. Sabe que los capilares más superficiales se han contraído para evitar que se escape el calor interno. Ante el frío, el cuerpo adopta distintas estrategias para limitar al máximo la pérdida de calor. Una de ellas es la carne de gallina.

Recuerda haberla tenido, pero le parece que ocurrió hace semanas.

También se acuerda de haber sentido el extraño impulso de quitarse la ropa, pero no recuerda cuándo. Lo asocia a la transición entre la primera y la segunda fase de la hipotermia. Había notado un torrente de calor que se dirigía de pronto hacia la piel y las extremidades, como si, incomprensiblemente, estuviera ardiendo por dentro. No sabe si de verdad está entrando en calor o si se trata de una ilusión manejada por su cerebro. Ha

leído sobre casos de personas que se han quitado la ropa en estado de hipotermia porque pensaban que se estaban asfixiando. Conoce dos teorías que explican esa sensación. Según una de ellas, la región del cerebro que regula la temperatura corporal envía mensajes erróneos a la piel. Según la otra, los músculos encargados de contraer las venas con el fin de evitar la pérdida de calor y asegurar que la corriente sanguínea alcance los órganos vitales, como el cerebro, dejan de actuar y la sangre entonces fluye hacia la epidermis, lo que causa un inesperado e incomprensible sofoco.

En la segunda fase, el cuerpo ha podido perder hasta cuatro grados de temperatura. Los labios, las orejas y los dedos adquieren un color azulado.

En la tercera fase, la temperatura ha descendido por debajo de los 32 grados. El temblor desaparece y se entra en un estado de somnolencia. Se entorpecen el habla y la actividad mental. La piel se vuelve azul. Se tienen pensamientos y sensaciones incoherentes. Los órganos comienzan a fallar y se produce la muerte clínica. Sin embargo, el frío retrasa la muerte cerebral ya que, a bajas temperaturas, la destrucción de las células se ralentiza y el tejido cerebral tarda más en dañarse.

Ha leído algunos estudios sobre la resistencia al frío y en los últimos días ha vivido en sus propias carnes que la energía del cuerpo humano y su instinto de supervivencia pueden llegar a superar cualquier expectativa. Ha leído sobre casos de personas que han naufragado en aguas septentrionales durante el invierno y han sobrevivido en las condiciones más adversas; personas a las que se daba por fallecidas en el gélido interior de Islandia pero lograron sobrevivir. Ahora sabe que ninguna de esas historias es falsa.

Vuelve a tratar, en vano, de tocarse el meñique con el pulgar. No siente la mano y no puede distinguir si se le ha vuelto azul o si presenta heridas por congelación.

Parte de lo que sabe sobre la resistencia al frío y la capacidad del hombre para sobrevivir en situaciones extremas guarda relación con la desaparición que ha estado investigando desde que llegó al este. Sus conocimientos acerca de la hipotermia se han ampliado a medida que ha ido descubriendo a los habitantes de la región, sus peculiares vínculos familiares, las mentiras, los lazos de amistad y el destino de Matthildur.

Antes veía un mar de estrellas que se extendía en el cielo nocturno. Ahora no ve nada.

Sabe que el crujido que escucha bajo la tierra es fruto de su imaginación.

Los gemidos que oye solo existen en su cabeza. Sabe de dónde proceden y no les tiene miedo.

Pierde de nuevo el conocimiento.

Lo asaltan más sonidos. Unas palabras que él mismo pronunció en un pasado lejano y que lo han acompañado desde entonces a lo largo de su vida. Unas palabras que nunca debieron salir de su boca.

Unas palabras tan triviales.

Unas palabras tan trascendentes.

Regresó por el mismo camino, dejando de lado de nuevo el túnel recién abierto entre Fáskrúðsfjörður y Reyðarfjörður. A pesar de que las condiciones de la carretera eran bastante peores que por la mañana, su todoterreno subía sin dificultad por la pendiente de Vattarnesskriður. Le parecía que el acantilado que estaba bordeando hacía honor a su nombre: Manndrápsgil, el «Barranco de la Muerte». En el mar despuntaban los islotes Skrúður y Andey.

La luz del día había comenzado a atenuarse y la difusa iluminación que procedía de las obras adyacentes a las futuras salas de crisoles proyectaba un resplandor fantasmal sobre Reyðarfjörður. Se preguntó si no debería hacerle inmediatamente una nueva visita a Hrund, mientras tuviera fresca la información que Ninna le acababa de proporcionar. No vio ninguna razón para esperar. Al acercarse a su casa, se fijó en que no estaba sentada como siempre junto a la ventana del salón.

Caminó hacia la puerta, la golpeó con los nudillos, esperó y volvió a llamar. Aparentemente, Hrund no estaba en casa. Sin atreverse a pasar sin permiso, como en su primera visita, rodeó la casa tratando de asomarse a las ventanas. No había luz ni signos de vida por ninguna parte. Al regresar a la puerta y agarrar el pomo, se dio cuenta de que no estaba cerrada con llave y entró con cuidado. Llamó a Hrund, pero no obtuvo respuesta. Cerró la puerta y se adentró a tientas en el salón, donde la silla ocupaba su sitio habitual, junto a la ventana. De pronto le pareció estar siendo demasiado atrevido y cambió de opinión. Seguramente Hrund había salido a comprar, así que podía llegar en cualquier momento y no quería que, al volver, lo encontrara en su casa. Regresó a la puerta principal y la abrió, pero antes de salir se giró hacia el pasillo que daba a la cocina. Bajo el brillo de las farolas que se filtraba por la ventana, vio los pies de Hrund en el suelo. Salió corriendo al pasillo y entró en la cocina. La anciana estaba tumbada de lado con los ojos cerrados. Tras tomarle el pulso en el cuello y detectar un leve latido, buscó el móvil de

la mujer y llamó al número de emergencia. La tapó con una manta que encontró en el salón, pero no se atrevió a tocarla. Parecía haber sufrido un desmayo. Erlendur se había encontrado la puerta abierta al llegar y no había percibido ninguna presencia en la casa.

Al escuchar que Hrund emitía un débil gemido, se agachó junto a ella.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó.

Hrund abrió los ojos y miró a su alrededor.

—¿Te encuentras bien?

Viendo que hacía un amago de levantarse, Erlendur le pidió que se tranquilizara y la informó de que había llamado a una ambulancia que llegaría enseguida. Le preguntó si le dolía el corazón o la cabeza y Hrund le indicó que no con un gesto.

—Diabetes —susurró la anciana.

—No deberías intentar hablar —advirtió Erlendur—. Estás ardiendo. ¿Dónde hay azúcar?

—En el armario...

Erlendur se levantó.

—Supongo que me tendrán que... ingresar...

Erlendur encontró un terrón de azúcar y se lo dio a Hrund. Seguidamente le apoyó la cabeza sobre un cojín que cogió del sofá y la arrojó con la manta. Después salió al exterior de la casa para comprobar si venía la ambulancia. Si, con suerte, disponían de una en la zona de las obras, no tardaría mucho. De lo contrario, habría que esperar a que llegara desde el hospital regional de Neskaupstaður.

Cuando regresó a la cocina, Hrund seguía en la misma posición y le pidió a Erlendur que la ayudara a levantarse. Sin saber si realmente convendría moverla, terminó accediendo y la ayudó a sentarse en una silla.

—Me lo debería haber imaginado, esto empieza como la gripe y solo va a peor. A la mínima te causa una septicemia.

—Tienen que estar al llegar. ¿Hay algo que pueda hacer por ti?

—¿Qué buscas viniendo aquí continuamente? —susurró jadeando, como si se le hubieran extinguido las fuerzas.

—Sería mejor que te tumbaras hasta que lleguen —la aconsejó Erlendur.

—Dime qué has averiguado. No has dejado de husmear, ¿a que no?

—No —admitió Erlendur.

—Ah... ya lo sabía yo. ¿Y qué hay de nuevo?

—¿No hay nadie a quien quieras que llame? —le preguntó Erlendur—. La ambulancia está a punto de llegar. ¿Algún pariente?

—Se han mudado todos.

—¿Y algún amigo?

—Ya habrá tiempo para eso. Dime qué más sabes.

Los faros de un vehículo iluminaron la casa y unas luces azules se proyectaron en las paredes. La ambulancia había llegado y Erlendur salió a recibirla. Dos hombres vestidos con unos gruesos trajes reflectantes se bajaron y entraron con él en la casa.

—¿La diabetes? —le preguntó a Hrund uno de los hombres.

—Siempre os estoy dando la misma lata —comentó ella haciendo intención de levantarse.

—No te muevas —le indicó el hombre—. ¿Te has puesto las inyecciones a su hora?

—Sí, pero debo de tener una infección en la pierna. Anteayer me hice una herida al darme un golpe contra la puerta del horno. Luego comencé a encontrarme muy mal y ya no me enteré de nada hasta que él me ha encontrado en el suelo —explicó Hrund señalando a Erlendur.

Los hombres fueron a buscar una camilla, acostaron a la mujer y la llevaron a la ambulancia. Había dejado de nevar y, durante unos instantes, la anciana pudo contemplar el cielo estrellado hasta que la metieron en el interior del vehículo. Erlendur vio a los hombres cerrar la puerta trasera, subirse a la parte delantera, arrancar y marcharse. Apenas habían avanzado unos metros cuando se encendió la luz de marcha atrás y el vehículo se volvió a acercar hacia Erlendur. Uno de los hombres se bajó y caminó hacia él.

—¿Puedo preguntarte quién eres?

—¿Acaso importa?

—Nos pregunta si quieres ir con ella.

—Ah, ¿sí?

—Hay espacio de sobra —señaló el hombre.

—Entonces, sí —decidió Erlendur antes de encaramarse a la parte trasera de la ambulancia y sentarse junto a Hrund, que parecía haberse quedado dormida. Cuando el vehículo se puso en marcha, la mujer abrió los ojos y lo escrutó con la mirada.

—¿Por qué no lo dejas ya? —preguntó.

—¿Dejar qué?

—Dejar de despertar fantasmas que ni te van ni te vienen.

—¿Quieres que pare de verdad? —le preguntó Erlendur.

Hrund guardó silencio.

—Me van a dar antibióticos —dijo por fin—. En cuanto cruce la puerta del hospital. Una dosis bien grande que se cargará cualquier infección que tenga. Así es como me curan. Si no, me moriría. Aunque, la verdad, debería darme igual. Soy una vieja enferma y decrepita sin nadie que la vaya a echar de menos. Pero eso no quiere decir que sea una idea reconfortante. Al menos no para mí. Que esté hecha un vejestorio no significa que quiera dejar esta vida. De ninguna manera.

La ambulancia derrapó y pasó por encima de una acumulación de nieve que cruzaba la carretera. Erlendur pegó un bote y estuvo a punto de caerse contra la puerta de atrás.

—¡Perdón! —gritó el conductor girándose hacia ellos—. Esto es toda una pista de hielo.

—¿Por qué investigas la historia de Matthildur? —preguntó Hrund—. ¿Qué has averiguado?

—¿Por qué no me contaste lo de Ingunn y Jakob?

—No era de tu incumbencia —respondió Hrund—. ¿Qué haces removiendo un pasado ya olvidado? ¿Es que la gente no puede descansar en paz en su tumba?

—No pretendo desenterrar a nadie —reparó Erlendur.

—¿Con quién has hablado?

—Con una amiga de Matthildur.

—¿Ninna?

—Sí.

—¿Qué sabes? Quiero me lo cuentes.

—Nada que no sepas ya, creo —dijo Erlendur—. Ingunn no le contó a nadie que su hijo era de Jakob y este no reconoció nunca la paternidad del niño. Su hijo vive en Egilsstaðir y es el hombre con quien me sugeriste que hablara. Cuando Ingunn se enteró de que Matthildur se había casado con Jakob, le escribió una carta a su hermana contándoselo todo. Un año después murió Matthildur.

—Pues sí que te ha cundido —comentó Hrund.

—A veces tengo la sensación de que... —comenzó a decir Erlendur.

—¿De qué? —repitió Hrund al ver que se había detenido a mitad de frase.

—Nada, no sé si me equivoco, pero me da la impresión de que estás de mi lado y que, a pesar de todo, me has estado guiando para hallar respuestas. Aunque no parece acabar de decidirte. Te cuesta admitirlo, así que te opones porque, en el fondo, te parece improcedente que un desconocido meta las narices en los asuntos de tu familia. Creo que estás fingiendo, pero lo puedo entender. Algo me dice que me estás empujando a que siga dándole vueltas al caso. Llevas mucho tiempo buscando respuestas y te parece que por fin ha llegado la hora de saber la verdad. Así que te vengo de perillas.

—Pareces saberlo todo —apuntó Hrund con un hilillo de voz.

—Ahora sé por qué me enviaste a Egilsstaðir para ver a Kjartan, pero... ¿por qué querías que hablara con Ezra?

Por un momento, pensó que Hrund se había desmayado de nuevo. Tenía los ojos cerrados y los músculos de la cara particularmente relajados bajo la manta azul con que la habían tapado los hombres de la ambulancia, que seguían conduciendo con extrema precaución en la oscuridad. Al desconocer los cuadros diabéticos, Erlendur no sabía si debía advertirlos.

—Dijiste que eras policía —dijo Hrund finalmente.

—Sí.

—Siempre he...

Hrund respiró hondo. Parecía exhausta.

—¿Qué?

—Siempre he... tenido el presentimiento de que la desaparición de Matthildur merecía una investigación policial.

Hrund durmió el resto del camino. La ambulancia llegó sin incidentes a Neskaupstaður y aparcó junto al hospital regional a última hora de la tarde. Erlendur acompañó a Hrund hasta una salita y le hizo compañía hasta que el doctor le suministró el mismo tratamiento que en otras ocasiones. Le administró una combinación de potentes antibióticos para combatir la infección de la pierna. El menor rasguño podía derivar en aquella situación y, de no reaccionar inmediatamente, podía complicarse, como había sido el caso de la anciana.

Cuando el doctor le comunicó que Hrund necesitaba una buena noche de sueño, Erlendur cayó en la cuenta de que estaba sin coche. No se había planteado cómo haría para regresar a casa de Hrund y recuperarlo. Le pareció que se había hecho demasiado tarde para que lo llevaran y además quería hablar con Hrund cuando se despertara por la mañana. Preguntó por algún sitio decente donde alejarse y el médico le recomendó un hostel barato cerca del hospital, aunque también le dijo que a menudo estaba completo debido a las obras.

Afortunadamente quedaban habitaciones libres y Erlendur se vio rodeado de una mezcla de ingenieros agotados, animados comerciales de Reikiavik, asesores estadounidenses y obreros chinos. Uno de los ingenieros, un hombre de mediana edad, le dio conversación y le explicó que había trabajado en la construcción de barreras protectoras contra aludes en los fiordos del noroeste y en Siglufjörður, en el norte. Le contó que era oriundo de los fiordos del este y le habló de una finca familiar llamada Strókahlíð o algo similar. Después pasó a expresar su irritación ante todo el revuelo causado por la presa y la fundición de aluminio. Todavía refunfuñaba sobre la opinión de su hermano acerca del tema cuando Erlendur se levantó de pronto y le dio las buenas noches.

A la mañana siguiente, volvió al hospital para ver a Hrund. La anciana había dormido bien toda la noche y se encontraba mucho mejor que la tarde

anterior. Estaba recostada en la cama y le habían vendado cuidadosamente la zona de la pierna donde se había hecho el rasguño.

—La medicación empieza a hacer efecto —anunció mientras Erlendur se sentaba junto a ella—. Gracias por la ayuda. Tonta de mí por no haber tomado medidas antes. Me debí de caer redonda en mitad de la cocina. No me acuerdo casi de nada.

—No tenía buena pinta —admitió Erlendur.

—No hacía falta que me acompañaras hasta aquí.

—Qué menos.

—Recuerdo parte de lo que hablamos ayer, pero no todo.

—Si lo entendí bien, sospechas que la muerte de Matthildur podría tener una explicación distinta a la que Jakob dio en su momento.

—Sí, lo veo como una posibilidad. Sé que es horrible pensar así, pero hace mucho que tengo ese presentimiento. Siempre me ha extrañado que nunca se hallara su cuerpo. A los británicos los encontraron a todos aquella noche y eso que algunos se habían desviado mucho del camino. Llevo toda la vida convencida de que deberían haberla encontrado a ella también.

—Uno de los británicos se cayó al río Eskifjarðará y fue arrastrado hasta el mar.

—En eso también he pensado. Puede que ella corriera la misma suerte y que la corriente la arrastrara más lejos. Tal vez sea verdad que murió atrapada en la tormenta.

—Ayer estuve hablando con Ninna largo y tendido. Mencionó que hay quien piensa que se suicidó. ¿Se te había pasado por la cabeza esa idea?

—Por supuesto. Pero el problema es el mismo: ¿por qué no hallaron su cuerpo? Hasta hoy nadie ha sabido responderme. De hecho, dudo de que alguien vaya a poder hacerlo ahora, después de tantos años.

—No tienes contacto con tu sobrino Kjartan, el que ahora vive en Egilsstaðir, ¿verdad?

—Ninguno. Aunque sea el hijo de mi hermana, apenas hemos tenido trato. Sabemos el uno del otro, pero poco más. Ten en cuenta que no se crio en los fiordos. Se mudó al este de joven y desde entonces ha vivido bastante aislado. Tampoco estoy en contacto con los otros hijos de Ingunn. Viven todos en Reikiavik, que yo sepa.

—¿Por qué no mencionaste lo de Ingunn y Jakob?

Hrund no contestó inmediatamente.

—¿Por qué debería haberlo hecho?

—Pensé que...

—No te conocía de nada. Cuando luego me dijiste que eras de la policía, volví a darle vueltas a toda esta historia. Pero tenía mis dudas y por eso me puse furiosa cuando volviste a mi casa. Espero que me perdones las malas formas.

—No hay nada que perdonar, sé que soy una persona ajena a tu familia —admitió Erlendur.

—Ya comprenderás que no es fácil hablar de esto.

Erlendur asintió.

—¿Sabes, entonces, lo que ocurrió exactamente entre Ingunn y Jakob? —le preguntó.

—No entendí bien lo que había pasado hasta mucho tiempo después, cuando ya era vieja —explicó Hrund—. Mi madre evitaba hablar del tema. Yo me enteré por unos cotilleos que oí hace mucho. Para entonces Matthildur y Jakob ya habían muerto. Hasta donde yo sé, Matthildur se derrumbó al recibir la carta de Ingunn. Eso explicaría lo que ocurrió después.

—¿Crees que quería dejar a Jakob?

—Probablemente.

—¿Hay motivos para pensar que Ingunn mentía en su carta?

—¿Por qué debería haberlo hecho?

—Bueno, se me ocurre que quizás el padre no fuera Jakob sino otro hombre del que Ingunn no hubiera hablado nunca.

—Eso me parece muy improbable. Aunque yo nunca llegué a ver la famosa carta. No sé qué fue de ella.

—La tiene Ninna —le informó Erlendur—. Tal vez deberías hablar con ella. En la carta, Ingunn asegura que Jakob es el padre.

—¿Has visto la carta?

Erlendur asintió.

—Creo que no cabe pensar en otro hombre que no sea Jakob —opinó Hrund—. Y luego va y resulta que Matthildur se casa con él. Así es la vida. Son cosas que pasan.

—Pero eso no implica que Jakob actuara mal en ese caso —reparó Erlendur—. No le fue infiel a Matthildur. Su relación con Ingunn, del tipo que fuera, ya había terminado cuando comenzó a vivir con su hermana. Todo el mundo tiene un pasado.

—Evidentemente.

—Puede que Ingunn mintiera respecto a la paternidad de Jakob y que quisiera destruir aquel matrimonio por otras razones.

—Jakob no se portó bien con ella —recalcó Hrund.

—No, Ingunn ya lo explica en su carta.

—No sé lo que dice la carta, pero cuando le dio la noticia y le exigió que reconociera a su hijo, él la amenazó con agredirla. Quizá lo hizo. La amenazó con hacer correr el rumor de que era... una furcia. Estoy segura de que se mudó a Reikiavik para huir de él. Creo que Ingunn nunca quiso hablar del tema, pero mamá tenía la sospecha de que le había dado una paliza.

La enfermera apareció en la puerta y le preguntó a Hrund si necesitaba algo. La mujer negó con la cabeza. La enfermera retiró de la mesilla la jarra vacía y dijo que iba a rellenarla.

—Toca el timbre si te hace falta algo —le indicó, sonriendo amablemente.

—Al ver que no encontraban a Matthildur, mi madre lo avasalló a preguntas —siguió Hrund—. Le preguntó sin miramientos si le había hecho algún daño y si había agredido a Ingunn. Jakob lo negó todo. Dijo que nunca le había puesto la mano encima ni a Ingunn ni a Matthildur. Poco se podía decir ante eso.

—¿Qué quieres decir?

Hrund no le respondió.

—¿Qué ocurrió?

Hrund le clavó la mirada. Se escuchó el golpeteo de unos zuecos por el pasillo. Un camión pasó por la calle con gran estruendo.

—¿Qué has insinuado al decir que eso habría explicado lo que ocurrió después? —preguntó Erlendur.

—¿A qué te refieres?

—Has dicho que la carta de Ingunn habría podido influir en lo que sucedió más tarde. ¿Te refieres a la desaparición de Matthildur?

—No —dijo Hrund—. Eso sucedió después... Matthildur buscó refugio en Ezra. Empezó una relación con el amigo de Jakob.

—¿Con Ezra?

—Sí, Ezra. Comenzaron a verse a escondidas. Has hablado con él, ¿no?

—Sí.

—¿Y no te lo ha contado?

—No.

—No me sorprende —observó Hrud—, Nunca se lo contó a nadie. Ha guardado el secreto todos estos años y sin duda se lo llevará a la tumba.

Erlendur digería en silencio las palabras de Hrund. Por el pasillo se escuchaba todavía el ruido de los zuecos. En la calle, el rugido del motor del camión se alejaba progresivamente. Hrund acariciaba su edredón blanco y Erlendur se fijó en que alguien le había llevado un libro. El lomo era de color marrón y estaba deshilachado. Le pareció que se titulaba *Hombre y tierra*.

—Me imagino que querrás saber más —dijo Hrund tras una pausa.

—Tú llevas las riendas —le aclaró Erlendur—. Como hasta ahora.

Hasta donde Hrund sabía, Ezra y Matthildur se conocían antes de que Matthildur recibiera la carta de su hermana. Ezra y Jakob se llevaban muy bien y faenaban juntos en el mar. Se habían conocido unos años antes en Djúpivogur, pero Hrund ignoraba en qué circunstancias o por qué razón se habían mudado ambos a Eskifjörður antes de la guerra. Ezra nunca se había casado y Hrund no tenía constancia de que hubiera estado con alguna mujer alguna vez. Jakob parecía tener mucha más experiencia en la materia.

Ezra era un hombre solitario y de vida ermitaña. Así había sido entonces y así seguía siendo. La gente, en realidad, sabía muy poco de él, salvo que procedía del oeste. Antes de conocer a Jakob en Djúpivogur, había vivido en la otra punta del país, en Stykkishólmur y Borgarnes, donde probablemente había nacido y crecido. A nadie se le había ocurrido preguntárselo. La vida de marinero lo había llevado a los fiordos del este, donde se había establecido como pescador.

Pese a ser reservado y poco propenso a mostrar sus sentimientos o a socializarse más de lo necesario, la gente lo tenía en buena consideración. Además de trabajador y servicial, era abstemio y nunca causaba problemas. De frente baja y ojos pequeños, no era particularmente agraciado a pesar de su corpulencia. Invadido por las arrugas a una edad temprana, tenía un defecto en el labio inferior que la gente achacaba a alguna pelea. Tampoco nadie le había preguntado nunca sobre esa cuestión. En alguna ocasión, las malas lenguas habían comparado su cara con un felpudo que alguien hubiera

tirado a un rincón de una patada. Tal vez ahí se hallara el origen de su timidez y su falta de iniciativa en cuestión de mujeres.

Hasta que apareció Matthildur.

Se conocieron cuando Jakob y ella comenzaron a frecuentarse. Desde su característica timidez, Ezra ya se había fijado en ella, pero solo la conoció realmente cuando Jakob y él empezaron a trabajar en un barco a motor de tres toneladas junto con el propietario, que además dirigía una factoría de pescado en el pueblo. El barco se llamaba Sigurlína, bautizado con el nombre de la mujer del dueño. Salían al mar de madrugada y regresaban por la tarde o al anochecer. A veces trabajaban los dos solos cuando el propietario tenía otras cosas que hacer. Ezra solía despertarse muy temprano y pasar a buscar a Jakob por su casa para bajar con él al muelle. A esa hora Matthildur ya estaba levantada e intercambiaban unas palabras mientras Jakob se preparaba. Cuando se iban, ella se quedaba un rato en la puerta viéndolos marchar. Jakob nunca se giraba, pero Ezra lanzaba alguna que otra mirada disimulada por encima del hombro para que la imagen de Matthildur en el umbral lo acompañara en el mar.

En una ocasión, al volver a puerto, Jakob dijo que debía ausentarse unos días para hacer unos recados en Djúpivogur. No mencionó de qué se trataba, pero le anunció a Ezra que tendría que navegar él solo con el dueño del barco en los próximos días. A la mañana siguiente, Ezra se despertó a la hora de siempre y, al pasar por casa de Jakob, vio que Matthildur estaba levantada. Jakob se había ido de madrugada y ella no había podido dormirse otra vez después de despedirse de él. Al ver la puerta abierta, Ezra la saludó y charlaron un poco, como de costumbre.

Al día siguiente, Ezra repitió la misma rutina. Al pasar por casa de Matthildur, vio que ella había dejado la puerta abierta, como si lo estuviera esperando. Matthildur salió a saludarlo y ese día Ezra se quedó más tiempo y hablaron con más calma. Matthildur sabía tanto como Ezra acerca de los motivos del viaje de Jakob a Djúpivogur. Jakob había mencionado la idea de comprar acciones de un barco y Matthildur supuso que habría ido para analizar la situación. Ezra asintió. Jakob le había planteado alguna vez la posibilidad de comprar acciones. Estando sin blanca, Ezra no había mostrado excesivo interés. «Ya pediremos un préstamo, hombre», le había dicho Jakob. «Pero ¿quién te crees que le va a conceder un préstamo a dos como nosotros?», le había preguntado Ezra. En plena calma de la mañana, Ezra le

preguntó en el umbral si le hacía falta algo, pero ella dijo que no necesitaba nada.

—Gracias de todos modos —añadió Matthildur.

La tercera mañana se quedó aún más tiempo y, cuando hizo acto de presencia en la borda para comenzar a trabajar, el dueño del barco estaba furioso. Al ver que Matthildur no se había levantado todavía al pasar por su casa, Ezra había esperado fuera pacientemente. Al comenzar a escuchar ruidos en el interior, se había permitido la licencia de dar unos leves golpes en la puerta. Matthildur le había abierto sonriendo, todavía en camisón.

—Anoche te preparé algo de comer —le había dicho Matthildur ofreciéndole una bolsita—. Eres muy amable viniendo a verme por las mañanas.

Sorprendido, Ezra había aceptado el almuerzo.

—No hacía falta —había dicho sin querer ser maleducado.

—Es una tontería de nada.

Matthildur había sonreído ante la sorpresa de Ezra.

—Muchas gracias —había dicho él, guardando el almuerzo en su mochila—. Jakob vuelve mañana, ¿no?

—En principio viene esta noche —lo había informado Matthildur—. Saldrá al mar contigo mañana por la mañana.

El cuarto día se acercó de nuevo a casa de Matthildur. No sabía nada de Jakob, pero supuso que había regresado la noche anterior. Por eso llamó a la puerta como solía hacer cuando pasaba a buscarlo. Miró en dirección al muelle. La niebla se había posado sobre el fiordo y esperó que se disipara a lo largo de la mañana. La puerta se abrió y, nada más aparecer Matthildur, Ezra notó inmediatamente que algo había ocurrido. Matthildur había estado llorando.

—¿Qué sucede? —preguntó—. ¿Ha ocurrido algo?

Ella negó con la cabeza.

—¿Le ha pasado algo a Jakob? ¿Ha vuelto a casa?

—No —respondió—. No está aquí y no sé dónde está.

—¿No iba a volver ayer por la noche?

—Sí, pero no vino y no sé cuándo lo va a hacer.

Histérica, entró en la cocina para buscar una carta y la agitó delante de él.

—¿Lo sabías? —le preguntó.

—¿El qué?

—¿La clase de hombre que es?!

Resoplando, Matthildur cerró de un portazo. Ezra se quedó en la calle sin entender nada. Dudó unos instantes, preguntándose si debía volver a llamar a la puerta. El barco lo estaba esperando. No podía quedarse mucho tiempo. La gente comenzaba a despertarse en las casas vecinas. Titubeó frente a la puerta, pero finalmente bajó hacia el muelle. Se detuvo varias veces por el camino y se giró hacia la casa, por si la puerta se volvía a abrir. Pero no ocurrió. Nunca la había visto tan alterada y se sentía mal sabiendo que se quedaba sola.

Cuando regresó al final del día, se fijó en que la casa tenía las luces apagadas. Parecía no haber nadie. Pensativo, Ezra caminó hacia la suya y abrió la puerta, que nunca cerraba con llave al salir, como el resto de sus vecinos. Dejó la mochila en el suelo y se asustó al ver a Matthildur sentada a oscuras junto a la mesa de la cocina. Buscó a tientas el interruptor.

—¿Te importa dejar la luz apagada? —le preguntó.

—No, como quieras.

—Perdona mi comportamiento de esta mañana. Llevo todo el día preocupada.

—No te apures —dijo Ezra mirando a su alrededor por si Jakob estaba con ella—. Espero que te encuentres algo mejor.

—Sí, estoy mejor.

—¿Estás sola?

—Sí. Estoy sola. Tenía ganas de hablar contigo. ¿Te importa?

—Claro que no —respondió Ezra—. Faltaba más. ¿Tienes hambre? ¿Quieres un café?

—No, gracias. No te molestes por mí. No he venido por eso.

—¿Por qué has venido?

Matthildur no le respondió inmediatamente. Él se sentó a su lado. Se alegraba de tenerla en casa. Se alegraba de que lo hubiera esperado, aunque no tuviera ni idea de cuál era el motivo de su visita.

—¿Ha vuelto Jakob? —preguntó.

—Sí, ha vuelto hoy.

—¿Y no está contigo?

—No te preocupes. Nadie me ha visto entrar —le aseguró Matthildur—. Aunque me daría igual que alguien me hubiera visto. Me importaría un comino.

—¿Qué... qué ocurre, Matthildur? —preguntó—. ¿Qué ha pasado esta mañana?

—Ayer recibí una carta de mi hermana Ingunn —le explicó Matthildur sacando un sobre del bolsillo—. No hemos mantenido mucho contacto desde que se mudó a Reikiavik. Siempre he sabido que se oponía a mi matrimonio con Jakob, pero nunca he sabido por qué. He tenido que esperar a que me enviara esta carta. La puedes leer si quieres.

Le dio la carta y Ezra la leyó dos veces antes de dejarla sobre la mesa.

—¿Y qué dice Jakob? —preguntó.

—Nada —respondió Matthildur—. Se acuerda de Ingunn, de cuando trabajó en Djúpivogur. Eso lo reconoce. Pero asegura que el hijo no es suyo de ninguna manera. Dice que ya se lo había aclarado a Ingunn, pero que mi hermana está mal de la cabeza y sigue empeñada en mantener ese disparate.

—¿Y tú no sabías nada de eso?

—Ingunn nunca me lo había contado hasta ahora. Sabía que había tenido un hijo en Reikiavik, pero nunca lo relacioné con Jakob. Nunca.

—¿Sabía Jakob que Ingunn y tú erais hermanas cuando os conocisteis?

—Sí, y yo sabía que se conocían —aclaró Matthildur—, pero nada más, no sabía nada de ese hijo ni de la clase de relación que habían tenido. Jakob nunca lo había mencionado, nunca me había hablado de esa historia. Y sigue sin hacerlo. Se niega a tocar el tema. Solo me dice que me calle. Me ha pegado. Y luego ha salido corriendo por la puerta. No sé dónde está.

—¿Que te ha pegado?

—Sí. En la cabeza.

—¿Estás bien?

—Sí. Solo me he asustado.

—¿Crees en lo que dice tu hermana?

—Sí.

—¿Y qué piensas hacer ahora?

—No lo sé —respondió Matthildur—. No sé qué hacer. Quería verte. Necesito que me digas si tú lo sabías. ¿Sabías que tenía un hijo con mi hermana?

—No tenía ni idea —respondió Ezra.

—¿Nunca te lo ha mencionado?

—No, nunca.

—¡Aún va a resultar que tiene hijos por todo el país! ¡Se habrá liado con

todas las de Djúpivogur!

Matthildur estiró el brazo para buscar la carta y, antes de darse cuenta, Ezra había apoyado instintivamente una mano sobre la de ella. Matthildur lo miró fijamente sin retirársela.

—Perdona —se disculpó Ezra, soltándole la mano—. Yo... esto no es... Perdona. Estás alterada.

—No pasa nada.

—Nunca he sentido algo así antes —susurró Ezra.

—No tienes de qué avergonzarte. Me siento a gusto contigo.

Él levantó la mirada y la miró a los ojos.

—Sé que eres buen hombre, Ezra.

—No sabes cómo me he sentido. Cómo me siento.

—Quizás un poco sí lo sepa —admitió ella—. Las mujeres somos muy perceptivas con estas cosas.

—¿Y no te importa?

Bajo la luz del crepúsculo, Ezra la vio negar con la cabeza.

—¿Y qué pasa con Jakob? —susurró.

—Al cuerno con él —dijo Matthildur.

El médico entró en la habitación de Hrund, examinó el gotero y le preguntó cómo se encontraba. Miró con curiosidad hacia Erlendur, que estaba sentado sin decir palabra, y se despidió. Hrund le pidió a Erlendur que le colocara bien la almohada para estar más cómoda y que le llenara el vaso. Erlendur le sirvió agua de la jarra que había vuelto a traer la enfermera. Hrund dio un sorbo y dejó el vaso en la mesilla.

—Ezra le contó la historia a mi madre muchos años después —explicó la anciana—. Jakob ya había muerto. Ezra nunca tuvo la intención de contárselo a nadie y probablemente nunca lo habría hecho de no ser porque mi madre le insistió sin cesar. Y estoy segura de que no le contó más que una parte de la historia. Ezra es un hombre misterioso, pero a mí siempre me ha caído bien.

—Solo he hablado con él una vez —puntualizó Erlendur—. No me mencionó nada, como es natural.

—No, claro. Y me extrañaría que pudieras sacarle algo.

A Erlendur le pareció que la mujer comenzaba a fatigarse y le preguntó si prefería que volviera más tarde para que pudiera reposar.

—¿Reposar? —replicó Hrund—. No sé cómo podría reposar mejor que aquí tumbada en la cama.

—No quiero cansarte.

—No lo estás haciendo. Rara vez tengo la oportunidad de recordar esta historia. Y ya ni te cuento si encima puede que averigües algo nuevo. Has hecho que el corazón me lata un poco más deprisa.

Erlendur no podía negar que Hrund tenía mejor aspecto. Se la veía recuperada y más dicharachera. No sabía hasta qué punto era efecto de la diabetes o de los antibióticos. Al fin y al cabo, él nunca se había enfrentado a una enfermedad y no había pasado ni un solo día de su vida en la cama de un hospital.

—Entonces te pregunto como los niños —dijo Erlendur—: ¿Y qué pasó luego?

—En los meses siguientes, lo único que ocurrió es que con los días se estrecharon los lazos entre Ezra y Matthildur. Jakob y él siguieron faenando juntos, pero Ezra se tomaba cada vez más días libres por enfermedad. Matthildur y él lograron mantener su secreto durante un tiempo sorprendentemente largo para lo pequeño que era el pueblo. Sabían que, más tarde o más temprano, llegaría el momento en que tendrían que contarle a Jakob lo que estaba sucediendo y que tendrían que hacerlo ellos mismos antes de que llegara a sus oídos por boca de otros. Matthildur se mostraba más reticente porque creía que Jakob la tomaría con ellos. Los dos le tenían miedo. Les inquietaba su reacción.

—¿Crees que Matthildur había comenzado su relación con Ezra para vengarse de Jakob?

—Eso es lo que uno podría preguntarse. Recibe una carta, se enfurece y comienza inmediatamente una relación con otro hombre.

—¿Qué pensaba tu madre?

—Tampoco podía decir mucho —explicó Hrund—. Sabía que Matthildur era una persona íntegra. Estaba enamorada de Ezra y eso era así independientemente de cómo hubieran ocurrido las cosas. No era ningún engaño. Ezra lo sabía mejor que nadie y se lo contó a mi madre.

Lo más difícil era verse a escondidas. Ezra no podía faltar al trabajo todos los días que quisiera. No quería presionar a Matthildur para que dejara a Jakob. Ella ya había retrasado el momento dos veces. Creía tener buenas razones para separarse de él, pero Jakob seguía negando rotundamente que hubiera tenido un hijo con su hermana y a Matthildur le daba miedo su reacción si lo abandonaba. Ezra se inventó una excusa para dejar de trabajar con Jakob. Cada vez le costaba más tratar con él, no llevaba bien el engaño, el secretismo y la clandestinidad. No debía correr la voz de sus encuentros con Matthildur, pero sabía que solo era cuestión de tiempo.

Una noche de insomnio, Ezra pensaba en Matthildur y en el aprieto en que se veían cuando escuchó unos leves golpes en la entrada. Al abrir, Matthildur se coló rápidamente por la puerta y la cerró.

—Te he echado mucho de menos —le susurró al oído abrazándolo.

Él la estrechó entre sus brazos mientras la besaba. La levantó, la llevó a la cocina y allí siguieron besándose hasta que ella se separó de él.

—Huyamos —sugirió Ezra—. Escapemos juntos. Podríamos irnos esta noche. Ahora mismo.

—No podemos irnos así como así, Ezra —replicó Matthildur—. Primero tengo que hablar con él. Tenemos que hablar con él. Es tu amigo. Quiero que reconozca que se portó mal con mi hermana.

Ezra miró a Matthildur mientras ella le acariciaba la frente. Jakob se había ido a Reyðarfjörður e iba a pasar allí la noche.

—De acuerdo —dijo Ezra—. Hablaremos con él. Le contaremos la verdad. Será lo mejor. Si quieres hacerlo así, no me voy a oponer. Hagámoslo juntos. No le digas nada. Lo haremos los dos.

—Ya sabes lo celoso que es.

—Me lo imagino. Y más tratándose de ti.

Al día siguiente no la vio por ninguna parte. Por la noche llamaron a su puerta. No había salido de casa debido a una feroz tormenta que se había desatado durante el día. Era Jakob, alterado. Ezra se preparó para lo peor, pero no para lo que sucedía en realidad.

—Matthildur está fuera, en plena tormenta —le contó Jakob—. Quería saber si podías ayudarme. Ayudarme a buscarla.

Ezra no podía creerse lo que estaba oyendo. Consciente de la peligrosidad de la tormenta, confiaba en que todo el mundo se hubiera quedado en casa. Desde que llegó al este no había presenciado un vendaval de semejantes dimensiones. Pensaba que las ráfagas más violentas le iban a arrancar el tejado.

—¡Quería ir a ver a su madre! —exclamó Jakob—. ¡Andando! Voy a reunir a un grupo de gente, ¿me acompañas?

—Pues claro que sí —respondió—. ¿Y está fuera con esta tormenta?

—¿Tú la has visto o has hablado con ella? —preguntó Jakob.

—No —respondió.

—Dijo que igual se pasaba por aquí, por tu casa.

—Ah, ¿sí? —dijo Ezra. Estuvo a punto de añadir que Matthildur no le había comentado nada de ir caminando hasta Reyðarfjörður, pero se mordió la lengua justo a tiempo.

—Me dijo que tenía que hablar un momento contigo —le explicó Jakob.

—Pues no se me ocurre de qué —comentó.

Miró a Jakob y se hizo el sorprendido, fingiendo que le extrañaba que Matthildur hubiera tenido algún motivo para hacerle una visita, como si no

supiera que pasaba por su casa asiduamente; que había algo entre ellos; que había mencionado la idea de abandonar a Jakob; que tenían pensado escapar juntos; que habían hecho el amor en la cocina, justo donde se encontraba Jakob en ese momento.

Se obligó a adoptar una expresión de asombro que englobara todas esas mentiras.

—Bueno, ya se verá —dijo Jakob.

Se puso la ropa impermeable a toda velocidad y siguió a Jakob. No detectó ningún indicio de que se hubiera enterado de su relación con Matthildur. En todo caso, de saber o sospechar algo, no había mencionado ni una sola palabra. Lo único que Ezra percibía era la preocupación de Jakob al pensar que Matthildur se encontraba en medio de aquella tormenta. Habían comenzado a llamar a las puertas de los vecinos para reclutar gente cuando supieron que algunos hombres estaban ya agrupándose para ir en busca de unos soldados británicos de Reyðarfjörður que no habían llegado a Eskifjörður, como tenían planeado. El granjero de Veturhús había dado el aviso y ya había rescatado a algunos él mismo.

Jakob y Ezra se unieron a un grupo y pronto corrió la voz de que Jakob pensaba que su mujer, Matthildur, había querido ir caminando hasta Reyðarfjörður para visitar a su madre siguiendo el camino más corto, a través del páramo. Tenía la intención de cruzar el paso de Hrævarskörð y lo más seguro era que hubiera llegado allí en el momento en que la tormenta alcanzaba su punto álgido. La tempestad seguía embistiendo con fuerza y las condiciones de búsqueda eran pésimas, pero ni Ezra ni Jakob se echaron atrás.

—¿Por qué no has avisado antes? —gritó Ezra mientras subían hacia Hrævarskörð. Apenas podían dar un paso.

—Me quedé frito. Llevo durmiendo todo el día y, cuando me desperté por la tarde, ya había estallado la tormenta —explicó Jakob—. No la habría dejado salir de saber que iba a hacer este tiempo.

—¿Estás seguro de que no ha llegado al otro lado?

—Sí, he llamado por teléfono y están reuniendo a gente en Reyðarfjörður.

—Tenemos que encontrarla.

—Saldrá de esta —gritó Jakob.

Continuaron caminando bajo el aguacero. El viento huracanado ahogaba sus gritos. Enseguida la tempestad los obligó a retroceder y lo mismo ocurrió

con el grupo de Reyðarfjörður que buscaba a Matthildur por el otro lado. Tras lograr avanzar apenas unos centenares de metros, comprendieron que debían esperar hasta que amainara el temporal si no querían arriesgar su propia vida.

Al día siguiente, la violencia de la tormenta se había moderado considerablemente. Los equipos de búsqueda se encontraron en Hrævarskörð sin haber hallado rastro de Matthildur. Siguieron buscando en vano durante los días siguientes.

Hrund le pidió ayuda a Erlendur para incorporarse en la cama.

—Pues, más o menos, esa es la historia que Ezra le contó a mi madre y que luego ella me contó a mí. Así que me llegó sin distorsiones —aclaró—. Mi madre me describió lo afectado que estaba Ezra por la desaparición de Matthildur y lo difícil que había sido para él no poder hacer ni decir nada, no poder hablar con nadie de ella ni de lo que había habido entre los dos.

—Ezra sabía que Matthildur pretendía abandonar a Jakob cuando desapareció —señaló Erlendur—, pero ¿nadie más sabía que se veían?

—No, nadie. Lo mantuvieron en secreto.

—¿Y él nunca se lo contó a nadie?

—No, se lo guardó, según le dijo a mi madre. No quería manchar el nombre de Matthildur destapando que había tenido una aventura con él antes de su desaparición y arriesgarse así a dar una imagen equivocada de ella. Pensaba que su relación no era asunto de nadie, las cosas habían ocurrido así. Sin embargo, visto cómo Jakob perdió su reputación con el tiempo, cabe la posibilidad de que alguien se hubiera percatado de los encuentros entre Matthildur y Ezra o que hubiera oído hablar del niño que, según Ingunn, era de Jakob. Claro que, de por sí, su reputación ya no era muy buena, que digamos.

—¿Y la gente decía que Matthildur se le había aparecido y que fue la causante de que se ahogara?

—Eso es.

—¿Y Ezra? ¿Qué pensaba al respecto?

—Estaba convencido de que Matthildur había muerto en la tempestad. Nunca mencionó otra posibilidad. Según él, no cabía otra explicación.

—¿Tu madre confiaba en lo que contaba Ezra?

—Sí. Decía que no había razón para ponerlo en duda.

—Matthildur lo había advertido de que Jakob era muy celoso. ¿Puede que Ezra sospechara que Matthildur se lo había confesado todo y que la cosa había terminado mal?

—Bien podría ser. En todo caso, no le habló a mi madre de esas sospechas —reparó Hrund—. Por algún motivo, estaba convencido de que Jakob nunca habría podido hacerle daño. Se resignó ante lo ocurrido y desde entonces ha llorado en silencio la pérdida de su Matthildur.

—¿Cómo podía estar tan convencido?

—No lo sé. Jakob era el único que podía ayudar a esclarecer el trágico destino de Matthildur. Con su muerte se perdió toda posibilidad de poder llegar al fondo de lo ocurrido.

—Tú no te conformaste nunca con ese final.

—No, nunca.

Su madre regresa exhausta del páramo. La tempestad ha vuelto a arreciar y la intensa ventisca hace imposible la búsqueda. Se reúnen en Bakkasel mientras azota la peor racha.

Los efectos del sedante ya se le han pasado, pero se encuentra mucho más tranquilo. Tumbado en la habitación que comparte con su hermano, todavía tiene escalofríos y se siente como si estuviera saliendo de una gripe. El doctor se acerca, le coge la mano, examina las heridas y le palpa la frente. Aparentemente satisfecho, asiente anunciando que se recuperará pronto.

Su madre entra y se sienta en la cama. Cubierta de hielo y nieve, lleva puestos unos pantalones impermeables, un jersey grueso de lana y unas botas de montaña con los cordones atados. Chorrea agua hasta el suelo. Está lista para subir otra vez al páramo en cuanto el tiempo lo permita. Sin concederse un segundo de descanso, se acerca un momento a verlo antes de reunir provisiones para que a nadie le falte de comer. También quiere hablar con los organizadores de la búsqueda. Conoce el terreno situado por encima de Bakkasel como la palma de su mano y puede darles indicaciones.

—¿Qué tal estás, cariño? —le pregunta. El chico percibe su empeño, su determinación y su perseverancia por mucho que trate de fingir que no pasa nada para evitar alarmarlo.

—¿Cómo va todo? —le pregunta él.

—De momento bien, pero tenemos que descansar —se apresura a contestar—. Así podremos seguir con más fuerzas. ¿Has hablado con papá?

Asiente. Ha pasado con él un largo rato, pero no han intercambiado ni una palabra. Se da cuenta de que sus padres no hablan mucho entre ellos. Su madre no parece esforzarse en mitigar el sopor que asfixia a su padre.

—¿Crees que encontraréis a Beggi? —le pregunta.

—Sí, lo encontraremos —afirma su madre—. Solo es cuestión de tiempo. Lo encontraremos, puedes estar seguro.

—Debe de estar pasando mucho frío.

—No hay que pensar así —le aconseja su madre—. Sé que ya te lo hemos preguntado mil veces, pero... ¿te acuerdas de algo que nos pueda ayudar? ¿Podías ver las montañas? ¿Sabes en qué dirección caminabas?

Niega con la cabeza.

—Después de perder a papá ya no vi nada más. Solo la nieve. No podía ni abrir los ojos. No sabía si subía o bajaba. A veces tenía que ir a gatas. No veía las montañas. No veía nada.

—Por la posición en que te encontraron, dicen que seguramente te estabas alejando de nosotros. También lo indica el lugar donde estabas. Y la dirección del viento. La tormenta os desplazó más de lo que podríamos haber imaginado. Habías subido tanto que ha sido un milagro que te hayamos podido encontrar. Desde entonces hemos estado buscando más arriba todavía. ¿Crees que Beggi pudo seguir ese camino?

—Nunca se me debió escapar. Lo llevaba de la mano todo el rato, pero de repente ya no estaba. Lo llamé a gritos, pero con la tormenta no podía oír ni mi propia voz.

Rompe a llorar.

—Lo sé, cariño —dice su madre—. Lo sé. Gracias a Dios te hemos encontrado, cielo —añade abrazándolo con fuerza.

—Beggi se llevó el cochecito —dice él.

—¿Qué cochecito?

—El que le dio papá.

—¿El cochecito rojo?

—Sí.

—¿El que querías tú?

—No lo quería —replica inmediatamente.

—Pero os peleasteis por él.

—Solo le pedí que me lo cambiara. Por el soldadito.

—¿Y él no quiso?

—No.

—¿Y dices que se llevó el coche cuando subisteis?

—Sí.

Está a punto de contarle lo que le había dicho a su padre al emprender aquel fatídico viaje. Solo ha mencionado el coche porque quiere contárselo todo a su madre y sentirse mejor, pero es incapaz de hacerlo. No sabe por qué. Quizá sea porque todavía hay esperanzas de que todo salga bien, de que

encuentren a Beggi y entonces ya no importe.

—Lo encontraremos —insiste su madre en tono reconfortante—. No te preocupes. En cuanto el tiempo mejore. Dicen que no tardará en amainar. Entonces estaremos preparados y encontraremos a Beggi. Va a venir más gente a ayudarnos y así podremos organizarnos mejor. Daremos con él, tenlo por seguro.

Asiente con la cabeza.

—Trata de descansar, cariño. Intenta dormir todo lo que puedas. Te hace falta.

Su madre se marcha y se queda solo en la cama, acompañado de sus propios pensamientos y el rugido de la tormenta que atruena en sus oídos. El viento azota la casa como si quisiera arrancarla de sus cimientos y llevársela volando. Sumido en un eterno limbo entre el sueño y la vigilia, da vueltas sin cesar hasta que el cansancio lo derrota y lo asaltan las pesadillas.

Está solo en la casa, pero esta no le ofrece ningún resguardo. Las puertas se mueven a merced del viento, las ventanas están rotas y en su interior ha desaparecido cualquier signo de vida: los muebles, la luz, los colores. Lóbrega, inquietante y muerta, está inmersa en las tinieblas. Por sus paredes, desnudas y frías, discurren gotas de agua. Parecen llorar.

Al bajar la mirada, descubre que hay un hombre en el suelo, tapado con un saco de dormir. Se inclina sobre él y, cuando se dispone a empujarlo levemente, el hombre se gira y le lanza una mirada penetrante. Se lleva un susto de muerte. Nunca lo había visto antes. El corazón le late a mil por hora.

Lo despiertan sus propios gritos. Grita con todas sus fuerzas, grita y grita a todo pulmón, grita hasta enrojecer, grita y grita y grita como si fuera a perder la vida hasta que su madre y el médico se acercan a él y consiguen ponerle una nueva inyección.

Por la tarde, Erlendur no tuvo dificultad en encontrar a alguien que lo llevara desde Neskaupstaður hasta casa de Hrund para recuperar su coche y regresar a la casa abandonada. Sacó más mantas del maletero y se alegró al comprobar que el lugar donde dormía seguía seco. Encendió la lámpara de gas y no tardó en entrar en calor. Tras fumarse dos cigarrillos y tomarse una taza de café cargado, sacó la comida que había comprado por el camino. El envoltorio térmico la mantenía caliente, o al menos templada. Hambriento, se terminó casi toda la bandeja: carne cocinada en una espesa salsa marrón con guarnición de puré de patatas y un poco de mermelada. Erlendur acompañó la comida con otro café y al acabar se encendió otros dos cigarrillos. Sacó el libro que estaba leyendo, la historia de unos estudiantes islandeses en Copenhague en el siglo XIX. Algunos pasajes lo hicieron sonreír e incluso soltar alguna carcajada.

Mientras leía, pensaba en Hrund y en quienes quedaban cuando un ser querido desaparecía inesperadamente de sus vidas. Eran personas que debían hacer frente a la ausencia, al recuerdo e incluso a cierto sentimiento de culpabilidad. Comprensiblemente, cuando alguien desaparecía, toda la atención se centraba en la persona perdida, en sus circunstancias y en las posibles causas de su desaparición. El interés de Erlendur iba más lejos. En alguna ocasión lo había comentado con Marion Briem, con quien había trabajado durante muchos años y a quien añoraba más de lo que quería admitir. Marion sabía escuchar y seguramente conocía mejor que nadie lo que era perder a un ser amado. Erlendur lo atribuía a su lucha contra la tuberculosis y a los enfermos que había conocido en el sanatorio de Vífilsstaðir y en Dinamarca. Aunque Marion hablaba poco sobre su experiencia con la tuberculosis en su juventud, en alguna ocasión había accedido, por insistencia de Erlendur, a darle una visión de lo que había presenciado: salas de aislamiento, colapsos pulmonares, amputaciones y expectoraciones de sangre. Si bien Marion nunca lo mencionó, Erlendur

sospechaba que detrás de sus palabras se escondía también el dolor causado por algún amor perdido.

—¿A qué te refieres exactamente? —le había preguntado Marion una vez.

—A las desapariciones —había respondido Erlendur—. Lo que digo es que, ante todo, como simple miembro de la Policía Judicial, mi trabajo es averiguar lo que ocurrió, quién desapareció, cómo y por qué.

—Claro —había dicho Marion—. Naturalmente.

—Pero, me pregunto: ¿qué ocurre con los demás?

—¿Los demás?

—Con los que se quedan.

—¿Qué pasa con ellos?

—Los que me dan pena son los que se quedan. Los que tienen que vivir con lo ocurrido y soportar la pérdida y el dolor hasta el final de sus días. Esa es la gente que más me interesa.

—No es tarea de los policías mitigar su dolor, Erlendur —había señalado Marion—. Para eso ya están los curas.

—Pero no puedo dejar de pensar en ello.

—E intentas ayudar.

—Si puedo. Pero apenas hay nada que pueda hacer.

Erlendur escuchaba el aullido del viento con la mirada perdida en la oscuridad de la casa abandonada. Finalmente, dejó el libro y durmió toda la noche al calor de la lámpara de gas, sin tener ni un solo sueño.

En torno al mediodía del día siguiente, Erlendur recorrió la carretera del valle Fagridalur, despejada por los servicios de mantenimiento. Aparcó en la residencia de ancianos de Egilsstaðir y repasó mentalmente los nombres de quienes conocían la historia de Matthildur y Jakob. La mayoría eran personas mayores, incluso en una edad muy avanzada, como Ninna y Ezra. Pronto quedarían en el olvido sus vidas y sus destinos, sus alegrías y sus penas. Todo terminaría diluyéndose en el silencio eterno, enterrado bajo un montículo en el cementerio, en un lugar que jamás visitaría nadie, salvo el soplo del viento sobre la hierba.

Kjartan se hallaba solo en el salón y lo reconoció inmediatamente pese a que no veía demasiado bien. Le preguntó si había encontrado algo útil en el baúl de su madre. Erlendur asintió. De hecho, había encontrado una carta de Matthildur que le había servido de mucho.

—Ah, mira qué bien —celebró Kjartan mientras tomaban asiento en

aquel salón vacío—. ¿Así que de vuelta por aquí? No sé qué más puedo hacer por ti. ¿Decías que esto lo vas a publicar en un libro?

—No lo sé, casi todo es por mera curiosidad mía. He hablado con algunas personas de los fiordos. Todos han sido muy amables y se acuerdan asombrosamente bien de lo ocurrido.

—Sí, aquí vive buena gente —aseguró Kjartan—. De momento nadie me ha demostrado lo contrario.

Erlendur asintió. Al pasar por el nevado valle de Fagradalur se había preguntado cómo pensaba abordar la cuestión del padre de Kjartan y si este conocería la verdad. Al fin y al cabo, su patronímico no lo relacionaba con Jakob. Además, a juzgar por lo que había oído, Jakob parecía ser un tema espinoso para todo el mundo, más aún para su supuesto hijo secreto. De hecho, siendo un desconocido sin ningún tipo de vínculo, Erlendur no tenía ningún derecho a ir interrogando a la gente sobre su pasado y sabía que hacía mal en poner pretextos falsos. Quería ser sincero. No toleraba tener que recurrir a los engaños y al secretismo para tratar con personas honestas.

—No estoy seguro de haberte explicado bien mi interés por el fallecimiento o la desaparición de Matthildur —expuso tras un breve silencio—. Hace poco hablé con un hombre llamado Bóas, aunque, en realidad, hace mucho que me interesa la historia de Matthildur y Jakob. Eso incluye también la de sus familiares.

Kjartan posó en Erlendur su mirada apagada, sin entender adónde quería ir a parar.

—Soy policía en Reikiavik y estoy aquí de vacaciones. Además, resulta que mi familia también es del este y oí hablar de Matthildur cuando era pequeño. Su historia me despierta curiosidad. No estoy tratando de destapar nada. Esto dista mucho de ser una investigación policial.

—¿Por qué no me lo dijiste la otra vez? —preguntó Kjartan—. ¿O ya lo habías mencionado? No lo recuerdo. Te creía historiador.

—No —aclaró Erlendur—. No soy historiador. Me parecía justo que supieras la verdad antes de continuar hablando. Si es que todavía quieres hacerlo.

Kjartan lo miró fijamente. Erlendur esperó paciente, incapaz de adivinar cómo iba a reaccionar el anciano.

—He tenido que soportar muchas cosas debido a mi historia familiar —comentó Kjartan finalmente—. No creo que nada de eso sea incumbencia de

la policía. Y ahora me gustaría que te fueras.

Erlendur titubeó. No sabía qué decir. La oportunidad se le escapaba de las manos.

—Que tengas un buen día —dijo Kjartan levantándose.

—Puede que consiga averiguar qué le ocurrió a Matthildur —se apresuró a añadir Erlendur—. Con tu ayuda.

—Que tengas un buen día —repitió Kjartan saliendo del salón.

Erlendur suspiró mientras veía a al anciano alejarse. Tenía razón: su vida no era de su incumbencia. Aun así, Erlendur no se conformaba con aquel desenlace. Ignoraba si Kjartan contaba con alguna información que pudiera ayudarlo a esclarecer el destino de Matthildur, pero, en todo caso, era una pieza importante de la historia.

Erlendur esperó un momento. Un empleado se acercó para preguntarle si necesitaba algo y respondió que ya se iba. Caminó despacio por el pasillo y pasó por delante de la habitación de Kjartan. El anciano tenía la puerta entreabierta y Erlendur se detuvo. Se planteó abrirla y poner a prueba la paciencia de Kjartan, pero cambió de opinión y optó por irse.

—¿Sigues ahí? —escuchó preguntar a Kjartan desde la habitación.

Erlendur empujó suavemente la puerta. El anciano estaba sentado en la cama, con la mirada clavada en el suelo.

—Aquí no hay otra cosa que hacer más que escuchar los pasos de la gente.

—Me marchó ya —dijo Erlendur—. Quiero que sepas que no me estoy entrometiendo en nada. Y que aquí no he venido en calidad de policía. Solo he venido en busca de respuestas. He hablado con Hrund, tu tía.

—Muy bien, pero no la conozco.

—Ya.

Erlendur seguía en la puerta sin moverse.

—¿Qué crees que le pasó a Matthildur? —preguntó Kjartan.

—No lo sé —respondió Erlendur, adentrándose lentamente en la habitación—. Lo más seguro es que muriera de camino a Reyðarfjörður.

—Mi madre y yo no nos llevábamos bien —confesó Kjartan—. Me fui de casa cuando era muy joven. Sé que es horrible hablar así, pero tampoco sabría explicarlo de otra manera.

—¿Sabías quién era tu padre?

—Sí.

—¿Cuándo te enteraste de que era Jakob?

—¿De qué te sirve saberlo?

—Me hace falta una visión global —aclaró Erlendur escogiendo cuidadosamente cada palabra—. Todo importa, sobre todo lo que no parece importar.

—Desde que fui lo bastante mayor para entenderlo —admitió Kjartan—. Lo he sabido desde siempre. Me mudé aquí mucho después de que él muriera. De pequeño nunca lo vi ni supe nada de él. Supongo que en mi decisión de trasladarme al este tuvo mucho que ver que mis padres hubieran vivido en esta región y que mi madre siempre hablara bien de los de su tierra.

—¿Te contó lo de Jakob, entonces?

Asintió.

—Jakob negaba rotundamente que fuera mi padre —explicó—. No sé por qué. Igual por algún aspecto de su pasado que desconozco. Me lo he preguntado más de una vez. No creo que mi madre mintiera. En realidad, ella apenas sabía nada sobre él y no quería ni mencionar su nombre. Le guardaba rencor, lo odiaba. Ya ves que no es agradable hablar de estas cosas.

—Lo entiendo perfectamente —admitió Erlendur—. Por algo usas el patronímico Halldórsson, y no Jakobsson.

—Mi madre tuvo la suerte de conocer en Reikiavik a un hombre formidable que siempre se portó muy bien conmigo.

—¿Sabes si tu madre mantenía algún contacto con Jakob?

—No, ninguno —aseguró Kjartan—. Sería impensable. Renegaba de ella, renegaba de su hijo. Entiendo a mi madre perfectamente y no la culpo.

—¿Y con Matthildur? Se escribían cartas.

—Ah, no lo sabía. En todo caso, murió muy joven.

—Matthildur no supo nada de la relación entre tu madre y Jakob hasta que Ingunn le escribió una carta para explicárselo todo. Para entonces, Jakob y ella llevaban ya mucho tiempo juntos. Como era de esperar, la carta tuvo repercusiones en el matrimonio. ¿Qué dijo tu madre cuando desapareció Matthildur? ¿Qué pensó que había ocurrido?

—¿Es que has averiguado algo nuevo al respecto?

—No. En absoluto.

—No sabía más que el resto de la gente —explicó Kjartan mirándose las zapatillas deshilachadas de fieltro—. Naturalmente, el dolor la consumía, lo recuerdo siendo un niño, pero son cosas que pasan cuando uno vive en

Islandia. La gente lo sabe y lo acepta. Esa era la mentalidad de entonces. Y lo sigue siendo.

—Más tarde corrieron unos rumores.

—Sí, sí. Algunos llegaron a mis oídos cuando me instalé aquí. Pero ¿acaso no forman parte de esa misma mentalidad? Mi madre nunca se los creyó y sus hermanas tampoco. Tengo entendido que Jakob no era muy... cómo lo podría decir... fácil de tratar. A mis tías les dolía amargamente no haber podido llevarla a la tumba porque nunca se encontraron sus restos. Una vez se lo oí decir a mi madre, que les hubiera gustado poder enterrarla.

—¿Cómo reaccionó tu madre cuando Jakob murió?

—«Más se perdió en la guerra». Eso es todo lo que dijo.

Kjartan levantó la mirada de sus zapatillas y la dirigió hacia Erlendur.

—Y ya que preguntas sobre reacciones...

—Cuéntame.

—Una vez fui a visitar a la hermana de mi madre que ha vivido siempre aquí. Tenía ganas de conocer a mis parientes.

—¿Quieres decir Hrund?

—Sí. ¿La conoces? Fue la primera y única vez que la vi.

—Ah, ¿sí?

—No me recibió demasiado bien. Me soltó que justo había tenido que salir físicamente a mi padre, y no era precisamente un cumplido. Dijo que no me veía ningún parecido con su familia y me pidió que no volviera a aparecer por allí. Me da la impresión de que se había dejado influir por todos esos rumores, cuentos de fantasmas y supersticiones en torno a la desaparición de Matthildur.

—Nunca se sabe.

—Será infantil por mi parte... pero siempre me ha dolido lo que me dijo. Erlendur reflexionó.

—En el baúl encontré un obituario dedicado a tu padre. Su amigo lo consideraba un hombre lleno de virtudes.

—¿Ese con la palabra «sinvergüenza»?

—Sí, ese.

Kjartan sonrió con frialdad.

—Esa es la lotería que me tocó en esta santa vida.

El anciano miró a Erlendur fijamente.

—Ahora sí que voy a pedirte el favor de que te marches —añadió—. Y

no me gustaría volver a verte.

Erlendur se marchó de Egilsstaðir hacia el anochecer. Le pareció que se había hecho demasiado tarde para hacerle una nueva visita a Ezra y prefirió dejarlo para la mañana siguiente. Quería exponerle lo que Hrund le había contado acerca de su relación con Matthildur. Lo que realmente deseaba saber era si Jakob había llegado a enterarse alguna vez de su romance secreto y, de ser el caso, cómo había reaccionado. ¿Lo había averiguado antes de que Matthildur desapareciera o había vivido en la ignorancia? Muchos años después, Ezra le había confesado a la madre de Hrund su aventura con Matthildur. ¿Se lo habría contado a alguien más? ¿Quién más lo sabía? Daba por hecho que Ezra no se iba a mostrar muy dispuesto a colaborar y, de alguna manera, lo inquietaba pensar en la visita. Pero sabía perfectamente que su insaciable curiosidad sería más fuerte que sus preocupaciones.

Paró en la gasolinera de Eskifjörður, donde se compró un sándwich, relleno el termo y repuso sus provisiones de cigarrillos. Dejó el coche aparcado y paseó hasta el cementerio. Ya había caminado por él en visitas anteriores y siempre había admirado lo limpio y bien mantenido que estaba. Situado en las afueras del pueblo, el cementerio dormía en silencio sobre una ladera, bordeado por un bonito muro de piedra y poblado por las almas de los difuntos.

Entró bajo la luz del atardecer. El suelo estaba cubierto por una fina capa de nieve, pero aún se podían leer las inscripciones de las lápidas.

Su madre había fallecido tras pasar unos días hospitalizada, muchos años después de haber trasladado al este el ataúd de su padre. Erlendur había estado a su lado cuando pasó a mejor vida. Aunque no había podido hablar mucho con su hijo durante aquellos últimos momentos, sabía que estaba junto a ella y eso le bastaba. Erlendur no se había apartado de su cama desde que la habían ingresado. Siempre había mencionado su deseo de descansar junto a Sveinn y allí, a su lado, es donde la aguardaba su tumba. Como en el caso de su padre, Erlendur había viajado en avión al este con el ataúd, que después

había sido trasladado a toda velocidad en un camión. Las carreteras apenas habían mejorado en los años transcurridos y, por una asombrosa coincidencia, el conductor había sido el mismo que había transportado el ataúd de Sveinn. En aquella ocasión, no se había mostrado menos parlanchín.

—¿No estaba tu madre contigo la última vez? —había preguntado el conductor.

Seguía igual de impulsivo, con su escandalosa manera de hacer las cosas atropelladamente. Le había hecho la pregunta mientras subían el ataúd al vehículo.

—Sí —había corroborado Erlendur—. Y ahora, también.

—¿Cómo?

Erlendur había guardado silencio hasta que el hombre había caído en la cuenta.

—¿Quieres decir...? —había preguntado abochornado, sin saber cómo concluir su frase.

Había conducido por la carretera de grava con mucho más cuidado que en la primera ocasión y habían recorrido en silencio la mayor parte del trayecto.

El cura que había celebrado el funeral era un hombre afable al que Erlendur no conocía. Previamente habían repasado por teléfono lo más remarcable de la vida de su madre. A la iglesia apenas habían acudido asistentes, solo algunos conocidos de sus padres y unos cuantos parientes lejanos con quienes Erlendur apenas tenía de qué hablar.

Poco después, el ataúd descendía con solemnidad en la tierra.

—Cuídate mucho —le había dicho su madre en el hospital. Sus delirios no le permitían reconocerlo, pero había tenido un momento de lucidez.

Erlendur había asentido.

—No piensas en ti lo suficiente.

—No te preocupes por mí.

—Bendito... mi niño...

Su madre se había quedado dormida con sus palabras todavía en la boca, pero se había despertado un momento después. Al ver a Erlendur sentado a su lado, había esbozado una sonrisa. Le había preguntado si había encontrado a su hermano.

—... haz que descanse con nosotros... si lo encuentras.

Un instante después había fallecido.

Recorrió pausadamente el pequeño cementerio dejando un rastro de

huellas sobre la nieve y se detuvo al llegar a la tumba de sus padres, coronada por una lápida de basalto pulido que él mismo había encargado. En ella aparecían inscritos sus nombres junto a sus fechas de nacimiento y defunción. A los pies se leía una pequeña plegaria o un llamamiento al reposo, según se mirara: «Descansen en paz». Erlendur conservaba en casa la cruz que previamente había identificado la tumba de su padre. No sabía cómo deshacerse de ella y todavía no había sido capaz de hacerlo después de tantos años. Deteriorada por los gélidos vientos del norte y oscurecida por las cálidas brisas del sur, la lápida estaba cubierta de líquenes y mostraba evidencias de que los pájaros se habían posado sobre ella. «El tiempo no perdona», pensó Erlendur mientras deslizaba sus dedos por la helada losa de basalto. Sabía que aquella lápida lo mantendría unido a aquel lugar para siempre.

Erlendur se había encargado personalmente de transportar en su coche la lápida desde Reikiavik, recorriendo las pésimas carreteras de grava. Había tardado dos días en llegar y de camino había pasado la noche en Akureyri. No había colocado una cruz provisional para su madre porque había querido esperar hasta instalarles una lápida común. Pero, por pura desidia, había retrasado el momento de hacerlo hasta que la vergüenza lo había obligado a contactar con un taller. Pero aquella desidia tenía una explicación. En el fondo, no quería ir al este porque lo asociaba a unos recuerdos dolorosos. Sin embargo, cuando por fin había decidido dar el paso y emprender su viaje, el hechizo pareció haberse roto y a partir de entonces había hecho visitas regulares, de distinta duración, a su tierra natal. Era consciente de que no podía huir de su pasado.

Durante mucho tiempo se había esforzado en vano por recuperar algún recuerdo de su vida en Bakkasel antes de que ocurriera la tragedia. Con el paso de los días y los años, lo había ido consiguiendo. El pasado se había borrado inmediatamente después de la desaparición de Bergur, como si su vida no hubiera empezado hasta ese momento. Pero, a lo largo del tiempo, los recuerdos previos al accidente habían aflorado gradualmente. Algunos se reducían a pequeños fragmentos sueltos, difíciles de situar en el tiempo. Otros eran más claros. Ocasiones especiales, como la celebración de la Navidad. Su padre con un gorro de Papá Noel. El árbol que decoraban todos juntos. Las radionovelas de las tardes de invierno. Las imágenes se dibujaban en su mente como iluminadas por la tenue llama de una vela. Un viaje a

Akureyri. Una excursión en barco a la isla de Papey y su pánico al agua. Los días de verano. Él a lomos de un caballo que guiaba su madre. La siega del heno. Los hombres tomando café y fumando junto a Bakkasel. Bergur y él jugando en el fragante heno recién segado.

Algunos recuerdos lo acosaban continuamente y despertaban en él una profunda nostalgia. Allí, junto a la tumba de sus padres, le pareció escuchar unos sonidos lejanos, una triste melodía que asociaba al violín de su padre. Pudo ver a su madre en la puerta del salón, escuchando con los ojos medio cerrados. Era el final de un largo día de verano y tenían todos la piel bronceada. Su hermano y él se estaban quedando dormidos en el sofá. Su padre deslizaba los dedos por las cuerdas con elegancia y precisión. Ella miraba a su marido y ladeaba la cabeza mientras escuchaba la música.

—Toca ahora algo más alegre —le había pedido.

—Los chicos se están durmiendo.

—No tienes por qué tocar alto.

Cambiando de compás, había tocado un vals animado que apenas llegaba a oírse. Ella había escuchado sonriendo desde la puerta, había caminado hacia él y lo había hecho levantarse de la silla. Él había dejado el violín y habían bailado envueltos en el silencio.

Bergur se había quedado dormido a su lado, pero Erlendur lo había despertado y, disimulando, habían observado a sus padres mientras bailaban. Se susurraban al oído para no despertar a sus hijos y su madre contenía la risa. Se reía con facilidad. Bergur había salido a ella. Se parecían en muchos aspectos: tenían los mismos rasgos faciales y la misma sonrisa sincera. Bergur siempre estaba de buen humor, a diferencia de su hermano, que se quejaba por todo, era autoritario y andaba siempre con exigencias. Tampoco sonreía mucho; se parecía más a su padre, tanto en el físico como en el carácter.

El recuerdo dejaba en su mente un regusto a verano acompañado del olor a heno recién segado y un calor sofocante. Ese día, Bergur y él habían estado jugando en el río, lo habían bordeado y habían metido las manos en el agua para refrescarse la cara.

Fue el último verano que pasaron los cuatro juntos.

Erlendur acarició el basalto deteriorado. Por la ladera bajó una ráfaga helada que le atravesó el abrigo. Mirando hacia las montañas, se ajustó la cremallera y regresó a la gasolinera. El parte del tiempo había anunciado la

llegada del frío. El viento que se había levantado lo confirmaba. Erlendur lo había estado esperando y ahora soplaba desde las cumbres como un aciago presagio.

—¿Qué haces aquí tumbado?

Sobresaltado por la pregunta, dirige la mirada hacia la oscuridad, hacia donde ha escuchado la voz del viajero.

—¿Sigues ahí? —le pregunta.

—Sigo aquí —escucha decir al hombre.

—¿Por qué? ¿Qué quieres de mí?

—Me iré cuando tú te vayas.

—¿De dónde vienes? —pregunta.

—De muy lejos —responde el viajero—. Y regresaré esta noche.

Se despertó sobresaltado por el ruido de un coche. Se estaba haciendo de día. Aturdido tras no haber conciliado el sueño hasta prácticamente el amanecer, escuchó un portazo seguido del crujir de la nieve bajo unos pasos que se acercaban hacia la casa. Era una sola persona. Erlendur se levantó. La nieve acumulada en un rincón del antiguo salón daba a la estancia un aspecto desangelado.

—¡Buenos días! —escuchó Erlendur reconociendo la voz inmediatamente. La cara de Bóas apareció al otro lado de una ventana rota.

—¿Te molesto? —preguntó.

—No —respondió Erlendur.

—Te traigo café y unas pastas de hojaldre —anunció Bóas sonriendo—. Se me ocurrió que igual te venía bien algo de compañía, estando tú solo en esta choza.

—Pasa, pasa —lo invitó Erlendur.

—Muy amable —dijo Bóas entrando al salón por el hueco de la puerta. Llevaba un termo de café y una bolsita de papel con un delicioso olor a repostería—. He traído dos tazas, por si las moscas —explicó—. No tenía claro en qué condiciones vivías.

—Me las apaño bien —replicó Erlendur aceptando una de las tazas.

Bóas paseó la mirada por su cama improvisada: las mantas, el saco de dormir, la lámpara de gas. Todo estaba ordenado y limpio, aunque no fuera ninguna suite de lujo. Erlendur utilizaba como enorme cenicero una lechera que había encontrado en la antigua finca. La tenía apartada en una esquina con algo de agua para tirar ahí las colillas. Junto a ella había una silla de camping y una pila de libros levantada en una porción de suelo seco.

—No, si te lo has montado bien —opinó Bóas—. ¿Tienes algún interés particular por los vagabundos? ¿Te quieres convertir en uno?

Erlendur sonrió. Probó el hojaldre recién horneado y sorbió el café con cuidado para no quemarse. Estaba bastante cargado.

—No se está tan mal —respondió—. Y gracias por el café.

—No hay de qué. ¿Has visto algún fantasma?

—Siempre ronda alguno —respondió Erlendur.

—Los niños solían decir que esta casa estaba encantada —comentó Bóas—. Pero eso era en los tiempos en que a los niños les gustaba salir a jugar y sabían lo que era una casa encantada. Vamos, hace la tira. Venían aquí a jugar y se contaban cuentos de fantasmas alrededor de una hoguera. Cómo no, también se hacían arrumacos y a veces bebían *brennivín* a escondidas.

—Han escrito en las paredes —señaló Erlendur.

—Sí, siempre estaban los típicos enamorados. Ahora ya no viene nadie, que yo sepa. Menos tú, claro.

—No es que lo haga muy a menudo —aclaró Erlendur.

—El lugar es bonito. ¿Estás pensando en quedarte ahí más tiempo?

—No lo sé —respondió Erlendur.

—¿Y no pasas frío aquí?

—No, estoy bien.

—Ya perdonarás a este viejo alcahuete, no pretendo meter las narices en tus asuntos —aseguró Bóas—. La cosa es que le he mencionado a algunos cazadores de la zona lo que me comentaste, eso de que si las madrigueras de los zorros o los nidos de los cuervos podrían darte alguna pista sobre el destino de tu hermano. Pero no he obtenido nada.

—Bueno —dijo Erlendur—, ya me lo imaginaba. Gracias igualmente por preguntar.

—Y tu caso, ¿cómo va? —preguntó Bóas.

—¿Mi caso? ¿Quieres decir lo de Matthildur?

Bóas asintió.

—Yo no lo llamaría caso. No sé qué decirte, pero me parece que tu admirado Ezra podría iluminarme más al respecto.

—¿Y eso? —preguntó Bóas arrastrado por su curiosidad de siempre.

—Me dio esa sensación después de hablar otra vez con Hrund —señaló Erlendur sin querer contarle a Bóas más de lo necesario. No pretendía mencionar la relación entre Ezra y Matthildur, independientemente de que Bóas pudiera estar al corriente o no. Se trataba de un asunto privado y no quería que corrieran rumores—. Pero son solo impresiones mías —añadió para quitar hierro a sus palabras.

—¿Crees que hubo algo turbio en toda esa historia?

—Algo me dice que tú sí lo piensas —le espetó Erlendur poniéndose a la defensiva—. De lo contrario, no habrías reaccionado con tanto interés a mis preguntas sobre Matthildur. Si no recuerdo mal, me indicaste que hablara con Hrund después de haberte dicho que era de la policía.

—No sé nada más —dijo Bóas retractándose—. Solo te contaba la historia desde mi punto de vista. Yo no sé lo que pasó ni lo que dejó de pasar.

—¿Una historia curiosa y punto? —le preguntó Erlendur.

—Eso es lo que es para mí —respondió Bóas—. ¿Tienes pensado volver a hablar con Ezra?

—No lo sé —dijo Erlendur convencido de que Bóas no se había presentado allí con un café humeante y unas pastas recién hechas con la sola intención de alegrarle el día a su amigo de Reikiavik. Le hacía gracia la incapacidad de Bóas para disimular su curiosidad por mucho desinterés que fingiera.

—Puedo acompañarte si quieres.

—No, gracias —dijo Erlendur—. No quiero quitarte tiempo.

—Qué va, hombre —se apresuró a decir Bóas—. Conozco al viejo Ezra y podría contarme cosas que igual a ti no te diría.

—Permíteme que lo dude, después de haber hablado con él una vez —apuntó Erlendur—. Con el debido respeto. Además, no tengo claro que quiera hacerle otra visita.

—Bueno, ya me dirás si te puedo ayudar —insistió Bóas mientras se preparaba para irse, consciente de que su conversación con Erlendur no iba a progresar.

—Gracias por el café y las pastas —dijo Erlendur. Lo acompañó a la puerta, como si Bakkasel fuera de nuevo su hogar y la casa nunca hubiera quedado abandonada.

En aquella ocasión no se oían los mazazos de Ezra en el cobertizo y nadie acudió a abrirle al llamar. Golpeó la puerta tres veces y apoyó la oreja. Vio el coche de Ezra aparcado frente a la casa, cubierto de nieve; el anciano no lo había movido de su sitio durante un tiempo. Erlendur distinguió un rastro de huellas entre la casa y el cobertizo, pero no le parecía reciente. Se dirigió a aquel chamizo donde había encontrado a Ezra golpeando pescado seco en su primera visita. Soltó el cordel, empujó la puerta y esta se abrió emitiendo un frío chirrido. Todo seguía igual: la piedra, el taburete y un poco de pescado pendiente de procesar. A lo largo de su vida, Ezra había acumulado un sinfín de trastos: herramientas y utensilios de jardín, guadañas viejas, hoces, llantas, el motor de un tractor y el parachoques oxidado de algún vehículo antediluviano. Completaban la estampa dos monos térmicos inservibles colgados de unos ganchos y una pila de leña amontonada en un rincón.

Se acercó al pescado seco, arrancó un trozo con la mano, se lo llevó a la boca y lo masticó lentamente mientras paseaba la mirada por el interior del cobertizo. No detectaba señales de que Ezra se hubiera ido de casa en las últimas horas. Al llegar, no había visto huellas de neumáticos en la nieve. Cogió la maza de Ezra y la sopesó.

Erlendur subió hasta la casa de Ezra con la maza en la mano y llamó. Al seguir sin obtener respuesta, agarró el pomo. La puerta estaba cerrada con llave. Recordaba que, en su primera visita, la había encontrado abierta. Trató de girar el pomo de nuevo, convencido de que Ezra estaba dentro.

Se dirigió a las ventanas y llamó al anciano en vano. Todo estaba en calma y solo los pájaros que sobrevolaban la casa rompían el silencio. Regresó a la puerta de la entrada; la mitad superior consistía en una cuadrícula de cristales tapada por unas cortinas. Erlendur estaba a punto de romper con la maza el cristal más próximo al cerrojo cuando la puerta se abrió y apareció Ezra.

—¿Qué haces con esa maza? —preguntó fulminando a Erlendur con la

mirada.

—Yo...

Erlendur dejó su frase inacabada. La actitud hostil de Ezra contrastaba con la que le había mostrado la primera vez.

—¿A qué has venido? —inquirió Ezra.

—Quería hablar contigo —respondió Erlendur.

—¿Pensabas asaltar mi casa?! ¿Qué haces con esa maza?!

—Pensaba que igual te había pasado algo —se excusó Erlendur—. Estaba seguro de que estabas en casa. ¿Te encuentras bien?

—Pues muchas gracias por preocuparte por mí —le espetó Ezra—. ¡Y ahora déjame en paz!

—¿Por qué quieres...?

Ezra le cerró la puerta en las narices y el portazo hizo vibrar los cristales. Erlendur permaneció inmóvil unos instantes con la maza en la mano. Seguidamente, dio media vuelta y bajó de nuevo al cobertizo para dejar la herramienta en su sitio. No le había mentado a Ezra. Su experiencia como policía le había enseñado que los ciudadanos de edad avanzada que vivían solos podían verse en dificultades sin posibilidad de avisar a nadie.

Echó un último vistazo al cobertizo y se fijó en unos esquíes rotos de madera provistos de unas correas de cuero y unos enormes palos de bambú. Hacía mucho que no veía un equipamiento de ese estilo. Deslizó la mano por los esquíes y comprobó que eran realmente viejos.

Erlendur escuchó un crujido en la nieve fuera de la casa. De pronto apareció la figura de Ezra, con cara de pocos amigos y una escopeta en la mano. El anciano no apuntaba el arma hacia Erlendur sino hacia el suelo. Llevaba el mismo atuendo que cuando le había abierto la puerta: unas alpargatas, una camiseta interior y unos pantalones que sujetaba con unos tirantes estrechos.

—Fuera de aquí —ordenó.

—No hagas el idiota —replicó Erlendur.

—¡Largo! —exclamó Ezra alzando la escopeta.

—¿Qué ha ocurrido? ¿De qué tienes miedo?

—Sal de aquí y no vuelvas más —advirtió Ezra—. No tienes derecho a invadir mi propiedad.

—¿Con quién has hablado? —preguntó Erlendur—. ¿Qué ha cambiado? Pensé que podríamos charlar.

—Ninna me llamó y me advirtió de tus fisgoneos —le informó Ezra—. No voy a consentir que metas las narices en mis asuntos.

—De acuerdo —dijo Erlendur—. Lo entiendo.

—Muy bien. Entonces creo que deberías volverte a Reikiavik.

—¿Es que no quieres encontrarla? ¿No quieres saber qué fue de ella? ¿Lo que le ocurrió de verdad? ¿No lo quieres saber?

—He dicho que me dejes en paz —insistió Ezra—. No te metas en mi vida. ¡Largo de aquí!

—¿Sabía Jakob lo vuestro?

—¡Maldita sea! —exclamó Ezra—. ¡Déjalo ya! ¡Déjalo de una vez y márchate!

Alzó de nuevo la escopeta y apuntó a Erlendur.

—Está bien. No empeores más las cosas. Ya me voy. Pero, como te imaginarás, esto lo tengo que denunciar. No puedes ir por ahí apuntando a la gente con una escopeta. Me veo obligado a informar a la policía de Eskifjörður. Vendrán aquí y te confiscarán las armas. Llamarán a una brigada especial que vendrá desde Reikiavik en helicóptero. Se enterarán los medios de comunicación. Saldrás en las noticias de las siete, Ezra. Esta misma tarde.

—¿Quién eres? —preguntó Ezra bajando la voz. Su tono delataba una mezcla de suspicacia y asombro ante aquel desconocido que lo desafiaba en su cobertizo junto a sus palos de esquiar—. ¡¿Quién demonios eres?!

Erlendur no le respondió.

—No dudaré un segundo en usarla —aseguró Ezra agarrando con fuerza la escopeta—. ¡Ni un segundo!

Erlendur lo miró fijamente en silencio sin moverse de su sitio.

—¿Te da lo mismo vivir que morir? —le preguntó Ezra.

—Si quisieras dispararme, si pensaras que así podrías solucionar algo, ya lo habrías hecho. Deberías entrar en casa antes de coger una pulmonía. No es bueno ir por la nieve en mangas de camisa.

Ezra le sostuvo la mirada sin intención de rendirse.

—¿Qué crees saber de mí? —preguntó—. ¿Qué te piensas que sabes? ¡No tienes ni idea de nada! No entiendes nada. Márchate. No quiero hablar contigo. ¿Te queda claro?

—Cuéntame lo de Matthildur.

—No hay nada que contar. Ninna te ha soltado una sarta de tonterías. No hagas caso de nada de lo que te haya podido decir.

—He hablado con Hrund. Me dijo que en su día se lo contaste todo a su madre. Sé lo de tu relación con Matthildur. Sé que engañaste a Jakob.

—Que engañé a Jakob —dijo Ezra con desprecio, dirigiendo de nuevo la escopeta hacia el suelo—. ¡Que engañé a Jakob! —repitió—. ¿Estás insinuando que era un hombre honesto?

—No sé de nada que me haga dudar.

—¡De eso se trata! ¡De que no sabes nada!

—Entonces, habla conmigo. Cuéntame lo de Jakob.

—No tengo nada que contar. ¡No tengo nada que decirte!

—Se lo contaste todo a la madre de Matthildur.

—Le pedí que no se lo dijera a nadie —confesó Ezra—. Me rogó que hablara con ella. No me dejaba en paz. No quería que lo supiera todo el mundo. Me prometió que tendría la boca cerrada.

—¿Cómo intuyó lo de tu historia?

—¿Lo de mi historia?

—Tu historia con Matthildur.

—Matthildur le había dicho que éramos buenos amigos y ella leyó entre líneas.

—Estoy bastante seguro de que solo se lo contó a su hija —dijo Erlendur—. A Hrund. No creo que nadie más lo sepa.

—Y que así siga siendo.

—¿Estás seguro? Hace ya mucho que pasó.

—¡Malditas cotillas! —exclamó Ezra de repente—. ¿Y qué decían de Jakob?

—Nada especial.

—¡Cotillas!

—¿Y Jakob? —preguntó Erlendur viendo la oportunidad de acceder a Ezra—. ¿Qué puedes decirme tú de él? ¿Y de ti y Matthildur? Su madre te creía. Se creyó tu versión. Pero ¿es fiel a la realidad?

—¡¿La realidad?! —escupió Ezra—. ¡Pues claro! ¿Es así como quieres enfocarlo? ¿Quieres hacerme quedar como un embustero?

—No sé. Cuéntame lo que pasó.

—¿Acaso insinúas que le mentí a la madre de Matthildur?

—Te hago solo una pregunta: ¿tuviste algo que ver con la desaparición de su hija?

—¡¿Yo?! —

—¿Te parece una pregunta improcedente? Te veías con ella a escondidas. Estaba casada con tu amigo.

—No, un momento...

—Cuéntame lo que pasó, Ezra.

—¿Quieres que te cuente cómo traicionamos a Jakob? —preguntó Ezra enfurecido—. ¿Quieres oír cómo engañamos a aquel miserable? Ven conmigo. Te voy a hablar de traiciones a Jakob. ¡Así podrás irte de una vez y dejarme tranquilo!

Sentado frente a Erlendur en la cocina, Ezra sujetaba la escopeta sobre las rodillas negándose a soltarla. Sin levantar el dedo del gatillo, acariciaba el cañón mientras relataba su historia en voz baja. Le costaba hablar de lo sucedido. Por una parte, se mostraba reacio a hacerlo después de tantas décadas de silencio y, por otra, todavía no había logrado recuperarse de lo acontecido a pesar de los años. Lo recordaba todo como si hubiera ocurrido apenas un instante atrás: cada detalle, cada hecho, cada conversación. Interrumpía sus explicaciones guardando largos silencios que Erlendur procuraba no romper. La narración avanzaba con lentitud. Ezra no quería precipitarse y Erlendur dejó tranquilamente que el anciano se tomara su tiempo.

Ezra confirmó casi todo lo que la madre de Hrund le había contado a su hija sobre la relación con Matthildur. Si bien la carta había sido el factor determinante, el matrimonio ya se hallaba algo deteriorado cuando Matthildur la había recibido.

—Jakob era un gran amigo mío —explicó Ezra—. No sé si ya te lo había dicho ni qué es lo que sabes. Lo conocí en Djúpivogur poco después de mudarme a los fiordos del este. Trabajó conmigo durante mi primera temporada de pesca y me facilitó las cosas. Yo era un chico recién llegado a un lugar nuevo y Jakob me caía bien. Me parecía que otros también le tenían aprecio. Y, aunque era del montón, tenía... éxito con las mujeres. No sé cómo expresarlo de otra manera. Era un ligón.

—Quizás eso explique su mala reputación.

—Le daba igual que estuvieran casadas. Una vez lo vi meterse en una pelea por ese motivo.

—Pero ¿no hiciste lo mismo tú al comenzar tu relación con Matthildur?

—Yo no era como él —negó Ezra inmediatamente—. ¡Ni de lejos!

—¿Recuerdas a Ingunn, la hermana de Matthildur, durante tu época en Djúpivogur?

—No —dijo Ezra—. Matthildur también me lo preguntó y me enseñó una foto de ella. Solo le dije que Jakob era popular entre las mujeres, pero yo no sabía de ninguna en concreto. Me mudé a Eskifjörður mucho antes que él. Cuando llegó, ya estaba con Matthildur. Comenzamos a faenar juntos y así es como la conocí, cuando ya estaba casada con él. Yo solía pasar a buscar a Jakob temprano por la mañana y poco a poco nos fuimos conociendo mejor.

—No me hago a la idea de cómo era Jakob —reconoció Erlendur—. Por mucho que la gente haya tratado de describírmelo. Me han dicho que sufría de claustrofobia. ¿Te suena de algo?

—Solo sé que Matthildur me dijo que no podía dormir con la puerta cerrada. Tenía que dejarla siempre abierta y dormir lo más cerca posible de ella.

—Matthildur debió de llevarse un buen disgusto al descubrir lo de Ingunn y Jakob —comentó Erlendur.

Ezra se había calmado considerablemente, pero seguía con la escopeta agarrada, pegada al cuerpo. Apenas oponía resistencia, consciente de que no podría librarse de la obstinación de Erlendur.

—Pobre Matthildur —suspiró Ezra.

—Es fácil comprender el dilema en que se encontraba.

—¿Fácil de comprender? —dijo Ezra en voz baja, como si susurrara para sí mismo—. ¿Qué demonios podrás comprender tú? No tienes ni idea de lo que estás hablando.

Erlendur guardó silencio.

—No tienes ni idea de lo que estás hablando —repitió Ezra—. Ni la menor idea.

Dos meses después de la desaparición de Matthildur, las labores de búsqueda no habían dado ningún resultado. Ezra vivió devastado por el dolor cada día, cada semana y cada mes transcurridos desde que Jakob le comunicara la noticia de que Matthildur se había quedado atrapada en la tormenta. Lloró su muerte en soledad y en el más estricto aislamiento. Pensó en hablar con el cura, pero no se decidió a hacerlo: nunca había sido creyente y, al fin y al cabo, no lo conocía de nada. Así que optó por encerrarse en casa y llorar en silencio. Las oleadas de dolor se alternaban con el miedo, la rabia y la impotencia. Pero lo peor de todo eran los reproches que comenzó a hacerse,

pues se culpaba a sí mismo de lo sucedido. Debería haber cuidado mejor de ella, haber estado más pendiente, haberla salvado de las garras del destino. ¿Qué grado de culpa había tenido él en su muerte? ¿Acaso no la había seducido y apartado de su marido? ¿Era esa la razón por la que había salido en mitad de aquella tempestad? Por mucho que tratara de mantener la calma y convencerse de que no la podría haber salvado y de que Matthildur habría salido de excursión igualmente, lo atormentaba una avalancha de preguntas acusadoras e incriminatorias. Puede que su destino hubiera sido morir de aquella manera. ¡Pero no! Definitivamente, aquella excursión tenía algo que ver con su relación, su amor prohibido, su historia secreta y su traición. ¿Por qué no lo habían confesado abiertamente y se habían ido a vivir juntos? ¿Por qué? ¡¿Por qué?!

Jakob era la única persona que posiblemente podría haber respondido a algunas de sus preguntas, pero Ezra nunca se atrevió a hablar con él. No tenía el valor. O quizá lo atemorizara escuchar las respuestas.

En marzo, cuando los días comenzaban a alargarse y la primavera estaba a la vuelta de la esquina, Ezra y Jakob se encontraron. Ezra siempre lo había rehuido. Echaba de menos a Matthildur, la recordaba todos los días y pensaba en los escasos momentos que habían vivido juntos. Habían hablado sobre el futuro. Querían marcharse. No podían imaginarse cerca de Jakob.

—Podríamos irnos a vivir a Reikiavik —propuso Matthildur en una de sus visitas nocturnas clandestinas.

—Es una opción —opinó Ezra—. Pero dicen que es difícil encontrar alojamiento. Todo el mundo quiere mudarse allí y trabajar para el ejército. ¿Le has dicho ya que lo quieres dejar?

—Yo...

—¿Quieres que esté contigo cuando lo hagas?

—No —dijo Matthildur.

—Nunca hay un momento adecuado para decir estas cosas. Lo mejor es decírselo sin rodeos, cuanto antes. Yo podría hacerlo por ti si me dejaras.

—Es mejor que se lo diga yo.

—¿No ha empezado a sospechar nada?

—No lo sé. Creo que no.

—¿De qué tienes miedo? ¿De que te ponga la mano encima?

—No a mí —respondió Matthildur—. Temo por ti.

—No podría hacerme daño —replicó Ezra—. No hay nada que me pueda hacer. No le tengo miedo, Matthildur.

—Lo sé.

—Me siento mal en esta situación. Jakob es... nunca me ha causado ningún daño y lo veo como un amigo. Hemos trabajado juntos. Así que... esto es muy difícil para mí. Creo que no debemos tenerle miedo si le explicamos las cosas tal y como son, si hablamos con él tratando de que entienda lo que ha ocurrido. No seremos los primeros. Estas cosas pasan.

—Lo sé —repitió Matthildur.

Pasaron un rato acurrucados bajo la manta, disfrutando mutuamente del calor de sus cuerpos. Matthildur se había escapado a su casa a medianoche y había llamado tímidamente a la puerta. Ezra no la esperaba y se había alegrado de recibir aquella sorpresa. Se habían besado, él le había acariciado la cara y se habían vuelto a besar con frenesí hasta que Ezra la había llevado en brazos a su dormitorio. Habían hecho el amor sin apenas desvestirse, dejándose llevar por la pasión desenfrenada que ella encendía en él. Matthildur debía ahogar los continuos gritos que acudían a su boca, fruto de un placer extático que nunca había experimentado con su marido.

—Jakob no debe enterarse antes de que se lo digamos nosotros mismos —le dijo Ezra, tumbado a su lado—. No puede oírlo de boca de otras personas. Tenemos que decírselo antes de que le lleguen rumores.

—Hablaré con él —aseguró Matthildur—. Te lo prometo.

—Déjame estar contigo. Es amigo mío.

—No, lo mejor es que lo haga yo sola —insistió Matthildur—. Es mejor así. Hablaré con él y le diré que me mudo a tu casa. Le explicaré que no quiero vivir con él, que el pasado pesa demasiado, que lo suyo con Ingunn ha sido como un jarro de agua fría y que, además, me he enamorado.

—Como quieras —concedió Ezra—. Pero, aun así, me gustaría estar contigo cuando lo hagas.

—Deja de preocuparte tanto por Jakob. Piensa en nosotros. En ti y en mí. Seguidamente, se marchó.

Aquel día soleado de marzo, cuando todo había terminado y la primavera estaba por llegar, Ezra se encontró con Jakob. Ezra bordeaba el cementerio en

dirección oeste cuando oyó una voz que lo llamaba. Miró a su alrededor y vio a Jakob trabajando en el cementerio en mangas de camisa. Ezra sabía que al día siguiente se iba a celebrar un funeral en la iglesia: un hombre de Útkaupstaður había muerto en la flor de la vida tras haber padecido una breve enfermedad y se esperaba un entierro multitudinario. Entró en el cementerio y se dirigió hacia Jakob.

—¿Para dónde vas? —preguntó Jakob dejando la pala a un lado. En ocasiones trabajaba para la iglesia manteniendo y excavando tumbas.

Ezra se lo explicó con cierto apuro y añadió que tenía prisa. Lo incomodaba aquel encuentro que hasta entonces había evitado deliberadamente. Ignoraba si Matthildur le había confesado ya su relación con él o si se había enterado por otros medios. Ambos habían extremado las precauciones, pero nunca se sabía.

—Ya no nos vemos nunca —comentó Jakob.

—Tengo mucho que hacer —se excusó Ezra.

—Mucho que hacer, claro, claro —dijo Jakob—. Los humildes heredarán la tierra, eso sí. Y esos somos nosotros, Ezra. Nosotros, los trabajadores.

Ezra no había escuchado la pregunta. Con la mirada perdida en algún lugar de la cocina, acariciaba el cañón de la escopeta con su mano curtida, inmerso en el recuerdo de aquel encuentro con Jakob en el cementerio y de todo lo que aconteció después. Sin duda se habría topado igualmente con él antes o después, pero el azar decidió el lugar y el momento. Aquel encuentro había estado acechando, ineludible como la muerte.

Ezra se había quedado callado a mitad de frase. En ese momento, el gato entró en la cocina. Dirigiendo a Erlendur una mirada de desconfianza, consideró que podía tumbarse a salvo en su cesta.

Erlendur repitió la pregunta por tercera vez y el anciano reaccionó por fin. Ezra salió de su ensimismamiento.

—¿Cómo dices?

—¿Qué ocurrió entonces? —preguntó Erlendur.

—Me invitó a su casa.

—¿Y fuiste?

Ezra no respondió.

—¿Fuiste a su casa? —preguntó Erlendur de nuevo.

—Sus palabras tenían cierto tono... —respondió Ezra por fin—. Cierta tono repulsivo. Jakob era un hombre repugnante. Repugnante. Y aun así... aun así habíamos sido amigos una vez.

Jakob sacó un paquete de tabaco. Le ofreció un cigarrillo a Ezra, pero este no lo aceptó.

—¿Sigues sin fumar? —le preguntó.

—Nunca le cogí el tranquillo —respondió Ezra esbozando una sonrisa.

—Se lo compré a los británicos. Pall Mall. Tabaco del bueno. Stjáni ha estirado la pata, ya lo habrás oído.

—Sí, ya me he enterado. El entierro es mañana, ¿no?

—Sí, tengo que terminar para mañana. He tenido suerte con el tiempo.

—Pues sí —dijo Ezra mirando hacia el sol con los ojos entornados—. Bueno, me voy, que tengo prisa. —Se giró disponiéndose a continuar su camino.

—Más suerte que mi Matthildur —reparó Jakob.

Ezra se detuvo.

—¿Cómo has dicho?

—Me alegro de verte —dijo Jakob en señal de despedida. Sin embargo, Ezra no se movió de su sitio.

—¿Qué has dicho de Matthildur?

No eran sus palabras las que habían sembrado la duda en Ezra. Al fin y al cabo, eran palabras banales sin especial significado y Jakob tenía todo el derecho del mundo a pronunciarlas. Era el tono que había usado lo que había captado la atención de Ezra. Lo había detectado enseguida. Bien es cierto que era muy susceptible a cualquier comentario relativo a Matthildur, y más viniendo de Jakob, pero no le cabía la menor duda: había en ellas un inconfundible tono delator.

—Muchas cosas tengo que decir de Matthildur. —Las palabras de Jakob no perdían el tono acusador—. Llevo tiempo queriendo hablar contigo, pero tengo la sensación de que me evitas.

—No te evito —dijo Ezra con rapidez. Quizá con demasiada rapidez. Se preguntó si Jakob era capaz de percibir su inquietud, si podía escuchar el latido acelerado de su corazón.

—Pues esa es mi impresión. Pasaste un tiempo enfermo. Luego dejaste de pescar conmigo y conseguiste un trabajo en tierra firme. Es como si te hubiera hecho algo. Como si ya no fuéramos amigos.

—No me has hecho nada —replicó Ezra—. Y claro que somos amigos.

¿Estaba Jakob cambiando las tornas? Era Ezra quien le había hecho algo. Matthildur y él habían actuado a sus espaldas, habían traicionado su amistad y su confianza. Tal vez su indiferencia hubiera levantado sospechas. Era cierto que había evitado a Jakob. Cuando lo veía a lo lejos, cambiaba de dirección. Nunca se había puesto en contacto con su amigo ni había hecho nada por apoyarlo tras la desaparición de Matthildur. Simplemente había desaparecido de su vida, igual que ella. Su manera de actuar debía de haber suscitado aquel recelo que estaba mostrando.

—Estupendo, entonces —comentó Jakob.

—¿Qué querías decirme sobre Matthildur? —preguntó Ezra.

—¿A qué te refieres?

—Has dicho que tenías muchas cosas que decir de Matthildur.

—Así es —afirmó Jakob—. Estaba pensando en celebrar un acto conmemorativo o, bueno, no se puede llamar entierro, primero hay que declarar oficialmente su muerte. Y eso puede llevar una eternidad. Pero hay que ceñirse al protocolo, ya sabes. De todas maneras, no la van a encontrar ya después de todo este tiempo.

—No podemos descartar nada —objetó Ezra—. Está comenzando a fundirse la nieve.

—Y además...

Jakob titubeó.

—¿Sí?

—Además hay otra cosa que no le he dicho a nadie, aunque tampoco sé cuánto debería contar. Me da... un poco de vergüenza hablar del tema. No sé cómo expresarlo o con quién hablar. Hay tan poca gente en quien se pueda confiar y... claro... son problemas que...

—¿De qué se trata?

—Es sobre Matthildur —respondió Jakob—. Había comenzado a distanciarse de mí antes de... desaparecer literalmente para siempre.

—¿Distanciarse?

—Sí, en parte por asuntos nuestros. Malas épocas, ya sabes, como en todo matrimonio. Quizás algún día sepas de lo que hablo. Si alguna vez encuentras tu propia mujer, Ezra.

De nuevo el mismo tono. Y tampoco le pasó desapercibida la elección de sus palabras: «Tu propia mujer».

—Pero, en parte, también, por otras cosas —continuó Jakob.

Un prolongado silencio sucedió a sus palabras.

—¿Cómo que por otras cosas? —preguntó Ezra pensando que Jakob no iba a continuar.

—No es que tenga pruebas. Pruebas tangibles, quiero decir. Pero supongo que los hombres que se ven en mi papel no tienen ninguna prueba hasta que les estalla todo en las narices. En sus propias narices, ¿entiendes?

—¿Hombres en tu papel?

—Cornudos, Ezra. Estoy hablando de cornudos. ¿Sabes lo que es? ¿Sabes lo que es ser un cornudo?

—Yo...

Jakob lanzó la colilla al suelo.

—Es cuando alguien se acuesta con tu mujer sin que lo sepas. Puede que otros sí lo sepan, pero tú no, tú no tienes ni puñetera idea. Y entonces un buen día tu mujer quiere abandonarte, así porque sí, como si tú no pintaras nada en el puñetero asunto.

Ezra trataba de mostrarse impasible, pero no estaba seguro de lograrlo. Solo quería salir corriendo, pero no sabía si las piernas le responderían, le parecía haber perdido todas las fuerzas. No tenía ni idea de cómo reaccionar. Aquella conversación con Jakob lo había pillado totalmente desprevenido.

—¿Quieres decir que Matthildur te...? —dijo Ezra, sin saber cómo concluir su pregunta.

—Tengo mis sospechas, nada más. Me corroen todo el tiempo, pero probablemente nunca sabré la verdad. No después de lo ocurrido. Ahora ya es tarde.

Jakob machacó la colilla contra la hierba.

—No, no la van a encontrar —repitió sosteniéndole la mirada a Ezra, quien de nuevo detectaba la acusación en sus ojos, en sus palabras y en su modo de comportarse. Ezra no podía quitársela de la cabeza. Su mirada expresaba más certeza que sospecha y sus palabras iban más allá de lo que decían.

—Pásate por casa algún día y hablamos —propuso Jakob—. Me parece que hay algo que deberías saber.

—¿Y qué es, si puede saberse?

—Ven a verme —insistió Jakob—. Ahora tengo que acabar esto. Ya hablaremos luego. Suelo estar solo por las tardes.

Angustiado, Ezra se balanceaba en su silla adelante y atrás. Después de tantos años, el recuerdo seguía vivo en su memoria. Recordaba cada una de las palabras de Jakob.

—No sabía cómo reaccionar. No quería ir a verlo, pero obviamente no se lo podía decir, así que me marché con el rabo entre las piernas.

Erlendur observó al anciano en silencio, consciente del mal trago que estaba pasando, de lo difícil que le resultaba recordar aquel pasado tan oscuro y aquellos acontecimientos que sin duda habían condicionado su vida más de lo que era capaz de imaginar. Había sido necesaria la llegada de un

desconocido, de una persona totalmente ajena, para que se diera cuenta de la demoledora influencia que habían tenido en él aquellos sucesos lejanos.

—¿No te pareció una conversación un tanto extraña? —preguntó Erlendur tras un largo silencio.

—Al principio sí —respondió Ezra—. No sabía por dónde iban los tiros. Pero luego comprendí que debía de haberse enterado. Debía de haberse enterado de mi relación con Matthildur. Hablaba con alusiones porque lo sabía todo. ¡Porque Matthildur se lo había contado!

—¿Y fuiste a su casa?

—Sí —afirmó Ezra con una voz tan débil que Erlendur apenas lo pudo oír—. Al final lo hice. Fui a su casa y me enteré de toda la verdad sobre Matthildur.

Las dudas, el miedo y la inquietud que habían torturado a Ezra tras la desaparición de Matthildur lo volvieron a asaltar con energía renovada en los días siguientes a su extraña conversación con Jakob. Sabía que tarde o temprano iría a verlo para hablar con él. Un sucio secreto que nadie pronunciaba flotaba entre ellos y, por mucha ansiedad que le generara, Ezra debía afrontar la situación. La incertidumbre acerca de lo que sabía Jakob lo había atormentado desde que Matthildur desapareciera en enero. La única manera de averiguar lo que su mujer le había contado era hablar con él. Quizá Jakob no supiera nada. O quizá lo supiera todo. Lo que más lo aterraba era la posibilidad de que su relación con Matthildur hubiera sido el motivo de que ella, tras haberse peleado con su marido, hubiera emprendido aquella fatídica excursión. No había podido desterrar ese pensamiento de su mente en los meses siguientes a la tragedia.

En tres ocasiones había salido de casa con la intención de hablar con Jakob, pero se había echado atrás en cada una de ellas. La forma en que se había comportado en el cementerio lo inquietaba y lo aterrorizaba. Daba vueltas por casa devanándose los sesos, tratando de comprender por qué Jakob había empleado ese tono al hablar de Matthildur y por qué se había puesto a hablar sobre maridos cornudos y lo que significaba ser uno de ellos. Tenía toda la impresión de que Jakob se había burlado de él.

Finalmente, una tarde hizo de tripas corazón y llamó a su puerta. Había bajado por la hondonada que en otros tiempos recorría cada mañana para ir a trabajar con Jakob, en la época en que, desde su timidez e inexperiencia, se había enamorado de Matthildur. La reacción de ella lo había llenado de asombro y alborozo. Matthildur había transformado sus torpes iniciativas en algo tan sencillo que su amor parecía natural, espontáneo y, sobre todo, genuino desde el principio. Desde su desaparición, no había transcurrido un solo día en que no recordara su sonrisa, sus gestos, su mirada, su forma de andar y de reír. La echaba de menos amargamente y, en la soledad de sus

noches, lloraba el destino de Matthildur y el de ambos.

Ezra vio una luz encendida en el salón de la casa de Jakob y llamó a la puerta. El viento había cambiado de dirección y se encauzaba por el pueblo soplando desde el norte, seco, frío y desapacible. Volvió a llamar y Jakob apareció en la puerta.

—Hombre, amigo mío, ¿qué tal? —dijo invitándolo a pasar—. Te estaba esperando.

Las palabras «amigo mío» le sonaron falsas a Ezra. Jakob lo invitó a sentarse en el salón, sacó una botella de *brennivín* y sirvió dos vasos. Se bebió el suyo de un trago y lo volvió a llenar. Era evidente que había estado bebiendo y Ezra recordaba lo impertinente, agresivo e insolente que podía ponerse cuando tomaba alcohol. Ezra dio un modesto sorbo de licor y se arrepintió inmediatamente de su visita. Debería haber escogido otro momento del día en que fuera menos probable que Jakob se pusiera a beber. La casa estaba mucho más desordenada, con el salón inundado de prendas sucias, restos de comida y platos sin fregar.

—Me alegro de verte —dijo Jakob.

—¿Qué tal estás? —preguntó Ezra.

—Hecho una mierda. Debo confesarte que estoy hecho una verdadera mierda, Ezra. Ya no tengo motivos para estar alegre.

—Han sido unos días muy duros para ti.

—¿Duros? No te haces a la idea de lo duros que han sido, Ezra. De lo mal que lo he pasado. Que sepas, Ezra, que sepas que no es ninguna broma. No es ninguna broma perder a una persona amada, como Matthildur.

—No querría molestarte. Tal vez debería venir más tarde...

—¿Cómo? ¿Ya te vas? Tómate tu *brennivín* y relájate. No pensaba hacer nada. Quédate y escucha la radio. No me molestas.

Ezra guardó silencio.

—No estoy borracho —aclaró Jakob—. Únicamente me siento un poco solo.

—Claro —dijo Ezra.

Jakob aunó fuerzas, se irguió en su silla y escogió sus palabras.

—La verdad es que me sorprende un poco que hayas accedido a venir a mi casa.

—¿Accedido? —preguntó Ezra precavido—. Solo quería darte mis condolencias...

—Vaya, muy amable de tu parte.

—Quería saber qué tal estabas.

—Y también algo más, ¿no?

—Yo...

—¿No querías preguntar también sobre Matthildur?

—¿Sobre Matthildur?

—No te hagas el tonto.

—No, nunca me haría...

—¿Crees que no lo sabía?

—¿Que no sabías el qué?

—¿En serio crees, Ezra, que no sabía lo tuyo con Matthildur?

De golpe, Jakob parecía haber recobrado la sobriedad. En su rostro apareció una dura expresión acusadora. Tras una espera interminable, Ezra acababa de confirmar sus sospechas de la forma más inesperada y con una pasmosa franqueza. Hacía tanto tiempo que lo angustiaba la llegada de aquel momento que, al desvelarse por fin la verdad, se quitó un peso de encima.

—Quería... quería hablar de eso contigo —dijo Ezra—. Por eso he venido. Nunca quisimos hacerte daño. Las cosas simplemente pasaron.

—Conque no queríais hacerme daño —dijo Jakob—. ¿De verdad no queríais hacerme daño?

—Siempre tuvimos la intención de hablar contigo.

—Pero nunca lo hicisteis.

—No, no lo hicimos. Lo iba a hacer Matthildur.

Ezra se dio cuenta de lo miserables que sonaban sus palabras. Así, parecía que toda la responsabilidad hubiese sido de Matthildur.

—Lo quería hacer ella sola —matizó—. No quería que yo la acompañara.

—¿Sabes cómo me enteré? —preguntó Jakob—. ¿Sabes cómo me enteré de que era un cornudo?

—No —respondió Ezra.

—¿Cómo crees que se siente uno? ¿Eh? ¿Cómo crees que se siente uno cuando su mujer se acuesta con otro de su mismo pueblo? ¡Con su amigo! ¡¿Cómo cojones te crees que se siente uno?!

Ezra no le respondió.

—¿Acaso no eres mi amigo?

Ezra seguía en silencio.

—¿Es que no eras mi amigo? —insistió Jakob.

Ezra asintió.

—Me daba perfecta cuenta de vuestro comportamiento por las mañanas —continuó Jakob—. Cuando pasabas a buscarme. ¿Crees que no veía tus miraditas? Te quedabas mirándola como un tonto y a ella le gustaba.

—Me contó lo de su hermana y lo del hijo —explicó Ezra—. Estaba consternada...

—¡Eso era una jodida mentira! —gritó Jakob—. ¡Yo no tenía nada que ver con aquel niño! Su hermana era una embustera. Me acosté con ella, eso es verdad. Me acosté con ella en Djúpivogur, quizá dos veces. Pero yo no era el padre. Y no tenía ni idea de que fueran hermanas.

—Matthildur estaba realmente consternada —insistió Ezra—. Por eso acudió a mí. Estaba furiosa.

Jakob clavó la mirada en el suelo. Iba bastante desarreglado: despeinado, sin afeitar, con una camisa de cuadros por fuera de los pantalones y un solo calcetín. A Ezra le parecía que Jakob estaba fuera de sí y no creyó sensato seguir hablando con él en aquellas condiciones. Se alegraba de saber al fin a qué atenerse, pero el estado en que se encontraba Jakob no podía más que empeorar las cosas. Se levantó de la silla.

—Quizá deberíamos hablar en otro momento más oportuno.

Jakob lo miró.

—Tú no te vas de aquí hasta haber escuchado lo que te tengo que decir —le bufó.

—No estoy seguro de que sea un buen...

—¡Cállate! —gritó Jakob—. ¡Cierra la boca y siéntate!

Se sostuvieron la mirada hasta que Ezra cedió y se sentó de nuevo en la silla, frente a Jakob.

—¿Sabes cómo confirmé que me poníais los cuernos? —preguntó Jakob—. ¿Te lo he dicho ya?

—No. No me lo has dicho.

—Tenía mis sospechas. Matthildur y yo nos peleamos por lo de su hermana y el condenado niño. No digo que no. Nuestra relación dejó de ser la misma, pero pensé que lo habíamos superado. Hasta que te debió de ver algún atractivo. ¡A ti! Tardé tanto en entender lo que ocurría porque eras tú. ¡Tú, Ezra! Nunca se ha fijado en ti ni una sola mujer. ¡¿Qué te vio?!

Ezra guardó silencio. Se merecía cualquier cosa que Jakob le pudiera decir. Precisamente para eso había ido a verlo. Para escuchar su rabia, sus

acusaciones y sus insultos.

—Podría haber sido cualquier otro malnacido. Pero no tú. Todos menos tú, Ezra. ¿Qué pensaría la gente al saber que Matthildur se había metido en la cama con un adefesio como tú, al que no se le ha acercado nunca una mujer? ¿Qué dice eso de mí? ¡De mí!

Ezra no le respondió.

—Me fui a Reyðarfjörður diciendo que pasaría allí la noche. ¿Te acuerdas? Viggó, el marido de Ninna, me llevó en coche.

Ezra siguió sin dar respuesta.

—¿Te acuerdas, hijo de perra? —le gritó Jakob.

Ezra asintió.

—Sí, me acuerdo.

—Pues sí, me fui —prosiguió Jakob—, pero conseguí que me trajeran de vuelta esa misma noche y entonces la vi entrar a oscuras en tu casa. A escondidas. Os vi juntos, Ezra. Os espí desde la calle, como un miserable. Lo vi todo. ¡Todo!

—¿Por qué no actuaste? ¿Por qué no hablaste con nosotros?

Jakob bajó la cabeza, como en señal de derrota.

—Ezra... te crees que todo es tan fácil —dijo alzando gradualmente la voz—. Claro y simple. ¿Por qué no interviniste? ¿Por qué no hablaste con nosotros? ¿Qué clase de preguntas son esas? ¿Qué tenía yo que decirlos? ¿Qué tenía yo que decirte? ¡No te trajines a mi mujer!

Jakob se puso a gritar.

—¿Es que era algo de lo que tuviéramos que hablar? ¿Era algo de lo que debiera hablar contigo, Ezra? ¡¿Precisamente contigo?!

—Entiendo que te enfadaras.

—¿Que me enfadara? —susurró Jakob recuperando la calma—. No tienes ni idea. Acumulé la rabia. Me la guardé para cuando la necesitara. Me encerré en casa y dejé que la rabia hirviera dentro de mí hasta pensar que me asfixiaba.

Ezra guardó silencio.

—A mí nadie me hace una cosa así —aseguró Jakob—. No lo puedo consentir. Se lo dije. Le dije simple y llanamente que no dejo que nadie me trate de esa manera.

—¿Por eso decidió ir a Reyðarfjörður? —preguntó Ezra, sin estar seguro de querer oír la respuesta—. ¿Por nuestra culpa?

—Exacto, Ezra, por eso se fue —respondió Jakob bebiendo de la botella—. Por eso tuvo que hacer aquella larga travesía.

Ezra había bajado la escopeta mientras narraba su historia. Erlendur no estaba seguro de si era o no consciente de haberlo hecho, tan abstraído como estaba en el recuerdo de su encuentro con Jakob sesenta años atrás. Escuchaba a Ezra en silencio. La luz del atardecer comenzaba a filtrarse en la casa. A Erlendur le preocupaba que el anciano pudiera resfriarse, allí sentado en camiseta interior, con las alpargatas empapadas después de haber caminado por la nieve. En la cocina no hacía precisamente calor y le preguntó si no tenía un jersey que ponerse o si no quería una manta para taparse los hombros, pero Ezra no le respondió. Se puso de pie, buscó una manta, lo tapó con ella y aprovechó para quitarle la escopeta. Contenía un cartucho, que Erlendur retiró sin que Ezra hiciera el menor comentario.

Pasaron así un largo rato, sumidos en un silencio que solo rompía el ocasional gorjeo de los gorriones, agradecidos al descubrir el alpiste que Ezra había esparcido por la nieve en la parte de atrás de la casa. Erlendur se ofreció a hacer café, pero Ezra no reaccionó.

Siguieron sentados en silencio.

—No sé si debería continuar —dijo Ezra finalmente después de suspirar hondo—. Ni siquiera sé por qué estoy recordando todo esto.

Su voz parecía destilar la trágica certeza de que nadie podía escapar a su destino. Erlendur quería decirle que le vendría bien hablar de aquel pasado olvidado, pero se reservó el comentario. No estaba en posición de saberlo.

—¿No piensas que lo haces por Matthildur? —preguntó en su lugar.

Ezra miraba por la ventana hacia el páramo de Eskifjarðarheiði y se giró hacia Erlendur.

—¿Tú crees?

—No has dejado de pensar en ella todos estos años.

—No, eso es verdad. Pero tengo razones para haberlo hecho.

—Desapareció.

—Sí, desapareció. Pero, dadas las circunstancias en que sucedió, no lo he

podido superar y no creo que lo haga nunca.

—Siempre hay gente que desaparece —dijo Erlendur.

—Gente que desaparece —repitió Ezra—. Ojalá fuera así de sencillo.

Ezra volvió a mirar a Erlendur. Parecía haber regresado al presente. Solo entonces se dio cuenta de que Erlendur le había quitado la escopeta y le había tapado los hombros con una manta.

—Puede que Jakob me hubiera mentido —conjeturó Ezra—. No lo sé. Ahora ya no hay forma de saberlo. Nunca encontraron a Matthildur. Ese es el problema. No he dejado de pensar en ello desde entonces. ¿Puede que Jakob solo quisiera torturarme? ¿Disfrutaba viéndome sufrir? Era su forma de vengarse. Me amenazó con las cosas más horribles si me iba de la lengua y yo lo creí. Hice lo que me dijo. Mantuve la boca cerrada.

Jakob dejó la botella y miró a Ezra a los ojos. Se limpió la boca con el dorso de la mano.

—¿Quieres saber lo que pasó? —preguntó.

—Sí.

—Tienes tu derecho a saberlo, naturalmente.

—¿Qué ocurrió? ¿De qué estás hablando?

—Estoy hablando de Matthildur. De mi Matthildur, Ezra. ¿No es a eso a lo que has venido? ¿A hablar de Matthildur? Tú no has venido aquí a mostrarme tus condolencias. Pero te lo voy a contar. Puedes estar tranquilo. Te voy a contar todo lo que pasó. Quiero que lo sepas. Tienes que saberlo. Tienes tanto derecho como yo. ¡O quizá más! Total, yo solo era su marido. ¡Pero eras tú quien se acostaba con ella! Tú te la fo...

—¡Basta de groserías! —exclamó Ezra—. No quiero que hables así de ella.

—¿Groserías? —dijo Jakob.

Le dio un trago a la botella y la dejó sobre la mesa. Después comenzó a contar a trompicones que su matrimonio había comenzado a hacer aguas desde que Matthildur recibiera la carta de su hermana Ingunn. Nunca consiguió convencerla de que no era el padre del niño y de que no sabía que fueran hermanas. En su día, Jakob no había querido complicarse la vida con una boda y se había negado a celebrar una ceremonia en la iglesia o dar un banquete. Un cura de Eskifjörður los había casado en casa y no habían

invitado a nadie. Mirando atrás, Matthildur pensaba que su actitud ante la boda era una prueba de que desde el principio había querido evitar el contacto con su familia a causa de Ingunn. Tampoco había mantenido nunca ningún tipo de trato con sus parientes. Matthildur lo acusó de haberle sido infiel y le dijo que ella no tenía por qué ser menos.

—Lo siguiente que supe era que me estaba poniendo los cuernos contigo —añadió Jakob.

—¿Sabías que Ingunn y Matthildur eran hermanas cuando te empezaste a ver con ella? —preguntó Ezra.

Jakob ahogó una risita de burla.

—Intenté explicárselo.

—¿El qué?

—Que su hermana se abría más de piernas que la ramera de Babilonia. ¡Ese chico no puede ser mío! ¡No lo reconoceré jamás!

La noche en que fingió quedarse en Reyðarfjörður, Jakob esperó despierto a Matthildur.

Había regresado tarde y se había escondido cerca de su casa. Al haber visto una luz en la cocina, había pensado que Matthildur estaba todavía levantada. Había comenzado a sospechar de ella. Su comportamiento había cambiado en los últimos meses. Se había vuelto fría y distante, no le hacía ningún caso y apenas respondía cuando se dirigía a ella.

Le había costado vida y milagros convencerla de que no era culpable, que apenas conocía a su hermana, que ignoraba absolutamente su parentesco con ella y que no tenía nada que ver con el niño que, según Ingunn, era suyo. Matthildur parecía conformarse con sus explicaciones, aunque con cierta reticencia. El hecho de que las hermanas no parecieran tener mucho contacto jugaba a favor de Jakob. Procuraba vigilar sus palabras al hablar de su hermana, a la cual recordaba bien de su época en Djúpivogur. Se había acostado con ella, pero Ingunn había querido algo más y lo había perseguido hasta que Jakob le había dicho que lo dejara en paz, que no tenía interés en ella. Y que el hijo no era suyo: eso no lo reconocería nunca.

Al haber visto apagarse la luz de la cocina, se había preguntado si la simple trampa que le había tendido a su mujer podría delatarla. Cuando estaba a punto de abandonar, se había abierto la puerta trasera y había visto a Matthildur salir a escondidas por el jardín y desaparecer en la oscuridad. La había seguido en la distancia hasta verla llamar a casa de Ezra. Este había abierto y Matthildur se había metido dentro. La casa estaba a oscuras. Jakob había estado alguna vez y conocía la distribución de las habitaciones. Tras una espera prudencial, se había acercado a tientas y se había asomado con cuidado por todas las ventanas hasta llegar al dormitorio. Había distinguido en la penumbra la silueta de dos cuerpos revolcándose en la cama.

En ese momento no había sentido rabia. Solo había hallado la gélida confirmación de sus sospechas: Matthildur le era infiel. No debía haberle

sorprendido que fuera con Ezra: iba a menudo a su casa, era su amigo, trabajaba con él y no estaba casado ni tenía hijos. Que Jakob supiera, nunca se le había conocido mujer. Se lo había preguntado alguna vez, pero Ezra solo había respondido con evasivas. Solía gastarle bromas en esos días eternos en que faenaban juntos y la pesca escaseaba. Ezra siempre se negaba a tocar ese tema. Jakob lo veía como a un buen amigo, un hombre a quien confiaba su vida en el mar.

No, no lo había invadido una ira súbita. Al contrario. Se había alejado lentamente de la casa de Ezra y había regresado a la suya, más pensativo que furioso. Ni siquiera se le había cruzado por la cabeza la idea de irrumpir en el dormitorio, llevarse a Matthildur y agredir a Ezra. De alguna manera extraña, le parecía que hacerlo no habría estado al nivel de su propia dignidad. No pensaba suplicarles ni pedirles ningún favor. No quería escuchar ni explicaciones ni excusas, no quería oírles ni un condenado lloriqueo.

La esperaba despierto, sentado en el salón de su casa. Cuanto más avanzaba la noche y más tiempo pasaba Matthildur en los brazos de Ezra, más comenzaba a sentir la furia bullir en su interior. Sin aguantar sentado ni un minuto más, se puso de pie. Exaltándose cada vez más, se planteó de cien maneras distintas cómo pensaba actuar. Sintió que un calor sofocante le invadía todo el cuerpo y comprendió mejor que nadie lo que significaba arder de rabia. La sangre parecía hervirle en las venas. Caminó por toda la casa y finalmente regresó a su asiento para tratar de calmarse, pero enseguida resurgieron en él las acusaciones contra Matthildur por haberlo engañado, por haber traicionado su matrimonio y su vida en común. Volvió a levantarse de un salto y dio vueltas frenéticamente por el salón. Luego estaba Ezra. No sabía cómo, pero de algún modo iba a hacer que su amigo se arrepintiera toda su vida de aquella traición.

Por la mañana, se encontraba tan sumido en su torbellino interior que no oyó a Matthildur entrar a hurtadillas y cerrar la puerta. Ella se percató inmediatamente de su presencia y se llevó un susto de muerte, convencida de que su marido no iba a regresar hasta el día siguiente. Cuando Jakob la vio, se miraron a los ojos y ella supo que había averiguado la verdad. Dio la vuelta con la intención de abrir la puerta y salir corriendo para resguardarse en casa de Ezra, pero Jakob le dio alcance y la tiró al suelo.

—¿Adónde vas tan corriendo? —susurró, afónico de ira, mientras cerraba de un portazo.

Matthildur trató de levantarse, pero no la dejó. Se sentó a horcajadas sobre su vientre, agarró su esbelto cuello y lo apretó con ambas manos zarandeándola y sacudiéndola con todas sus fuerzas hasta que ella se golpeó la cabeza contra el suelo.

—¿A su casa? —bufó Jakob—. ¿Te ibas corriendo a su casa? ¿Crees que te va a poder ayudar ahora?

Ante aquella furia incontrolable, Matthildur no tuvo la oportunidad de decir ni una palabra. Él apretó con más fuerza mientras la maldecía y la insultaba hasta notar que su cuerpo dejaba de oponer resistencia. La cabeza se le balanceaba adelante y atrás, extrañamente pesada e inerte. Golpeó el suelo con un ruido sordo. La soltó y bajó la mirada hacia el cuerpo inmóvil. Poco a poco fue recuperando la calma. Había perdido la noción del tiempo. Se quedó de pie mirando a Matthildur, jadeando como si acabara de participar en una carrera. Al principio no era consciente de lo que había hecho. Le dijo algo y le dio un golpe con el pie. Poco a poco fue comprendiendo que estaba muerta. Tenía la cabeza torcida en un extraño ángulo. No sabía si la había estrangulado o le había roto el cuello. Solo sabía que ya no estaba viva.

Todavía aturdido, se sentó en una silla y recuperó el aliento. No sabía cuánto tiempo había pasado cuando de pronto lo despertó de su trance el ruido del viento, que azotaba el tejado y hacía crujir la casa. Faltaba poco para el mediodía. Se acercó a la ventana y miró hacia el páramo preguntándose qué hacer a continuación.

—¡Asesino! —exclamó Ezra levantándose de un salto y alejándose de Jakob con repugnancia—. Me negaba a creerlo. ¡Me negaba a creer que hubieras podido hacer algo así! ¡Que hubieras sido capaz de hacerlo!

Jakob lo miró fijamente.

—Es culpa tuya, Ezra —dijo como si nada—. Si no te la hubieras llevado de mi lado, ahora estaría con vida.

—¡Qué estupidez! —exclamó Ezra.

Caminó hacia la puerta y la abrió.

—No cometas ninguna tontería —lo advirtió Jakob gritando hacia la entrada—. Porque saldrás perdiendo. ¡¡Saldrás perdiendo, Ezra!!

Ezra salió dando un portazo. Sin moverse de su silla, Jakob le dio un trago a la botella. Visualizó el cuerpo muerto de Matthildur en el suelo y se

acordó de cómo pesaba cuando había intentado levantarlo. Esperó con la mirada clavada en la puerta. Al cabo de un rato, la puerta volvió a abrirse y Ezra apareció de nuevo. Entró en la casa y cerró con cuidado.

—¿Por qué me lo has contado? —preguntó caminando hacia Jakob—. ¿Por qué me lo confiesas? ¿Por qué saldría yo perdiendo? ¿Cómo puedes estar tan tranquilo?

En los labios de Jakob se dibujó una sonrisa.

—Pobre infeliz —se limitó a decir.

—¿Qué has hecho?

—Nada será más fácil que echarte a ti la culpa, Ezra.

—¿Qué quieres decir?

—Será peor para ti si se lo cuentas a alguien —le explicó Jakob—. Te acusaré de haberla matado. Le contaré a todo el mundo vuestra aventura y diré que Matthildur había querido poner fin a vuestra patética relación. Vivía angustiada sabiendo que reaccionarías mal. Tenía previsto hacerlo al volver de Reyðarfjörður, pero ahora ya no tengo tan claro que, de hecho, hubiera llegado alguna vez hasta el páramo. Seguramente te la encontraste, ella te dio la noticia y tú la agrediste enfurecido y la mataste de una paliza.

Ezra miraba a Jakob en silencio.

—No te creería nadie —dijo en voz baja.

—¿Y a ti, Ezra? ¿Es que a ti te creería alguien?

Ezra volvió a guardar silencio.

—¿Dónde está Matthildur? —preguntó finalmente.

—Eso no es asunto tuyo —respondió Jakob.

—¿Cómo pudiste hacerle eso?

—No, Ezra, ¿cómo pudiste tú hacerle eso? —replicó Jakob—. Tú tienes la culpa, Ezra. ¡Deberías recordarlo la próxima vez que intentes robarle la mujer a otro hombre!

—¿Dónde está?

—¡Fuera de aquí!

—¡Dime qué hiciste con ella!

—¡Largo! Ya te he dicho todo lo quería decirte.

—¡Dime dónde está, hijo de puta! —exclamó Ezra.

—¡Que te largues he dicho! —gritó Jakob levantándose de la silla. La calma que había mantenido hasta entonces había desaparecido—. ¡Fuera de aquí y no quiero volver a verte la cara!

Ezra se abalanzó sobre Jakob y ambos cayeron al suelo. Ezra lo acribilló a golpes mientras Jakob trataba de arañarle la cara. La pelea continuó hasta que Jakob consiguió reducir a Ezra.

—Recuérdalo, bastardo —susurró jadeando—: ¡Tú tienes toda la culpa!  
¡Acuérdate para siempre y no lo olvides jamás, hijo de la gran puta!

Ezra recibió un violento puñetazo en la cara.

—¡Que no se te olvide nunca!

Jakob se levantó y Ezra gateó hasta lograr ponerse de pie. Se limpió la sangre de la boca y se tocó el mentón con cuidado. Le dolía toda la cara.

—No te saldrás con la tuya —le aseguró.

—Eres un desgraciado —dijo Jakob—. ¡Vete de aquí! ¡Lárgate!

—No te saldrás con la tuya —repitió Ezra susurrando mientras reculaba hacia la puerta—. No conseguirás salirte con la tuya.

Se hizo un profundo silencio. Los gorriones habían desaparecido de la parte trasera de la casa. El atardecer se posaba con calma sobre los dos hombres. El gato dormía plácidamente en su cesta. Al terminar de relatar su historia, la voz de Ezra había quedado reducida a un leve susurro. Sus fuerzas parecían decaer acompasando la luz del día. Encogido en su silla, hablaba tan bajo que Erlendur apenas podía escuchar lo que decía.

—Y decidiste no abrir la boca —señaló Erlendur.

—Sí —admitió Ezra—. Nunca le conté nada a nadie. Así de valiente fui.

—Una persona no debería mantener en secreto una cosa así, por mucho que tenga que ver en ella. El silencio no beneficia a nadie.

—No hace falta que me lo digas.

—¿Y así pasó un año tras otro?

—Sí, así pasaron los años.

Erlendur se daba cuenta de lo duro que le resultaba al anciano contar su historia tras haberla guardado bajo llave durante tanto tiempo. Llevaba toda la vida silenciando el crimen de Jakob, aun después de la muerte de este, por miedo a que se le involucrara de alguna manera en la desaparición de Matthildur. Había optado por seguir el camino más fácil y salvar el pellejo. Erlendur podía entender su decisión: la amenaza de Jakob iba en serio y, de haberla cumplido, Ezra se habría visto en apuros, dada su delicada situación al haber traicionado realmente a su amigo y haberle arrebatado a su mujer. Movidado por su sed de venganza, Jakob podría haber señalado a Ezra con el dedo en cualquier momento y obligarlo a defenderse ante las más graves acusaciones.

—Me acobardé —admitió Ezra—. Tenía miedo. Pánico, mejor dicho. No soportaba la idea de que se destapara mi relación con Matthildur y se viera como algo sucio y feo. Me aterraba que Jakob hiciera correr rumores sobre mí, que me acusara y me llamara asesino. Me presionó para que mantuviera el pico cerrado. Me contó la verdad asegurándose de que me hacía sentir lo

bastante culpable como para quedarme callado. Se salió con la suya.

Ezra guardó silencio.

—Había ganado —añadió—. Nos había vencido, a Matthildur y a mí.

—¿Qué hizo con el cadáver?

—Se negó a contármelo. Dijo que había dejado un objeto junto a Matthildur que me relacionaría directamente con lo ocurrido y que podía desvelarlo todo cuando quisiera. Yo no sabía de qué objeto hablaba y todavía no sé si me estaba mintiendo. Pero eso es lo que me dijo. Y en el estado en que me encontraba yo me creía todo lo que decía.

—Entonces, ¿todavía no sabes dónde está?

—Nunca lo he sabido.

—No debió de ser nada fácil para ti —admitió Erlendur—. Primero la desaparición de Matthildur y luego tener que oír todo aquello.

—Jakob... era un verdadero malnacido.

—También habrá sido difícil vivir aquí, teniéndolo al lado.

—A veces se me hacía muy duro, sí. Evidentemente, no me trataba con él, o procuraba hacerlo lo menos posible. Pasó una temporada fuera. Quizás él tuviera tanto miedo de que me dirigiera a la policía como yo de que difundiera mentiras sobre mí. Así que mantuvimos una especie de guerra fría. Me dijo que...

Ezra titubeó.

—¿Qué te dijo?

—Me dijo que se iba a encargar de que a mí también me doliera, de que aprendiera una buena lección. Y ya lo creo que lo consiguió.

—¿Nunca pensaste en marcharte? ¿O en regresar a tu tierra o mudarte a Reikiavik? La gente acudía en masa a la capital durante la guerra. Te habrías diluido entre la multitud. Si es que eso es posible en Islandia.

—Me sentía incapaz de marcharme —respondió Ezra con voz exigua—. No mientras supiera que Matthildur seguía por aquí. No quería irme lejos de ella. No podía pensar en alejarme de ella. Puesto que nunca hallaron su cuerpo, para mí era como si nunca se hubiera ido, ¿entiendes lo que quiero decir? Sé que parece una estupidez, pero siento como si todavía estuviera conmigo. Siento su presencia cuando salgo a pasear entre las casas o cuando contemplo el océano y las montañas. Está en todas partes. Matthildur está a mi alrededor.

Ezra guardó silencio.

—Pero, bueno, me voy a morir pronto. Y entonces el calvario se habrá terminado.

—¿No tienes la menor idea de dónde está? —volvió a preguntar Erlendur. Ezra negó con la cabeza.

—¿Estás seguro?

—¿Acaso crees que te mentaría?

—No —respondió Erlendur—. No creo que estés mintiendo. Pero como dices que Jakob te amenazó con acusarte del asesinato, cabría pensar que a ti también te benefició que no la encontraran.

—¡Vosotros, los policías! —exclamó Ezra—. Siempre igual: sospechando de todo, dudando de todo. Aún pensarás que no te he contado más que patrañas, que yo mismo... que yo mismo cometí el asesinato de Matthildur y que usé a Jakob como cabeza de turco. ¿Es eso lo que estás pensando? ¿Que le estoy dando la vuelta a la tortilla?

—Tu reacción... —dijo Erlendur, pero no concluyó su frase.

—No había nada que pudiera hacer —interrumpió Ezra—. Hasta que murió Jakob, lo ocurrido pesó sobre mis hombros como una sentencia de muerte. Además, ya no había vuelta atrás. Matthildur estaba muerta. Desaparecida. La intervención de la policía no habría cambiado nada.

—¿Diste por cierta la versión de Jakob?

—Sí.

—La otra vez me dijiste que estabas convencido de que Jakob nunca podría haberle hecho nada malo a Matthildur, ¿era eso una estrategia para despistarme?

Ezra asintió.

—¿Nunca pusiste en duda sus palabras?

—¿En duda? ¡¿En duda el qué?! ¿Que hubiera matado a Matthildur? Nunca. No lo hice nunca. Decía la verdad, estoy plenamente seguro.

—Pero nunca lo pudiste comprobar. Matthildur podría haber muerto realmente en la tormenta y él podría haberlo aprovechado para torturarte después de haberse enterado de lo vuestro. ¿Habías pensado alguna vez en esa posibilidad?

—Sé que decía la verdad —insistió Ezra clavándole la mirada a Erlendur.

—Te remordía la conciencia. ¿Te habías fijado ya en Matthildur antes de que ella se acercara a ti?

—¿Que si me había fijado en ella? Yo...

—¿Se lo diste a entender?

—¿Qué insinúas?

—¿Le diste pie? ¿Le dejaste ver tu interés?

—No. En absoluto.

—Entonces ¿no hiciste nada?

—No —respondió Ezra tras un largo silencio—. Si ella percibió algo...

—Pero tampoco te disgustó que se acercara a ti, ¿no?

—No, supongo que no.

—¿Es eso lo que ocurrió? ¿Que te pesaba la conciencia y Jakob se aprovechó de ello? No querías contarle a nadie tu relación con Matthildur.

Ezra no le respondió.

—Debiste de sentir un gran alivio cuando Jakob murió —añadió Erlendur.

Ezra guardó silencio.

—¿O más bien lo contrario? Porque era el único que conocía el paradero del cuerpo de Matthildur.

—Eso es.

—Y se llevó el secreto con él a la tumba.

—Sí.

—¿Estabas tú aquí cuando ocurrió, cuando Jakob se ahogó?

—Sí, lo recuerdo bien.

—Llevaron el cuerpo al almacén de hielo del pueblo.

—Sí, luego lo trasladaron a Djúpivogur, lo enterraron y todo llegó a su fin.

—¿Viste el cadáver?

—Sí, en aquel entonces trabajaba en el almacén.

—¿Y nunca averiguaste dónde está enterrado el cuerpo de Matthildur?

—No se lo pude sacar. Es lo único que he querido saber en esta vida, pero seguramente nunca obtendré la respuesta.

Erlendur miró por la ventana hacia el páramo, engullido por la oscuridad de la noche.

—Al fin y al cabo, murió por mi culpa —susurró Ezra—. Yo fui el culpable. Y he tenido que vivir con ello toda mi vida.

El día en que finalmente se mudan a Reikiavik, baja del páramo por última vez y ayuda a su padre con el equipaje. No ha subido para buscar indicios perdidos, como tantas otras veces, sino para despedirse del mundo donde habitan sus alegrías y sus penas. Ha salido temprano por la mañana, al amanecer, procurando no despertar a sus padres. Hace un bonito día de verano, pero a su madre no le hace gracia que vaya pululando solo por allá arriba, como ella dice. No han pasado más que dos años desde que perdió a su hijo pequeño y no está dispuesta a que el mayor siga el mismo camino. Aun así, ese no es el único motivo por el que se mudan. También existen otras razones.

Con su silencio habitual, su padre dispone las pertenencias familiares en una pequeña *pick-up*. El vehículo es bastante nuevo y se lo han vendido a un comprador de Reikiavik con el compromiso de llevarlo ellos mismos hasta la capital a cambio de poder usarlo para la mudanza. Solo se llevan lo esencial: camas, mesas, sillas y reliquias familiares. El resto lo han dado o lo han tirado. Están pensando en comprar cosas nuevas al llegar. Han vendido el poco ganado que tenían junto con la segadora y el remolque del heno. Su madre se lleva la máquina de coser a pedal argumentando que será útil allá donde vayan. Siempre es ella quien trata de relajar el ambiente, pero él nota que a veces le supone un gran esfuerzo. Algunas situaciones la superan, como cuando el joven matrimonio fue a su casa para recoger la cama de Bergur. Habían decidido donarla a una familia que la necesitaba y, el día en que la tímida pareja vino a por ella, su madre procuró mantenerse ocupada en la cocina. «No tendría sentido llevársela —había dicho su madre—. Además, le viene muy bien a esa gente». Sin embargo, otros objetos de Bergur no piensa donarlos mientras siga viva.

Erlendur no está seguro de cuándo tomaron sus padres la decisión de mudarse. Oyó mencionar la idea por primera vez hace unos seis meses. Fue su madre quien lo propuso. Quiere irse. Y no le basta con cambiarse a la

comarca o la provincia de al lado. Cada elemento del paisaje le recuerda al hijo perdido. Quiere marcharse lo más lejos posible, preferiblemente a un lugar donde pueda salir de su letargo y empezar una nueva vida llena de estímulos, una vida distinta que no se parezca a nada de lo que ya conocen. Ese lugar es Reikiavik.

Su padre apenas opina y aprueba la mudanza sin hacer ningún comentario. Desde el día en que bajó desfallecido del páramo, no es la misma persona. Y no solo porque hubiera perdido a su hijo, sino porque él mismo se había visto a las puertas de la muerte y aquella experiencia había tenido en él un efecto más devastador todavía. Parecía haberse resignado a la idea de que iba a morir, como si lo dejara todo en manos del Señor. Por eso aceptó la mudanza sin pronunciar ni una sola palabra.

Hablan con Erlendur, que al principio se opone rotundamente a la idea. Le parece que traicionarán a Bergur al marcharse, que lo abandonarán. Su madre le dice que es absurdo pensar así: su hermano siempre los acompañará y siempre estará en sus pensamientos. Le dice que, si quieren continuar viviendo juntos, necesitan un cambio, tienen que afrontar cosas nuevas para que la pérdida deje de ser su compañera diaria.

En realidad, no tiene mucha elección. ¿Qué sabe de Reikiavik un niño de doce años? En ella hay más vehículos y tiendas de los que puede imaginar y las personas viven unas encima de otras en unos edificios gigantescos que la gente llama «bloques». También hay más casas de las que puede contar y unos barrios de barracas donde solían vivir los estadounidenses durante la ocupación, pero que ahora están viejas y plagadas de ratas; carreteras anchas y agentes de policía que regulan el tráfico; un sinfín de cines y teatros; una multitud de gente y algo que su madre llama *boutiques*; escuelas donde se da clase durante todo el invierno y a las que quizás asistan hasta cien niños. La idea es aterradora. La ciudad no tiene ningún aliciente. Ha oído que son muchos los que sueñan con mudarse allí. Pero él no es uno de ellos.

Finalmente llega ese día de verano en que cierran la puerta de casa por última vez. Su madre se despide de la finca haciendo la señal de la cruz frente a la entrada, se suben a la *pick-up* y recorren el camino que accede a la carretera. Erlendur está sentado entre sus padres. No intercambian ni una palabra mientras Bakkasel desaparece en la distancia. El silencio los acompaña todo el camino hasta Egilsstaðir, donde su padre para en la gasolinera y anuncia en voz alta: «Tengo que ponerle aceite al coche». Su

madre dice que quiere estirar las piernas. Erlendur la sigue de cerca, demasiado mayor para ir con ella de la mano sin que los demás se fijen. Su madre se detiene en el margen de la carretera y mira el río Lagarfljót, ensanchado en forma de lago en su camino hacia el mar, siguiendo el mismo curso que hace cinco mil años. Finalmente rompe a llorar de una forma tan silenciosa que Erlendur apenas se da cuenta.

Le da la mano disimuladamente.

—No llores —le dice.

—No, no es nada —susurra su madre.

Permanece callado junto a ella. Son sus últimos momentos en la región. Después se marcharán. Piensa que lo mejor sería decirlo ahora.

—Creo que estamos haciendo lo correcto —dice su madre sacando un pañuelo del bolsillo—. Pero una nunca sabe. No sé dónde os estoy metiendo.

—No dejaremos nunca de pensar en él.

—No, claro que no —dice ella—. Claro que no.

Contemplan juntos el río y él recuerda una vez más las palabras que le dijo a su padre antes de subir hacia el páramo. Todo por culpa de aquellos endemoniados juguetes y su pelea con Bergur por el cochecito rojo. Todavía no le ha contado a su madre lo que le dijo ni le ha confesado el remordimiento de conciencia que desde entonces lo corroe por dentro y se suma al dolor causado por la propia tragedia. A pesar del tiempo que ha pasado. Dos años de su corta vida. Su padre parece haber olvidado que fue Erlendur quien se lo pidió e insistió. Tal vez sí se acuerde, pero prefiere no decir nada. Siempre ha sido parco en palabras y nunca menciona lo ocurrido.

Erlendur tiene la mirada perdida en el río. Al otro lado, mucho más lejos de lo que alcanza la vista, más allá de los límites de su imaginación, se encuentra su futuro.

Se gira hacia su madre y piensa en su casa. Recuerda cada detalle de aquella mañana: en la cocina la radio emitía música y su padre había empezado a vestirse para salir. La tarde anterior había comentado que tenía que encontrar a esas ovejas antes de que murieran congeladas. No iban a bajar solas del páramo. Mientras se ponía el abrigo en la puerta del cuarto de Erlendur, le anunció que debía ir con él. Debía ir bien tapado porque hacía mucho frío.

Erlendur apartó la vista de lo que estaba haciendo.

—Entonces Bergur también tiene que venir —dijo instintivamente, sin

reflexionar.

Su padre lo miró pensativo. Era evidente que no se le había ocurrido que pudiera acompañarlo también su hijo pequeño. Tenía la cabeza demasiado ocupada.

—Está bien, que venga.

La cuestión quedó zanjada sin mayor discusión. Las objeciones de su madre no alteraron la decisión: los dos chicos acompañarían a su padre. Eufórico, Erlendur cantó victoria.

Pero no por mucho tiempo.

La frase ha retumbado en su cabeza desde el momento en que bajó del páramo y le comunicaron que no habían encontrado a Bergur. No se puede creer que aquellas palabras hubieran salido de su boca. ¿Fue todo culpa suya? Lo invade un abrumador sentimiento de culpa, mezclado con una extraña sensación que primero llegó con sigilo y luego se magnificó con el tiempo: que no merecía haberse salvado él en lugar de Bergur. El cuerpo se le agarrotó y comenzó a tiritar descontroladamente. Entró en estado de shock. Llamaron al médico.

«Entonces Bergur también tiene que venir».

Desde el margen de la carretera, oye que su padre los llama. Está listo para continuar. Su madre le indica con un gesto que ya van hacia allí y, cuando se dispone a darse la vuelta, Erlendur le aprieta la mano y le impide marcharse.

—¿Qué ocurre? —le pregunta su madre.

Él la mira. El corazón le late a mil por hora. Le aterra contárselo. ¿Qué consecuencias tendrá? No ha dejado de darle vueltas en los oscuros días de invierno y las largas noches de insomnio. Es incapaz de predecir la reacción de su madre. La situación desborda su mente de niño.

—Vamos —insiste ella—. Tenemos que irnos.

Le sigue apretando la mano con fuerza. Su madre ignora que Bergur los acompañó por su culpa. Tiene las palabras en la punta de la lengua. Solo le falta pronunciarlas. Le brotan las lágrimas. Su madre se da cuenta de que no se encuentra bien y le retira el pelo de los ojos.

—¿Qué ocurre, cariño?

Erlendur no sabe qué decir.

—No quieres mudarte, ¿verdad? —le pregunta.

Su padre ya está en la *pick-up* y los mira a través del parabrisas con el

motor en marcha. El empleado que ha repuesto el aceite los observa desde el surtidor. El mundo entero parece estar mirándolos.

—¿Erlendur?

Detecta en su madre una expresión de profunda inquietud. Lo último que quiere es acrecentar su preocupación. Es lo último que quiere. La calma ha regresado a sus vidas y se han resignado a aceptar lo ocurrido.

Su padre toca el claxon.

El momento ha pasado. Aguanta estoicamente y se frota los ojos.

—No, nada —dice—. Se me ha metido algo en el ojo.

Caminan de nuevo hacia el vehículo. El hombre del surtidor ha desaparecido. Su padre mira al frente con las manos en el volante. Les espera un largo camino por carreteras en mal estado.

Sentado en silencio entre sus padres, Erlendur se despide del río Lagarfljót al cruzar el puente.

A partir de ahora cargará con la culpa en silencio.

Ezra le había hablado de un granjero cazador de zorros que Bóas no le había mencionado al enumerarle los lugareños que conocían bien las madrigueras de la zona. Según Ezra, su omisión se debía a que Bóas odiaba tanto a ese granjero que no podía ni pronunciar su nombre. Su enemistad se remontaba a una vieja disputa relacionada con el límite de un terreno que Bóas había heredado y que invadía los campos del granjero. Cuando el litigio llegó a los tribunales y Bóas perdió el caso de forma abrumadora, prometió no tratarse con aquel hombre en lo que le quedaba de vida y llevaba al menos un cuarto de siglo cumpliendo su promesa.

El granjero, llamado Lúðvík, lo recibió con un humor de perros que tanto podía deberse a su pasada contienda con Bóas como al hecho de que Erlendur había interrumpido su trabajo. Era de la edad de Erlendur y se encontraba desmontando una empacadora en su almacén. Le explicó que se le había soltado una pieza en verano, pero no había recibido el paquete con el recambio hasta hacía unos días. ¡Menudo servicio! Su mujer le había indicado a Erlendur dónde estaba el almacén pidiéndole que le recordara a su marido que luego tenían ensayo de coro. Erlendur le dio el recado.

—¡Ensayo de coro! —farfulló entre dientes—. ¡No pienso ir a ningún puñetero ensayo de coro!

Erlendur no sabía qué responder. Tampoco tenía claro que el hombre quisiera realmente transmitirle ese mensaje a su mujer. Seguidamente, Lúðvík comenzó a despotricar contra los coros en general y los de hombres en particular, cuyos ensayos y giras, por lo que Erlendur pudo deducir, le exigían todo su tiempo porque sus miembros no eran más que unos carcamales que no tenían nada mejor que hacer que organizar encuentros a todas horas.

—¿Tú no cantarás en un coro? —le preguntó a Erlendur—. Tienes pinta de estar en la edad.

—No, y nunca lo he hecho —respondió Erlendur.

—¿Estás cazando por aquí? —preguntó Lúðvík cambiando de tema.

—No —dijo Erlendur—. Para nada. Venía a... quería hacerte algunas preguntas sobre zorros. Tengo entendido que eres un experto cazador.

—¿Sobre zorros? Entonces deberías hablar con un tipo llamado Bóas. ¿Lo conoces?

—Sí, ya he hablado con él.

—¿Y no te parece más raro que un perro verde?

—No sé, lo justo —dijo Erlendur por decir—. Aunque la verdad es que me ha sido de gran ayuda —añadió para tratar de que el hombre no criticara demasiado a Bóas en su presencia.

—Bóas es un cretino —comentó Lúðvík.

—No es esa la impresión que tengo de él —replicó Erlendur.

—¿Qué quieres saber sobre zorros? —preguntó Lúðvík dejando la pieza que había retirado de la empacadora y limpiándose las manos con un trapo sucio—. No eres de aquí, ¿verdad? ¿Eres de Reikiavik?

Erlendur asintió. Se había estado preguntando en vano cómo iba a expresarse sin quedar como un ignorante o revelar demasiado sus intenciones.

—Pues allí no es que haya muchos zorros —reparó Lúðvík.

—No, no sé casi nada de zorros. Ezra me dijo que hablara contigo.

—¿Ezra? —Lúðvík reaccionó al oír el nombre—. ¿Lo conoces?

—Bastante bien —respondió Erlendur, pensando que no era del todo mentira. Sin duda conocía la historia de Ezra mucho mejor que cualquier otra persona de la región.

—Vaya, vaya, ¿así que es él quien te dio mi nombre? —preguntó Lúðvík alegrando la cara—. ¿Y qué se cuenta el bueno de Ezra?

—Todo bien, creo —respondió Erlendur.

—Un hombre excelente. Siempre dispuesto a ayudar a la gente, en lo grande y en lo pequeño. ¿Qué querías saber, entonces?

—Quería saber si alguna vez has encontrado algo en una madriguera o bien sabes de gente que haya podido hallar algún objeto que... que los animales hubieran podido llevar hasta allí, algo que hubieran encontrado en las zonas pobladas, o arriba mismo, en el páramo.

Lúðvík lo miró perplejo.

—Naturalmente, se puede encontrar de todo en las madrigueras —explicó—. Ya conoces el dicho islandés: «Oculto en el hoyo, roe su hueso el zorro».

Erlendur asintió.

—¿Estás buscando algo en concreto? —preguntó Lúðvík.

—Me pregunto qué cosas podrían ser de origen humano: restos de ropa, zapatillas, botas, cosas tiradas que se dejan por ahí.

—De eso se encuentra algo alguna vez, y tanto que sí —confirmó Lúðvík—. Aunque, en ese sentido, los zorros no son exactamente como los cuervos.

—¿Te has encontrado alguna vez alguna bota o algo parecido?

—¿Una bota? ¿Qué tipo de bota?

—Bueno, no tiene por qué ser una bota —aclaró Erlendur—. Puede ser otra cosa.

—¿Buscas algo en particular?

—No. Nada específico. Cualquier objeto que alguien hubiera podido dejar por ahí y que un zorro se lo hubiera llevado. Solo quería preguntar, por si hubieras oído algo parecido en el mundillo de la caza. Últimamente me intereso por los zorros. Si te acordaras de algo, sería de gran ayuda. Pienso incluso en algún hueso que fuera poco habitual.

—No recuerdo haber oído nada en los últimos años —confesó Lúðvík.

—¿Y en el pasado?

—No me viene nada a la cabeza. Puedes probar a hablar con Daníel Kristmundsson. Vive en Seyðisfjörður. Es un viejo granuja que ha guiado a muchos cazadores por esta zona.

—¿Daníel?

—Igual te puede ayudar. Si es que el pobre no la ha palmado ya.

—Pues eso era todo —dijo Erlendur.

Le dio las gracias y le dijo que no quería molestarlo más, ya veía que estaba bastante ocupado. Alegrándose de que la conversación hubiera llegado a su fin, se dirigió hacia la puerta del almacén. Le incomodaba hablar de aquellos asuntos con un desconocido.

—Hay algo que no todo el mundo sabe sobre los zorros —observó Lúðvík meditativo, como si la cuestión hubiera despertado súbitamente su interés—. No sé si te lo habrás preguntado.

—¿De qué se trata? —preguntó Erlendur deteniéndose en su camino hacia la salida.

—El zorro es un animal carroñero —respondió Lúðvík.

—Ah, no lo sabía.

—No tiene miramientos con la carroña y puede llevarse algún trozo hasta

la madriguera. Si es eso en lo que estás pensando. Puede arrastrar trozos realmente grandes. Yo he visto a un zorro correr con los cuartos delanteros de un cordero en la boca.

—¿Quieres decir corderos u ovejas o...?

—Restos de lo que sea. También de aves. Pero el zorro no es carroñero por naturaleza. No deja que otros cacen o maten por él. Ya se encarga él solo de hacerlo y es un hábil depredador. Pero eso no quita para que a veces pueda comer carroña. A menudo se ven huesos de corderos y hasta de ovejas adultas que el animal ha arrastrado hasta la madriguera. No sé bien a qué te refieres al hablar de huesos poco habituales —confesó Lúðvík—. ¿A esa clase de huesos? ¿O a huesos humanos?

Erlendur negó con la cabeza.

—Eso era todo —repitió retomando su camino hacia la puerta.

Ya había escuchado suficiente. La visita había durado demasiado. No quería oír más. De pronto le ponía los pelos de punta hablar de animales carroñeros.

—No he encontrado ni brazos ni piernas, si es eso lo que preguntas —continuó Lúðvík—. Aunque puede darse algún caso. No es descartable que un zorro pudiera considerar comerse los restos de alguien que hubiera muerto por congelación en las montañas, como solía ocurrir por aquí. Es más, he oído historias...

Erlendur se marchó por la puerta del almacén dejando a Lúðvík con cara de perplejidad. Se apresuró a subirse al todoterreno. Al cazador de zorros le habían bastado unas pocas palabras para evocar una imagen que Erlendur deseaba apartar de su cabeza con todas sus fuerzas.

De vuelta en la casa abandonada, Erlendur pasó la tarde sentado al calor de la lámpara de gas tomándose café caliente y un sándwich de carne ahumada comprado en la gasolinera. No tenía apetito, así que se dejó la mitad y se encendió un cigarrillo. Evitaba pensar en su conversación con Lúðvík y se convenció de que no tenía sentido continuar investigando los hábitos del zorro.

La historia de Ezra lo obsesionaba: su romance con Matthildur, la reacción de Jakob, la muerte de su amada y las amenazas de Jakob con acusarlo de su asesinato. Erlendur se inclinaba a pensar que Ezra decía la verdad. Solo hacía falta escuchar por un instante al anciano para entender su tormento, la terrible incertidumbre con la que había vivido tanto tiempo y el profundo sentimiento de culpabilidad que lo había consumido durante toda su vida. Lo más seguro es que Jakob hubiera matado a Matthildur y se hubiera llevado a la tumba cualquier información sobre el lugar donde reposaban sus restos. En la cabeza de Ezra, la historia nunca había llegado a su fin. Todavía podían verse y oírse en él los estragos causados por la tragedia, pese a los más de sesenta años que habían transcurrido. Se había vuelto un anciano, reiteraba incesantemente que no tardaría en morir y asumía que no conocería nunca el desenlace de la historia. Si es que lo había. Si es que encontraban a Matthildur alguna vez. Ezra reconocía que ya hacía décadas que había dejado de buscarla.

Erlendur se sirvió más café y bebió lentamente. No cabía duda de que Jakob se había salido con la suya: no solo había cometido el asesinato, sino que lo había dispuesto todo para poder confesárselo a Ezra, torturarlo con ello, acusarlo y atarle las manos al mismo tiempo. Había sabido aprovechar la situación y beneficiarse de las circunstancias: la tormenta y la travesía accidentada de los soldados británicos. Había mentido sobre la supuesta excursión de su mujer con asombrosa frivolidad. También había sabido sacar partido del punto débil de Ezra: su romance con Matthildur y el hecho de que

había engañado a su amigo.

El mayor inconveniente de la versión de Ezra era que nadie podía corroborarla. No hubo testigos, nunca habló del suceso con nadie y era la única persona que sabía lo ocurrido. La validez de su testimonio solo dependía de su propia credibilidad. Erlendur consideró tirar la toalla. Sus indagaciones habían progresado mucho, aunque, estrictamente hablando, no estaba investigando la desaparición de Matthildur. Más bien trataba de satisfacer su propia curiosidad, a sabiendas de que no había nadie a quien responsabilizar. El caso llevaba silenciado toda la vida.

Sin embargo, la historia de Matthildur conmovía a Erlendur. Se identificaba con el destino de aquella mujer y no podía evitar implicarse en el caso sin saber por qué. Tal vez por la vida de Ezra, arruinada por la desaparición de su amada. Si era cierto lo que contaba el anciano, este solo conoció la mitad de la historia. Erlendur sabía mejor que nadie lo insoportable que era vivir con ello.

Pensó en la venganza de Jakob y en cómo había logrado implicar a Ezra, aunque apenas hubiera nada de qué culparlo. Preso de la furia, Jakob había cometido un crimen pasional sin premeditación. Ese tipo de casos solían ser el resultado de un acceso de enajenación, de un momento acalorado. Sin embargo, lo que siguió después fue un acto deliberado de venganza. Jakob se había asegurado de que el hombre que, según él, cargaba con todas las culpas no viera un solo día feliz en su vida.

Tal vez fuera la propia historia de amor lo que mantuviera encendido el interés de Erlendur. Al amor entre Matthildur y Ezra nunca se le concedió una posibilidad. Fue asaltado y truncado de la forma más abrupta e inesperada.

Por la tarde, el viento se había levantado y recorría los aleros del tejado emitiendo un leve aullido. Erlendur se tomaba otra taza de café mientras repasaba mentalmente toda la información obtenida tras hablar con los lugareños sobre Matthildur, Ezra y Jakob. Sus pensamientos no seguían ningún orden. Al contrario, las personas que había conocido, sus historias y sus circunstancias, se entremezclaban con la niebla de los fiordos, la nevada, su estancia en la casa abandonada, los paseos, los viajes en coche, el continuo desfile de cargueros en Reyðarfjörður y aquel despliegue industrial que no dejaba de asombrarlo. Todo se arremolinaba en su cabeza hasta que se detuvo en tres detalles a los que no había prestado especial atención y pensaba que

merecía la pena examinar. Uno era la mención del antiguo puesto de trabajo de Ezra. Otro, un comentario surgido en una de sus conversaciones y en el que Erlendur no había reparado hasta entonces. Sin duda lo habría olvidado para siempre si el viento no hubiera rugido en el tejado. Había escuchado su silbido preguntándose a qué le recordaba cuando finalmente le vino a la memoria: alguien había oído un ruido en el ataúd de Jakob. El tercer detalle era una frase que Ezra había pronunciado al hablar sobre la muerte de Jakob y la decisión de guardar el cadáver en el almacén de hielo donde el anciano trabajaba. Una frase inocente referida al lugar donde se encontraban los restos de Matthildur y que parecía carecer de mayor significado: «No se lo pude sacar».

—¿Es posible? —susurró Erlendur, envuelto en la penumbra.

Alterado, se levantó de la silla.

—¿Hablabas del antiguo almacén de hielo?! —exclamó.

Cuanto más avanzaba la tarde y más trataba de conectar esos tres detalles, más crecía su confusión. Al fin, apagó su último cigarrillo concluyendo que debía incordiar a Hrund una vez más.

En mitad de la noche, un sueño lo despierta sobresaltado. Escudriña el interior de la casa abandonada bajo el tenue resplandor de la lámpara de gas. No distingue nada en la oscuridad, pero siente la presencia del niño que aparecía en su sueño. Al principio no sabe si se ha llegado a quedar dormido, si ha sido realmente un sueño o algo distinto. De pronto se estremece de miedo, pero enseguida lo tranquiliza la certeza de que su visión no ha sido más que el fruto de su fantasía. De algún modo extraño, el sueño le parece el eco o la repetición de la pesadilla que lo acosaba en los días más duros de su infancia y que nunca ha podido olvidar.

En ese sueño que lo despierta siempre con la misma violencia, aparece solo en casa, tumbado de lado dentro de un saco de dormir y tapado con una manta. La casa se encuentra a merced de los elementos. Su interior es oscuro y lóbrego. Por las paredes, desnudas y frías, discurren gotas de agua. Parecen llorar. De pronto siente una presencia detrás de él. Se gira lentamente y otea la oscuridad, pero no ve nada hasta que emerge ante él la figura de un niño desconsolado que lo mira a los ojos.

La visión desaparece.

Tumbado en la penumbra, Erlendur piensa en el sueño que lo despertó aterrado hace mucho tiempo. Reconoce al chico que lo visita. Es él mismo.

Cuando se acercó al hospital de Neskaupstaður hacia el mediodía, Hrund estaba durmiendo. No quería interrumpir su sueño, así que se sentó junto a la cama y esperó a que se despertara. Todavía sentía el escalofrío que lo había estremecido por la mañana al levantarse y probar el café frío del termo. Se había metido rápidamente en el todoterreno y había encendido la calefacción para entrar en calor antes de hacer su visita matutina a la piscina del pueblo, lo que había formado parte de su rutina diaria desde que llegara al este. En realidad, no había metido los pies en la piscina ni una vez; solo utilizaba las duchas. Los empleados lo dejaban tranquilo y le daban los buenos días sin mostrar una excesiva curiosidad por él ni ganas de entablar conversación. Aquella mañana había pasado más tiempo de lo habitual bajo el chorro del agua caliente para recuperar el calor. Tras haberse cambiado de ropa, había ido a desayunar a la gasolinera y había rellenado el termo. Seguidamente había conducido hasta Neskaupstaður.

No había dejado de pensar en la teoría que había cobrado forma en su cabeza la noche anterior. El entusiasmo inicial que le había despertado se había esfumado. Cuantas más vueltas le daba, menos posibilidades albergaba de que fuera cierta. Para que lo fuera, debía modificar algunas de sus premisas, sobre todo en lo referente a su impresión de Ezra. Por otra parte, sus conocimientos sobre la repercusión del frío en el organismo, y especialmente en el sistema cardiovascular, eran suficientes como para saber que las funciones corporales se ralentizaban hasta casi paralizarse sin causar la muerte o producir graves daños siempre y cuando se interviniera a tiempo.

Hrund abrió los ojos y vio que había recibido una visita. Se incorporó en la cama.

—¿Otra vez tú? —preguntó.

—No te molestaré mucho rato —le aseguró Erlendur.

Hrund se estiró para alcanzar el vaso de agua.

—No pasa nada. No es que venga mucha gente a visitarme.

—Bueno, tampoco es que venga a verte por pura filantropía —admitió Erlendur.

—Ya me lo figuraba. No he perdido el juicio del todo. ¿Qué ocurre ahora?

—He estado pensando en algunas cosas —respondió Erlendur.

—Y no vas a dejar de hacerlo nunca.

—Volví a ver a Ezra y mantuvimos una larga conversación. No es un hombre feliz y lleva mucho tiempo sin serlo.

—No, ya me lo imagino.

—Hablamos mucho de su amigo Jakob.

—¿Te pudo contar algo más de Matthildur?

Erlendur reflexionó unos segundos. Ezra le había confiado una información que no le había contado a nadie y Erlendur no pensaba traicionar su confianza. Antes prefería tergiversar un poco la realidad o eludir cualquier pregunta, independientemente de quién se la hiciera.

—Habló bastante de Matthildur. De lo mucho que la ha echado siempre de menos. Estaba enamorado hasta la médula. ¿Hubo alguna otra mujer en su vida después de ella?

—No, nunca —respondió Hrund—. Ezra siempre ha vivido solo. ¿Sabe algo más de lo que le ocurrió a mi hermana?

—No hay nada seguro de momento —aclaró Erlendur—. Quizá se esclarezca todo con el tiempo.

—Pues si no tienes nada que contarme, ¿para qué has venido?

—Para hablar de Ezra —precisó Erlendur—. ¿Fuiste tú quien me contó que había trabajado en el antiguo almacén de hielo de Eskifjörður después de dejar de faenar con Jakob?

Hrund hizo memoria.

—Podría haber sido yo, sí. Sé que trabajó allí después de la guerra, si es eso lo que quieres saber.

—¿O sea que trabajaba allí cuando naufragó el barco de Jakob y su compañero? Murieron los dos, ¿no es así?

—Sí, ocurrió en 1949. Se ahogaron en medio del temporal mientras trataban de alcanzar la costa. No se salvó ninguno.

—¿Y trasladaron sus cuerpos al almacén de hielo?

—Sí, si no recuerdo mal.

—¿Es decir, donde trabajaba Ezra?

—Sí. Puedes leerlo en los periódicos de entonces, si necesitas datos exactos. En el pueblo hay una biblioteca bastante decente. ¿Qué mosca te ha picado?

—Ninguna.

—¿A qué viene «es decir, donde trabajaba Ezra»?

—A Jakob lo enterraron en Djúpivogur.

—Sí, eso seguro.

—¿Dónde puedo averiguar cómo se llamaban los portadores del féretro?

—Pero ¿con qué sales ahora?

—Necesito sus nombres.

—¿Para qué?

Erlendur no le respondió.

—¿Para qué demonios quieres saberlos?

Erlendur seguía mirando a Hrund en silencio.

—¿No me lo quieres decir? —preguntó la anciana.

—Quizá más adelante —respondió Erlendur—. En este momento ni yo mismo sé lo que estoy haciendo.

Poco después, hojeaba en una mesa de la biblioteca municipal unos periódicos antiguos que le había llevado la bibliotecaria, una joven muy servicial. Erlendur revisó diarios nacionales y regionales de la época del accidente. Entre los periódicos locales encontró dos noticias bastante detalladas que confirmaban lo que ya había oído sobre el suceso, pero no le aportaban prácticamente nada nuevo. A los dos hombres que habían perdido la vida se los describía como solteros; uno procedía de Grindavík y el otro de Reikiavik, aunque su familia era originaria de los fiordos del este. Su funeral se había celebrado dos días después de la tragedia.

La otra noticia venía acompañada de una fotografía borrosa del momento en que enterraban el ataúd de Jakob. Lo transportaban cuatro hombres cuyos nombres se mencionaban en el pie de foto. Erlendur no pudo distinguir las caras, solo la vaga silueta de unos hombres que portaban un féretro. Hrund había recordado bien el nombre del que más importaba. Con ayuda de la bibliotecaria, consultó los registros disponibles y enseguida halló información sobre el hombre y su familia.

—Su hija vive en Djúpivogur —anunció la joven tras una breve búsqueda en internet.

Erlendur se puso en camino. La carretera estaba despejada y no tenía

prisa. Unas dos horas más tarde, llegó a Djúpivogur y encontró enseguida la casa de la mujer. Aparcó el coche junto a una vieja vivienda unifamiliar muy bien mantenida y apagó el motor. Vio una luz encendida en la entrada y otra en una de las ventanas, supuestamente la de la cocina. Aun así, no se apreciaban señales de vida en el interior. Sacó un cigarrillo. Aquellos días estaba fumando más de lo habitual. No contento con haberse encendido dos por el camino, decidió fumarse un tercero antes de molestar a la mujer.

Bajó del coche, subió un par de escalones y llamó a la puerta. No sabía exactamente cómo iba a explicar el motivo de su visita o cómo iba a presentarse. Tras una breve reflexión, decidió que lo mejor era seguir haciéndose pasar por un aficionado interesado en la historia de los fiordos del este. Hasta entonces no le había fallado.

Nadie acudió a abrir. Encontró un timbre junto a la puerta, lo pulsó y lo oyó sonar dentro de la casa. También escuchó un televisor cuyo volumen disminuyó al pulsar el timbre por segunda vez. Un instante después se abrió la puerta y apareció un hombre vestido con una camisa roja de cuadros que lo miraba fijamente.

—¿Está Ásta en casa? —dijo Erlendur preguntándose si sería su marido.

El hombre lo observó unos segundos, desconcertado ante aquella visita. Erlendur dirigió una mirada furtiva a su reloj de muñeca y pensó que no era tan tarde.

—Sí, un momento —respondió el hombre desapareciendo en el interior.

El volumen del televisor volvió a subir y enseguida acudió a la puerta una mujer rechoncha de baja estatura. Erlendur se imaginó que se había quedado dormida delante de la pantalla. Vestida con una sudadera y unos pantalones de estar por casa, sus ojos cansados denotaban cierta sorpresa ante la visita de un desconocido a esas horas de la noche.

—¿Eres Ásta? —preguntó Erlendur.

—Sí —respondió la mujer asintiendo con la cabeza.

—¿La hija de Ármann Friðriksson, el pescador?

—¿Sí? —volvió a decir con un evidente tono de suspicacia—. Mi padre se llamaba Ármann.

—¿Podría pasar un momento? Me gustaría preguntarte si alguna vez te habló del naufragio que se produjo en Eskifjörður en 1949.

—¿Naufragio?

—Y del entierro de uno de los tripulantes del barco, aquí, en Djúpivogur.

Tengo entendido que tu padre fue uno de los portadores de su ataúd. Del ataúd de Jakob Ragnarsson.

Tras pensárselo un momento, Ásta Ármannsdóttir lo invitó a pasar, más por curiosidad que por otra cosa. Quiso acompañarlo al salón, pero Erlendur le dijo que bastaría con hablar en la cocina y se acomodó junto a la mesa. La televisión parpadeaba en el salón, donde el marido de Ásta, llamado Eiríkur Hjörleifsson según la placa de la entrada, seguía en el sofá concentrado en una serie policiaca británica. Ásta le preparó un café cargado a su invitado y dejó sobre la mesa un pastel de pasas. Pese a que los pasteles no le gustaban especialmente, Erlendur se sirvió una rebanada para no parecer maleducado.

Se disculpó por haberse presentado allí sin avisar y se excusó explicando que tenía un gran interés por los naufragios ocurridos en los fiordos del este. Uno de ellos se había producido en 1949, al hundirse el Sigurlína, un barco de Eskifjörður, con sus dos tripulantes. Al buscar información sobre el accidente en los periódicos, había visto que Ármann, su padre, conocía a uno de los dos marineros fallecidos, un tal Jakob, y que había sido uno de los portadores de su ataúd en el entierro. A Ásta le sonaba el nombre.

—¿Te habló alguna vez de aquel suceso? ¿A ti o a tus hermanos? —le preguntó Erlendur sabiendo que tenía dos.

—Los dos viven en Reikiavik —respondió Ásta—. Puedes llamarlos si quieres, pero no sé si te servirá de algo. Que yo recuerde, papá no hablaba mucho de ese accidente. Al menos en casa. De hecho, yo todavía no había nacido. Tal vez lo mencionara con sus amigos. No era hombre de muchas palabras.

—¿De qué se conocían Jakob y tu padre? ¿Lo sabes?

—Pescaron juntos durante unos años, aquí, en Djúpivogur. Luego Jakob se mudó, pero se mantuvieron en contacto, aunque fuera de ciento a viento.

—¿Sabes si le afectó mucho la muerte de Jakob?

Ásta se encogió de hombros.

—Las condiciones de trabajo en el mar eran muy duras. Algunos fallecían, pero así es la vida de los pueblos pesqueros. No creo que mi padre

se dejara llevar por sentimentalismos. Nadie lo hacía. En todo caso, no me acuerdo de que hablara mucho de ese suceso cuando ya me hice mayor. ¿Te interesa en concreto mi padre dentro de esa historia?

—No, no —dijo Erlendur—. ¿Recuerdas si había algo que le hubiera parecido curioso o extraño en relación con el accidente?

—No sabría decirte.

—¿Algo relacionado con el funeral?

—Pues no sé... ¿A qué te refieres exactamente?

—He estado hablando con gente de Eskifjörður, entre ellos una mujer que mencionó que tu padre había oído o creído oír un ruido procedente del ataúd en el momento de enterrarlo.

La mujer miró fijamente a Erlendur sin decir palabra.

—Eso no lo había oído nunca —dijo por fin—. En la vida.

—No me extraña. Suena más como una especie de leyenda relacionada con las circunstancias de Jakob —le explicó Erlendur—. Había perdido a su mujer y algunos decían que ella lo había acosado después de muerta. De ahí nació probablemente esa historia.

—Pues es la primera vez que la oigo. Sabía que Jakob había perdido a su mujer, pero mi padre nunca me dijo nada parecido. Que yo recuerde. ¿Seguro que era mi padre quien contaba ese rumor?

—Es todo un poco confuso. Podría haberlo contado cualquier otra persona. Seguramente no eran más que habladurías.

—Pero no es eso lo que tú piensas, ¿no?

—Sí lo pienso, sí —se apresuró a decir Erlendur—. Solo es un pequeño detalle relacionado con el accidente que estoy investigando. Simplemente se me ocurrió mencionártelo, por si te sonaba.

—Pues no me suena.

—¿Hablabas alguna vez de Jakob y de su mujer, Matthildur?

—No. O muy poco.

—¿Sigue vivo algún amigo de tu padre?

—Creo que no... en todo caso el viejo Þórður.

Þórður vivía con su hijo y su nuera a unos dos minutos a pie desde casa de Ásta. Aun así, Erlendur cogió el coche. Cuando Ásta le había indicado la dirección de Þórður, Erlendur se había despedido de ella rápidamente

tratando de ser educado y de no levantar sospechas innecesarias. Se había puesto en pie, diciendo que no la quería entretener más. Eiríkur, su marido, seguía en el sofá sin despegar la vista de la serie británica. En el televisor se había escuchado un tiroteo seguido de unos gritos. Con su forma de despedirse, Erlendur solo había conseguido que Ásta se extrañara más ante aquel peculiar visitante y sus extravagantes cavilaciones. Al haberla intrigado, no le había quedado más remedio que responder a un aluvión de preguntas, procurando eludir algunas, en torno a su padre, Jakob, Matthildur, el naufragio y el interés que mostraba Erlendur en el accidente y en todas aquellas personas, especialmente en su padre. Había percibido la desconfianza de Ásta, cuyas sospechas se habían orientado de repente hacia la relación entre su padre y Matthildur. Sin saber cómo diablos había podido ocurrir, Erlendur había tratado por todos los medios de aclarar el malentendido, pero no lo había logrado y finalmente había dejado a la mujer sola en la entrada con cara de perplejidad.

Þórður, un anciano de ochenta y cinco años, vivía en un mundo de eterno silencio. Estaba sordo y no había audífono que lo ayudara a capturar el menor sonido. Únicamente escuchaba su propio monólogo interno, que no dudaba nunca en compartir con los demás. No tenía ningún reparo en hablar y lo hacía con una voz atronadora, como para asegurarse de que todo el mundo lo escuchaba aunque él no pudiera oír a nadie. Vivía en un apartamento que su hijo había reformado en el sótano de su casa. El hijo bajó con Erlendur y enseguida los dejó a solas. Erlendur le había explicado su interés en los accidentes marítimos ocurridos en los fiordos del este, un discurso que después tuvo que repetir ante Þórður, quien parecía alegrarse de haber recibido una visita inesperada. El apartamento era diminuto y consistía en una única estancia, bastante amplia, equipada con una buena cama, un televisor, un escritorio y un lavabo. Había libros en cada hueco de la habitación.

El método para comunicarse con el hombre era muy sencillo. Empleando las hojas y los lapiceros del escritorio, Erlendur escribía los comentarios o las preguntas que deseaba hacerle, le daba el papel a Þórður y este contestaba de viva voz.

«Veo que estás hecho un ratón de biblioteca», fue lo primero que Erlendur escribió en una hoja después de haberse presentado y haberle contado la razón de su visita: el naufragio ocurrido en Eskifjörður en 1949.

Þórður sonrió. Parecía estar en buena forma y en pleno uso de sus

facultades mentales. Completamente calvo y con la nariz ennegrecida por el rapé, pronunciaba la erre con la garganta en lugar de con la lengua.

—Y que lo digas —dijo con una voz desmesuradamente alta—. Los he ido acumulado con los años. Dudo que alguien se interese en conservarlos cuando me vaya. Seguro que irán todos a parar a la basura.

«Una pena», escribió Erlendur.

—Me acuerdo bien de ese naufragio —señaló Þórður—. También recuerdo otros, mucho peores y más recientes, en los que murieron pescadores en medio de terribles tormentas.

«¿Te acuerdas del entierro de Jakob?», escribió Erlendur.

—No —respondió el anciano—. Yo no estaba en el pueblo. En aquella época faenaba y vivía en Höfn. Pero uno se enteraba de todo, naturalmente. Aquel día hacía un tiempo espantoso, estábamos bajo cero y soplaba un intenso vendaval del norte. Se encontraban tan cerca de la costa que seguramente se alcanzaba a ver su cara de terror desde la orilla. Si no recuerdo mal, al montón de chatarra en el que navegaban se le fastidió el motor en el peor momento. El barco se hizo pedazos y los dos cayeron al mar. No creo ni que pudieran nadar en aquellas condiciones, si es que hacerlo les hubiera servido de algo. Se los debía de oír gritar desde la costa. Sin duda la gente hizo todo lo posible por salvarlos y sacarlos a tierra, pero con aquella tormenta era imposible ayudarlos. Después cesaron los gritos.

Þórður sacó un bote de rapé. Le ofreció a Erlendur y este se introdujo una pizca en las fosas nasales. Þórður espolvoreó una buena raya en el dorso de la mano y la esnifó enérgicamente con ambas fosas.

—Tuvo que ser un espectáculo desgarrador —continuó mientras jugueteaba con el bote entre los dedos, como si no quisiera tenerlo demasiado lejos—. Debió de ser horrible no poder ayudarlos.

Erlendur asintió.

—Más tarde, el mar arrastró los cadáveres hasta la costa, como suele ocurrir después de los naufragios —explicó Þórður—. Los trasladaron al almacén de hielo del pueblo y me parece que los colocaron sobre unos tablones a modo de camillas con la intención de que se mantuvieran rectos después del *rigor mortis*. O esa era la idea, creo.

«¿Se confirmó oficialmente su muerte?», escribió Erlendur.

—Sí, sí. Tengo entendido que había un médico interino en el pueblo que no tuvo más que mirarlos a los ojos. Luego los metieron en un ataúd y a uno

de ellos lo enterraron en el cementerio de aquí.

«¿Quién te dio tantos detalles?».

—Se llamaba Ármann y vivía aquí, en Djúpivogur. Un gran amigo mío. Murió hace mucho de cáncer de pulmón. Conocíamos a uno de los que murió. Bueno, Ármann lo conocía más que yo. Se llamaba Jakob.

«¿De qué conocías a Jakob?», escribió Erlendur.

—Me acuerdo de haberlo visto en el pueblo cuando éramos jóvenes. Pero no lo conocía mucho. Nunca me acabó de gustar su forma de ser. Era un engreído de Reikiavik y fardaba de ser un mujeriego, como suelen hacer los chicos jóvenes. Se metió en líos con algunas de las chicas a las que seducía. Obtenía de ellas lo que buscaba y después no quería saber nada. Pero luego al muy jodido bien que le entraban ataques de celos cuando ellas se atrevían a mirar a otro. Entonces sí que saltaban los problemas.

«Ármann fue uno de los portadores de su ataúd», escribió Erlendur.

—Cierto. Su amigo, Pétur creo que se llamaba, hizo una colecta entre los marineros y los armadores de la zona para recaudar dinero y ponerle una lápida.

«Al parecer, Ármann escuchó un ruido —escribió Erlendur— en el interior del ataúd».

—¿Así que te has enterado de eso también? —dijo Þórður bajando de pronto la voz—. En realidad, no era algo que se promulgara a los cuatro vientos. A la gente le parecía embarazoso. Con el tiempo, Ármann dejó de decir que había escuchado aquel ruido. Su comentario dio pie a toda clase de historias de fantasmas relacionadas con la mujer de Jakob, fallecida unos años antes. Decían que se había metido en el ataúd de su marido.

«Decían que se le aparecía».

—Sí, sí. Y hasta que había causado el accidente. No sé yo qué razón habría podido tener para vengarse de él. Pero bueno, solo es una tontería más de tantas que se dicen.

«¿Qué fue lo que escuchó Ármann exactamente?», escribió Erlendur.

—La verdad es que no lo tengo muy claro —dijo Þórður—. Ni él mismo estaba seguro. No lo sabía describir.

«Tengo entendido que fue una especie de gemido».

—No, para nada. No escuchó nada parecido. Se lo pregunté poco antes de que muriera, pero era muy reacio a hablar del tema. Creo que se arrepentía enormemente de haberlo mencionado. Más bien parecía que el cadáver

hubiera emitido una especie de ruidos corporales.

«¿Ruidos corporales?».

—Bueno, debía de quedar aire en el interior del cuerpo, algo muy posible ya que no había pasado mucho tiempo desde su muerte. Eso es lo que Ármann creyó haber oído dentro del ataúd. En ningún caso un gemido. Eso es un cuento de fantasmas que se inventaron después. Otros incluso decían que el cadáver se había movido en el féretro.

Erlendur lo miró pensativo.

«La hija de Ármann no parece saber nada».

—Ármann no se lo contó nunca a nadie y me confesó que más le habría valido cerrar el pico —comentó Þórður—. Desde luego que su hija no quiere saber nada del tema. Lo que quiere es acallararlo.

«Puede ser», escribió Erlendur.

—Yo nunca oí nada de ningún gemido —reconoció Þórður—. Si realmente lo hubiera sido, entonces aquel hombre habría tenido una resistencia tremenda.

—Sí —dijo Erlendur en voz alta.

—Aunque sí he conocido casos de personas con una capacidad extrema para aferrarse a la vida y resistir el frío. —Þórður bajó más la voz hasta convertirla en un susurro—. Una vez oí la historia de un accidente parecido que se produjo en el oeste. Tres hombres naufragaron en un barco de remos muy cerca de la costa. Lograron sacar los cadáveres del mar y los guardaron en un almacén que dejaron cerrado por la noche. A pesar de la severa helada, cuando fueron a echar un vistazo a los cadáveres al día siguiente, vieron que dos de los hombres habían bajado al suelo durante la noche por sus propios medios, aunque no habían llegado muy lejos. Sin embargo, el tercero había sobrevivido más tiempo y había alcanzado la puerta, donde se lo encontraron congelado.

Erlendur salió de Djúpivogur y condujo lentamente en dirección a Eskifjörður. Sumido en sus pensamientos, no había recorrido mucho camino cuando se detuvo al borde de la carretera. Sentado en el coche, se preguntaba qué hacer mientras fumaba y bebía el café que aún le quedaba en el termo desde la mañana. Apenas había ingerido otra cosa durante el día. Sin embargo, no tenía hambre. Se sentía preso de una tensión y un desasosiego que debía aplacar cuanto antes. Una de las maneras de hacerlo le parecía bastante intrincada, pero, por mucho que buscara otras alternativas, siempre llegaba a la misma conclusión. Quería obtener respuestas claras, pero a la vez proteger los intereses de quienes habían depositado en él su confianza. De momento no veía ningún motivo para que intervinieran las autoridades locales en su investigación, a pesar de haber hallado indicios de coerción y asesinato. Erlendur nunca había visto nada malo en que algunos crímenes se mantuvieran en silencio siempre y cuando hacerlo no fuera en contra del interés público. En aquella ocasión, quería evitar a toda costa abrir una investigación oficial con todo lo que ello implicaba. En primer lugar, no se trataba de una investigación formal. Movido por su curiosidad innata y su obsesión por las desapariciones, había escarbado en el pasado de aquellas personas más de lo que se había propuesto inicialmente. No había pretendido desvelar un crimen. Era el crimen el que había ido a su encuentro. Si no hubiera comenzado a dejarse guiar por suposiciones y rumores, la historia de Matthildur, Jakob y Ezra seguiría como siempre, tanto en su corazón como en la vida de los demás. Erlendur sabía que, si quisiera transmitir sus sospechas y actuar de la manera necesaria, tendría que poner todas las cartas sobre la mesa y dirigirse a las autoridades para comunicar lo que, en el fondo, se limitaba a unas meras presunciones. Su instancia pasaría por una retahíla de departamentos y tribunales, se vería obligado a asistir a reuniones interminables y quedaría inmerso en una serie de procedimientos que prefería evitar en la medida de lo posible. Para colmo, estaba convencido de que, por

mucho que le contara a las autoridades locales todo lo que sabía y su instancia lograra atravesar todo el sistema, nunca podría estar seguro de que fueran a concederle carta blanca.

Poco a poco se había dado cuenta de que, en realidad, estaba investigando dos casos que diferían en dos aspectos fundamentales. No cabía ninguna duda de que ambos se relacionaban entre sí: uno era consecuencia del otro. Uno se basaba en el testimonio de una sola persona, Ezra, cuya verificación era muy difícil. Ningún otro testigo podía corroborar su versión, no existían pruebas materiales, no se había hallado ningún cadáver y nadie sabía dónde podía encontrarse. El otro caso era distinto ya que no existía ningún testimonio de que se hubiera cometido un crimen. Erlendur contaba simplemente con vagas sospechas, pero creía saber dónde se encontraba el cadáver de la víctima.

Solo hacía falta llegar hasta él.

Dio media vuelta y condujo de nuevo hacia Djúpivogur por la carretera desierta. Erlendur recordaba haber leído el caso de una mujer en Polonia, declarada oficialmente muerta, que se había despertado dentro de una funda mortuoria y la habían trasladado inmediatamente a la UCI. También había oído que, en Sudamérica, algunas personas solicitaban que les abrieran las venas de la muñeca después de morir por miedo a despertarse vivas dentro del ataúd. El miedo a ser enterrado vivo recibía el término médico de *tapefobia*. Se hablaba del «síndrome de Lázaro» cuando un individuo recuperaba la conciencia después de haber sido declarado muerto. También existían casos de personas que regresaban a la vida en la propia mesa de autopsias.

Erlendur aparcó junto al cementerio de Djúpivogur y contempló la serena oscuridad que envolvía el recinto. Se había llevado con él la lámpara de gas y una pala, por si acaso. Dado el pequeño tamaño del cementerio, no esperaba tardar mucho en encontrar la tumba de Jakob. No se le ocurría mejor ocasión para abordar la tarea que aquella noche. Sus dudas iniciales respecto a si estaba haciendo lo correcto o no habían desaparecido. Había averiguado demasiado como para dejarse detener por sus disquisiciones sobre el bien y el mal.

Apenas había nevado en Djúpivogur. Tras un otoño suave y seco, el suelo todavía no se había congelado y eso le facilitaría las cosas. Miró el reloj. Cuanto antes se pusiera manos a la obra, antes terminaría. Debía acabar antes del amanecer y sin dejar apenas huella.

Salió del coche con la lámpara, cogió la pala del asiento trasero y caminó en dirección al cementerio. No quería encender ninguna luz hasta que no fuera necesario. El cementerio se hallaba en una elevación, al otro lado de la carretera, y no se veía desde el pueblo. Eran más de las doce y Erlendur se preparó para una larga noche.

Se detuvo al escuchar los ladridos de un perro en la distancia, pero continuó. El recinto estaba delimitado por una verja de hierro y se accedía a él por un pórtico con una campana. A la derecha distinguió un almacén de herramientas. Vigiladas por imponentes abetos, la mayoría de las tumbas consistían en un montículo señalado con una lápida o una cruz. Los años que le interesaban, en torno a la mitad del siglo XX, se encontraban en la zona del interior.

Paseó entre las tumbas, iluminándolas y leyendo las inscripciones. Pronto llegó a una pequeña lápida en la que aparecía el nombre de Jakob junto con sus fechas de nacimiento y defunción. Redujo la llama al mínimo, lo justo para poder trabajar. Inspeccionó con cautela los alrededores y escuchó los ladridos en la oscuridad. Seguidamente, hundió la pala en la tierra blanda.

Ya había desenterrado un cadáver previamente, aunque de un modo muy distinto. En aquella ocasión, había seguido los procedimientos oficiales y se había empleado una pequeña excavadora para abrir una tumba en la costa, cerca de Reikiavik. En ella había aparecido el ataúd de una niña que había fallecido a causa de una rara enfermedad. Erlendur todavía pensaba en ella de vez en cuando. Recordaba más casos que le habían dejado algún tipo de huella. Todos eran de muy diversa índole, pero nunca lo habían llevado al extremo de tener que meterse en un cementerio por la noche con una pala en la mano.

Con sumo cuidado, Erlendur amontonó a un lado los terrones de césped con la intención de dejarlos luego tal y como estaban para procurar no dejar pistas. El suelo no ofrecía ninguna resistencia. La tierra, blanda y húmeda, se extraía fácilmente. Trabajó durante una hora antes de hacer una pausa y fumarse un cigarrillo apoyado en la lápida vecina.

Erlendur siguió cavando largo rato antes de volver a descansar y encenderse otro cigarrillo. En su termo solo quedaba café para media taza. Ahora sí comenzaba a sentirse hambriento. La presencia de nubes bajas y la ausencia de luna lo reconfortaban; no sabía qué excusa pondría si alguien lo

descubría medio metido en una tumba. Reanudó su tarea procurando minimizar el destrozo. De pronto, la pala golpeó un objeto de madera: había llegado hasta el ataúd. La tumba era menos profunda de lo que había imaginado. Excavó con empeño y un momento después se encontraba a horcajadas sobre el ataúd de Jakob, retirando con rapidez la tierra de alrededor. El féretro, de construcción rudimentaria, se limitaba a una simple caja de madera sin pintar y parecía intacto bajo la tenue luz de la lámpara de gas.

La tapa estaba compuesta por cuatro tablones. Erlendur introdujo la pala bajo uno de ellos e hizo palanca para levantarlo. La madera cedió con facilidad y se rompió. Repitió la operación con el siguiente tablón. Los clavos sueltos y la madera podrida le permitieron abrir enseguida un agujero del tamaño suficiente como para poder asomarse al interior.

Agarró la lámpara, apoyada en el borde de la tumba, y avivó la llama. Ante él aparecieron los huesos de Jakob e inmediatamente le llamó la atención su extraña disposición. La cabeza parecía inclinada hacia atrás, el mentón levantado y la mandíbula separada del cráneo, como si hubiera muerto con la boca completamente abierta. En la mandíbula superior, los dientes eran particularmente prominentes y faltaban los dos incisivos centrales. Las manos del esqueleto agarraban el cráneo, con las falanges retorcidas y los dedos extendidos en distintas direcciones. Acercó la lámpara y los examinó: el índice derecho parecía estar roto. Iluminó el resto del esqueleto y observó que las piernas no reposaban una junto a otra sino separadas entre sí.

Agachándose, Erlendur iluminó los laterales del ataúd y deslizó la mano por la madera. No estaba seguro de ver indicios de lo que sospechaba que había ocurrido dentro del ataúd.

Se irguió y dejó que la luz de la lámpara se deslizara por los restos mortales de Jakob. Detuvo la mirada en las manos retorcidas y el dedo roto. Recordó que Jakob padecía una aguda claustrofobia.

Cogió uno de los tablones que había roto para poder acceder al interior del ataúd. Aumentando de nuevo la intensidad de la luz, iluminó la madera que quedaba situada justo sobre la cara de Jakob. Deslizó la mano y notó unas irregularidades, una especie de surcos que teóricamente no deberían estar. El resto del tablón era liso. Entornó la mirada y le pareció que algunos de aquellos extraños surcos eran realmente marcas de dientes.

Iluminó de nuevo el dedo roto.

Erlendur frunció el ceño al imaginar la lucha que se había producido en aquel pequeño cementerio. El forcejeo en vano, los alaridos que nadie escuchó y el aire que poco a poco se consumía.

No habían llegado a pasar dos horas cuando Erlendur dejó la pala en el coche y se sentó frente al volante, empapado y embarrado de la cabeza a los pies. A pesar de sus esfuerzos por no dejar rastro, saltaba a la vista que la tumba había sido profanada. Por mucho que hubiera tratado de compactar la tierra después de volver a enterrar el ataúd, se distinguía un pequeño montículo allí donde había vuelto a colocar los terrones de césped que había retirado. El suelo tardaría en asentarse. Cruzó los dedos esperando que nadie pasara por el cementerio en los próximos días y deseó que la gente del pueblo gozara de una salud de hierro, que cayera una fuerte nevada y que Djúpivogur quedara sepultado por la nieve hasta la primavera. Se avergonzaba de lo que acababa de hacer y no quería que nadie lo descubriera. Pero no se arrepentía de nada.

Erlendur recorrió sin prisa la carretera hacia Eskifjörður. El tráfico era escaso a esas horas de la mañana y solo se cruzó con un par de coches. Salvo alguna acumulación de nieve, la carretera era perfectamente transitable. Al calor de la calefacción, escuchaba la agradable música que sonaba en la radio mientras pensaba en la espeluznante historia que acababa de desenterrar.

Comenzaba a clarear cuando llegó a la casa abandonada. Exhausto, se deslizó en su saco de dormir, se tapó cuidadosamente con la manta y se quedó tumbado sobre el colchón. Estaba convencido de que no le costaría dormirse a pesar de que le dolía todo el cuerpo después del esfuerzo que acababa de realizar. Había excavado a toda velocidad por miedo a que alguien lo cogiera *in fraganti* y no había reducido el ritmo hasta colocar de nuevo el último terrón de césped sobre la tumba. El mango de la pala le había dejado las palmas de las manos llenas de ampollas y le dolían los brazos y las piernas. Hacía tiempo que no realizaba un ejercicio físico tan duro.

Sin embargo, no podía conciliar el sueño. Tal vez fuera por la agitación que le causaba pensar en la presencia de Ezra en el almacén de hielo donde se guardaban los cadáveres, en el cuerpo de Jakob dentro del ataúd y en el enigma de Matthildur. No sabía exactamente qué debía hacer con la

información que había obtenido de aquella forma tan macabra. Hablaría con Ezra después de dormir y, previsiblemente, su conversación con él determinaría el paso siguiente. Tenía que hacerle una serie de preguntas sobre lo ocurrido en aquel almacén.

Consideraba altamente probable que Ezra supiera en qué estado se encontraba Jakob en el momento en que clavaron la tapa de su ataúd.

Los casos de personas que se habían despertado después de haberse declarado su muerte solían responder a negligencias. Pero si Erlendur había tenido la intuición de que debía desenterrar el ataúd de Jakob, no era porque sospechara que se hubiera cometido un descuido. En su presentimiento habían influido las palabras de Ezra sobre su relación con Jakob y el comentario de Ármann acerca del sonido procedente del ataúd. A ello se sumaban los conocimientos de Erlendur sobre los efectos del frío en el cuerpo humano. Además, el hecho de que Ezra hubiera tenido libre acceso al almacén donde se guardaba el cadáver de Jakob había reforzado la idea de que algo había ocurrido. Por último, también le había influido el caso recordado por Þórður, el anciano sordo de Djúpivogur, sobre los tres marineros del oeste cuya muerte se había declarado oficialmente pero se habían levantado muertos de frío de sus camillas para tratar de buscar ayuda. Al final, las sospechas de Erlendur eran tan fuertes que se había visto obligado a actuar. Debía obtener respuestas a toda costa, aunque para ello tuviera que profanar una tumba. No pretendía excusarse. Solo justificar lo que había hecho.

¿Y qué respuestas había obtenido? ¿Qué resultado había dado su estropicio en el cementerio?

Había respondido a la pregunta que más lo martirizaba: a Jakob lo habían enterrado vivo. No estaba muerto cuando lo sepultaron. Erlendur había sentido un escalofrío al entender lo que había sucedido y ver con sus propios ojos los signos de angustia en el ataúd. Había leído el tormento en la posición del esqueleto, las manos retorcidas, la cabeza inclinada hacia atrás, la mandíbula desencajada, el dedo roto y los dos incisivos que faltaban en la mandíbula superior. Jakob había conseguido arañar considerablemente la madera a pesar de haberse encontrado más muerto que vivo tras haber soportado la caída al mar y el frío del almacén. Se había aferrado a la vida con una energía extraordinaria. Su muerte había sido una tortura imposible de imaginar.

Lo que Erlendur no podía deducir a partir del ataúd y tendría que averiguar de otro modo era la razón por la que a Jakob lo habían enterrado vivo. ¿Había sido una mera negligencia o hubo premeditación?

Erlendur pensaba conocer a los hombres como Ezra, si bien sabía que nunca llegaría a conocer del todo al anciano. Aun así, estaba seguro de que no tenía nada en común con muchos de los criminales que se habían cruzado por su camino. Ezra no era ni amoral ni violento. No se diferenciaba en nada de la mayoría de las personas a las que Erlendur había conocido a lo largo de su vida, personas a las que nunca les habían puesto ni una multa de tráfico. ¿Habría sido capaz, aun así, de albergar la voluntad de cometer el crimen que Erlendur había descubierto en el interior del ataúd?

Si el anciano le había contado la verdad —que Jakob había matado a Matthildur, había escondido el cadáver y se había negado a confesar dónde se encontraba—, Ezra tenía buenas razones para vengarse. Siete años después, el destino de Jakob había quedado literalmente sellado. ¿Hasta qué punto estaba Ezra involucrado? ¿Sabía que Jakob aún vivía? ¿Llegaron a intercambiar algunas palabras? ¿Le contó Jakob dónde se hallaban los restos de Matthildur?

Solo había un hombre capaz de responder a esas preguntas y Erlendur debía hablar con él lo antes posible.

¿Qué haces aquí tumbado?

Escucha la pregunta cada cierto intervalo de tiempo, pero se le olvida hasta el momento en que se la repiten. Llegado a un punto, se convierte en una obsesión insoportable que ya no puede ignorar. Tiene una vaga imagen de la persona que le pregunta. Intuye que debe de ser un viajero extraviado que, por asombrosa casualidad, ha ido a parar a esos fiordos extraños en los que él mismo se encuentra.

Como Bóas al pie del risco Urðarklettur.

No obstante, sabe que no es Bóas sino un desconocido. Sus respuestas no le bastan al viajero y le irrita su intromisión. De nuevo siente la presencia de alguien que acompaña al visitante, alguien que se oculta en su sombra. La presencia se vuelve cada vez más fuerte, pero sigue sin poder distinguirla ni adivinar quién se esconde en la oscuridad.

Solo sabe que la presencia lo atemoriza.

—¿Acaso crees que deberías estar aquí tumbado? —pregunta la voz.

—¿Y por qué no? —responde él.

—¿Te parece que deberías estar aquí?

—¿Sí?

—¿Por qué? —pregunta el hombre.

—Porque...

—¿Porque qué?

—¿Quién está contigo? —pregunta.

—¿Quieres verlo?

—¿Quién es?

—De ti depende. Si quieres verlo, puedes hacerlo tranquilamente.

—¿Quién es? ¿Por qué se esconde?

—No se esconde. Eres tú quien lo mantiene alejado de ti.

De pronto tiene la impresión de que el viajero se está marchando y en ese momento cree acordarse de él. Le parece recordar dónde lo ha visto y quién

era.

—¿Eres tú? —pregunta con prudencia.

—¿Así que te acuerdas de mí? —dice el hombre.

—No te vayas —dice a pesar del miedo que le inspira el visitante—. ¡No te vayas!

—No me voy lejos.

—¡No te vayas! ¡Dime quién está contigo! ¿De dónde viene? ¿Quién es?

El frío lo atenaza de nuevo cuando se despierta y comienza a volver progresivamente a la realidad. En su cabeza resuena el eco lejano de sus propios gritos sordos. Tarda un tiempo en situarse. No solo tiene el cuerpo aterido por el frío, también nota los pensamientos entumecidos, como si hubieran perdido toda lógica. Pero no le preocupa. Ha dejado de preocuparse.

El frío lo obliga a buscar ideas para calentarse y trata de recordar viejos métodos para hacer que el cuerpo entre en calor. Los ha leído en sus libros sobre tragedias ocurridas en las montañas y sobre formas de sobrevivir en las adversas condiciones que pueden llegar a darse en un territorio tan frío e inhóspito. El método más común y efectivo, a falta de poder recurrir a otro, consistía en aprovechar el calor humano para calentar a las víctimas de hipotermia, como marineros que se hubieran salvado de un naufragio o personas que hubieran quedado atrapadas en una tormenta y hubieran podido alcanzar alguna granja. En esos casos, los rescatadores se quitaban toda la ropa y se tumbaban junto a las víctimas, en ocasiones dos a la vez, para transferir su calor corporal al cuerpo helado.

Piensa en los días soleados.

En la sonrisa de su madre.

En sus manos cálidas.

Su mente anhela el calor.

Los días de verano a orillas del río.

Mira hacia el cielo y deja que el sol de la canícula le bañe el rostro.

De pronto se acuerda del viajero y del lugar donde lo ha visto antes. Le viene a la memoria el día en que recibieron en Bakkasel la visita inesperada de un hombre que pasaba por la zona y que se había detenido un momento en su casa antes de continuar su camino. Ocurrió en aquella primavera tan fría en la que los campos apenas dieron heno y los neveros perduraron en las faldas de las montañas hasta bien entrado el verano. Recuerda el extraño comentario que le hizo a su madre sobre Bergur. Recuerda lo mucho que la

afectó.

Nunca supo de dónde venía ni adónde se dirigía, aunque sin duda se lo había contado a sus padres. Tras su breve parada, había desaparecido de su vista a la altura del páramo. Seguramente se disponía a llegar hasta Reyðarfjörður a través del paso de Hrævarskörð o tal vez por el antiguo sendero del glaciar, que bordeaba la montaña Harðskafi por el norte para bajar después hasta Seyðisfjörður. No era la primera vez que llegaba a Bakkasel una visita inesperada de ese tipo. De vez en cuando pasaban viajeros que, tras haber recorrido un largo camino, descansaban y disfrutaban de la hospitalidad de sus padres. Algunos, como aquel, viajaban solos, mientras que otros iban en grupos de dos, tres o más. Muchos llegaban de buen humor, con una sonrisa en los labios y una grata alegría. A veces preguntaban si podían pasar la noche y entonces siempre eran bien recibidos y acogidos en la habitación de los chicos. Otras visitas eran de extranjeros que desde la puerta de casa trataban de hacerse entender, pedían agua o preguntaban si podían montar su tienda de campaña.

Aquel viajero parecía un excursionista experimentado. Erlendur lo intuyó a juzgar por su actitud, su equipamiento y, sobre todo, por el bonito palo de caminar que había dejado fuera de la casa. Llevaba unas botas de suela gruesa acordonadas hasta la pantorrilla, unos pantalones bombachos y una chaqueta de cuero abotonada hasta el cuello. En las manos llevaba unos mitones de lana que dejaban asomar unos dedos fuertes con los que se acariciaba la barba mientras conversaba.

Con asombrosa naturalidad, se sentó en la cocina de sus padres y se sirvió café. Hizo comentarios sobre el tiempo, particularmente sobre la mala primavera que habían tenido; habló de la región y de su entorno natural y preguntó sobre algunos lugares y topónimos, como si fuera la primera vez que atravesaba la zona. Quizá fuera del sur, incluso de la propia Reikiavik, esa gran urbe que, de algún modo, parecía tan lejana como cualquier otra ciudad del mundo. Sin atreverse a hablar con aquel invitado, Erlendur seguía la conversación desde un rincón de la cocina. Junto a él, Bergur escuchaba también mientras observaba al visitante probar el café y los canapés que su madre le había preparado.

De vez en cuando, el hombre dirigía una mirada sonriente a los niños. Bergur era menos vergonzoso y se la devolvía, mientras que a Erlendur le daba más reparo y desviaba siempre la vista hasta que finalmente salió de la

cocina para meterse en su habitación. Recordaba bien el rostro amable del viajero, la sinceridad de su mirada, la sabiduría detrás de su amplia frente, la madurez que desprendían sus palabras. Pero, por muy simpático que fuera, tenía algo que le infundía temor; de alguna forma no soportaba estar en la misma habitación que él y por eso se había escapado de la cocina. Quería que el hombre se marchara. Por algún motivo que desconocía, el invitado le daba miedo.

Cuando salió de su cuarto, el viajero se disponía a continuar su travesía. Fuera de la casa, con su palo de caminar en la mano, les había agradecido el café, la hospitalidad y el buen recibimiento. Había hablado un momento con Bergur, que se refugiaba del frío entre sus padres, y en señal de despedida pronunció aquellas extrañas palabras que dirigió especialmente a su madre. Le sonrió mientras anunciaba su funesta sentencia:

—Vuestro hijo tiene un alma muy bella —dijo—. No sé cuánto tiempo lo tendréis con vosotros.

Nunca más volvieron a ver al hombre.

Está convencido de que el viajero que lo visita en el frío es el mismo que pasó la noche en Bakkasel y pronunció aquellas enigmáticas palabras sobre Bergur, tan certeras como crueles. Mientras recobra poco a poco la conciencia, comienza a sospechar quién es la presencia que tiene a su lado, quién lo acompaña como una sombra sin querer desvelar su identidad.

Al bajar del coche y caminar hacia casa de Ezra, Erlendur escuchó el golpear de la maza en el cobertizo. No tenía ninguna prisa. Había dormido sorprendentemente bien hasta casi las tres de la tarde, había ido a la piscina y había comido en un pequeño local. Su menú había consistido en eglefino recién hervido acompañado de patatas y pan negro. Como si quisiera comer para entrar en calor, había derretido sobre el pescado y las patatas una generosa porción de mantequilla y había untado el pan con una gruesa capa. Todavía sentía el escalofrío que lo había sacudido durante su incursión nocturna al desenterrar el ataúd de Jakob y descubrir la historia que ocultaba.

La puerta del cobertizo estaba abierta del todo. Erlendur se acercó y encontró a Ezra sentado en su interior, golpeando con monotonía el pescado seco. Al ver que no percibía su presencia, Erlendur lo observó un rato en silencio. No divisaba la escopeta por ninguna parte. El anciano trabajaba con serenidad pero, al mismo tiempo, con cierta firmeza, aunque quizás esta solo respondiera a la rutina de sus movimientos.

—¿Otra vez tú? —preguntó sin desviar la mirada de su tarea. Aparentemente sí se había percatado de la presencia de Erlendur, cuya visita no parecía sorprenderle—. No tengo nada más que decirte —anunció—. Me lo sacaste todo con artimañas. No debería habértelo contado. No sé por qué lo hice. No eres más que un desconocido.

—No lo sé —dijo Erlendur—. Pero el caso es que lo hiciste.

Ezra levantó la mirada.

—¿Me tomas por imbécil? —le preguntó.

—No —respondió Erlendur—. Supongo que aquí el imbécil soy yo.

Ezra había alzado la maza para golpear un nuevo filete de pescado que había sacado de una cesta de plástico, pero la detuvo en el aire. Dejó caer la mano lentamente con la mirada clavada en Erlendur.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a tu amigo Jakob.

—¿Qué pasa con él?

—No lo sé —respondió Erlendur—. ¿Hay algo que quieras añadir sobre Jakob?

—No.

—¿Estás seguro?

—Pues claro que estoy seguro.

—Me temo que no me basta.

Ezra miró a Erlendur fijamente. Apartó la maza, dejó el filete en la cesta y se levantó.

—No tengo nada más que añadir —insistió—. Y ahora me gustaría que me dejaras en paz.

Salió del cobertizo pasando por delante de Erlendur y se dirigió hacia la casa a paso lento, con los hombros encorvados. Llevaba su habitual anorak roto y su gorro de cuero con las orejeras sueltas. Erlendur dudó por un segundo. No estaba seguro de querer abrir más heridas en la vida del anciano. No pensaba que aquella fuera su misión. Desde que había salido de Djúpvogur la noche anterior, no había dejado de preguntarse si él —o quien fuera— ganaba algo realmente obligando a Ezra a confesar lo que había ocurrido con Jakob. Erlendur había saciado su curiosidad y había obtenido las respuestas que estaba buscando. No guardaba ninguna relación con aquel caso y no le concernía, aunque trabajara en la policía. De ser cierta la versión de Ezra, el único crimen que se había cometido era el asesinato de Matthildur. Lo que hubiera hecho el asesino con el cuerpo era un misterio que probablemente nunca se resolvería. La muerte de Jakob nunca había sido objeto de una investigación policial. Y difícilmente lo sería ahora. Solo Ezra podía decidir si quería hablar del suceso o no. Erlendur no le exigiría nada. ¿A quién podría beneficiarle que se destapara la verdad después de tantas décadas? ¿Por qué desenterrar lo que era mejor no remover? ¿Quién ganaría con ello?

Erlendur se había enfrentado a esas preguntas en múltiples ocasiones a lo largo de los años. Y pocas veces había llegado a una conclusión. Cada caso era distinto. Habría preferido no entrometerse en la vida personal de Ezra, pero ya era demasiado tarde. Ahora poseía una información que no podía quitarse de la cabeza y debía buscar al menos una explicación. Su objetivo no era castigar a nadie. Su meta no era llenar las cárceles de gente desdichada. Su única intención era descubrir la verdad en cada caso, responder a las

preguntas que acudían a su mente, encontrar lo que se hallara perdido u olvidado.

Por esa razón, siguió a Ezra hasta su casa caminando pesadamente sobre la nieve. El hecho de que el anciano hubiera cerrado la puerta pero hubiera dejado el pestillo abierto le dio a Erlendur un aliento de esperanza. Era consciente de que nunca podría concederle ninguna absolución, pero al menos podía escucharlo y tratar de comprenderlo. Tenía la impresión de que le había sentado bien hablar de Matthildur. Seguramente Ezra se había hecho aquella concesión a sí mismo porque creía que Erlendur, siendo un absoluto desconocido, no lo juzgaría.

—¿Por qué me has seguido? —le preguntó Ezra desde el fregadero de la cocina—. ¿Es que no te he dicho ya que me dejaras en paz?

Su tono de voz no era nada convincente. Ezra se giró y miró por la ventana que daba hacia el cobertizo.

—Quería hablar más sobre Jakob —insistió Erlendur.

—No tengo nada más que decir sobre ese hombre.

—Te lo vuelvo a preguntar: ¿estás seguro?

Ezra se giró hacia Erlendur y lo desafió con la mirada.

—¿Quieres hacer el favor de marcharte? Te lo ruego. Lárgate. No tengo nada más que decirte. Ya te he dicho todo lo que quería decir e incluso más.

—¿Tenía Jakob los dientes muy salidos?

—¿A qué viene esa pregunta?

—No he visto ninguna foto suya, pero se me ocurre que igual los tenía salidos.

—Se podría decir que sí —respondió Ezra desconcertado—. ¿Es que ahora te vas a poner a hablar de dentaduras?

—Puede —dijo Erlendur—. ¿Qué ocurrió cuando murió?

—¿Qué quieres decir?

—¿Estaba muerto cuando lo trasladaron al almacén de hielo donde trabajabas?

Ezra miró a Erlendur.

—Pero ¿qué tontería es esa? Pues claro.

—¿Seguro?

—Sin duda alguna —aseguró Ezra—. Se expidió un certificado de defunción para cada uno de los dos naufragados.

—El médico no era del pueblo —señaló Erlendur.

—No, no era de por aquí.

—Sustituía temporalmente al médico local. No se molestó en examinar los cadáveres con mucho detenimiento, ¿a que no?

—No soy médico —replicó Ezra—. Por alguna razón que desconozco, pareces estar mucho más enterado que yo. Y ahora me gustaría que te fueras. No sé de qué me estás hablando.

—Te lo explicaré —dijo Erlendur—. De pronto recordé que trabajabas en el almacén de hielo cuando trasladaron allí el cuerpo de Jakob. La gente pensaba que se habían ahogado los dos, tanto él como su compañero. Tal vez el médico no fue del todo competente. Tal vez creyó que bastaba con examinar a uno en profundidad y asumir que el otro se encontraba en el mismo estado. Tal vez no auscultó lo suficiente a Jakob. No sé si sabes que el frío intenso ralentiza notablemente los latidos del corazón. De hecho, ralentiza todas las funciones corporales. La respiración se vuelve casi imperceptible. Puede que a un médico descuidado le pasara inadvertido que Jakob seguía con vida.

—No tengo ni idea de lo que estás hablando —insistió Ezra.

—Por eso fui a Djúpivogur, el pueblo donde enterraron a Jakob. Allí hablé con un señor encantador, Þórður, puede que lo conozcas. Me contó un caso de increíble resistencia al frío y pensé que igual recordabas la historia de tres hombres cuyos cuerpos se guardaron en un almacén tras haberlos rescatado del mar. Murieron allí, congelados, porque nadie se dio cuenta de que seguían vivos.

Ezra lo miró en silencio.

—También hablé con la hija del hombre al que le pareció escuchar algo en el interior del ataúd de Jakob cuando lo enterraron. ¿Te suena?

Ezra no le respondió.

—¿Sigues sin saber de qué te hablo? —preguntó Erlendur.

—Sí.

—Su padre se metió en graves problemas por ese motivo. Se arrepentía de haber mencionado alguna vez semejante tontería. Uniendo unas cosas con otras me dio la impresión de que debía acercarme a Djúpivogur y examinar la tumba de Jakob. Algo había en todas esas historias que me obligaba a ir al cementerio.

Ezra escuchaba impasible.

—Tu historia con Matthildur me conmueve de verdad, Ezra. Lo que

Jakob le hizo. Lo que te hizo a ti. Me imagino todo lo que has sufrido. Entonces pensé en cómo las mejores personas pueden llegar a cometer las acciones más horribles en nombre de la venganza. En cómo la gente se toma la justicia por su mano.

Ezra se giró y volvió a mirar hacia el cobertizo a través de la ventana. La puerta estaba abierta y el viento la mecía levemente haciendo chirriar sus bisagras oxidadas.

—La venganza los justifica —añadió Erlendur.

—No entiendo por qué no me dejas en paz —dijo Ezra en voz baja.

—«No se lo pude sacar», me dijiste.

—No entiendo —repitió Ezra.

—Cuando hablamos del traslado del cuerpo de Jakob al almacén de hielo donde trabajabas, te pregunté si te había confesado dónde estaba Matthildur. Me dijiste: «No se lo pude sacar». ¿Te referías a allí, en el almacén?

—No sé adónde quieres llegar.

—¿Aún estaba vivo?

Ezra guardó silencio.

—Desenterré el ataúd de Jakob —dijo Erlendur.

Ezra se giró lentamente, como si no hubiera oído bien.

—Lo abrí —continuó Erlendur.

Ezra lo miró fijamente.

—Tenía que saberlo —comentó Erlendur—. Tenía que saber lo que había ocurrido. No podía evitarlo.

—¿Te has vuelto loco? —jadeó Ezra—. ¿Te piensas que me voy a creer esa estupidez? ¡¿Quieres largarte de aquí y dejarme ya en paz?! Ya basta —exclamó alzando la voz—. Pensé que podía confiar en ti, pero esto es una majadería. ¡Una majadería! ¡Déjalo de una vez!

—Como sabía que no me creerías, te he traído dos pequeños objetos que encontré dentro del ataúd —anunció Erlendur metiendo la mano en el bolsillo—. A ver si te dicen algo.

Se acercó al fregadero y vació el bolsillo sobre la encimera.

Ezra lo siguió con la mirada y bajó la vista.

No supo distinguir lo que Erlendur había dejado a su lado.

—¿Qué... qué es esto? —susurró.

—Acércate más —dijo Erlendur.

Ezra se inclinó sobre los dos objetos y los examinó detenidamente. Eran

casi idénticos, pequeños y grises. No tenía ni idea de lo que podían ser. Le parecían dos piedras diminutas con formas peculiares.

—¿Qué son? —volvió a preguntar Ezra.

—Arañó con todas sus fuerzas la tapa del ataúd —respondió Erlendur.

—¿De qué estás hablando?

—¿No los reconoces? —dijo Erlendur.

—No —dijo Ezra—. No... no sé qué pueden ser. ¿Qué es lo que son?

—Dientes —dijo Erlendur—. Son los incisivos de Jakob. Los encontré en el fondo de su ataúd.

A Erlendur no le sorprendió la reacción de Ezra. El anciano dio un respingo y se alejó de la encimera, como si hubiera visto un fantasma. Al hacerlo se tropezó con su propio pie, se cayó sobre una rodilla y tiró al suelo la mesa de la cocina. Erlendur acudió en su ayuda, pero Ezra lo apartó de un empujón.

—¡No me toques! —exclamó.

Erlendur levantó la mesa y recogió el vaso y el plato que se habían caído.

—¡Fuera de aquí! —gritó Ezra.

Evitaba mirar hacia los dientes, que seguían uno junto al otro, al lado del fregadero.

Erlendur los cogió y se los metió de nuevo en el bolsillo. Sabía que necesitaría evidencias para convencer a Ezra de que realmente había desenterrado el cadáver de Jakob. Cuando había visto los dientes en el fondo del ataúd bajo la pálida luz de la lámpara, había decidido llevárselos. Aunque no creía en fantasmas, lo incomodaba guardarlos en la casa abandonada y había preferido dejarlos en el coche.

—¿Qué clase de infamia es esta? —le gritó Ezra a Erlendur tras recuperarse de la caída—. ¡¿Cómo osas hacer algo así?!

—Examiné los restos de Jakob en su ataúd y no fue precisamente una visión agradable —le confesó Erlendur—. La cabeza inclinada hacia atrás. La mandíbula desencajada.

Ezra se había desplomado sobre una silla de mimbre vieja que había en una esquina de la cocina y contemplaba el suelo fijamente. Con el rostro lívido, parecía no atreverse a mirar a Erlendur a la cara.

—¿Quieres saber por qué creo que se le cayeron esos dientes? —le preguntó Erlendur cogiendo una silla y tomando asiento.

—¿Quién eres? —suspiró Ezra, dolido y furioso, mientras miraba a Erlendur a los ojos—. ¿Quién... quién hace una cosa así? Tienes que estar mal de la cabeza.

—Eso ya me lo han dicho alguna que otra vez —admitió Erlendur—. Me

gustaría saber qué ocurrió en el almacén de hielo cuando llevaron allí a Jakob.

Ezra no le respondió.

—Sospecho por qué se le cayeron los dientes dentro del ataúd —continuó Erlendur—. Lo adivino por las marcas que vi en la tapa. ¿Sabes qué es lo que creo que ocurrió?

Ezra escuchaba en silencio desde su silla, tapándose la cara con las manos.

—¿Crees que vas a soportar la verdad? —preguntó Erlendur.

—Esos dientes podrían ser de cualquier animal —reparó Ezra sin sonar muy convincente.

—No —replicó Erlendur—. Y lo sabes.

—Te lo ruego —suplicó Ezra—. ¿Por qué no me dejas tranquilo? Por el amor de Dios, vete de aquí y no vuelvas más. No entiendo por qué me persigues de esta manera. No te he hecho nada. Ni siquiera te conozco. Hiciste que te contara mi historia con Matthildur. ¿Es que no te basta con eso? Vete de aquí y déjame morir en paz.

—¿Te contó Jakob lo que había hecho con el cuerpo?

—No, no me lo dijo nunca. Ahora vete y déjame en paz de una vez.

—Me gustaría ayudarte a encontrarla, si existe la más mínima posibilidad —le dijo Erlendur—. Me preguntas por qué no te dejo tranquilo. Entiendo muy bien la pregunta. Espero que tú entiendas la respuesta.

Ezra seguía con el rostro hundido en las manos.

—Es muy sencillo —prosiguió Erlendur—. Quiero ayudarte, Ezra. Esa es la única respuesta que puedo darte. Y creo que lo estoy haciendo, aunque ahora mismo te cueste verlo. Aunque ahora te resulte difícil entenderlo. Sé que no te lo parecerá y menos en este momento. Pero quiero encontrar a Matthildur. Si sabes dónde está, quiero que me lo digas, Ezra. Si no lo sabes, quiero hacer todo lo posible por encontrarla.

—No sé dónde está —dijo Ezra—. No la vas a encontrar nunca.

—No estoy buscando culpables —continuó Erlendur—. No estoy investigando ningún crimen ni tengo la intención de castigar a nadie. No se trata de un caso policial. Y esto no va a salir de esta cocina, por eso no tienes que preocuparte. En algún momento alguien encontrará indicios de que se ha removido la tierra en el cementerio de Djúpivogur. No sé cuándo. Puede ser cuestión de días, semanas o incluso meses. Pregunté a dos personas del

pueblo sobre Jakob. Tal vez lo relacionen, pero no saben quién soy ni de dónde vengo. Para ellos solo soy un tipo interesado en naufragios ocurridos en los fiordos del este. Y por mucho que salte a la vista que alguien ha removido la tierra, a nadie se le ocurrirá pensar que han abierto el ataúd. Más bien parecerán unos desperfectos en un rincón del cementerio. Al menos eso es lo que yo espero.

Ezra escuchaba en silencio desde su silla.

—Lo único que quiero es encontrar a Matthildur —concluyó Erlendur—. Tenemos eso en común.

—¿Por qué? —dijo Ezra.

Ahora fue Erlendur quien no respondió. Se hizo un largo silencio.

—Nunca encontraste a tu hermano —dijo Ezra en una voz tan baja que Erlendur apenas lo oyó.

—Así es.

—Sin embargo, ¿crees que puedes encontrar a mi Matthildur?

—No lo sé —admitió Erlendur—. Tienes que contarme lo de Jakob. Sé lo duro que te resulta, aun después de tantos años. Pero tienes que contármelo.

—No tengo nada que contar.

—Ezra, ayúdame a encontrar a Matthildur.

El anciano permaneció callado. Sin ninguna intención de rendirse, Erlendur le explicó a Ezra cómo había llegado a la conclusión de que debía desenterrar los huesos de Jakob; cómo sus conversaciones con Ezra y Hrund habían levantado sus sospechas, infundidas también por su propio interés en los casos de una increíble resistencia al frío, un interés nacido a partir de la desaparición de su hermano y de su experiencia en la policía. Erlendur le habló de la pala que llevaba en el coche y de lo útil que le había sido en el cementerio de Djúpivogur. Le contó que su mayor miedo había sido que alguien estuviera deambulando por allí aquella noche, que lo sorprendieran y dieran la alarma. Erlendur quería ser lo más exacto y veraz posible para recuperar la confianza de Ezra. Le describió el ataúd, los tablones de madera que lo componían, lo intacto que se mantenía después de tantos años y lo fácil que había sido abrirlo.

—Me niego a escucharlo —dijo Ezra.

—Pues me parece que deberías oírme —replicó Erlendur—. Y no pienses que no hay nada que contar. Creo que cometiste un crimen atroz, Ezra.

—Quería saber dónde estaba Matthildur, era mi única obsesión. No he

pensado en otra cosa desde que desapareció. Quería saber qué había sido de ella.

—Lo entiendo.

—No podía quitarme de la cabeza la imagen de Matthildur en sus manos.

—Normal.

—Quería vengarme.

—Claro.

Ezra bajó la mirada.

—¿Qué marcas en la tapa? —murmuró en un tono casi imperceptible.

Erlendur tardó en darse cuenta de que Ezra había formulado una pregunta.

—Has dicho que habías visto unas marcas en la tapa del ataúd —precisó Ezra.

—Llegué a la conclusión de que Jakob tenía que estar todavía vivo cuando lo enterraron. Aún le quedaban fuerzas para arañar y morder la tapa del ataúd, aunque no lo haría por mucho tiempo ya que no debió de tardar en asfixiarse. Su vida se extinguió poco a poco. Me imagino que entendería su situación, que se hallaba encerrado en un ataúd. Aunque solo es mi teoría. Su muerte debió de ser espantosa. Indescriptible.

Ezra se enderezó en su silla y miró a Erlendur a los ojos. Parecía haber tomado una decisión.

—Estaba vivo —confesó—. El otro murió, el otro que iba en el barco. Jakob sobrevivió. Y...

—¿Y qué?

—No se lo conté a nadie. Lo guardé en secreto. Yo era el único que lo sabía.

Ezra hundió el rostro en las manos.

—Dios mío —suspiró—, todavía tengo pesadillas por lo que hice.

Debido al temporal que había estallado por la mañana, la mayoría de los marineros que habían salido a faenar habían regresado a tierra después del mediodía. Se suponía que el mal tiempo no debería haber alcanzado la zona norte de los fiordos del este; el parte solo hablaba de un frío helador y escasas precipitaciones. Pero, pasado el mediodía, la situación empeoró al desencadenarse súbitamente una ventisca huracanada que impedía la visibilidad. La tempestad se extendió a todos los fiordos y llegó hasta Vopnafjörður, en el extremo norte. Los vientos alcanzaron grados de fuerza doce en las rachas más violentas, las temperaturas cayeron en picado y la región se vio afectada por una fuerte helada.

Ezra ordenaba unas cajas de cebo en el almacén de hielo cuando recibió la noticia de que no se sabía nada del barco tripulado por Jakob y otro hombre desde por la mañana. La gente estaba preocupada porque habían salido al mar de madrugada y no habían regresado. Habían llamado a algunos pueblos, por si habían llegado a tierra en otra parte, pero nadie sabía nada de ellos. Apenas se podía caminar de una casa a otra debido a la tormenta. Ezra llevaba varios años trabajando en el almacén de hielo, que ya no hacía honor a su nombre desde que se instalara en él una factoría de pescado dos años atrás. En lugar de utilizarlo para fabricar y almacenar hielo, se empleaba para guardar material destinado a la pesca y al procesado de pescado. Ezra era el encargado.

Jakob y Ezra apenas habían mantenido trato en los años transcurridos desde que Jakob le confesara a Ezra el destino final de Matthildur, reconociera su crimen y lo amenazara con acusarlo de todo. Por lo que Ezra había oído, Jakob se había ausentado de Eskifjörður temporalmente y había vivido en Egilsstaðir y Höfn, donde había trabajado tanto en tierra como en mar. Decían que incluso había hecho algo de dinero en Reikiavik, donde se vivía un crecimiento económico sin precedentes después de la guerra. Habían pasado dos años desde el regreso de Jakob a Eskifjörður. Vivía de alquiler en

la misma casa que había compartido con Matthildur y había recuperado su puesto a bordo del Sigurlína. Alguna vez había pasado por el almacén sin mediar palabra con Ezra. No se había vuelto a casar, aunque había mantenido relaciones con algunas mujeres. Ezra seguía solo, como antes de conocer a Matthildur.

Desde su tenso encuentro en el cementerio, Ezra había visitado a Jakob dos veces para preguntarle dónde se hallaba el cadáver de Matthildur. En ambas ocasiones, Jakob se había negado a contárselo, se había burlado de él y lo había humillado llamándolo «mujeriego». Ezra no tenía el valor de llevar el caso a las autoridades. Pensó en distintos modos de persuadirlo y obligarlo a que le dijera la verdad. No era un hombre violento y sabía que nunca conseguiría sacarle esa información al muy bastardo. Tampoco tenía dinero que ofrecerle a cambio. No obstante, Jakob debía preservar sus intereses. En su último encuentro había insistido en que, si Ezra llegara a conocer el paradero de Matthildur, lo usaría en su contra para que lo condenaran por asesinato. Mientras no hubiera cadáver, tampoco habría crimen que juzgar. «Lo mejor para los dos es que nunca la encuentren —había afirmado—. Lo mejor es que haya muerto en el páramo».

Ezra cerró la puerta del almacén y comenzó a caminar por la calle Strandgata, de regreso a casa, cuando pasó corriendo por su lado un hombre anunciando a gritos que se había hundido un barco en la otra orilla del fiordo. «¡Creen que es el Sigurlína!».

Después desapareció entre la nevada. Ezra dudó unos instantes. No sabía hacia dónde corría el hombre y por un momento le pareció que debía seguirlo. Finalmente, se giró de nuevo hacia la ventisca y continuó su camino. Al llegar a casa, su mono térmico estaba cubierto de hielo y lo colgó para que se secase. Preparó café en el hornillo de carbón. Llevaría un tiempo calentar la casa y entrar en calor. Sentado junto al fogón, comió un poco de pescado seco mientras pensaba en la embarcación engullida por la tormenta y en el destino de sus tripulantes. Si era cierto lo que había oído y el barco hundido era el Sigurlína, ¿habrían sobrevivido los que iban a bordo? ¿Habría muerto Jakob?

Después de comer y haber entrado en calor, alguien llamó con fuerza a la puerta de su casa. Acudió a abrir. Un chico llamado Valdi que trabajaba en la factoría de pescado entró cubierto de nieve. Ezra cerró la puerta.

—Tienes que abrir el almacén —le dijo—. Quieren guardar dentro los cadáveres.

—¿Los cadáveres?

—Han muerto los dos del Sigurlína —anunció Valdi—. Se han ahogado.

—¿Jakob? ¿Está muerto?

—Óskar y él. Se les ha parado el motor en plena tormenta. No han podido hacer nada. O eso es lo que he oído.

Ezra se puso de nuevo su traje térmico, unos guantes gruesos y un gorro. Después de que Valdi le contara lo que sabía, dos testigos visuales del naufragio que esperaban junto a los cadáveres lo informaron de todo lo ocurrido. Acompañados de dos hombres más, conducían por la carretera que salía de Eskifjörður y, al pasar por Hólmaháls, habían visto una luz en el mar por la zona de los acantilados de Hólmaborgir, cerca de un pequeño saliente de tierra llamado Skeleyri. Viéndose ellos mismos en dificultades, se habían planteado dar media vuelta para regresar a Eskifjörður, pero sospechaban que la luz procedía de una embarcación que se aproximaba peligrosamente a la costa. Los cuatro se habían acercado y habían visto, a través de la tempestad, que un barco se dirigía hacia los escollos de Skeleyri. Habían distinguido a dos hombres a bordo, congelados y empapados, batallando por sus vidas. El barco parecía moverse a la deriva. En todo caso, no escuchaban el ruido de ningún motor, aunque el rugido del temporal apenas les permitía oír sus propios gritos. Habían visto la embarcación precipitarse hacia los acantilados y chocar contra las rocas. Los cuatro hombres llevaban una cuerda que habían tratado de lanzar en vano a los tripulantes. El acceso era difícil debido al violento azote de la ventisca y el monstruoso oleaje. Encallado en los acantilados, el barco había comenzado a romperse. Seguidamente, una ola gigantesca lo había levantado, lo había volcado y lo había estrellado contra los peñascos, donde se había hecho pedazos ante sus propios ojos. Los dos pescadores habían caído al mar, se habían golpeado contra las rocas y habían desaparecido, engullidos por las olas. Al cabo de unos minutos, el cuerpo sin vida de uno de ellos había reaparecido, arrojado primero contra los restos del barco y después contra los escollos. Habían conseguido alcanzarlo atando la cuerda a un miembro del grupo, que había caminado hacia él para arrastrarlo luego hasta la orilla. El cuerpo del hombre estaba tan magullado que no parecía conservar intacto ningún hueso. Lo habían dado por muerto. Seguidamente, habían llamado a gritos al otro tripulante, pero no habían obtenido respuesta. Sabían que no aguantaría mucho tiempo en las aguas heladas del fiordo. El barco había quedado hecho astillas. El tiempo pasaba.

Empapados y muertos de frío, habían perdido ya toda esperanza de alcanzar al otro pescador cuando uno de ellos reparó en un pequeño bulto al pie de los acantilados. Era él. Yacía boca abajo, con la cara ensangrentada y una gran brecha en la cabeza.

Cuando Ezra llegó al almacén, frente al edificio se había reunido una multitud que luchaba contra el viento para mantenerse en pie. Un joven y nervioso médico interino de Reikiavik había certificado la muerte de ambos después de que los cuatro hombres hubieran llevado los cadáveres directamente a su casa. El médico no había tardado mucho en sacar su conclusión tras escuchar lo que había ocurrido. El armador y propietario del Sigurlína había ordenado que se conservaran los cadáveres en el almacén mientras se avisaba a los familiares de los fallecidos y se decidía cómo proceder. Se sabía que algunos parientes de Jakob vivían en Djúpivogur. Sin embargo, el otro pescador, llamado Óskar y procedente de Grindavík, en el extremo suroeste del país, había pescado por toda Islandia y ocasionalmente en Eskifjörður, donde lo acababan de contratar a bordo del Sigurlína. Al no conocerlo bien, el armador no sabía con quién contactar.

Ezra se encargó inmediatamente de los cuerpos. Levantó dos montones de palés, apoyó sobre ellos unas tablas viejas de filetear pescado y colocó encima los cadáveres, uno junto a otro. Parecían dos bloques de hielo. Uno de ellos tenía la cabeza ensangrentada. Probablemente Jakob.

La muchedumbre se disipó y la calma regresó al almacén. Era casi medianoche. Ezra se había quedado solo. Tenía frío y estaba cansado después de una larga jornada. ¿Debía quedarse despierto y vigilar los cadáveres o debía irse a casa e intentar dormir? No asimilaba todavía que Jakob estuviera muerto, que ya no siguiera con vida el hombre que tanto odiaba y del que tanto había querido vengarse por lo que le había hecho a Matthildur. Aún no estaba seguro de lo que implicaba su muerte para él. Pero una cosa tenía clara: ahora ya era del todo imposible que encontraran los restos de Matthildur. Mientras observaba el cadáver ensangrentado que yacía sobre la tabla de filetear pescado, la realidad se fue asentando en el interior de Ezra. Debía abandonar cualquier esperanza de encontrar a su amada.

—Mierda —susurró.

El temporal había comenzado a amainar, pero la tormenta todavía rugía con furia alrededor del edificio. Se escuchaba un silbido en el tejado y el crujir de las vigas. En el techo se mecía una bombilla desnuda colgada de un

cable.

—Mierda —repitió Ezra—. Debería haberte matado yo.

Resolvió marcharse a casa tras considerar que no tenía razones para quedarse a vigilar los cadáveres. A uno no lo conocía de nada y al otro lo odiaba más de lo que podía expresar con palabras.

Cuando volvió a trabajar a la mañana siguiente, tras haber pasado una noche en blanco, se encontró el cuerpo de Jakob en el suelo. Sobresaltado, caminó hasta él, lo sacudió y lo levantó con gran dificultad hasta colocarlo de nuevo en su sitio. No se explicaba cómo había podido caerse. Al dejarlo en la tabla, la cabeza de Jakob golpeó con fuerza la madera y Ezra creyó oír un gemido imperceptible, procedente del cadáver. Examinó el cuerpo del otro pescador y trató de moverle la pierna, pero estaba rígida, igual que el resto del cadáver, bajo los efectos del *rigor mortis*. Supuso que Jakob debería encontrarse en el mismo estado, pero no era el caso: estaba muy frío, pero no rígido.

De nuevo le pareció que Jakob emitía un leve suspiro. Se asustó, pero achacó el sonido al viento. La tormenta todavía azotaba en el exterior. Se inclinó sobre Jakob y no percibió su respiración. Le apoyó la oreja sobre el pecho en busca de algún latido, pero no escuchó nada.

Ezra se irguió y observó el cadáver.

Creó distinguir un pequeño espasmo en el rostro. Miró fijamente la cara de Jakob. Tenía un ojo cerrado a causa de un hematoma. El pelo estaba ensangrentado y apelmazado. Presentaba una herida en la mejilla y un corte profundo en el mentón. Ezra supuso que se lo había abierto al estrellarse contra los escollos de Hólmaborgir.

El espasmo debía de haber sido producto de su imaginación. Aunque no estaba seguro.

Ezra se alejaba ya del cadáver cuando volvió a detectar un leve espasmo en los labios. Esta vez no habían sido figuraciones suyas. Se inclinó sobre el rostro de Jakob y vio claramente que le temblaban los labios.

Le pareció que Jakob respiraba.

La puerta se abrió.

A Ezra le dio un vuelco el corazón. Pensó que se iba a morir de terror.

El dueño del Sigurlína entró en el almacén, refugiándose de la tormenta, y miró fijamente a Ezra.

—Qué tragedia —dijo golpeando el suelo con los pies para sacudirse la nieve de las polainas que cubrían sus botas.

Ezra se levantó. Recordar le resultaba demasiado doloroso. Incapaz de permanecer en su silla, comenzó a caminar por la cocina. Erlendur lo había escuchado atentamente y había observado que cada vez le resultaba más difícil explicar lo sucedido. Prolongaba los silencios. Su voz se había vuelto grave. Se frotaba las manos evitando mirar a Erlendur. A pesar del tiempo que había pasado, parecía que los acontecimientos hubieran tenido lugar el día anterior. Erlendur sentía compasión por el anciano, igual que por todos aquellos que nunca habían logrado recuperarse de los golpes del destino.

—¿Quieres que te prepare un café? —preguntó Erlendur levantándose también—. Te irá bien.

Ezra parecía estar en otro mundo. No reaccionó hasta que Erlendur formuló la pregunta por segunda vez. Entonces se detuvo y se giró hacia él.

—¿Perdona? —preguntó.

—¿Un café? —repitió Erlendur—. ¿Preparo un poco para los dos?

—Haz para ti, si quieres —respondió Ezra—. Sírvete tú mismo.

Dicho esto, regresó a su universo, poblado por las heladas y el viento gélido del invierno. Erlendur no quería presionarlo para que continuara con su historia. Sabía que terminaría escuchándola toda, a pesar de las crecientes dificultades de Ezra para contarla. El anciano nunca había hablado del suceso y quería hacerlo con el mayor detalle posible. Recordaba todos los pormenores y el modo en que relataba lo ocurrido dejaba ver que no había tratado de olvidar los acontecimientos sino todo lo contrario: había querido preservarlos en su memoria tal y como habían sucedido. Todavía era demasiado pronto como para que Erlendur pudiera juzgar si al anciano lo aliviaba realmente contar su historia, pero la experiencia le había enseñado que a todo el mundo le sentaba bien desahogarse.

Ambos permanecieron en silencio mientras Erlendur preparaba una cafetera bien cargada y buscaba un par de tazas medianamente limpias. Sirvió dos cafés humeantes y le ofreció uno a Ezra, que lo probó con cuidado.

—No te resultará nada fácil hablar de estas cosas —comentó Erlendur.

—No es precisamente una comedia.

—Ya lo supongo.

Ezra titubeó.

—¿Te he enseñado alguna foto de Matthildur? —preguntó.

—No, me acordaría —reparó Erlendur.

—¿Quieres ver una?

—Sería...

—La tengo en mi dormitorio —dijo Ezra—. Espera.

Salió de la cocina. Erlendur se acercó a la ventana orientada hacia el páramo. Un manto de nieve cubría el paisaje. Estaba estirando el cuello para tratar de distinguir Bakkasel cuando regresó Ezra.

—Me dio esta foto —le contó—. Es la única que tengo de ella.

Le mostró la imagen como si se tratara de un preciado tesoro. Erlendur la cogió con cuidado. Desgastada y amarillenta, la habían doblado alguna vez y parecía la mitad de una fotografía más grande que alguien había recortado.

—Se la hicieron aquí, en Eskifjörður —añadió Ezra—. En verano. Pasó un fotógrafo por el pueblo y les dio la foto después de hacérsela. Matthildur la cortó en dos. Salía Jakob a su lado. Están delante de su casa.

Erlendur escrutó la imagen. Matthildur entornaba la mirada frente al sol. Lucía una radiante sonrisa, el pelo castaño le caía hasta los hombros, los brazos a los lados, la cabeza ligeramente inclinada, un aire simpático pero decidido, su sombra proyectada en la puerta.

—Todavía no habíamos empezado a vernos —explicó Ezra—. No lo haríamos hasta un año después. Aunque en aquellos tiempos yo ya pensaba en ella.

—¿Qué le dijiste al armador cuando entró en el almacén? —preguntó Erlendur devolviéndole la fotografía.

—No sé por qué le mentí —respondió Ezra—. No tenía ninguna estrategia en la cabeza, pero después de la primera mentira, el resto salió rodado. Si era cierto que Jakob había sobrevivido, primero quería obligarlo a que me contara lo de Matthildur. Quería aprovecharme de su estado para que me confesara dónde había escondido su cuerpo, cómo la había hecho desaparecer. Así que...

—¿... decidiste vengarte? —completó Erlendur.

Ezra miró fijamente la foto de Matthildur.

—Quería justicia —matizó.

Pertrechado con un grueso abrigo de invierno, una bufanda al cuello y un gorro, el armador, un anciano casi octogenario, se quedó en la puerta sin adentrarse en el almacén, como si no quisiera acercarse a los fallecidos. Había perdido a dos hombres en un trágico naufragio, además de su barco. Era un momento visiblemente difícil para él. Ezra sabía que era un buen hombre, había trabajado para él y no tenía nada malo que decir sobre él. Era dueño de otros dos barcos, mucho más grandes y con más tripulantes; cuando hacía mal tiempo, solía bajar al muelle para comprobar que todos regresaban sanos y salvos. Él mismo también había salido al mar durante años y apenas había sufrido calamidades. Solo una vez se había caído por la borda uno de sus hombres, durante la temporada del arenque. El hombre se había ahogado.

—Cuídalos bien, Ezra —le indicó.

—No hay mucho que pueda hacer por ellos —observó Ezra tratando de hacer como si nada.

Apenas podía controlarse tras la visión sobrecogedora del temblor en los labios de Jakob. Trató de mantener la calma ante el armador mientras sentía cómo le caían gotas de sudor bajo el gorro.

—Todavía no me he puesto en contacto con la gente de Grindavík —explicó el armador, evitando dirigir la mirada hacia los cadáveres—. No sé mucho de él. Con Jakob es más fácil. Sus padres están muertos y enterrados en Reikiavik. No tenía hermanos. Su tío por parte de madre vive en Djúpvogur y me ha pedido que le construya un ataúd. Va a venir luego a llevarse el cadáver. Quieren acabar con esto cuanto antes. Dice que no tiene sentido esperar. Lo cual es verdad. Quieren enterrarlo hoy mismo, antes de que el suelo se hiele.

—Yo... bueno... supongo que tienen razón.

—Tampoco quieren gastar mucho —añadió el armador encogiéndose de hombros—. Eso me lo ha dejado bien claro. Me he ofrecido a hacer una aportación, pero no quería ni oír hablar del tema.

—No, claro —dijo Ezra por decir algo.

—Ninguno de los dos era padre de familia —reparó el armador—. Lo cual ha sido una suerte en la desgracia.

Ezra no sabía qué hacer. Acababa de descubrir que Jakob seguía

probablemente con vida. En circunstancias normales ya habría avisado, lo habría sacado rápidamente del almacén para llevarlo a un lugar más cálido y habría tratado de socorrerlo hasta que llamaran al médico. Tenía la obligación de salvar una vida humana, fuera quien fuera. Lo sabía.

Pero era Jakob.

Si odiaba a alguien en este mundo, era a él. Si el día anterior le hubieran preguntado si estaría dispuesto a salvarle la vida, no sabía qué habría respondido. Pero, en ese momento, la vida de Jakob estaba en sus manos. La conciencia le recordaba a gritos lo que acababa de ver y su deber de ayudarlo. En cualquier instante podría levantarse de la tabla. El tiempo pasaba. No dijo nada. No hizo nada. No trató de ayudar a aquel hombre que se estaba muriendo.

—Qué tragedia —repitió el armador—. ¿Verdad que tú me podrías construir un ataúd para Jakob? Puedes usar la madera de la nueva factoría. Trata de hacerlo con la mayor dignidad posible, hijo.

Ezra asintió.

—Luego espera a que lleguen los de Djúpivogur. Su tío no quería jaleos. Quiere llevar el ataúd en barco. Dijo que no tenía sentido que yo acudiera al entierro. Una gente un poco rara. Yo pienso ir igualmente. Lo conocías bien, ¿verdad?

—Algo —murmuró Ezra—. Trabajamos... trabajamos juntos en el Sigurlína hace unos años.

—Es verdad —recordó el armador—. Qué cosas tengo. Tenía una mujer formidable, Matthildur. Por desgracia, pasó lo que pasó.

—Sí —dijo Ezra.

La idea se le pasó por la cabeza en cuanto el armador mencionó a Matthildur. Todavía podía esperar antes de comunicar el estado de Jakob. Primero tenía que asegurarse de que seguía con vida y después le preguntaría qué había hecho con el cuerpo de Matthildur. Si se negaba a responder, entonces él se negaría a ayudarlo. En todo caso, siempre podría amenazarlo con no ofrecerle su ayuda.

El armador se despidió, salió por la puerta y Ezra lo vio salir sin moverse de su sitio. Una vez solo, permaneció inmóvil hasta que, al cabo de un rato, se giró de nuevo hacia la tabla donde se encontraba Jakob. Se acercó y bajó la mirada hacia el cuerpo. No se movía. Pasaron así unos minutos sin que ocurriera nada. ¿Se habría equivocado después de todo? ¿De verdad lo había

visto mover los labios?

Ezra comenzaba a pensar que todo había sido fruto de su imaginación cuando a Jakob le empezaron a temblar los labios de nuevo. Parecía querer decir algo. El movimiento era casi imperceptible.

Ezra se inclinó sobre él y situó la oreja encima de su boca. Escuchó una débil respiración. Cada vez que Jakob expulsaba aire parecía pedir ayuda...

«Ayuda».

«Ayuda».

Ezra levantó la cabeza sin dejar de mirar a Jakob. Aquel hombre tenía una resistencia sin límites. Había sobrevivido al naufragio, a las gélidas aguas del fiordo y al traslado hasta el almacén, donde, a pesar de las heridas y las contusiones, seguía vivo tras haber pasado allí la noche.

—¿Jakob? —susurró dirigiendo una mirada fugaz hacia la puerta—. ¡Jakob! —repitió alzando voz—. ¡¿Jakob?!

Lo vio entreabrir un ojo. El otro estaba cubierto por la sangre de la herida que tenía en la cabeza.

—¿Sabes dónde estás?

Ezra apoyó la oreja sobre sus labios.

—... ayuda... —escuchó decir a Jakob cuando este expulsó el aire.

No eran imaginaciones suyas. Jakob seguía vivo. Había sobrevivido al accidente.

—¿Puedes oírme? —preguntó Ezra sin obtener respuesta.

Acercó la boca a la oreja de Jakob y repitió la pregunta.

El ojo se abrió un poco más.

—Te voy a ayudar, Jakob —le susurró al oído—. Te voy a sacar de aquí, voy a llamar a un médico y a buscar una manta para que entres en calor. Voy a hacer todo eso, Jakob.

El ojo se cerró levemente.

—Te salvaré, Jakob, si me dices dónde está Matthildur. Si me dices qué hiciste con ella.

A Jakob le temblaron de nuevo los labios y Ezra volvió a apoyar la oreja.

—... fr... ío...

—Te salvaré inmediatamente, ahora mismo, si me lo dices. ¡¿Qué hiciste con Matthildur?!

El ojo se abrió más y a Ezra le pareció que Jakob lo estaba mirando. Tenía la piel azulada por el frío y entre los labios morados asomaban sus prominentes incisivos. Todavía tenía el pelo cubierto de escarcha. Llevaba un

grueso jersey de lana negro congelado y unos recios pantalones de pescador. Parecía mover el ojo medio abierto.

—¿Dónde está Matthildur? —preguntó Ezra.

—... frí...

—Sé que me estás oyendo. Dime dónde está Matthildur y te salvaré.

—... no... pue...

—¿No puedes? ¿Qué es lo que no puedes? ¿No puedes decirme dónde está? ¿Es eso lo que estás diciendo? ¿Es eso lo que intentas decir?

Jakob cerró de nuevo el ojo y dejaron de temblarle los labios. Ezra pensó que ya no respiraba. Por un segundo lo invadieron las dudas: ¿Era demasiado tarde para salvarle la vida? ¿Debía salir en busca de ayuda? ¿Debía hacer todo lo que estuviera en su mano para salvar la vida de aquel hombre? Jakob había matado a su amada. Había estrangulado a Matthildur y había escondido su cadáver. ¿Acaso merecía la más mínima piedad?

El viejo odio hacia Jakob ardió de nuevo en su interior. Empezó a sudar y se le acaloró el rostro. Se imaginó a Matthildur en sus manos, se la imaginó luchando por su vida, perdiendo el aliento poco a poco mientras rogaba misericordia con los ojos. Sin embargo, Jakob no se la había concedido. No le había mostrado ninguna piedad.

Ezra observó durante un momento el cuerpo de Jakob sobre la tabla de filetear pescado.

Después salió a buscar el material para el ataúd.

Cerró con llave el almacén y fue a por la madera con una carretilla. Por el camino no se cruzó con nadie. Encontró los clavos en la sección que el armador le había indicado y después se dirigió a su casa para buscar un martillo y una sierra. Evitaba pensar en Jakob mientras construía el ataúd en el exterior del almacén. Solo pensaba en Matthildur. En los momentos que habían compartido. En el futuro que nunca tuvieron y con el que tanto había soñado. En cómo habría sido su vida si ella hubiera sobrevivido. Quién sabe si habrían fundado una familia y habrían tenido unos hijos de los que despedirse por la mañana y saludar al regresar por la tarde, unos hijos a los que contarles cuentos. Al estrangular a Matthildur con sus manos, Jakob también había aniquilado esa vida.

Ezra dispuso los tablones en paralelo, los fijó con unas tablillas transversales y enseguida confeccionó una caja. La helada ventisca soplaba sin tregua. Aun así, de vez en cuando pasaba gente que le preguntaba cómo

seguía la situación. Ezra explicaba que iban a trasladar el cuerpo de Jakob a Djúpivogur y que llevarían el cadáver del pescador de Grindavík al suroeste. Jakob apenas tenía amigos en el pueblo.

Solo un hombre apareció expresamente para darle su último adiós. Se llamaba Lárus y se acercó a Ezra por detrás, dándole un susto de muerte al emerger de repente entre la nevada.

—He oído que se lo van a llevar hoy a Djúpivogur —dijo Lárus, un hombre de baja estatura y unos cincuenta años que había trabajado en el mar con Jakob. Tenía la cara picada y arrugada, los dientes amarilleados por el tabaco y la espalda encorvada a causa del duro trabajo. Ezra lo conocía del pueblo y sabía que su vida no había sido un camino de rosas.

—Efectivamente —le confirmó Ezra estirando la espalda con el martillo en la mano.

—¿Y estás construyéndole un ataúd?

—Sí.

—Me gustaría verlo por última vez —comentó Lárus señalando el almacén con el mentón.

Ezra dudó un instante.

—Está muy ensangrentado —dijo por decir—. Su aspecto no es muy agradable.

—Peores cosas habré visto —replicó Lárus apagando el cigarrillo que había estado resguardando del viento con la palma de la mano. Aplastó la brasa entre el índice y el pulgar antes de guardarse la colilla en el bolsillo.

—Ven conmigo —le indicó Ezra, asediado por las dudas.

Entraron en el almacén y caminaron hasta la tabla de filetear pescado. Para alivio de Ezra, Jakob se hallaba en la misma posición que antes, con los brazos a los costados y la cara hacia arriba. Lárus se aproximó, hizo la señal de la cruz sobre el cadáver y permaneció inmóvil unos minutos. A Ezra le pareció que rezaba una plegaria por los dos fallecidos. Miró el ojo de Jakob, después sus labios y luego a Lárus, de pie junto al cadáver. El tiempo parecía haberse congelado.

—Era un gran hombre —comentó Lárus de repente girándose hacia Ezra—. Un buen amigo mío.

—Sí —dijo Ezra—. Lo... lo sabía.

—Pero había llegado su hora. Tenía que marcharse. Todo tiene su lugar y su momento.

Ezra miró a Jakob y le pareció que abría el ojo, pero Lárus había desviado la mirada y no se dio cuenta.

—Así es —se oyó decir Ezra, sin tan siquiera ser consciente de haber hablado.

Lárus miró de nuevo hacia Jakob y Ezra agachó la cabeza. Tenía que haberse dado cuenta de que Jakob había abierto el ojo. Ezra se preparó para oír en cualquier momento el grito de Lárus, pero, al ver que no ocurría, alzó la vista lentamente. El hombre continuaba observando a Jakob.

—Aunque también podía ser un miserable —comentó Lárus en voz alta.

Ezra guardó silencio.

—Un maldito miserable —repitió mirando a Ezra a los ojos antes de salir del almacén dando unas zancadas cortas y veloces.

Una vez terminado el ataúd, Ezra lo agarró de un extremo y lo arrastró hacia el interior del almacén. La caja de madera crujía al rozar el suelo de cemento y la dejó caer haciendo un ruido sordo al llegar a la tabla donde yacía Jakob. Observó su cuerpo inmóvil durante unos segundos y salió a por la tapa.

Después fue a buscar los clavos.

Ezra había tomado una decisión. Su idea se había materializado mientras buscaba la madera y construía el ataúd, aunque en realidad se había ido gestando a lo largo de los años que habían transcurrido desde que Matthildur desapareciera de su vida. Jakob debía pagar por lo que había hecho. Ezra pretendía obligarlo a confesar qué había sido de Matthildur. Si lo conseguía, descifraría por fin el enigma que tanto tiempo lo había atormentado. Pero eso no cambiaba el destino de Jakob. Sus días estaban contados. Debería haber muerto al estrellarse el barco. El único modo que tenía Ezra de justificar sus acciones era convencerse a sí mismo de que no hacía más que poner fin a lo que las fuerzas superiores habían iniciado.

Más tarde, una vez terminado todo, Ezra se asombraría de la facilidad con que se había negado a ayudar a Jakob. Le había parecido la continuación lógica de todo lo ocurrido. Apenas creía haber cometido un asesinato, un crimen o un acto punible. Quizás hubiera descartado deliberadamente esa posibilidad y hubiera evitado dar un nombre a lo que pretendía hacer al tratarse de un acto sucio, brutal y despiadado.

Al regresar junto a la tabla, vio que Jakob había abierto el ojo por completo y miraba a su alrededor. Parecía haberse hecho a la idea de la amenaza que se cernía sobre él. Había movido un brazo y la mano reposaba ahora sobre el pecho. El vaho de su respiración era casi imperceptible. Su larga lucha por mantenerse con vida no había cejado. Manifestaba una perseverancia inaudita.

—Cuéntame lo de Matthildur.

Ezra se inclinó sobre él y le susurró al oído:

—¿Qué hiciste con Matthildur?

Jakob abrió el ojo del todo y comenzó a entreabrir el otro bajo la capa de sangre que lo cubría.

—¿Dónde está Matthildur?!

Jakob lo miró con los ojos totalmente abiertos. Le temblaban los labios.

Ezra acercó la oreja.

En ese momento, una mano helada le agarró la cabeza sin apenas fuerzas y Jakob murmuró cuatro palabras:

«Vete  
a la  
mierda».

Ezra se soltó y la mano cayó a un costado del cuerpo. Jakob volvió a perder el conocimiento.

Ezra apoyó el ataúd sobre dos cajas grandes, deslizó a Jakob por la tabla y lo dejó caer en el féretro. Su cuerpo hizo un ruido sordo al golpear el fondo.

Fue a buscar la tapa, sacó uno a uno los clavos del bolsillo y los insertó con fuerza evitando pensar en lo que estaba haciendo: matar a un hombre indefenso. Tendría que mantener alejado ese pensamiento de su cabeza el resto de su vida.

Ezra estaba clavando el último clavo en la tapa cuando escuchó que unas voces se acercaban al almacén. El tío de Jakob, acompañado del armador, había llegado para recoger el cadáver.

El armador le reprochó a Ezra que hubiera colocado la tapa antes de que su pariente pudiera verlo por última vez y le ordenó que buscara un pie de cabra.

Ezra se quedó petrificado, sin saber qué hacer.

—Date prisa y quítale la tapa ahora mismo —inquirió el armador.

Ezra parecía haberse quedado pegado al suelo.

—Lo quieres ver, ¿no? —preguntó el armador dirigiéndose al tío de Jakob, un hombre mayor desarreglado, vestido con una chaqueta de cuero vieja y unas botas de agua. No parecía particularmente afectado por la pérdida.

Ezra lo miró estupefacto. No se le había ocurrido la posibilidad de que algún familiar quisiera ver el cadáver.

—No hace falta —señaló el hombre de la chaqueta de cuero tras pensárselo unos segundos. Ezra respiró aliviado—. Tampoco lo conocía mucho.

El tío de Jakob había llegado en barco desde Djúpivogur acompañado de otro hombre. Con ayuda de Ezra, subieron el ataúd a la embarcación y lo envolvieron en una lona que aseguraron con unas cuerdas.

Todo había terminado. El tiempo se había calmado a lo largo del día y el barco se alejó por el fiordo con el ataúd a bordo. El armador le dio una palmada a Ezra en la espalda y le agradeció que se hubiera ocupado tan bien de Jakob. Ezra farfulló algo entre dientes.

Después se despidieron.

Una vez alcanzado su objetivo, Erlendur dudaba de si realmente tenía derecho a presionar tanto a Ezra o de si realmente necesitaba conocer toda la verdad. Lo había escuchado en silencio, consciente de que el anciano había decidido explicarlo todo sin dejarse nada; había querido contar por fin la verdad y exponer por completo lo ocurrido, por muy duro que le resultara. A juzgar por su actitud, la confesión de su crimen había sido el peor trago que había pasado en su vida.

Erlendur esperó a que Ezra continuara, pero el anciano guardaba silencio en su silla de mimbre con la mente lejos de la cocina, en otro lugar. Sostenía la fotografía de Matthildur y la acariciaba con el dedo, como si quisiera tocarla una vez más.

—Si es que vale de algo...

Ezra se detuvo a mitad de frase.

—Si es que vale de algo —retomó—, me he arrepentido todos estos años. Nada más hacerlo, me asaltaron las dudas acerca de si debía contarle o no. De alguna manera, esperaba que transcurrieran unos días antes de que lo enterraran y él mismo diera señales de vida. No hice nada por salvarlo. Recé por él para que no sufriera al morir. Le rogué a Dios que le ahorrara cualquier calvario. No podía soportar imaginarme su forcejeo dentro del ataúd. Pero no pensé en eso mientras lo metía dentro. En realidad, nunca tuve que luchar contra esa idea ya que nunca supe cuál fue la continuación, qué ocurrió en el ataúd una vez que clavé la tapa. Con los años he conseguido reconciliarme con mi Dios. Ya solo me quedaba morirme. Pero entonces apareciste tú y...

Ezra levantó la mirada de la fotografía y la dirigió a Erlendur.

—Te plantas aquí diciendo que lo has desenterrado y que has visto las marcas que dejó en la tapa. Para colmo, dejas sus dientes en la encimera.

—Perdona si... —dijo Erlendur, pero no pudo terminar su frase.

—Por primera vez soy consciente de la magnitud de lo que hice —confesó Ezra volviendo a mirar la fotografía de Matthildur—. Debes de sentir

un absoluto desprecio hacia mí.

—Lo que pueda pensar yo no importa —aseguró Erlendur.

—Eso dices ahora. Si no me hubieras acosado como un fantasma del pasado, nunca habría recordado todo esto.

—Me imagino que...

Ezra lo interrumpió de nuevo.

—Eres el hombre más jodidamente obstinado que he conocido en la vida. Erlendur no sabía qué responder.

—Pronto me moriré y todo llegará a su fin —dijo Ezra.

—Me imagino que habrá sido duro vivir con ello —supuso Erlendur—. Un hombre honesto como tú.

—Sí, bueno, ahí se queda toda mi honestidad —replicó Ezra—. He tratado de hacer todo lo posible para compensar mis acciones. Pero no dejes de olvidar lo que Jakob le hizo a Matthildur. A veces justifico así la brutalidad con que lo traté: cargándole a él todas las culpas. Entonces me siento mejor por un instante. Pero solo por un instante.

—Como ya te comenté, no es el primer caso que oigo de un extraordinario instinto de supervivencia ante las condiciones más increíbles —le recordó Erlendur—. Personas que se consideran muertas por hipotermia, pero vuelven a la vida gracias a una fuerza milagrosa que reside en el interior del hombre.

—He deseado tantas veces que simplemente hubiera muerto —admitió Ezra—. Habría sido... habría sido lo más limpio.

—La vida no siempre es fácil —señaló Erlendur—. Es lo primero que aprendemos. Nunca es fácil.

—¿Vas a emprender acciones ahora que te lo he contado? —preguntó Ezra.

Se sostuvieron la mirada.

—No, a menos que tú quieras —respondió Erlendur.

—¿Vas a dejarlo en mis manos?

—Yo no pinto nada en este caso, solo quería llegar hasta el final.

—Pero... eres policía. ¿No es tu obligación...?

—Las obligaciones de uno pueden ser muy complejas —aclaró Erlendur.

—No podrá afectarme mucho lo que hagas. En todo caso, algunos de por aquí me verán con otros ojos. Pero me da igual. Eso sí, me gustaría mantener intacta la versión sobre el destino de Matthildur. Preferiría dejarla tal y como

está. La envuelve cierta belleza. Aunque sea mentira, la imagen de ella atravesando el paso de Hrævarskörð pervivirá en la memoria de la gente. Si no están ya muertos todos los que la recuerdan, claro.

—Doy por hecho que nadie ha preguntado por Jakob en todos estos años, ¿me equivoco?

—No, nadie —dijo Ezra—. Tú eres el primero y el único.

—¿Nunca te dijo lo que había hecho con Matthildur?

—Nunca.

—¿Y no tienes ni la menor idea?

—Ni la menor idea.

—¿Puede que si le hubieras salvado la vida te lo hubiera contado?

—No, no habría cambiado nada. Estoy convencido. Aunque lo hubiera ayudado, nunca me lo habría confesado.

—Jakob parecía recuperar fuerzas cuando lo encerraste en la caja —señaló Erlendur con precaución.

—Estaba muerto a ojos de todo el mundo —dijo Ezra—. Yo solo lo metí en el ataúd.

No parecía ser la primera vez que el anciano se justificaba ante sí mismo de esa manera. Se levantó y miró por la ventana hacia el páramo, inocente y puro.

—A veces me pregunto —continuó— qué hubiera pasado si... No quería que siguiera con vida, pero solo con que hubiera mostrado algún remordimiento, una pizca de arrepentimiento, algo... quizá todo habría terminado de otra manera. Quién sabe si entonces le habría salvado la vida.

Erlendur no sabía qué decir.

—Desde entonces he tenido que vivir con ello —susurró Ezra hacia la ventana, tras guardar un breve silencio—. Y en los peores momentos, la vergüenza ha sido insoportable.

Hrund había regresado a casa tras su estancia en el hospital. Al atardecer, Erlendur aparcó frente a la casa y la vio sentada junto a la ventana, como de costumbre. La anciana le sonrió y en aquella ocasión le abrió la puerta y le dio la bienvenida. Erlendur se sentó a su lado en el salón y le preguntó por su salud. Había llegado a casa por la mañana y no podía quejarse de nada.

—¿Has descubierto algo nuevo? —preguntó mientras le traía café recién hecho—. ¿Sabes algo más de lo de Matthildur?

Erlendur no estaba seguro de cuánto podía contarle acerca del trágico final de Matthildur y Jakob, o sobre la venganza de Ezra tras el naufragio de 1949. Ante todo, quería mantener en silencio la profanación de la tumba de Djúpivogur. Y si había mantenido en secreto ciertas cosas, lo mismo podía hacer con otras. Por eso anduvo con el máximo cuidado cuando comenzó a hablarle de sus visitas a Ezra. Hrund lo escuchó en silencio hasta que llegó la parte que más le interesaba.

—Espero que esto quede entre nosotros —le pidió Erlendur—. Que no corra la voz.

—Faltaría más.

—Ezra está convencido de que Jakob mató a Matthildur.

Hrund lo miró sin inmutar el rostro.

—No tiene pruebas —explicó Erlendur—. Pero, por lo que me ha contado, Jakob le confesó haber matado a Matthildur cegado por los celos y la sed de venganza. Algunos lo definirían como un crimen pasional. Ezra y Matthildur habían comenzado una relación y ella quería abandonar a Jakob. Este empezó a sospechar de ambos y una noche siguió a Matthildur hasta la casa de Ezra. Entonces lo vio todo. No lo pudo soportar. No soportaba aquella traición.

Hrund seguía mirándolo con una expresión impenetrable.

—Jakob se inventó que Matthildur había salido caminando con la intención de llegar hasta Reyðarfjörður para visitar a vuestra madre y que por

el camino había quedado atrapada en una tormenta. Pero la realidad es que no salió del pueblo en ningún momento.

—Virgen Santa —susurró Hrund finalmente.

—No tengo razones para poner en duda las palabras de Ezra —admitió Erlendur.

—Qué monstruo —susurró Hrund.

Erlendur le explicó cómo había conseguido paso a paso que Ezra le contara todo lo que sabía y que le hablara de su romance con Matthildur. El anciano le había confesado que su vida se había paralizado tras la desaparición de su amada. También la informó sobre los encuentros de Ezra y Jakob después de lo ocurrido, primero en el cementerio y luego en casa de Jakob, donde este había confesado su crimen.

—¿Cómo... cómo se lo sonsacaste? —le preguntó Hrund.

Erlendur se encogió de hombros.

—Simplemente parecía dispuesto a hablar de ello —dijo, creyendo que no mentía demasiado.

Ni por asomo se le pasaba por la cabeza confesarle a Hrund la mano dura que había tenido con Ezra para que colaborara. Aunque, una vez saciada su sed de respuestas, no podía evitar arrepentirse. Había pagado un precio por descubrir la verdad. Erlendur no estaba orgulloso de los métodos que había empleado para llegar al fondo de la cuestión. Le preocupaba el hecho de haber desenterrado a Jakob, pero le preocupaba aún más su conducta hacia Ezra. Habiéndolo presionado para que le contara toda la verdad, no podía sino sentir pena por él. Erlendur había actuado impulsado por una fuerza interior que le costaba reprimir, una constante e imperiosa necesidad de desvelar todo lo que permanecía oculto y olvidado. ¿Por qué no había permitido que Ezra siguiera guardando sus secretos? No se trataba ni de un criminal reincidente ni de un individuo peligroso. Al despedirse, Ezra le había asegurado que le daba igual las acciones que pudiera emprender a partir de la información que acababa de proporcionarle, pero Erlendur se permitía cuestionarlo.

Después de las confidencias, había estallado la rabia.

—Cuesta imaginarse una muerte más escalofriante —había comentado Erlendur refiriéndose a la muerte de Jakob.

—¿Acaso crees que no lo sé? —le había espetado Ezra—. ¿Crees que no pienso en ello cada día? No necesito oír tus sermones.

Mientras se alejaba de la ventana, Ezra había fulminado a Erlendur con la mirada.

—Y ahora haz el favor de marcharte. Vete y déjame tranquilo. No quiero volver a verte. No quiero verte nunca más en lo poco que me queda de vida.

—Entiendo perfectamente que...

Erlendur no había podido terminar la frase.

—¡Fuera de aquí! —le había gritado—. ¡Que te vayas! Haz por una vez lo que te pido. ¡Lárgate!

Erlendur se había levantado y se había dirigido hacia la puerta de la cocina.

—No quiero que nos despedamos enfadados —le había dicho.

—Me importa un carajo lo que quieras. ¡Déjame en paz!

Así se habían despedido. Erlendur se había marchado pese a sentirse mal por dejar al hombre en semejante estado de ansiedad. Sabía que en ese momento no podía hacer nada por ayudar a Ezra. Se había propuesto visitarlo al día siguiente para saber si se había recuperado.

Hrund necesitó un tiempo para comprender el alcance de lo que Erlendur le acababa de contar.

—¿Así que Jakob se lo confesó a Ezra? —preguntó la anciana—. ¿Admitió que había matado a Matthildur?

Erlendur asintió.

—¿Cómo?

—Con sus propias manos —respondió Erlendur tras unos segundos de duda—. Debió de estrangularla.

Hrund se llevó la mano a la boca instintivamente, como si quisiera reprimir el grito que pugnaba por escapar de sus labios al imaginar la muerte de su hermana.

—¿Por qué no se lo contó a nadie? ¿Por qué no acudió a la policía?

—La cosa es algo más compleja —explicó Erlendur—. Jakob lo tenía acorralado. Lo había dispuesto todo, o al menos eso decía, para que Ezra quedara implicado en el asesinato si abría la boca. Ezra nunca quiso correr ese riesgo. Al fin y al cabo, haciéndolo no recuperaría a Matthildur y estaba convencido de que Jakob nunca le revelaría a nadie cómo se deshizo del cadáver. Y, efectivamente, mantuvo su secreto hasta el final.

—¿Y qué hizo con el cuerpo? ¿Qué hizo Jakob con el cadáver de Matthildur? —preguntó Hrund.

—Se negó a contarle en todo momento.

—¿Y no lo sabe nadie?

—No.

—¿Ezra tampoco lo sabía?

—No.

—¿Y tú no lo has averiguado?

—No.

—Entonces, ¿nunca la van a poder encontrar?

—Seguramente no —respondió Erlendur.

—¿Desaparecida para siempre?

—Desaparecida para siempre.

Hrund se miraba el regazo en silencio mientras asimilaba las palabras de Erlendur. Estaba abatida, desmoralizada.

—Pobre hombre —dijo finalmente.

—La vida de Ezra ha sido una tortura desde entonces —comentó Erlendur.

—Toda una vida preso de la incertidumbre.

—Exacto.

—¿Qué clase de persona es capaz de hacer algo así? —dijo Hrund. Se levantó, angustiada—. ¿Qué tipo de monstruo era ese Jakob?

—Me dijiste que no tenía muy buena reputación.

—¡Sí, pero esto! ¿Quién hace una cosa así?

—Bueno, recibió su merecido —dijo Erlendur.

—¡No creo que fuera suficiente! —exclamó Hrund.

—Quizás antes de morir tuviera la oportunidad de reflexionar sobre el sufrimiento que había causado a otras personas.

Hrund lo estudió con la mirada.

—¿Qué quieres decir?

—Que eso, como castigo, ya habría sido más que suficiente —concluyó Erlendur.

Al finalizar su larga jornada, Erlendur condujo hasta una casita de madera revestida de chapa ondulada en la población de Seyðisfjörður. Había salido directamente desde casa de Hrund, había atravesado el valle Fagridalur y había parado brevemente en Egilsstaðir para repostar gasolina, comprar tabaco y rellenar el termo de café. Le quedaba una visita pendiente y quería hacerla ese mismo día. Había encontrado la dirección en el listín telefónico. El hombre que se disponía a visitar se llamaba Daníel Kristmundsson, su nombre había surgido en la conversación con el granjero Lúðvík. Daníel había trabajado unos años como guía para cazadores de Reikiavik. Lúðvík se había referido a él como un «viejo granuja».

Distinguió el resplandor de una luz en el interior de la casa, situada en un extremo mal iluminado del pueblo. Erlendur llamó a la puerta tras abandonar sus intentos de encontrar el timbre en la oscuridad. No obtuvo respuesta. Volvió a llamar y al cabo de una larga espera escuchó finalmente un crujido dentro de la casa. Aguardó pacientemente hasta que se abrió la puerta y en el umbral apareció un hombre de unos cincuenta años, despeinado y sin afeitarse, que lo miró de soslayo.

—¿Qué quieres?

Viendo que no tenía precisamente el aspecto de un viejo granuja, Erlendur supuso que no se trataba de Daníel, así que preguntó por él, explicándole que pensaba que Daníel Kristmundsson vivía en aquella casa.

—Ese Daníel —le respondió el hombre— ya murió.

—Ah, ¿sí? ¿Hace mucho?

—No —respondió el hombre—. Hace medio año.

—Vaya —dijo Erlendur—. Bueno, entonces nada. Todavía aparece registrado aquí en el listín telefónico.

—Sí, habrá que avisar.

El hombre lo miró de arriba abajo con curiosidad.

—¿Por qué querías hablar con él? ¿Vendes algo? —preguntó.

—No —respondió Erlendur—. No vendo nada. Disculpa las molestias.  
Erlendur se despidió y, de camino hacia el coche, el hombre dio un paso hacia el exterior.

—¿Qué querías de Daniel? —preguntó.

—No importa. Llego demasiado tarde.

—¿Venías por algo en especial? —preguntó el hombre.

—¿Lo conocías?

—Un poco —respondió el hombre—. Era mi padre.

Erlendur sonrió.

—Quería hablar con él sobre cosas de caza —explicó—, de caza de zorros en los viejos tiempos. También quería preguntarle sobre los hábitos del zorro y sus madrigueras. Simplemente eso. Me dijeron que tu padre era experto en la materia.

—¿Investigas el tema? —preguntó el hombre.

—Bueno, solo a nivel personal —respondió Erlendur.

—¿Y qué querías saber?

La luz de la casa iluminaba escasamente la oscuridad que los envolvía. Al enterarse de que el hombre con quien quería hablar estaba muerto, Erlendur se sentía algo incómodo e inseguro. Sin embargo, el hijo parecía haber revivido y mostraba una creciente curiosidad por aquel visitante que lo había despertado de una forma tan inesperada.

—Nada importante —señaló Erlendur—. Cosas como si había oído alguna vez que alguien hubiera encontrado algún objeto inusual en el páramo, al sur de aquí, en las montañas entre Reyðarfjörður y Eskifjörður, o por los picos Andri o Harðskafi. Me imagino que a ti no te sonará ¿no?

—¿Trabajas en la presa? —preguntó el hombre.

—No.

—¿Para la fundición de aluminio, entonces?

—No, solo estoy de paso —aclaró Erlendur—. No trabajo en la región.

—Encontraba de todo un poco —le contó el hombre—. Mi padre, digo. Porquerías de todo tipo. Algunas las guardaba.

—¿Cosas que encontraba en nidos o madrigueras de zorro?

—Sí. Y en la orilla del mar. Coleccionaba conchas, piedras y huesos de animales. Te habría gustado hablar con él.

—Siento oír que haya fallecido.

—Bueno, era ya muy mayor. Pasó en cama sus últimos días. No era lo

suyo y se alegró de marcharse. ¿Igual te apetece mirar lo que tenía? El garaje está lleno. Todavía no he tirado nada de lo que guardaba. A veces me he planteado si no debería prenderle fuego a todo.

Erlendur dudó un instante. Había sido un día largo y difícil.

—Como tú veas —añadió el hombre a la espera de una respuesta.

—Bueno, no se pierde nada por echar un vistazo —dijo Erlendur viendo que el hombre quería ayudar. Pensó que no había necesidad de ser maleducado.

—Me llamo Daniel, como mi padre —se presentó dándole la mano—. Daniel Daniélfsson. No hay muchos de esos.

Sin acabar de entender el comentario, Erlendur lo acompañó en silencio por la parte trasera de la casa, donde la oscuridad era mayor todavía, hasta llegar a una construcción que probablemente en sus tiempos había sido un garaje. Daniel abrió la puerta, buscó a tientas el interruptor de la luz y encendió una bombilla desnuda que colgaba del techo.

No se podía decir del viejo granuja, como Lúðvík lo llamaba, que hubiera sido precisamente una persona metódica que ordenara y clasificara sus pertenencias. El garaje estaba atestado de objetos, unos útiles y otros inútiles, que al parecer había recogido y luego había tirado por cualquier sitio. Erlendur se detuvo en la puerta sin tenerlas todas consigo. Tenía la impresión de que allí no había nada que hacer.

—¿Ves lo que quería decir? —preguntó Daniel—. ¿No sería lo mejor prenderle fuego a todo y ya está?

—Me parece que aquí no voy a encontrar nada que me ayude mucho —reparó Erlendur educadamente—. Lo siento. No debería entretenerme más. Será mejor que me vaya.

—Decías algo de madrigueras de zorros, ¿no? —dijo Daniel.

—Sí, pero no pasa nada. Tengo algo de prisa.

—Sé que por aquí tiene que haber unas cajas, creo que tres. Dentro guardaba otras más pequeñas con unos sobres donde metía los huesos de animales. Le gustaba mostrármelos y contarme dónde los había encontrado y eso. Tenía una barbaridad. También tenía huesos de zorro. Unos cuantos. ¿Es eso lo que llevas en la cabeza?

El hombre se abrió camino entre la basura apartando recambios de coches, neumáticos y el cuadro de una bicicleta. Del techo colgaban instalaciones de fontanería, tubos y codos de cañerías. Erlendur se fijó en dos

escopetas viejas, probablemente inservibles. A una le faltaba el gatillo y en la otra el cañón estaba separado de la culata. En un rincón vio un cuervo disecado y la piel de un animal que no supo identificar. Daniel seguía hurgando en el garaje y Erlendur comenzaba a arrepentirse de haberlo despertado. Lo único que deseaba era largarse a hurtadillas sin despedirse y se lo estaba planteando seriamente cuando Daniel exclamó:

—¡Aquí hay algo! —lo oyó decir mientras levantaba una gran caja de cartón—. Échale un vistazo a esto si quieres —le sugirió pasándosela—. Voy a ver si hay más.

—No te molestes —insistió Erlendur, pero el hombre no lo oyó, o bien ya había dejado de escucharlo.

Erlendur cogió la caja y la apoyó sobre una pila de retazos de alfombra. Estaba llena de huesos blanquecinos imposibles de reconocer, aunque creyó distinguir cráneos de aves y gatos, cabezas de zorro con dientes afilados, patas, costillas y unas piezas de menor tamaño que debían de ser huesos de ratón. No vio ninguna etiqueta que especificara el nombre de la especie o el lugar de su hallazgo. Erlendur levantó la mirada y vio que Daniel sostenía una vieja caja de madera que en sus tiempos había contenido botellas de una marca de refresco islandés que ya había dejado de fabricarse. Se llamaba Spur y Erlendur nunca lo había probado.

La segunda caja se encontraba más ordenada que la anterior. En ella había algunos huesos guardados en unos sobres marrones donde figuraba el nombre de la especie y el lugar donde Daniel los había hallado. Erlendur supuso que había comenzado a seguir cierto sistema de clasificación y que más tarde lo había abandonado. Quizá los huesos se le acumulaban demasiado rápido y no le había dado tiempo a catalogarlos todos.

—Era un verdadero experto en huesos —afirmó el hijo con orgullo desde el interior del garaje—. Sobre todo de aves. Había aprendido taxidermia de joven, aunque solo la practicaba como una afición. Dentro tengo un zorro blanco disecado por mi padre. Un trabajo impecable. Y también un halcón, por si te interesa.

—Sí, y me imagino que también disecaría ese cuervo —comentó Erlendur señalando el gran pájaro negro que reposaba bajo la parte interior del techo.

—Por supuesto —confirmó Daniel hijo—. Es obra suya. Eres de Reikiavik, ¿verdad? —preguntó seguidamente.

—Sí, vivo en Reikiavik —respondió Erlendur mientras revisaba los sobres de la caja. El contenido había despertado su interés. En uno de ellos se leía: «Loðmundarfjörður. Charrán ártico». Lo abrió y deslizó el esqueleto completo de un ave sobre la palma de su mano.

—Siempre hablaba de exponer esos huesos en vitrinas, etiquetarlos debidamente y donarlos a la colección del instituto de secundaria. Hace mucho le hicieron una vitrina, pero ahora no la encuentro. La he visto por aquí alguna vez; no sé dónde habrá ido a parar.

Erlendur volvió a dejar el esqueleto en el sobre. Daniel se acercó con una tercera caja en los brazos y se la dio. Dentro vio una serie de cajitas mejor etiquetadas que los sobres. Daniel padre parecía haber catalogado sistemáticamente aquella parte de su colección.

Erlendur sacó una de las cajitas. En la etiqueta pegada en la tapa se leía una fecha, un lugar y el nombre del animal al que pertenecían los restos. «Pies de Snæfell. Chorlito dorado».

Erlendur examinó algunas cajas más. En una de ellas figuraba un signo de interrogación. Leyó la etiqueta de la tapa:

«Harðskafi. Flanco norte».

Las palabras estaban escritas a lápiz. El signo de interrogación despertó su curiosidad.

Abrió la cajita e inmediatamente identificó en su interior unos pequeños huesos humanos. Una vez había desenterrado los restos de una niña de cuatro años. Bajó la mirada hacia la caja y lo sacudió un extraño escalofrío.

—¿Has encontrado algo ahí dentro? —le gritó Daniel desde el interior del garaje al darse cuenta de que su visitante nocturno se había quedado petrificado con una de las cajitas de su padre en la mano.

—¿Te habló tu padre alguna vez sobre personas que desaparecieran en los páramos de esta región? —preguntó Erlendur sin apartar la vista de los huesos.

—¿Persona desaparecidas? No.

—¿Sobre un niño de Eskifjörður que muriera en una tormenta hace muchos años?

—No, nunca mencionó nada parecido —respondió Daniel—. No a mí, en todo caso.

—¿Estás seguro?

—Sí, me acordaría de algo así.

Erlendur observó hipnotizado el signo de interrogación dibujado en la tapa de la cajita. Daniel padre no había sabido qué era lo que había encontrado en el flanco norte del monte Harðskafi, pero se lo había guardado en el bolsillo debido a su interés por cualquier hueso de animal que pudiera encontrar. Era su pasión. Quizá se hubiera propuesto investigar alguna vez de qué huesos se trataba y enviarlos a un especialista. Pero nunca llegó a hacerlo. En ese caso se habría esclarecido su origen. Entonces alguien se habría enterado y habría recordado la historia del niño desaparecido.

Buscó el año en la cajita, pero no lo encontró.

Había dos huesos. No se atrevía a tocarlos, pero estaba convencido: uno era parte del mentón y el otro era un pómulo.

No eran de adulto.

Eran de niño.

Suben hacia el páramo en silencio. Erlendur camina detrás de su padre sin prestar atención al camino que están siguiendo. Bergur se queda rezagado, pero corre para alcanzarlos. Enseguida se vuelve a quedar atrás y tiene que correr de nuevo para llegar hasta ellos. Erlendur avanza pegado a su padre, aunque le cuesta seguirle el ritmo; trata de pisar en las grandes huellas que deja en la nieve, pero apenas lo consigue porque están demasiado alejadas entre sí. A veces tiene que darse prisa para no rezagarse como Bergur.

Así progresan largo rato hasta que su padre decide descansar. Pero no lo hace porque quiera recuperar el aliento: está pensando más bien en los pequeños. Cuanto más ascienden, más profunda es la nieve y más cuesta continuar, sobre todo para unas piernas cortas. Lleva consigo unos prismáticos con los que escudriña los alrededores en busca de sus ovejas.

—Espérame, Lendi —escucha decir a Beggi detrás de él, pero finge no haberlo oído.

Beggi lo llama Lendi y a veces se refiere a él como su «tato Lendi». Ocasionalmente, su madre lo llama Lillibob, algo que a él le pone de los nervios. Es un apodo de la infancia que ahora su madre solo usa para tomarle el pelo. Su padre lo llama exclusivamente por su verdadero nombre y le dice «Erlendur, pásame ese libro» o «Erlendur, vete a la cama».

Beggi le da alcance. Ambos llevan trajes térmicos, bufandas, gorros, pantalones gruesos, calzado especial y guantes de lana. Ve que Beggi se está peleando con los guantes y descubre que se ha llevado el cochecito de juguete. Con las manos desnudas, ha sacado el coche del bolsillo para comprobar que no le pasa nada. Luego lo introduce en uno de los guantes y se los vuelve a poner. Así puede sujetar su juguete en todo momento.

—No veo ninguna oveja —informa su padre—. Vamos a subir un poco más para ver si encontramos huellas.

Retoman el camino sin perder el orden: primero su padre, después Erlendur y, por último, Bergur, que acaricia el coche dentro de su guante

mientras se esfuerza por seguir el ritmo. Su padre no camina rápido. Mira con los prismáticos, cambia de dirección, luego cambia de nuevo y, antes de darse cuenta, han llegado a lo alto del páramo. A los ojos de un niño, cuya percepción es limitada, todo ocurre rápidamente. Los acontecimientos se suceden en forma de fotografías instantáneas. Su padre mira hacia el cielo. Beggi se ha vuelto a quedar atrás. Hace un tiempo que ha empezado a nevar. Unos nubarrones negros se acumulan sobre las montañas a toda velocidad. Parece haber anochecido de repente. Cada vez cuesta más caminar por la nieve. Erlendur, que apenas ha prestado atención al estado del tiempo, siente una helada ráfaga en las mejillas. Ya no puede ver Eskifjörður a causa de la nevada. Bergur está muy rezagado. Erlendur lo llama, pero su hermano no lo oye. Va a buscarlo. En el momento en que pierde de vista a su padre, se desata una ventisca cegadora. Llama a Bergur, que se ha caído en la nieve. También llama a su padre, pero no obtiene respuesta.

Beggi se pone de pie. Se le cae un guante y el viento se lo lleva volando. Camina como puede hacia él y Erlendur lo sigue. La tempestad engulle el guante, pero no desisten y continúan buscándolo. Está a punto de perder de vista a Bergur, desesperado por recuperar su guante. Su madre les ha enseñado a cuidar bien de la ropa y no perderla. Agarra a su hermano por el abrigo para detenerlo. Bergur todavía lleva el juguete en la mano congelada y se lo guarda en el bolsillo.

—¡Quiero mi guante! —grita al viento.

—¡Luego lo buscamos! —le dice Erlendur.

También necesita gritar para que Beggi lo oiga. Erlendur camina hacia donde cree que se halla su padre. Se ha despistado al correr en busca del guante, pero cree orientarse. Resulta casi imposible caminar por la nieve y más contra la gélida ventisca que le golpea la cara. Parece embestir con más fuerza a cada paso que da y casi no puede ni abrir los ojos. Tiene la impresión de no estar avanzando. No ve más que la feroz tempestad que lo envuelve. Todo ha ocurrido tan rápido que no le ha dado tiempo ni de tener miedo. Lo reconforta saber que su padre está cerca. Grita. Beggi lo imita. Pero no obtienen respuesta.

Ya no sabe qué dirección seguir, ni siquiera sabe si están subiendo o bajando. Le parece estar remontando la cuesta que lo lleva hacia donde ha visto a su padre por última vez. Pero quizá se equivoque. Quizá no debería buscar a su padre sino regresar a la granja, concentrar todos sus esfuerzos en

poner a salvo su vida y la de su hermano.

El miedo comienza a invadirlo. Beggi parece darse cuenta.

—Todo irá bien, ¿verdad, Lendi? —le pregunta.

Beggi tiene que gritar para que lo oiga.

—Todo va bien —responde Erlendur para reconfortarlo—. Vamos a casa. Llegaremos enseguida.

Quiere darle a Beggi uno de sus guantes, pero lo pierde torpemente y desaparece en la tormenta. Beggi lo coge de la mano con fuerza.

Erlendur no tiene ni idea de hacia dónde se dirige. Confía en estar bajando, pero no puede asegurarlo. Cree que el tiempo mejorará cuando bajen del páramo. Las continuas caídas de Beggi ralentizan el paso, pero a Erlendur no se le ocurre dejar de agarrar a su hermano en ningún momento. Ambos tienen los dedos ateridos, pero Erlendur procura no soltarle la mano.

La tormenta los azota en todas las direcciones, los zarandea de un lado para otro y los arroja contra la nieve. Cada vez les cuesta más levantarse. No pueden ver nada y pronto sienten los efectos del frío y el cansancio. Erlendur espera encontrarse con su padre, pero eso no ocurre y tampoco parecen progresar en su descenso hacia la granja.

Entonces sucede. Siente que su mano helada ya no agarra la de Beggi. Parece haberlo perdido hace un momento sin darse cuenta. La mano se le ha quedado congelada en la posición en que sujetaba a Beggi, pero su hermano ya no está. Se gira y trata de echar a correr, pero se desploma en la nieve. Se pone de pie, llama a Beggi una y otra vez, se cae de nuevo, grita y chilla. Rompe a llorar y las lágrimas se le congelan en el rostro.

Desconcertado, se sienta en la nieve, sobrecogido por el miedo que siente por él mismo y por su padre, pero, sobre todo, por Beggi. De alguna manera, se echa la culpa de que su hermano los haya acompañado. No puede evitar pensar que, si él no hubiera interferido, Beggi se habría quedado en casa.

La tormenta ruge con más fuerza cuando Erlendur se levanta. Desorientado y sin rumbo, tiene que arrastrarse gateando porque le resulta imposible caminar. Ha leído sobre casos de personas atrapadas en temporales y ha oído hablar de verdaderas odiseas; se acuerda de una importante estrategia de supervivencia que consiste en enterrarse en la nieve hasta que pase lo peor de la tormenta. También sabe que hay que evitar quedarse dormido porque cabe la posibilidad de no despertarse. Pero no quiere dejar de buscar a Beggi. Desea con todas sus fuerzas que su hermano haya encontrado

un modo de bajar del páramo y vaya de camino a casa, incluso que ya esté en brazos de su madre. Quiere pensar que, cuando llegue a la granja, Beggi y su padre lo recibirán; su madre lo abrazará y todo irá perfectamente. Se preocupa por ella porque ahora estará desesperada sabiendo que se encuentran en plena tormenta.

Ha perdido la noción del tiempo. Tiene la impresión de que hace horas que es de noche. Le flaquean las fuerzas. Aun así, se niega a rendirse y continúa penosamente a través de la tormenta, gateando y caminando como puede, con escasas esperanzas de estar siguiendo el camino que lo llevará a casa. El frío se le cuela a través de la ropa, los dientes ya no le castañetean y su cuerpo también ha cesado de temblar cuando finalmente cae de bruces y deja de moverse.

Se queda dormido nada más desplomarse sobre la nieve.

Su último recuerdo es Beggi abriéndose paso por la tormenta, con toda su confianza depositada en su hermano mayor.

—¡No me sueltes! —había gritado Beggi—. No puedes soltarme.

—Todo irá bien —había dicho él.

Todo irá bien.

En su última mañana en la casa abandonada, se despertó tras pasar una mala noche. Acuciado por un frío que jamás había experimentado, se apresuró a refugiarse en el coche sin olvidarse el termo y el tabaco. Puso en marcha la calefacción y, cuando comenzó a recuperarse, se sirvió café en la tapa del termo y se encendió un cigarrillo. Tardó en entrar en calor. En el asiento del pasajero reposaba la cajita que contenía los huesos. Daniel se la había ofrecido como regalo de despedida diciéndole que no sabía qué hacer con toda la basura de su padre y reiterando que lo mejor sería prenderle fuego al garaje entero. Erlendur le había dado las gracias y se había llevado los huesos a Bakkasel.

A juzgar por la información indicada en la caja, Daniel padre se los había encontrado al caminar por el flanco norte de Harðskafi, una zona bastante alejada del lugar donde habían hallado a Erlendur al borde de la muerte. Bergur parecía haberse perdido mucho más al norte de lo que habría cabido imaginar. Eso en el caso de que se tratara de los restos mortales de su hermano. Pero puede que no hubiera fallecido en aquellas laderas. Los huesos podían haber acabado en el flanco norte de la montaña por otros medios. Los podía haber llevado un zorro. Una simple caja de cartón escondida en un garaje de Seyðisfjörður no podía aportar grandes pruebas, pero a Erlendur le bastaba. Estaba convencido de que correspondían al pómulo y al mentón de un niño e inmediatamente lo había invadido el fuerte presentimiento de que solo podía tratarse de su hermano.

Había pasado la noche considerando la idea de mandarlos analizar en un laboratorio y datarlos para poder concluir cómo se habían roto y cuánto tiempo llevaban a la intemperie. Hacerlo llevaría su tiempo y Erlendur no estaba seguro de los resultados que realmente podría obtener. Concluyó que no necesitaba echar mano de la ciencia. Estaba convencido de su teoría y enseguida comenzó a tomar cuerpo en su mente la idea de lo que debía hacer con los huesos.

Después de terminarse el café y fumar dos cigarrillos, Erlendur encendió el motor del coche. Salió tranquilamente de Bakkasel y condujo por la carretera que llevaba hasta Eskifjörður. En lugar de entrar en el pueblo, se desvió hacia el cementerio y se detuvo frente a la entrada. Pasó un rato sentado dentro con el motor en marcha, disfrutando del calor de la calefacción. Cogió la caja, la abrió y observó los dos huesos. Si hubiera habido más en el lugar donde Daniel los había encontrado, ¿no se los habría llevado también? Esas preguntas habían atormentado a Erlendur toda la noche. Sabía que en algún momento subiría la montaña por el flanco norte. Pero no lo haría necesariamente con la intención de buscar más huesos ya que desconocía el lugar donde se habían encontrado los dos de la caja o cómo habían llegado hasta allí. Lo haría por razones que solo él conocía.

Salió del coche con la cajita en la mano y sacó la pala, que aún seguía en la parte de atrás desde su última visita a Djúpivogur. En esa ocasión no tendría que excavar tan hondo. Solo debía retirar una pequeña porción de tierra de la tumba de su madre.

Encontró la parcela donde yacían sus padres y se detuvo para observarla al frescor de la brisa mientras pensaba en los años que habían pasado desde la época en que vivían juntos en el campo, desde el momento en que ocurrió el accidente. Tras la mudanza, su madre se había adaptado bien al bullicio y al tráfico de la capital. Su padre, sin embargo, nunca se sintió a gusto en Reikiavik; le parecía una ciudad repulsiva y ruidosa. En aquel entonces se construían nuevos barrios que hoy ya eran viejos. Y todavía se levantaban otros para alojar a una población rural que no siempre se adaptaba al nuevo mundo. Así habían transcurrido los años: el tiempo avanzaba inexorablemente hacia un futuro incierto desde un pasado olvidado.

Al igual que a su padre, nunca le acabó de gustar su nuevo entorno. No entendía qué hacía allí y nunca consiguió adaptarse a los nuevos tiempos. Lo único que sabía era que, en algún momento de su vida, el reloj se había detenido y era incapaz de activarlo de nuevo. Al verse con los huesos en la mano, no sintió la alegría que habría cabido esperar, no tuvo la sensación de que su sufrimiento por fin había terminado tras haber hallado las respuestas que tanto había buscado desde la desaparición de su hermano. También la esperanza de vivir aquella alegría llevaba tiempo olvidada.

Erlendur alzó la vista hacia las montañas. La nieve caía sobre las laderas.

Contempló el cementerio y paseó la mirada entre tumbas y cruces.

Nacido. Fallecido. Enterrado. Querida esposa. Bendito sea tu recuerdo. Descanse en paz. La muerte lo impregna todo.

La muerte en una cajita.

Observó los huesos. El corazón le decía que había hallado dos fragmentos de los restos mortales de su hermano. Durante años había tratado de imaginarse cómo reaccionaría si alguna vez se veía en aquella situación. Ahora obtenía una especie de respuesta. Entumecimiento. Vacío. Los huesos no respondían a todas sus preguntas. Era imposible conocer el lugar exacto donde había muerto su hermano. La forma en que habían llegado los huesos hasta el flanco norte de Harðskafi también era un misterio y lo seguiría siendo toda la vida. Nada cambiaría el hecho de que Beggi había muerto en un temporal devastador a la edad de ocho años. Aquel hallazgo no le aportaba nada nuevo. Solo era la confirmación de lo que ya sabía. No obstante, después de tantos años se le brindaba por fin una leve certeza, un cierre, aunque fuera insignificante. Solo quedaba en él la mayor sensación de vacío que jamás había sentido.

Mientras recorría con la mirada el cementerio, tumba por tumba y cruz por cruz, en algún rincón de su memoria se solaparon un año y una fecha que le eran familiares. Volvió a examinar las lápidas y las cruces tratando de entender mejor la intuición que acababa de tener. Sus ojos se detuvieron en el año 1942.

Caminó hacia la lápida, una losa desgastada de granito que sobresalía más de un metro por encima de la nieve. Era la fecha en que había fallecido una mujer llamada Þórhildur Vilhjálmsdóttir. Había nacido en 1850. Erlendur hizo el cálculo. Había muerto muy anciana, a los 91 años. Había nacido el 7 de septiembre, a mediados del siglo XIX y había fallecido el 14 de enero de 1942, en plena Segunda Guerra Mundial.

Reparó de nuevo en el año de su muerte: era el mismo en que había desaparecido Matthildur. Volvió a mirar la fecha: 14 de enero. Þórhildur había fallecido una semana antes del gran temporal en el que habían perdido la vida algunos de los militares británicos. Una semana antes de la desaparición de Matthildur.

Bajó la mirada hacia la tumba de la mujer. Sin lugar a duda, la lápida se había colocado sobre la tumba un tiempo después de su muerte, puede que incluso años o décadas más tarde. Era imposible saberlo con exactitud. Sin

embargo, lo lógico era esperar que no hubiera transcurrido más de una semana desde que falleciera hasta que la enterraran. Seguramente, la tormenta del 21 de enero habría retrasado el funeral. Aunque también cabía la posibilidad de que hubieran enterrado a Þórhildur antes de que estallara el temporal.

Erlendur miró concentrado la fecha de la tumba. Enero. 1942. Pensaba en la gran tormenta, en la muerte de Matthildur, en Ezra. Pero, sobre todo, pensaba en Jakob y en sus opciones. Entonces comprendió que debía consultar el registro parroquial.

En la gasolinera le indicaron dónde vivía el párroco. Condujo hasta su domicilio y llamó al timbre. En la puerta apareció una mujer de mediana edad y Erlendur le preguntó por el pastor de la parroquia. La mujer le explicó que se había ido a Reikiavik y que seguramente volvería al cabo de un par de días.

—¿Sabes dónde puedo localizar los libros parroquiales de los años de la guerra? —preguntó procurando disimular su impaciencia lo mejor posible.

—¿Los libros parroquiales? —preguntó la mujer—. Pues no lo sé. ¿Los viejos? Supongo que los tendrán guardados en el archivo regional de Egilsstaðir. Digo yo que estarán ahí. Si mi Rúnar estuviera en casa, te ayudaría seguro.

Erlendur le dio las gracias y volvió a la gasolinera. Allí llamó al archivo y lo informaron de que los libros de la parroquia de Eskifjörður se conservaban en el archivo regional y que era bienvenido si quería acercarse a consultarlos. Se subió al coche con los datos de la lápida de Þórhildur apuntados en un papel y recorrió de nuevo el valle Fagridalur hasta llegar a Egilsstaðir.

El empleado del archivo le fue de gran ayuda cuando le preguntó por los libros correspondientes a la iglesia de Eskifjörður que se remontaban hasta la Segunda Guerra Mundial. Era el mismo que lo había atendido al teléfono. El hombre le indicó una mesa donde podía revisarlos y seguidamente fue a buscarlos.

Erlendur pasó las hojas hasta llegar al año 1942. Solo había tenido lugar ese entierro desde el uno de enero hasta el mes de marzo. Ezra le había dicho que se había encontrado con Jakob excavando una tumba en el cementerio unos dos meses después de la desaparición de Matthildur, seguramente en marzo.

Þórhildur fue enterrada el 23 de enero, dos días después del gran

temporal. Nueve días después de haber pasado a otra vida.

La breve y crítica nota del pastor en el margen del libro no sorprendió a Erlendur.

«T. exc. Jak. R.».

Tumba excavada por Jakob Ragnarsson.

Dos horas después, se hallaba de nuevo ante la tumba de Þórhildur Vilhjámsdóttir. Habiendo desenterrado ya un ataúd, no tenía claro si estaba listo para repetir la operación, pero no podía confirmar sus sospechas de otro modo. Estaba bastante convencido de su hipótesis después de haber reflexionado sobre la cuestión en el camino de regreso desde Egilsstaðir.

También estaba convencido de que, en esa ocasión, no necesitaría cavar mucho para cerciorarse de lo que quería. No creía que fuera necesario desenterrar todo el ataúd de Þórhildur para observar lo que pudiera hallarse debajo. Jakob debió de actuar de la forma más sencilla posible: por un lado, tenía prisa ya que no disponía de mucho tiempo y, por otro, el riesgo de que alguien tuviera el interés de abrir y examinar la tumba de una nonagenaria era prácticamente inexistente. Cuanto más observaba la tumba, más se convencía de que solo tendría que retirar primero una pequeña porción de césped y excavar después menos de un metro de tierra.

Había comenzado a oscurecer y Erlendur prefirió esperar hasta que se hiciera de noche. Entró en el coche, encendió la calefacción y escuchó en la radio unos temas de jazz actual que no conocía pero le gustaban. Trató de evadir la mente y no pensar en Ezra, Matthildur y Jakob; evitó pensar en su hermano, en la cajita de los huesos y en todo lo que había averiguado en los pocos días que llevaba en el este. Había estado tan abstraído pensando en la desaparición de Matthildur que no había recordado su hogar ni por un instante. El caso le había tocado la fibra sensible durante mucho tiempo y, aunque ya había considerado examinarlo alguna vez, había tenido que conocer a Bóas en el páramo para dar el primer paso. De hecho, no se lo había pensado dos veces a la hora de visitar a Hrund. Necesitaba respuestas. Necesitaba saber más. Conocer las causas. Le habían dicho que ya no importaba, que los años pasados y el poder destructivo del tiempo le habían quitado tanto sentido a la búsqueda que la habían vuelto innecesaria. No cambiaría nada; a nadie le incumbía. Lo cual era probablemente cierto. Nada

corría peligro. Prácticamente nadie tenía intereses que proteger. Pero Erlendur no opinaba lo mismo. Para él, el tiempo no cambiaba las cosas en cuestión de desapariciones. Era verdad que atenuaba el dolor, pero a su vez también convertía el sufrimiento en compañero de vida de quienes quedaban, volviéndolo más profundo y delicado de un modo que era incapaz de explicar.

Pensó en su hija y en la última vez que la había visto, cuando le había dicho que le perdonaba sus años de abandono desde que se divorciara de su madre. Pensó en su hijo, que nunca le exigía nada; en Valgerður, que trataba de hacerle la vida más llevadera; en Marion Briem y su muerte en soledad. Pensó en sus compañeros de la policía, en Elínborg y Sigurður Óli. En los casos a los que se habían enfrentado, en los años en que habían trabajado juntos.

Anochecía rápidamente. Cuando consideró que la oscuridad era suficiente como para entrar en el cementerio con la lámpara y la pala, salió del coche. De camino hacia la tumba de Þórhildur, respiró tranquilo al ver que apenas pasaba nadie por aquella zona del pueblo. Al llegar, dejó a un lado la lámpara, retiró la nieve de la parcela y recortó un grueso terrón de césped hasta alcanzar la tierra.

Erlendur procedió sin prisa. Por un instante se preguntó qué diría si alguien lo sorprendía, pero no se inquietó demasiado. Siempre podría recurrir a su trabajo como policía si fuera necesario. No verían bien que llevara a cabo una investigación privada, pero, en todo caso, su objetivo era honrado. Solo trataba de resolver un antiguo caso. Por eso se había permitido desenterrar a Jakob y por eso se concedía la licencia de profanar también la tumba de Þórhildur.

Con la lámpara de gas apoyada en el borde del hoyo, excavó cuidadosamente sin hallar ningún obstáculo. Alumbró el fondo, pero no vio nada que llamara su atención. Irguió la espalda. Las luces del pueblo iluminaban el puerto y las laderas situadas por encima de las casas más altas. Como muchos pueblos de los fiordos del este, Eskifjörður se reducía a una aglomeración de viviendas en torno al puerto, con una calle principal que bordeaba el mar. Sin embargo, poseía una larga historia, y sus habitantes, generación tras generación, habían vivido profundas transformaciones sociales. La de mayor alcance se producía en aquel momento con la construcción de una presa gigante en el interior y una fundición de aluminio

en el fiordo vecino. Irreversiblemente, los viejos tiempos volvían a desaparecer para dar paso a otros nuevos.

Continuó excavando. De vez en cuando miraba a su alrededor para comprobar si se acercaba alguien que pudiera verlo y pedirle explicaciones. Pero no divisó a nadie en ningún momento.

Hundió la pala con fuerza. El hoyo no era profundo, apenas alcanzaba medio metro.

Retiró la tierra y al dar la siguiente palada le pareció golpear una piedra. Un chasquido resonó en el agujero.

Dejó a un lado la pala e iluminó el fondo, pero no vio nada. Retomó su labor e inmediatamente notó una clara resistencia. Apartó la tierra con la hoja de la pala y alumbró de nuevo el interior del hoyo.

Ante él apareció un objeto que no supo identificar. Deslizó la pala por debajo para levantarlo. Soltó el utensilio, cogió a tientas el objeto y lo acercó a la luz de la lámpara sin saber todavía lo que llevaba en la mano. Entonces sacudió la tierra hasta que no le quedó ninguna duda: sujetaba un cuchillo. La hoja estaba oxidada y rota; la madera del mango carcomida. Erlendur recordó que, según Ezra, Jakob había dejado un objeto suyo junto al cadáver. Supuso que el cuchillo era del anciano.

Dejándolo en el suelo, volvió a coger la pala y continuó excavando. Nada más empezar se encontró con un nuevo obstáculo.

En un principio no distinguió nada, pero, al entornar la mirada, comenzó a perfilarse un contorno, como una ilusión óptica cuya forma se percibe gradualmente. Distinguió unas siluetas familiares, una imagen que conocía. Se tumbó y estiró el brazo hacia el interior del hoyo para sacudir la tierra. El fondo estaba ligeramente encharcado. No vio ni astillas ni otros indicios de la presencia de un ataúd.

Iluminó el suelo y por fin apareció ante él lo que acababa de hallar sobre el lugar donde reposaba Þórhildur Vilhjálmsdóttir. La anciana no estaba sola en su tumba. Al abrigo de la noche, alguien le había llevado a un invitado inesperado y lo había enterrado con ella a toda prisa.

Lo primero que distinguió, medio inmersa en el agua estancada, fue una hilera de dientes. A continuación emergieron el fragmento de un cráneo, una mandíbula inferior y unas muelas. Erlendur supo inmediatamente que había hallado los restos de Matthildur Kjartansdóttir, la mujer que supuestamente había muerto al atravesar Hrævarskörð en la devastadora tormenta de enero

de 1942.

Abre los ojos. De nuevo la misma pregunta.

—Sé quién eres —dice él.

—Sí —afirma el viajero.

—Viniste una vez a casa y hablaste con Bergur.

—Veo que te acuerdas.

—Dijiste que no sabías cuánto tiempo lo tendríamos con nosotros.

El viajero no responde.

—Porque tenía un alma muy bella. Eras tú. Te recuerdo bien. ¿Quién eres? ¿Qué haces aquí?

El hombre sigue sin responder.

—¿Dónde estamos?

Le da la impresión de estar tumbado en su saco de dormir, en el interior de la casa abandonada, y de que el hombre ha venido para hacerle una visita. Pero no tiene sentido porque sabe que se ha marchado de allí. Ha dejado el coche y todas sus pertenencias para subir por el flanco norte de Harðskafi sin llevar peso. Aunque solo está consciente en momentos puntuales y lo confunde el frío que lentamente le está quitando la vida, cree estar seguro: no puede estar hablando con el hombre de la casa abandonada porque allí no hay nadie, ni siquiera él mismo.

—¿Es que no lo sabes? —pregunta el viajero.

—¿De dónde vienes?

El hombre no responde.

—¿Dónde estoy? —insiste.

De nuevo presiente que el viajero que una vez llegó a Bakkasel y disfrutó de la hospitalidad de sus padres no está solo. Lo acompaña un ser oculto que no ve, pero ahora siente su presencia más fuerte que nunca.

—¿Quién está contigo? —pregunta.

—¿Quién?

—El que está contigo. ¿Quién es?

—No tienes por qué tenerle miedo.

Silencio.

—¿Crees que ha llegado el momento de verlo?

—¿Quién es?

—Lo mantienes alejado de ti. Pero sabes quién es. En lo más hondo de ti, sabes quién viene conmigo a visitarte. Me ha dicho que no tienes nada que temer. ¿Lo crees? ¿Lo crees cuando dice que no tienes nada que temer?

Silencio.

—Sabes quién es.

—No...

—Lo mantienes alejado de ti.

En el mismo instante en que el viajero desaparece, le parece oír la voz de un niño, leve, distante. No entiende las palabras. Sabe a quién pertenece, sabe quién acompaña al hombre. Hacía mucho que no oía esa voz. Pensaba que no la volvería a escuchar nunca más.

Por un momento recupera el conocimiento, solo para sentir que el frío lo sujeta con más fuerza entre sus garras.

Después vuelve a quedar inconsciente.

Había hallado los restos de Matthildur. Sin embargo, no lo invadió ninguna sensación de victoria, ninguna satisfacción por lo que había conseguido. Más bien sintió pena y una necesidad imperiosa de ir cuanto antes a casa de Ezra para poner fin a su búsqueda de respuestas. Erlendur volvió a tapar el hoyo rápidamente, colocó encima el terrón de césped y lo cubrió con unas paladas de nieve con la intención de que nadie notara nada. Después recogió la lámpara y la pala, y regresó al coche a toda velocidad.

Era noche cerrada cuando llegó a casa de Ezra. Los faros alumbraron fugazmente el edificio antes de apagarse. Bajó del coche. No se veía ninguna ventana iluminada y la bombilla de la entrada estaba rota. Erlendur ya había reparado en esos detalles durante su primera visita, unos días atrás, y había querido comentarle a Ezra que le vendría bien iluminar mejor el exterior.

Llamó a la puerta, pero no ocurrió nada. Giró el pomo, la abrió y entró.

—¡Ezra! —gritó—. ¿Estás ahí?

No obtuvo respuesta. Se adentró lentamente en la cocina y buscó a tientas el interruptor. Lo pulsó, pero la luz no se encendió. Lo volvió a intentar en vano varias veces.

—¡Ezra! —gritó de nuevo.

Probablemente no estaba en casa. La electricidad parecía haberse ido, así que quizá había salido para solucionar el problema. Erlendur esperó en medio de la cocina a que los ojos se le acostumbraran a la oscuridad. Apenas veía nada. Distinguía los contornos de la mesa y sabía que el fregadero le quedaba a la espalda.

—¡Ezra! —gritó por tercera vez.

Escuchó un crujido en un rincón de la cocina.

Dirigió la mirada hacia el lugar donde recordaba que se encontraba la silla de mimbre. Una figura oscura se puso de pie.

—¿Ezra? —susurró Erlendur.

Vio que la silueta se acercaba a la ventana que daba hacia el páramo.

Luego daba un paso al frente, después otro. Erlendur sintió un objeto helado bajo la barbilla. No se atrevía a moverse. Percibió un olor a metal y pólvora. Inclino la cabeza hacia atrás bajo la presión de lo que parecía el cañón de una escopeta.

—¿Has venido a detenerme? —escuchó murmurar en la oscuridad.

—No —respondió Erlendur.

—Vete de aquí.

—¿Ezra? —susurró Erlendur.

—No quiero verte más. Vete antes de que cometa una tontería.

—He venido para... la he encontrado, Ezra.

—¿Qué quieres de mí?

—Te lo estoy diciendo.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué has encontrado?

—La he encontrado, Ezra —repitió Erlendur—. He encontrado a Matthildur. Sé dónde está.

—Explícate.

—Sé lo que Jakob hizo con ella, Ezra. Sé dónde escondió el cadáver.

Con la cabeza todavía inclinada por el pesado cañón de la escopeta, apenas distinguía la figura del anciano. Solo veía una silueta oscura al contraluz de la ventana.

—¿Te estás riendo de mí? —preguntó Ezra.

—Creo que te lo puedo demostrar —le informó Erlendur—. ¿Puedes encender la luz?

—¿Demostrar? ¿Cómo?

—He encontrado un objeto junto a su cuerpo que creo que es tuyo.

—¿Un objeto? ¿Qué objeto?

—Tienes que encender la luz —dijo Erlendur.

—No se puede.

—¿Tienes una linterna?

Ezra no le respondió.

—No te lo puedo enseñar a oscuras.

—Hay una linterna sobre la mesa —le indicó Ezra.

—Cógela y acércate conmigo al fregadero. Tengo que quitarle la tierra primero.

En su camino al fregadero, Ezra no soltó la escopeta en ningún momento. Cogió la linterna y la encendió orientada hacia la cara de Erlendur, que quedó

deslumbrado unos segundos.

—No hagas ninguna tontería, Ezra.

—Te dije que me dejaras en paz —murmuró el anciano.

Erlendur había envuelto el cuchillo que había encontrado sobre los huesos de Matthildur en una pequeña bolsa de plástico que tenía en el coche. Lo sacó con cuidado del bolsillo, retiró la bolsa, abrió el grifo y limpió los restos de tierra bajo el chorro de agua fría. Ezra lo iluminó con la linterna y el cuchillo apareció ante sus ojos.

—¿Te suena? —preguntó Erlendur.

Ezra no respondió inmediatamente.

—¿Te suena el cuchillo?

Silencio.

—Lo encontré sobre sus restos —le explicó Erlendur—. Jakob no había mentido. Dejó el cuchillo junto a ella para acusarte a ti del asesinato. Seguramente se lo clavó una o dos veces después de morir. ¿Es tuyo?

—Sí, es mío —oyó decir a Ezra desde la oscuridad que se extendía detrás del haz de la linterna.

—Probablemente te lo robó cuando fue a tu casa para anunciarte que Matthildur se encontraba en medio de la tormenta.

—¿Dónde está? —preguntó Ezra.

—En el cementerio —respondió Erlendur—. Su cuerpo yace en el cementerio. Jakob era enterrador y le habían encargado excavar la tumba de una anciana cuyo funeral se celebró en los días en que desapareció Matthildur. Debió de guardar el cadáver en su casa y tras haber rellenado hasta la mitad la tumba de la anciana, habría ido a buscar el cuerpo de Matthildur para dejarlo encima.

—¿En el cementerio?

—Sí.

—¿Cómo lo has sabido?

—Me fijé en la fecha de defunción de la mujer por casualidad y até cabos. No tuve más que excavar un poco la tumba para encontrar su esqueleto. He hallado los huesos de Matthildur, Ezra. La he encontrado. Se acabó la incertidumbre.

La escopeta le seguía presionando la barbilla.

—Ya no volverá, Ezra. Ha desaparecido para siempre —dijo Erlendur—. Está muerta. He visto sus huesos.

—¿Por qué estás tan seguro de que es ella? —escuchó preguntar a Ezra.

—Es ella, Ezra.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Créeme —insistió Erlendur—. He encontrado a Matthildur. El cuchillo estaba junto a ella, Ezra. Es ella.

Al principio le sorprendió la reacción de Ezra, pero enseguida entendió el recelo que ocultaban sus palabras. Él mismo había sentido algo similar al ver los huesos que contenía la cajita de Daniel. Había comprendido que con su descubrimiento había roto una especie de ley de lo inalterable, dándole un nuevo impulso a su existencia. Sabía que Ezra necesitaba un momento para percibir esa nueva realidad. No era algo que ocurriera en un instante.

—¿No podemos dar la luz? —preguntó Erlendur.

—No.

—¿Qué piensas hacer con esa escopeta, Ezra?

—¿Has encontrado realmente a Matthildur? —preguntó Ezra.

—Jakob la escondió en una tumba abierta del cementerio —explicó Erlendur—. Fue pan comido para él. La tumba era reciente cuando te lo encontraste en el mismo cementerio dos meses después y te hizo aquellas insinuaciones. Quizá le pareció inteligente hacerlo justo en ese lugar. Sabía que nunca la encontrarían. Puede que la tumba ya estuviera excavada cuando mató a Matthildur. Usó la tormenta como excusa para inventarse lo de su excursión y aprovechó la oportunidad para ocultarla allí. No puede ser otra persona más que ella. No tuvo que cavar muy hondo. Apenas hay que dar un par de paladas hasta alcanzar sus restos.

La escopeta dejó de presionar el mentón de Erlendur.

—¡Hijo de puta! —escuchó susurrar a Ezra.

—Jakob sabía lo que estaba haciendo.

Erlendur agarró el cañón de la escopeta y la retiró sin esfuerzo de las manos de Ezra. El anciano dio un paso hacia atrás y se resbaló. La linterna se le cayó de las manos y se apagó. Erlendur dejó la escopeta apoyada en el suelo.

—¿Qué le pasa a la luz? —preguntó.

—Se han fundido los plomos.

—¿Qué estabas haciendo a oscuras con una escopeta?

—¿Me estás mintiendo?

—Es tan verdad como que me tienes delante.

—¿Y qué has visto?

—Lo suficiente. Tú decides qué hacer ahora.

—¿Dices que la metió en una tumba abierta? —preguntó Ezra—. Era el enterrador. ¿Cómo no había caído? Es evidente, ahora que ya lo sé. ¡Cómo no iba usar el cementerio! Estaba convencido de que habría lanzado su cuerpo al mar. O de que lo habría ocultado en alguna grieta entre las rocas. Pero no se me había ocurrido que la podía haber enterrado en el cementerio.

Tras sus palabras se hizo un largo silencio.

—¿Existe alguna posibilidad de poder enterrarla como se merece? —preguntó Ezra.

—¿Aún tienes miedo de que te descubran? —preguntó Erlendur—. ¿De que se entere todo el pueblo de la tragedia?

—No estoy pensando en mí —aclaró Ezra—. Debería agradecerte todo lo que has hecho. No he... no he conocido nunca a una persona más terca que tú.

—No le contaré a nadie lo que sé, puedes confiar en ello —le aseguró Erlendur—. Lo que hagas a partir de hoy solo depende de ti. Ahora ya sabes dónde está, conoces toda la historia de principio a fin y puedes despedirte de ella de la forma que quieras después de todos estos años.

—Debería... debería agradecerte de verdad todo lo que has hecho —insistió Ezra.

—No te preocupes.

—Perdona las formas con que te he recibido continuamente, he...

—Te entiendo perfectamente —interrumpió Erlendur—. No es divertido recibir la visita de un pesado como yo. Soy muy consciente.

En la penumbra de la cocina, vio que Ezra se había acomodado en la mesa y se apoyaba sobre ella.

—¿Quieres que te lleve allí ahora? —preguntó Erlendur—. Es bastante tarde.

—Sí que me gustaría, gracias. Naturalmente, siempre supe que estaba muerta. Nunca me permití fantasear con otra cosa. Pero es... es bueno saber dónde está. Es bueno saber que está allí.

En plena noche, Erlendur condujo al anciano hasta el cementerio. No tenían ninguna prisa y no intercambiaron ni una palabra en todo el trayecto. Encorvado en el asiento delantero, Ezra guardaba silencio mientras Erlendur se preguntaba qué habría estado haciendo a oscuras con una escopeta en la mano. Le había preguntado si podía contactar con alguien que pudiera hacerle compañía, pero Ezra se había negado rotundamente al parecerle que se estaba entrometiendo demasiado. Erlendur no había insistido más. No sabía cómo le había afectado a Ezra haber hallado respuesta por fin a las preguntas que tanto lo habían atormentado durante décadas, casi toda su vida. Evidentemente, se sentía aliviado, pero también se había hundido de nuevo en la profunda tristeza que le causaba el trágico final de Matthildur. Ahora conocía la historia al completo y el paso del tiempo no la había vuelto menos desoladora.

Erlendur aparcó junto al cementerio y apagó el motor. Permanecieron sentados en el coche sin decir palabra hasta que Erlendur rompió el silencio.

—¿Bajamos, entonces?

Ezra parecía estar en otro mundo.

—¿Ezra?

—Sí —respondió el anciano.

—¿Vamos?

Ezra lo miró y Erlendur se dio cuenta de que estaba conteniendo las lágrimas.

—No sé... no sé si puedo —confesó Ezra.

—No, te entiendo. Te puedo llevar otra vez a casa. Siempre puedes volver mañana. O cuando te apetezca. Y, como te he dicho antes, puedes guardarte esta información para ti o puedes contársela a quien creas conveniente.

Siguieron sentados en silencio. En el cielo, el manto de nubes se entreabrió momentáneamente y la luna proyectó por un instante su pálido resplandor sobre el cementerio. La luz pareció darle fuerzas al anciano. Ezra

fijó la mirada en las lápidas y las cruces de las personas que había conocido a lo largo de su vida. Había acudido al entierro de muchos de ellos sin poder imaginarse lo cerca que se encontraba de su Matthildur.

—Vamos —dijo por fin abriendo la puerta.

Salieron del coche y Erlendur lo acompañó hasta la tumba de Þórhildur.

—Aquí es donde yace Matthildur —indicó—. Los desperfectos que ves son míos.

Ezra observó la lápida y a la luz de la luna trató de leer el nombre y la fecha de fallecimiento de Þórhildur. Luego dirigió la mirada hacia la tumba. Se agachó y apoyó una rodilla en el suelo.

Erlendur se giró para concederle un momento de intimidad y caminó hasta la tumba de sus padres. Tenía un asunto pendiente y quería dejarlo zanjado antes de que la noche llegara a su fin. Miró de lejos al anciano, agachado sobre la tumba de la mujer que tanto había amado. Había conseguido reunirlos, aunque la muerte los hubiera separado. Había puesto punto final a la historia de Ezra y Matthildur.

Ezra se levantó e hizo la señal de la cruz sobre la tumba. Erlendur caminó hacia él.

—¿Podrías llevarme a casa? —le preguntó Ezra.

—Por supuesto. Te estará resultando muy duro.

Ezra lo miró.

—Supongo que me lo merezco, después de lo que le hice a Jakob.

—¿Te acuerdas de esta mujer, Þórhildur? —preguntó Erlendur.

Ezra asintió.

—Me acuerdo de haberla visto por las calles del pueblo. Era muy anciana. No la conocía mucho, pero era una gran mujer. Matthildur... Matthildur ha estado en buenas manos.

—¿Prefieres dejarla aquí, entonces? —le preguntó Erlendur.

—¿Qué te parece que debería hacer?

—Si está en buenas manos...

—Es bueno saber de ella —repitió Ezra—. Es un consuelo... un gran consuelo saber por fin dónde se encuentra.

—Ya me imagino.

—Creo que no debería llevarla a otro sitio —decidió Ezra—. No tendría sentido.

—Me parece perfecto —opinó Erlendur—. Muy bien.

—Creo que es mejor para todos que desapareciera en aquella tormenta —concluyó Ezra—. Que muriera en el páramo.

Regresaron en silencio a casa de Ezra. Las nubes ocultaban la luna de nuevo.

—Bueno, pues esto es todo —dijo Erlendur mientras aparcaba.

—Sí, supongo.

—¿Cómo te encuentras?

—Me las apañaré —respondió Ezra tendiéndole la mano—. Gracias por todo lo que has hecho.

Erlendur le estrechó la mano.

—¿Qué estabas haciendo solo a oscuras con esa escopeta?

—¿De verdad quieres saberlo?

—Si no me lo quieres contar, no hace falta —respondió Erlendur—. No quiero meterme en tus asuntos.

—Entonces lo dejamos estar.

—Bien.

—¿Sabes en qué he pensado al arrodillarme junto a su tumba? —le preguntó Ezra—. Al haberla encontrado después de tantos años, ¿sabes en qué he pensado?

Erlendur negó con la cabeza.

—«Ahora ya puedo morir tranquilo», he pensado. Ya no hay nada que me retenga aquí. Me siento a un paso de ella.

Erlendur meditó aquellas palabras y visualizó la escopeta donde la había dejado, en el suelo de la cocina. Se giró hacia Ezra y sostuvo la mirada suplicante del anciano.

—¿Qué va a ser del gato? —preguntó Erlendur.

—Se las arreglará.

Erlendur dejó la mirada perdida en la oscuridad.

—Ha sido un placer conocerte —dijo por fin.

—Igualmente —dijo Ezra.

Erlendur siguió con la vista al anciano mientras se metía en casa. Se encendió un cigarrillo. Después dio media vuelta y regresó lentamente hacia su casa.

Paró de nuevo en el cementerio. Cogió la pala y la caja de huesos que había encontrado en el garaje de Daniel. Había aplazado su entierro desde que había reparado en la fecha de la lápida de Þórhildur. No quería que nada interrumpiera aquel momento.

Erlendur retiró la fina capa de nieve que cubría la tumba de su madre y hundió la pala en el suelo. Levantó una porción de césped, la dejó a un lado y excavó menos de medio metro. Seguidamente, apoyó la pala en el suelo, cogió la caja y se agachó para meterla con cuidado en el hoyo.

Volvió a tapar la tumba, la compactó bien y colocó el césped encima para que nadie notara nada.

Con ello concluía aquel pequeño funeral.

Erlendur levantó la mirada hacia Harðskafi. La vista alcanzaba hasta la casa abandonada de Bakkasel, dormida en la oscuridad.

Después caminó hacia la ladera de la montaña.

Escucha la voz de un niño acercarse desde la distancia. El viajero ha desaparecido llevándose consigo la ansiedad, el dolor y el frío. Solo ha dejado esa voz y la luz que emana de ella.

Caminan juntos por la orilla del río en una mañana soleada. El aire está en calma y el cielo despejado. Siente el calor del sol. Bergur va el primero. Se detiene junto a la corriente, sumerge la mano en el agua y bebe. El río le refresca el rostro acalorado. Mira a su hermano, de cuclillas en la ribera. Se siente extrañamente aliviado.

—¿Estás listo? —le pregunta su hermano levantándose.

—Sí —responde.

—No tengas miedo de nada, yo estaré contigo.

—Lo sé.

Tras ellos, la casa resplandece bajo los cálidos rayos del sol estival. A lo lejos se divisa el páramo, apacible y fragante de vegetación. Levanta la mirada hacia el risco Urðarklettur y el paso de Hrævarskörð, revestido de un amable aire veraniego.

Coge a Bergur de la mano y bordean juntos el río en una mañana radiante.